

117

11(168A-15)

LA GUERRA de las MUJERES



BIBLIOTECA NACIONAL



0352982

MARIA CORREA MORANDE



Estos páginas
constituyen un modesto
homenaje al Poder Feue-
rines, que fue el alma
de la resistencia contra
el martirio en Chile.

H. Gómez U.

M (168A-15)



MARIA CORREA MORANDE

LA GUERRA de las MUJERES

ENRIQUE CAMPOS MENENDEZ

34528

EDICIONES ALFONS COLECCIONABLES

EDICIONES ALFONS COLECCIONABLES

© C

© Inscripción N° 43.221.

Santiago de Chile, agosto de 1974.

María Correa Morandé sintió desde temprano una honda inquietud por los asuntos de la Patria. En su juventud, se manifestó en su interés por la historia de su país, que estudiaba con ávida curiosidad.

Más tarde, eso se materializó en su espléndido libro sobre la Conquista de Chile, que tituló: "Inés... y las Raíces en la Tierra", el que obtuvo las mejores críticas y agotó rápidamente dos ediciones.

Comprendiendo que la historia de los pueblos se hace cada día a través de la política contingente, entró a formar filas en el Partido Liberal, donde muy pronto alcanzó cargos de alta responsabilidad. Fue durante largo tiempo Presidenta de la Sección Femenina Liberal y la primera mujer que integrara la Junta Ejecutiva del Partido.

Elegida Diputado por el 1er. Distrito de Santiago, desempeñó el cargo con habilidad y un claro sentido de los deberes parlamentarios.

Más adelante fue uno de los 50 Constituyentes del Partido Nacional, en representación del Partido Liberal, y por dos años consecutivos miembro de la Comisión Política.

Tuvo parte activa en la Campaña Presidencial de Don Jorge Alessandri del año 70, para luego contarse entre las iniciadoras de la "resistencia" ante los atropellos a los Derechos Humanos, del Gobierno marxista.

En este libro resume los sentimientos de mucha gente con quienes le correspondió compartir peligros y responsabilidades de lucha.

En estas páginas, María Correa, muestra con indudable valentía, su fervor por las grandes causas de la Patria.

L.C.

Siento como un deber el explicar a los que lean estas páginas, escritas al volar de la pluma, que no tuve el tiempo necesario para afinarlas como ellos lo merecían y lo hubieran deseado mis aspiraciones literarias; temiendo sobrepasar la oportunidad de la exposición.

También encontrarán insistencia en algunos conceptos, pero es que los considero de tal trascendencia, que creo importante tratar de grabarlos en la mente.

Ruégoles perdonar estas licencias, considerando su intención.

M.C.M.

En mi condición de madre, quiero dedicar estas sencillas páginas, escritas con mucho dolor, "a todos los hijos"... pensando en la angustia que sentimos las mujeres chilenas durante los aciagos días del intento marxista.

Nosotras habíamos recibido un país estable, progresando a la medida de sus posibilidades, construido por nuestros ancestros, en medio de una naturaleza difícil, con enormes esfuerzos y trabajo... ¿y qué íbamos a legar en herencia a las generaciones jóvenes? , ¿la cruel dictadura comunista? , ¿la vivencia estrecha de un sistema hermético, dirigido, controlando el pensamiento, la actitud, el destino todo? ...

... Y ésa fue la fuerza casi milagrosa que nos mantuvo de pie.

M.C.M.

Ante la admiración del mundo entero, las mujeres chilenas llevaron a cabo una “resistencia” permanente, temeraria, en contra del gobierno marxista.

No pretendemos desconocer, de ningún modo, la valerosa lucha que dieron todos los partidos políticos de la Oposición, especialmente la más enérgica y agresiva del Partido Nacional, ni la de movimientos tan audaces y valientes como Patria y Libertad, ni la acción heroica de los gremios que se jugaron la vida y expusieron sus medios de trabajo, ni la actitud severa del Poder Judicial, la Contraloría General de la República y el Congreso Nacional; ni el coraje de los jóvenes que luchaban en calles y plazas con bravura admirable, ni la labor de los periodistas que desafiaron las iras del oficialismo a través de todos los medios de información... pero en esta oportunidad, nos hemos impuesto la tarea de relatar “nuestra guerra”, la guerra de las mujeres chilenas, que no ha sido dicha.

Estas páginas contienen, más que un relato de hechos sucesivos, tantas veces contados ya, LO QUE LA GENTE ESTUVO SINTIENDO, como: el dolor, el miedo, el coraje, la angustia, la rebeldía, el desaliento, el valor...

Quiero dejar establecido, muy claramente, que todas las anécdotas que se insertan y los acontecimientos que se relatan, están basados en hechos reales, condensados del mejor modo posible. No hay nada ficticio, sólo que a veces se omiten detalles innecesarios.

Válganos también el intento de llegar al corazón de las generaciones venideras, en un llamado de alerta, para que sepan detener a tiempo cualquier atisbo de vuelta hacia el desventurado experimento que tuvo que sufrir Chile.

Queremos explicar además, porqué las identidades de las mujeres que integraron el Poder Femenino, están representadas por un nombre de pila cualquiera: —Nos hubiera colmado de orgullo escribir los nuestros; pero queremos que cada uno de esos nombres represente a muchas mujeres, cantidad que hubiera resultado imposible incluir en un relato. El dejar marginadas a tantas, que lucharon con indecible valor, cuya tenacidad y sacrificios no tenían límites, serfa una injusticia incalificable.

Rogamos a las mujeres que no encuentran aquí algo valioso que ellas hicieran, perdonen nuestra falta de información y reciban el homenaje más sincero.

El hacerlo de ese modo, usando la incógnita, fue pues, sólo un recurso, para que todas estén participando en las páginas de esta historia, que es una parte de la Historia de Chile.

Sin jactancia alguna, con la mayor sencillez, vamos a ir contando...

—Deberíamos escribir -dijo Paula- todos los riesgos que estuvimos corriendo estos tres años de gobierno marxista: haciendo la “resistencia”, viviendo el peligro, jugando con la sedición...

—Me parece una idea estupenda -apuntó María Clara con entusiasmo. —Han aparecido toda clase de publicaciones... y nosotras las que dimos la batalla todos los días, somos las grandes olvidadas. ¿Qué es lo que los hace comportarse de ese modo?. No pueden ignorar los hechos públicos y ostentosos, como las grandes concentraciones que organizamos, las mil protestas frente a tal o cual lugar. El mundo entero estuvo comentando la valentía de las mujeres de este país...

Casi todas hablaron al mismo tiempo, pero no había enojo, sólo un interrogante. Las voces sonaban alegres y la risa brotaba ligera.

Las luces de la terraza se encendieron y las ramas verde-oscuro decoraron los cristales. Bárbara se levantó y encendió las lámparas de la sala. Un halo suave, de agradable intimidad, iluminó los contornos de las cosas que se habían desdibujado en la penumbra.

Juanita se enderezó y sus ojos oscuros brillaron entusiastas. —Deberíamos comenzar por “la marcha de las cacerolas”.

—No, no, mucho antes... el mismo día desgraciado... esa tarde del 4 de septiembre de 1970, cuando supimos que en Chile se había muerto algo... Bárbara no quería dejar nada atrás. —Paula, ¿recuerdas cuando Patricio, a quien tanto le gusta oficiar de ateo, dio un golpe sobre la mesa, preguntando indignado: ¿y dónde demonio se ha metido la Virgen del Carmen?. Una sonora carcajada alivió el ambiente que se había cargado de tensión. —Es una mujer, también la Virgen del Carmen...

— ¡Cómo voy a olvidarlo! no voy a olvidar nada en absoluto. Vamos a contar cada cosa... y también cuando teníamos que alentarlos. Me parece justo... y además interesante... no les va a gustar a algunos.

—“Mil días de angustias”, podría llamarse —insinuó alguien.

—Pero Paula insistió. No, a mí me gustaría decir de algún modo, que fuimos nosotras las que creamos el clima de resistencia y las que lo mantuvimos sin tregua.

—Eso es lo exacto -afirmó Juanita- y es lo que no se ha dicho.

Las voces se confundían recordando.

Los días dramáticos vividos con tanta intensidad, luchando a veces hasta sin fe, con dolor de impotencia, con un temor desgarrante por los hijos demasiado jóvenes que también peleaban en las calles... parecían como una tragedia, que ahora

podía mirarse desde lejos... y hasta con cierta gracia amarga.

—Hubo momentos en que sólo seguíamos resistiendo, porque no íbamos a entregarnos mansamente... -dijo Bárbara despacio, como si hablara sólo para sí misma. —Otras tenían fe, sentían que de alguna manera saldríamos... pero no podían explicarlo, no existía precedente alguno, ningún país del mundo lo había logrado.

Entró María del Pilar. ¡Hola! -dijo. ¡Qué bueno encontrarlas aquí! . Su fuerte personalidad siempre trastocaba un poco el ambiente.

—¿Sabés? estamos decidiendo algo que te va a interesar.

—¿Se puede saber qué es?

—Es claro, escribiremos un libro.

—¿Un libro? . Sensacional. Nuestra guerra, tenemos que contarla nosotras.

—¿De modo que seguimos en la misma onda?

—Perfecto, creo que será divertido.

—No te pongas superficial.

—No lo soy. Nunca me hubieras dicho eso mientras hacíamos “guardias” nocturnas participando en la defensa del barrio... o llevábamos alimento a los mineros o a los transportistas en huelga a través de las barreras hostiles que cerraban los caminos.

—Así es, lo reconozco... no lograron asustarnos y tal vez tienes razón. No es necesario adoptar siempre un aire de gravedad.

—La vida puede ser encantadora y hasta magnífica. Es un privilegio de la femineidad, ese poder adaptarse y variar según las circunstancias.

—Eso es cierto. Los hombres siempre están “vestidos” de su profesión o de sus actividades, mientras tengan público... No es idea mía, lo dijo un filósofo, se disculpó Juanita.

Las voces eran alegres aunque pesara sobre cada una, toda clase de problemas. —El país ha quedado destrozado, ha sido saqueada su economía y el diario vivir es una dura tarea para todos; pero el aire de la Libertad, pone alas en el corazón de la gente, comentó María Clara. Despues de un momento, continuó: —Lo cierto es que entre todos, creamos el clima y mantuvimos la resistencia, hasta que las Fuerzas Armadas, concientes de cual era su misión, asumieron la dirección de la República.

María del Pilar se acomodó en el asiento: —O no estaríamos contando la historia. ¡Es como si hubiéramos nacido de nuevo! . Lo que sabemos del Plan-Z, justifica todas nuestras preocupaciones. La vida de cientos de miles de chilenos estuvo al filo de la muerte. Nos salvamos por... ¿seis días? ... ¡suena como un milagro!

—Volviendo al libro... ¿qué les parece si lo enfocamos en otro tiempo, para no provocar agravios? -propuso Paula.

—No, de ningún modo. Este es nuestro tiempo... y ha sido dramáticamente

interesante... somos los únicos que hemos hecho el prodigo de abatirlos. Tiene que ser histórico, no ficción. Bárbara hablaba con firmeza. —Debemos decirlo todo... o casi todo...

Casi, no más... porque... la frase de María del Pilar se perdió en la risa general.

—La “pequeña historia” es la más atractiva. Para dar una idea clara de lo que todo Chile sintió, sufrió... hay que contarlo a través de las emociones de las personas, como individuos... analizando lo que cada uno tuvo que padecer.

—Tienes razón, pero tendrémos que hacerlo rápido y creo que todas estamos agobiadas de trabajo y de problemas...

—Es un trabajo que toma tiempo... hay mucho que decir. Pero no te preocupes. Sólo la gente que “tiene mucho que hacer”, es la que hace cosas.

4 de septiembre 1970

El destino de Chile se jugaba sobre el tapete múltiple de las mesas electorales.

Eran las siete de la tarde y las últimas cifras parecían confirmar la trágica realidad.

Alrededor de la rústica mesa de la sala de computación, una veintena de personas guardaban silencio. Los encargados de comunicar la información, se movían como autómatas y entregaban las listas sin comentarios.

Alguien sugirió que era muy extraño que demorara tanto alguna referencia sobre las mesas de mujeres... también se repetían mucho los mismos datos...

Nadie respondió.

Paula y Bárbara se miraron. ¿Podría haber algún fraude? Ninguno parecía compartir esa inquietud. Todos tenían fe en la limpieza electoral... hasta entonces.

Pablo Rodríguez se levantó y comenzó a pasearse a todo lo largo de la enorme sala.

El tiempo seguía pasando lento y abrumador.

De pronto se acercó a la mesa. —Habría que hacer algo —dijo— y había desesperación en su voz de timbre bajo. Sus ojos claros parecían oscuros pozos de sombra.

Desde todos los muros, la fotografía de Jorge Alessandri dominaba el ambiente.

La votación era muy estrecha, pero algo siniestro se cernía en el aire.

Todos los que llenaban el recinto sabían bien el significado que tendría la derrota. Sería el caos, la destrucción de nuestros valores, el camino en rápido descenso hacia el sistema de la delación y el miedo...

Las pocas mujeres presentes se fueron reuniendo.

Bárbara hablaba con angustia. —No vamos a creer en esa patraña de “socialismo a la chilena”... esto se acabó... es el comunismo que llegará inexorable, paso a paso... siento como si se estuviera muriendo alguien muy querido... como los

padres... ¡siento que se me muere la patria! -el llanto no la dejó terminar- ¡mañana, quisiera amanecer muerta!

-No -dijo Paula- lucharemos desde ahora, no vamos a permitirlo.

-Nadie ha salido del comunismo, esa maldita esclavitud... ningún pueblo de la tierra -insistía.

María del Pilar se acercó. -Estamos mal -dijo muy seria. No tendrán la mayoría absoluta; pero con un voto más que consigan sobre nosotros, la Democracia Cristiana los apoyará.

Bárbara no podía contener las lágrimas. -De todos modos, creo que tienes razón. No vamos a someternos así no más. Mañana iremos a conversar con algunos "capos" -reaccionó. Los he visto tan deprimidos. No estaban preparados para perder.

De todas maneras iremos -repitió Paula. -Los otros tampoco estaban preparados para ganar... y eso puede ser peligroso.

De mañana decidieron ir a visitar a Don Arturo Matte. Su talento y ponderación lo convertían en el personaje indicado para comenzar cualquier iniciativa.

Pareció que todos pensaban lo mismo, porque no menos de treinta personajes de la campaña presidencial de don Jorge Alessandri estaban ahí.

Hablaban de redactar una declaración.

Se apartaron para trabajar en la redacción.

Bárbara se acercó a un alto dirigente Nacional. Apenas podía contener su indignación. -Los hombres no quieren aprender la lección -le dijo- siguen dejando a las mujeres al margen de "la mesa de las decisiones"... y vean lo que está sucediendo...

Hubo explicaciones confusas y amables... pero no enmendarían la actitud... ellas lo sabían.

¿Con qué derecho se permitían restar al patrimonio intelectual y anímico de la Nación, el aporte de las condiciones diferentes y complementarias de la mujer?

Con un escaso tercio de la votación, en un oscuro fondo, con atisbo de fraude, se afianzaba la posibilidad para que un marxista ocupara la presidencia del país.

El 5 de septiembre, Chile entero parecía sumido en trágico letargo.

Era ya casi el mediodía y en Santiago las ventanas de todas las casas estaban cerradas. Las calles vacías redoblaban los pasos de alguno que pasara a los lejos.

La ciudad parecía muerta, aplastada por la angustia.

Entre tanto, ese mismo día, Radomiro Tomic con su tercer lugar en los escrutinios, llegó hasta la residencia de Salvador Allende para reconocer públicamente el triunfo de la Unidad Popular bajo el oropel centelleante de los flash que encendían los periodistas nacionales y extranjeros.

No tuvo ningún respeto por la opinión de los hombres y mujeres que, de algún modo, habían decidido votar por él y que podían disentir.

Estaba cumpliendo el previo acuerdo secreto, que era un secreto a voces, para posponer a Jorge Alessandri, cualquiera que fuera la votación obtenida en esa batalla electoral a tres bandas, en la que de ningún modo resolvería el pueblo directamente.

El tiempo seguía corriendo en su eterno girar de días, desolados, angustiosos, desconcertantes.

Y un clamor desesperado: ¡Frei no debía entregar el país al comunismo! . Su gobierno había desembocado en este desastre, ¡era su responsabilidad!

La Democracia chilena, ejemplo en América, se desplomaba en el camino inclinado hacia el abismo comunista.

Se le propusieron las fórmulas legales más generosas: —El mismo, sería de nuevo presidente... Pero tendría que afrontar una etapa muy dura... y no tuvo el coraje.

No había resignación en el ambiente.

Nadie sabía con qué subterfugios habían logrado esa pequeña mayoría en la

votación. Era sólo un tercio, pero ahí estaban... oficiando de ganadores.

Y las mujeres comenzaron la guerra.

Vestidas de riguroso luto, formando pequeños grupos, se alternaban frente a la Moneda todas las horas del día.

La policía no les permitía detenerse.

—¿Quién dio esa orden? ... debían caminar sin cesar, dando vueltas y vueltas, con sus dramáticos cartelones y su congoja.

El próximo grupo se estaba vistiendo de negro para hacer su turno. Elisa contó que aquella mañana pasó junto a ellas el Embajador de un país amigo. —Esto debía commover hasta a las piedras, dijo, y siguió murmurando algo que se perdió en la distancia. —¡Fue como un bálsamo!

—No demoremos más, hay que ir a reemplazarlas, estarán muy cansadas, recuerden que no pueden ni detenerse.

Ese luto no era una ficción, tenía un significado muy profundo. Era el dolor que calaba en lo hondo del alma nacional.

Elisa se sublevó ¿por qué sólo nosotras protestamos, rogamos, nos persiguen, nos empujan... qué están sintiendo los hombres?

—Lo mismo. Exactamente lo mismo; pero su orgullo no les permite rogar, ni usar recursos como éste -Isabel mostró la ropa negra.

Carmen se levantó y su alta figura pareció dominar el grupo. —Supongo que no creen tener culpas, ni desidias, ni equivocaciones...

—Tal vez sí lo saben, pero no tienen el valor de hacer estos desplantes que nosotras estamos intentando ahora. No va con su manera de ser.

—¿Y tú te crees que a mí me encanta estar dando vueltas inútilmente, delante de ese hombre que no va a reaccionar jamás? . Bárbara se sentía muy enojada.

—De todos modos nosotras vamos a hacer “nuestra parte” -Paula salió adelante- cada una responde de sí misma... todas somos mayores de edad.

—Quiero creer que ellos están haciendo algo positivo -rezongó Bárbara- siempre he tratado de imaginar que quienes se erigen en rectores del andar patrio, saben lo que hacen y lo hacen bien... pero ¡hay cada falla!

—Por favor, Bárbara, no es nada oportuno que nos destruyas la fe en estos momentos. Mira que la estamos necesitando mucho.

—Tienes toda la razón, ya lo sé. Vamos.

El 18 de septiembre se efectuó un Te-Deum, como si no sucediera nada anormal.

—¿Estuviste ahí?

—No pude, fue más fuerte que yo.

Había mucha tristeza en el ambiente.

Ese día, las mujeres quisieron ir también a protestar pero no tuvieron ánimo. En un pequeño grupo, comentaban con desgano en casa de Isabel.

Sólo unas pocas, más empecinadas, habían concurrido.

Los hombres examinaban unos documentos sobre el escritorio.

Elisa estaba obsesionada. —Corrí junto a la carroza -contaba- todas le gritábamos que no podía entregar el país... ¿saben? , el hombre lloraba... ¡estaba muy conmovido!

—Eso no sirve de nada -se lamentó Teresa.

Paula habló con dureza. —Yo no lo vi llorar.

—Bueno, da lo mismo. No pasará de ahí.

—No se hagan ilusiones. Gonzalo se volvió y abrió el círculo. Vean esto.

Creo que pronto tendremos que hacer "les maquis" -insistió Bárbara. Esto irá de mal en peor.

—Esperemos que Allende no resulte tan malo... dicen siempre que en Chile no pasa nada.

—No seas ingenua... y por favor, no repitas como tonta, esa frase estúpida. En Chile: "ya pasó". La tensión llegaba pronto a su punto de saturación.

Eugenio habló como reflexionando. —No te enojes, Bárbara, al fin y al cabo podemos pensar que ese hombre ha tenido una trayectoria democrática. En el Senado...

—¿Democrática, dices? . ¿Cómo presidente de OLAS? . La organización para extender la violencia por toda América Latina. ¿Te parece así de sencillo... el líder de la violencia continental?

—Pero hay que considerar otras cosas... el medio en el cual le gusta vivir, la gente que frecuenta...

—Eugenio, ¡por Dios! . Me exasperas. Bárbara casi gritaba. Eso no cuenta. ¿No oyes sus discursos? . ¿No has leído su programa?

—Es que todo eso sólo me parece una demagogia barata... El modo como vive, los amigos que tiene...

—Insistes en el aspecto superficial... No te engañes, es el más temible e todos... Tú no le crees, por eso no le temes. Yo lo conozco y sí le creo. Lo he escuchado hablando de sus ideas, y puedo asegurarte que lo decía en serio.

—Calma, por favor. No nos vamos a pelear entre nosotros.

—Lo verán. ¡Han averiguado cómo es que se ha instalado el comunismo en otros lugares? . Siempre la fórmula para llegar es diferente, según las circunstancias... pero, el final, es el mismo.

—Nunca se ha hecho aún por elecciones, debe ser más difícil que con tanques —insistió Andrés.

—Pero se hizo... aquí. ¿No se han dado cuenta, aún? . Ya partió. Puede ser que el camino sea más lento de recorrer... y tal vez no. He oído a checoslovacos, húngaros, búlgaros... que en cada país, siempre creyeron que “a ellos no les pasaría”... y tenían buenas razones, pero “les pasó”.

Muchos hablaron a la vez.

—Aún así se impuso la voz de Gonzalo. ¿Tú piensas que hay que dar la batalla?

—Es claro. Y para mí, será más dura porque no tengo fe. Lo haré de todos modos... todo lo que esté en mis manos, todo; pero será a fuerza de voluntad. Y para mi consuelo posterior, no omitiré ningún esfuerzo.

Muchos chilenos creyeron que podrían razonar con Allende.

Especialmente los Demócrata-cristianos, insistían en “dialogar” y eso los volvía indecisos, cambiantes, blandos.

Además estaba el Cardenal, que desconcertaba a los católicos más observantes, con sus palabras dubitativas y sus actitudes extrañas.

El día 19 de septiembre, se juntaron unas 3.000 mujeres en Alameda con Ejército, esperando la pasada de Frei a presidir la Parada Militar.

Cada una, enarbolaba una banderita negra, clavada en una vara.

Allí estaban también las brigadas marxistas: la “Ramona Parra” y la “Elmo Catalán”, con el insulto procáz, el gesto adusto, los gritos insolentes.

A pesar de las provocaciones, las mujeres aguardaron impertérritas la pasada de la carroza presidencial.

Tardó una eternidad... o al menos así les pareció.

A cada momento los extremistas se mostraban más agresivos. Comenzaron a rodearlas y a tirarles piedras y monedas.

Una mujer pequeña se enjugaba la sangre del rostro cortado por el filo del metal. Encogida, trataba de ocultar las lágrimas de ira, de impotencia, de dolor, que resbalaban contra su voluntad por las mejillas lastimadas.

—Nunca antes en Chile, se faltó el respeto a las mujeres -dijo con la voz enronquecida por la furia.

—Los comunistas no son chilenos. Sólo son comunistas. Son capaces de asesinar, torturar, encerrar a la gente, sólo por no ser comunistas. Bárbara quería, desesperadamente, enseñarle a todo el mundo lo que era esa secta.

—Lo único que sé, es que quisiera verlos muertos -dijo la mujer con el pañuelo enrojecido entre las manos, están provocando el odio.

El gentío pareció inquietarse.

Se acercaba el cortejo.

La carroza avanzaba rauda por el centro de la calzada. El séquito, lujoso, se desplazaba veloz.

Ya estaban ahí, se distinguían los rostros...

...y pasó, al trote ligero de los caballos, sin escuchar los gritos... sin ver la protesta.

El 4 de octubre sesionaría la Junta Nacional de la Democracia Cristiana.

Las mujeres redactaron una carta, escrita con los retazos de esperanza que iban quedando: rogando, suplicando, para que “no entregaran la patria”.

Ese día, cada delegado tuvo en su sitio, una copia de ese documento y un ejemplar del libro: “Ganó Allende”, donde como en una visión profética, en una dramática premonición, se contaba lo que iba a ir sucediendo, si ellos decidían el camino del comunismo.

¿Cuántos se dieron la molestia de leerlo ... de leer siquiera la carta?

Hubo tanta superficialidad... o era tal vez desaliento, que muchos de los 562 delegados, acordaron irse al Estadio Nacional, para ver el partido de foot-ball con Brasil! ! ! ... ¡perdió Chile!

Pero Rafael Moreno, el líder de la Reforma Agraria, origen de tantos males; hizo aprobar antes un voto, para continuar dialogando, “hasta llegar a un acuerdo con Allende”, previa aprobación de “un estatuto de garantías” integrado a la Constitución.

¡Qué ingenuidad!

Si no hubiera existido tanto dolor, habría estallado en todo Chile una inmensa carcajada, tan sonora, tan expansiva, que llegaría de uno a otro extremo del territorio Nacional.

¡Fuentealba, Leighton, y Maira!

¡Sule, Millas y Herrera!

Antes de una semana, todo estaba consumado.

Había sucedido como llevado por las manos misteriosas, ignoradas del destino.

Muchas de las mujeres que integraron la reunión demócrata-cristiana, no estaban de acuerdo.

Diana lloraba presa de una angustia incontenible. El roce tibio y salado de las lágrimas, la aliviaba en alguna medida, por eso las dejaba correr a raudales.

Los sones de la Canción Nacional quisieron porfiadamente convencer a los reacios, pero sólo exacerbaban la desesperación.

— ¡No, mi Patria no! —pensaba enloquecida de dolor. — ¡Dios mío! pero ¿es que a nosotros nos va a tocar entregarla?

Sus grandes ojos abiertos, nublados por el llanto, se cruzaron con la mirada sorprendida de Radomiro Tomic. Ella juraría que vio, ¿o creyó ver? un extraño interrogante que la dejó perpleja.

Muchas mujeres estaban llorando.

Algunos hombres sostenían una mirada muy seria, con un singular gesto en el rostro.

Nadie estaba contento. La mayoría de los demócrata-cristianos, criticaban a su presidente: Prado hacía declaraciones poco atinadas.

Aniceto Rodríguez se indignaba con su Partido porque transigía con los demócrata-cristianos...

— ¿Lo creía de buena fe?

Las mujeres seguían acosando a Frei diariamente, vestidas de luto frente a la Moneda, concientes del peligro que oscurecía el horizonte de Chile.

El día 22 de octubre, las radios comenzaron a dar la noticia, sin comentarios: El General en Jefe del Ejército, René Schneider, acribillado a balazos, agonizaba en el Hospital Militar.

Nadie comprendía el suceso.

Pero la presencia de algo siniestro, de algo que tendría consecuencias terribles, ensombreció más aún el ambiente.

— ¿Quién lo habría querido asesinar? . . . Para qué...?

Los propios protagonistas no lo entendían.

— ¡Sólo habían intentado raptarlo!

Algo funcionó mal. No estaba pasando como lo habían planeado.

¡Disparos! . . . Sangre!

¡No lo podían creer! . Se miraban atónitos unos a otros. Su propósito había sido sólo crear un clima de confusión, para estorbar de algún modo la elección de Allende por el Congreso Pleno.

Pero los acuerdos tomados en muchas reuniones, con distintos personeros, estaban ahora trastrocados.

¡Alguien cambió todo el esquema!

¡Traición!

Lo que estaba sucediendo, comprometía a los conjurados y contrariando sus propósitos, afianzaba la posición de la Unidad Popular. ¡Era una jugada maestra! ... que los aniquilaba.

El General se moría en medio de la confusión.

Uno de los jóvenes preguntó – ¿Qué sucedió? . ¿Por qué tenía que disparar? La pregunta inútil quedó sin respuesta.

El automóvil arrancó en dirección al Hospital.

–Vámonos de aquí, es demasiado tarde para todo...

Eliana sollozaba. Su hijo había participado en el frustrado secuestro.

– ¡Es un patriota! . Haría cualquier cosa... por salvar a su patria... ha expuesto su vida... ¡Por Dios, Paula! -suplicaba. Tienes que ayudarme... Sé donde se ha refugiado, por el momento...

–Por supuesto. Haré todo lo que pueda. Paula pensaba con urgencia. –Tene mos que sacarlo del país, ahora mismo. Nunca los van a dejar establecer que no había ningún intento de matarlo.

Recorrieron caminos, perseguidas de cerca por las brigadas, pidieron ayuda, convencieron gente...

Algunos escaparon, otros fueron encarcelados y torturados.

–Esa fue la versión que llegó a conformarse la ciudadanía. Nunca hubo una completa.

En una oficina del centro de la ciudad, las mujeres se instalaron, para reunir firmas pidiéndole al Presidente Frei, que “no entregara el país al comunismo”.

No descansaban un momento. Salían con las hojas de papel en blanco, alimentando esperanzas, y volvían con ellas rasguñadas de tinta, dibujando nombres y más nombres de mujeres chilenas, que no se resignaban, que no se resignarían jamás.

También había el miedo. Fueron muy pocas. Pero, ¿con qué derecho? , ¿en nombre de qué demonio, había que torturar a la gente con ese miedo? . Venían casi llorando a pedir que borraran sus nombres, porque las habían amenazado con la persecución, con el despido del trabajo, a ellas y a los suyos... y eso sería el hambre para sus hijos. Desesperadas, sin atender razones, borraban sus nombres del papel, destrozándolo con una hoja de afeitar o recortando el pedazo.

Y ahí quedaba, en ese hueco afrentoso, el signo del miedo... que en el fondo, era el símbolo del sistema que se quería imponer.

De todos modos, más de 20.000 mujeres dejaron escrito su mensaje, que fue impotente para detener la caída, pero que recogerá la historia, justiciera implacable de los errores humanos.

Paula y Diana fueron las encargadas, más tarde, de entregar a Frei, el grueso paquete contenido las planillas llenas de firmas.

Iban envueltas en un papel azul y amarradas con una cinta roja, para que junto a los papeles, formaran los colores de la bandera.

Eduardo Frei las tomó en sus manos, con un gesto nervioso y habló como si reflexionara: –El único modo de afrontar esta situación -dijo- sería organizando

una acción en conjunto. No se conseguirá nada con actos separados, mientras sus manos recorrían inquietas los contornos del paquete cerrado.

Oscurecía despacio, tiñéndose de rojo el cielo de la tarde.

Detrás de la estatua de Manuel Rodríguez, que parecía venir al galope de su caballo fantasma, desde las tierras feraces del sur, se juntaba una multitud de mujeres portando banderas chilenas.

Sobre el alto pedestal, Pablo Rodríguez, encendido de amor patrio, habló de la libertad.

Al terminar el discurso, se organizó de un modo espontáneo una marcha en dirección a la Moneda.

A la altura del Cerro Santa Lucía llegaron las brigadas marxistas enarbolando cadenas de hierro.

La conmoción fue espantosa.

Las mujeres corrieron hacia el centro de la Alameda, defendiéndose con las astas de sus banderas. Se dispersaron, pero volvieron a juntarse frente a la Biblioteca Nacional.

Las piedras las herían, pero no lograron asustarlas.

Casi de inmediato llegaron jóvenes del Partido Nacional y de Patria y Libertad. La lucha fue corta porque los agresores huyeron.

Pero al enfrentar la Moneda se volvieron a encontrar.

Entonces las mujeres perdieron la calma y devolvieron la agresión. Fue como si en un instante preciso, se hubiera terminado la mansedumbre.

Con las uñas arrancaban las baldosas de la vereda y las partían en pedazos, golpeándolas contra la solera de piedra.

Fue una batalla campal.

Con la llegada de la noche, se acentuó la confusión.

Paula corría desesperada detrás de un hombre que le había arrebatado la bandera. María del Pilar fue en su ayuda y la rescataron luchando en medio de una lluvia de piedras.

Se miraron en medio de la batahola, riéndose, aferradas al palo del enorme pabellón, olvidadas del peligro que campeaba alrededor.

Nadie pensaba en el peligro, Toya, con su hermoso pelo blanco, revuelto por la brisa y la agitación, gritaba en medio del caos reinante, cuando se le acercó su nieto. —Por Dios, abuelita, porqué no se va de aquí, puede pasarle algo.

Se dio vuelta, furiosa: —ándate tú, yo no me muevo de este lugar mientras haya algo que hacer.

A su alrededor toda la calle era una locura colectiva.

¡Los extremistas nacionales y extranjeros se habían encontrado con las mujeres chilenas!

Luchaban mano a mano, sin cejar un punto.

Finalmente el cansancio terminó con la batalla y los contendores se fueron dispersando en direcciones distintas.

- Debe ser tardísimo -dijo Paula- y mira como estamos...
- Señoras, las llevo -dijo galante un automovilista.
- Esta bandera pesa una tonelada -rezongaba María del Pilar ¿y cómo vamos a meter este palo dentro del auto?
- No lo vamos a desarmar ahora, bajemos el vidrio.
- El pobre hombre se va a arrepentir del ofrecimiento... nos mira aterrado.
- Mejor no digas nada.
- Y con bandera y todo las fueron a dejar a sus casas.

Eran las 10 de la mañana del 24 de octubre de 1970.

—“En nombre de Dios se abre la sesión”. El Presidente del Senado, Tomás Pablo usando la frase de ritual, consumaba la tragedia.

Las pantallas de televisión llevaban a todas partes la dolorosa noticia, resultando intolerable contemplar la materialización del drama.

Era como si manara sangre de las recientes heridas...

Marisa se puso de pie... no podía soportarlo.

La familia entera miraba callada. Le pareció que todos estaban pálidos, como hipnotizados. ¿Esperaban algún milagro? . Ella no los comprendía. No podía estarse ahí, quieta, viendo como se cumplía el trágico destino de Chile.

Se fue a su cuarto, cerró la puerta y de espaldas sobre la cama, dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas en silencio. Estuvo mucho tiempo ahí llorando, con ese llanto callado de la desesperanza.

Alguien abrió la puerta y volvió a cerrarla. La voz del locutor llegó hasta ella anunciando la votación: los 75 votos de la Democracia Cristiana marcaron a Allende. Pero aunque Alessandri había retirado su opción, a que la ley le daba derecho, el Partido Nacional entero votó por su nombre.

Pasaron las horas, lentas, entre un aire saturado de angustia.

Cada uno se fue a su cuarto o se aisló en algún sitio. Nadie quería comentar. Marisa escuchó esporádicamente la voz de alguno de sus hijos, pero no registró lo que decían.

La tarde fue cayendo silenciosa, oscureciéndose dentro de la pieza, hasta que se encendieron las bujías de la calle, marcando el cuadrado haz de luces de las ventanas sobre la alfombra.

Diez días más tarde, Eduardo Frei entregaba la banda presidencial a Salvador Allende.

Entonces las mujeres decidieron demostrar su congoja de un modo especial.

Ya no había más que suplicar, nada más que decir... y se hizo “la marcha del silencio”.

Vestidas de negro, marcharon calladas por las calles de Santiago, como si fueran las avenidas de un inmenso cementerio, en medio de la lluvia que caía implacable.

Fue inútil que las acosaran con insultos, con piedras, con amenazas... ellas continuaban impertérritas, de a tres en fondo, como sombras, en la hora en que cae la noche, atormentando la conciencia de muchos culpables.

Se creó el GAP (Grupo de Amigos Personales) para cumplir una misión que siempre había correspondido a Carabineros, la de cuidar la seguridad del Presidente de la República. Era una organización para-militar, compuesta por delincuentes comunes, a quienes se dotó de una flota de automóviles Fiat-125.

A todas horas recorrían la ciudad a velocidades prohibidas, destrozando los vehículos del servicio, con un desprecio insano.

Por otra parte se dio rienda suelta a las "brigadas" marxistas: la "Elmo Catalán" y la "Ramona Parra", que asolaban los barrios y "trabajaban" a sueldo, como tropas de choque contra los descontentos de la Oposición.

Se iba conformando el cuadro.

Cada día el "muro" parecía más alto e inexpugnable.

...Y comenzó el éxodo.

Un clima de profundo desaliento iba apoderándose de todos.

Los hombres de trabajo vieron sus empresas arruinadas por el odio exacerbado que predicaban "activistas" a sueldo, nacionales o extranjeros.

Se presentaban pliegos de peticiones, de alzas de salarios hasta de un 700%, con la intención de quebrar las industrias.

Las expropiaciones o las simples "tomas" fueron suficientes para privar a cualquier ciudadano del resultado del trabajo de toda su vida y de su esfuerzo creador.

Los jóvenes profesionales o técnicos, que habían luchado por conseguir conocimientos que les permitieran lograr un mayor bienestar para los suyos, que soñaron con alcanzar alguna meta, con educar a sus hijos en su dogma, con progresar legítimamente y vivir con natural albedrío, viendo como se iba consumando aquí, el mismo trágico destino que en otros países del orbe, alcanzados por la garra soviética... se marcharon con los suyos en pos de la libertad.

Santiago se convirtió en el centro del éxodo.

Las oficinas que entregaban pasaportes se colmaron de gente que conocía el proceso comunista, que conocían los sufrimientos de la gente de Cuba y no estaban dispuestos a sufrir su esclavitud.

Por conservar esa libertad, que sentían como propia, que corría por sus venas, que golpeaba en sus sentidos, en su razón, que no estaban dispuestos a transigir... fue que resolvieron dejar el suelo patrio y emprender el peregrinaje doloroso hacia otras tierras, entre otras gentes...

¡Qué agonía! dejar los cariños, el medio... ir a la aventura de horizontes inciertos... que sin embargo significaban: LIBERTAD.

Hombres, mujeres, niños... La inseguridad ponía un sello de urgencia.

Largas filas interminables: certificados, vacunas, documentos y más documentos...

Trípticos para el automóvil, pasajes de avión, todo estaba completo.

Los empleados, atochados de trabajo, se volvían insolentes. Comenzaban a convertirse en los "tiranuelos" que proliferan en todos los despachos de cualquier lugar donde impere el comunismo, haciendo intolerable el medio en que se vive.

La angustia era la tónica del momento.

Los que conocían como era la vida en el sistema marxista, los que sabían la tragedia del silencio, del miedo como forma de presión, de la delación, del trágico desamparo del hombre ante el Estado, que conforma las vivencias del comunismo; no estaban dispuestos a someterse.

Era mejor la libertad, donde fuere, con no importaba que medio... pero libres, con hijos propios y libres, con la esperanza abierta, sin la espantosa sensación de que todos los pasos que se dieran, terminarían siempre al pie de un muro impenetrable.

Los que con mayor claridad percibían la caída vertical que significaba ese "camino al socialismo" fueron los más decididos en partir.

Cada día se consumaba un paso en el camino descendente.

El abogado Eduardo Novoa comenzó a hacer aplicar su desvergonzada política de los “resquicios legales”, para arrasar con la empresa privada, al margen de las atribuciones del Congreso.

Fueron cayendo una a una las grandes fábricas, desarticulándose la producción, destruyéndose la maquinaria, provocando el caos entre los trabajadores, propiciando el “mercado negro”, que corrompe, abusa, rapiña...

Los interventores contraían deudas, ocupaban las pertenencias más íntimas de los propietarios...

El despojo había comenzado impetuosamente.

Las mujeres seguían su propia guerra...

Juanita y María Clara sentadas sobre la arena, con las rodillas abrazadas, contemplaban calladas el horizonte azul.

—Mañana llegarán los maridos. -dijo María Clara despacio- más desanimados y pesimistas que nunca.

—Y los pobres no van a mejorar de ánimo, con la vista de este balneario inmundo, en huelga municipal. La basura fétida delante de cada casa... y el cretino del alcalde mapucista, fomentando el cordio.

—Me dan ganas de ir a su casa y cantárselas claro.

—No, casi gritó Juanita. Se me ocurre algo estupendo. Se levantó de un salto.

—Ven, tenemos que ponernos en acción ahora mismo.

—Pero, ¿de qué se trata?

—Por el camino te lo cuento... la noche va a estar clara.

A las 10 comenzaron a salir los automóviles de cada casa, con los focos apagados. Sólo la luz de la luna permitía los movimientos, con cierta seguridad.

Entendiéndose casi sólo por señas, cargaron los tarros repletos de basura y se encaminaron hacia la lujosa casa del alcalde.

Se detuvieron a cierta distancia. Los acarreaban entre dos y los vaciaban en el frente de la residencia veraniega.

Se formó una montaña de desperdicios, hediendo de un modo horrible, mientras la caravana se alejaba, dispersándose silenciosa.

Al día siguiente, la huelga había terminado sin mayores exigencias.

Así, en todos los rincones de Chile, la guerra de las mujeres seguía su curso. De una manera o de otra, no estaban dispuestas a dejarse atropellar, sin dar su pequeña o gran batalla.

Las había de todas las medidas, pero eran implacables, con esa fuerza porfiada de quien sabe que está del lado de la razón.

Las relaciones con Cuba y China comunistas, ya están dando sus amargos frutos, -comentó Adrés, sin apartar la vista del diario.

—Eso era de esperarse. Paula aparentaba una calma que no sentía. —Vendrán las elecciones municipales, eso sí que será una prueba para el Gobierno... y para nosotros. ¿Crees tú, que se podrá hacer algo positivo?

—No, no me lo parece. La gente está con el ánimo por el suelo. Es muy cierto eso de que no estábamos preparados para perder.

—Pero de todos modos, habrá que preocuparse.

—Es demasiado pronto, Paula. Siempre los gobiernos han ganado las primeras elecciones que se efectúan en cada mandato. Eso es inevitable. Los chilenos son presidenciables y siempre quieren ofrecerle oportunidades al nuevo mandatario.

—Ahora todo es diferente: éste es comunista. No me parece que podamos darnos ese lujo... dejar así no más, que ellos ganen.

—No digo que los dejemos. Digo que es inevitable.

—Me exaspera tu pesimismo.

—No es pesimismo, es realismo.

El cuatro de abril, las 280 comunas del país se pronunciaron en un 49% por el gobierno, más los votos de la Unión Socialista Popular. La Oposición sólo consiguió el 47% del electorado.

El desaliento pareció sepultar para siempre toda la esperanza.

El drama seguía su natural trayectoria...

A fines de mayo, el gobierno anunció que requisaría "toda la industria textil".

En el Congreso las voces del Partido Nacional se levantaron violentas, pero no eran suficientes para lograr detenerlos.

Otro drama sacudió el oscuro presente de Chile.

La noticia corrió con la velocidad de la luz a lo largo de la Avenida Providencia: habían asesinado a tiros a Edmundo Pérez Zujovic.

Era la mañana del 8 de junio de 1971.

La gente se preguntaba sin conocerse. Siempre alguien tenía alguna información: —Iba con su hija, lo cercaron con dos automóviles y le dispararon a quemarropa... la joven resultó ilesa... parece que él la protegió con su cuerpo...

Los datos a veces eran contradictorios.

—Pero, ¿quiénes fueron, quiénes querrían matarlo?, la pregunta iba de uno a otro, pero no había ninguna respuesta concreta.

Frente al Banco Sud Americano, se formó un grupo: —Lo mató el propio gobierno, es claro -aseguró un señor alto y delgado.

—¿Cómo? . ¿Por qué lo dice usted?

—Pero, ¿es que ustedes no han leído la campaña de injurias desatadas en su contra, por los diarios controlados por la Unidad Popular?

—Así es -dijo otro. Lo marcaron como un líder... cubriendo su nombre de injurias y calumnias.

—Espero que descubran a los asesinos, pronto. Lo deseo por él, por su familia y por Chile -dijo Bárbara.

Algunos la miraron interrogantes.

—Digo por Chile, porque no debemos olvidar que él fue Vicepresidente de la República y Ministro de Estado de la Democracia Cristiana... esto tal vez los haga reflexionar... a los DC... y entiendan que no se puede confiar en los comunistas.

—La presión va a ser enorme. Tendrán que encontrarlos -insistió el hombre alto. Yo soy demócrata-cristiano... no sé si debía decir: era. No entiendo tanta ingenuidad... y abriéndose paso se alejó del grupo.

El tiempo seguía consolidando los propósitos de la Unidad Popular: los enunciados y los ocultos.

Pasó por el Congreso la nacionalización del cobre. No se podía votar en contra, aunque la desconfianza que suscitaba el gobierno hiciera desear a muchos chilenos que se hubiera postergado tal decisión.

Y como una granizada siguió la estatización de cuanta empresa importante tenía el país.

El ambiente de inquietud ponía tenso todo contacto entre la gente. Comenzaban a contestar de mal modo, a enojarse sin razón aparente, a convertir cualquier convivencia en una batalla.

—Va mucho más rápido que lo fue en Cuba, comentaban. Y el éxodo continuaba in crescendo.

Paula entró en su casa con ánimo agresivo. —Habrá una elección complementaria en Valparaíso -dijo- y creo que hay que dar esa batalla... y ganarla. Será el 18 de julio.

Andrés no contestó. La conocía bien. Dio media vuelta y entró al comedor.

Ella apenas estuvo sentada. A cada momento se paraba para llamar a alguien, para hacer un encargo, para ponerse de acuerdo sobre algún asunto importante.

En la tarde vendría el Senador. El tenía ideas muy particulares sobre la elección: habría que conversar con cada elector, uno a uno, recorrer el plano y los cerros de Valparaíso. También las otras ciudades de la provincia. Sería un trabajo muy agotador, pero creía que era la única forma de intentarlo con alguna probabilidad de triunfo.

Las mujeres tomaron entre sus manos la parte más dura.

Recorrieron los cerros, hablaron, convencieron, hicieron encuestas, enseñaron a vocales y apoderadas, aportaron datos electorales. Ciento cincuenta mujeres expertas en trabajos electorales, se trasladaron a la provincia para colaborar.

Se ganó la elección de Oscar Marín, independiente, por escaso margen. La Oposición se había unido por primera vez, no muy convencida.

Pero fue un triunfo.

La rueda de la fortuna se había detenido y comenzaba a girar en sentido contrario, lentamente...

Una leve... muy leve ilusión volvió a muchos corazones.

Dolía saberlo: Fidel Castro venía a Chile.

El tirano del Caribe, el que había hecho asesinar ante el "paredón" a más de 20.000 personas inocentes, el que mantenía a su país en la miseria y el hambre, se pasearía por las calles de Santiago, recibiendo el homenaje del gobierno.

Llegaría el día 10 de noviembre de ese aciago año de 1971.

La noticia colmaba de indignación a los chilenos, agobiados ya por el despojo y la violencia.

Chile se había dividido ya en dos bandos irreconciliables.

Los universitarios se unían cada día en mayor número a la Oposición.

Ahora se habían "tomado" la Escuela de Leyes de la Universidad de Chile.

Reinaba tanta violencia en el ambiente, que hasta el ministro Tohá intervino un día personalmente en los disturbios, olvidando la dignidad del cargo.

Paredes, el Director de Investigaciones, descargó su revólver contra los estudiantes, mientras los jóvenes se defendían con piedras y otros elementos contundentes.

El propio gobierno trataba de crear el caos, para justificar luego cualquier recurso extremo.

Cada día había enfrentamiento con piedras, linchakos y garrotes con clavos, armas predilectas de los marxistas.

El gobierno amenazaba que la resistencia desencadenaría una guerra civil. Y la ciudadanía se preguntaba si todo eso no era ya, una guerra civil.

También los campos se teñían de sangre.

La lucha entre los agricultores y los activistas pagados por el gobierno arrasando a los campesinos, era la lucha más desigual.

Eso sí, cosa curiosa, el Sub-secretario del Interior nunca sabía nada de lo que sucedía en el país.

En ese escenario apareció Fidel Castro, rodeado de una numerosa delegación y sus cincuenta guardias personales fuertemente armados.

El gobierno consiguió montar una gran manifestación con arcos de triunfo y bambalinas. ¡Circo para el pueblo!

Pero la Oposición atacó en todos los frentes.

Los jóvenes de Patria y Libertad y la recién formada: "Brigada Rolando Matus", del Partido Nacional (llamada así en honor de un joven nacional, asesinado en el sur, por grupos marxistas) se dedicaron a hostilizar el paso de Castro donde sea, a pintar muros y pisos, con alusiones a sus crímenes contra la gente pacífica de su tierra y con agravios contra su persona.

Fueron perseguidos y acorralados por órdenes del gobierno, pero no logran evitar que la ciudad se llenara de protesta por la ingrata presencia.

Las mujeres, organizadas en grupos, también le demostraron su descontento, desafiando la represión policial. A su paso le lanzaban, desde las ventanas, millones de volantes manuscritos sobre papel de periódico, exigiéndole que se fuera de Chile.

El Coronel Alberto Labbé, Director de la Escuela Militar, se niega a rendirle honores y pagó con el sacrificio de su honrosa carrera, su orgullo de chileno.

La prensa marxista lo atacó duramente.

Teresa se lamentó: —Me lastima la actitud del Cardenal, que se muestra en compañía de los comunistas con tanta frecuencia... como si ignorara las persecuciones despiadadas a la religión católica en el mundo marxista.

—No tienes porqué sufrir así. El es un hombre nada más y puede equivocarse, —le dijo Bárbara con tono ligero.

—¿Cómo que nada más? —Teresa siempre se alteraba ante la indiferencia religiosa de su amiga. Es el Cardenal, el más alto prelado de la Iglesia chilena. No me parece tolerable tu tono de burla —concluyó enojada.

—No me burlo. Pero si lo hace mal, será él mismo y no tú, quien responda ante el Papa, supongo...

—Por Dios, Bárbara, qué tiene que ver? . No he pensado siquiera en lo que dirá el Papa.

—Pues, eso sí, deberías irlo pensando —Bárbara se puso seria- porque según entiendo, él no puede equivocarse... y deberá arreglar este asunto. Es muy importante.

—Y no se equivocará, ya lo verás.

—Me gustaría creer eso. Me lo enseñaron de muy niña. Pero de todos modos, quisiera verlo, porque la Iglesia Católica tiene mucha influencia en el comportamiento político de los pueblos.

—Ten confianza.

—Procuraré tenerla... pero, ¿qué ha pasado con los 80 curas marxistas? ... que hace poco entregaron las declaraciones más... extravagantes, por decir lo menos.

—Me imagino que los censurarán.

—Sólo te lo imaginas, porque hasta aquí, no hay ninguna reacción... ni la veo venir. Si tienes tanta fe en el criterio del Vaticano, habría que hacer alguna gestión para que...

—No está dentro de mis posibilidades —la interrumpió Teresa vivamente molesta. Lo estás diciendo para irritarme... y yo siempre caigo.

—Ya, no vamos a discutir ahora... sigamos con Fidel. Iremos esta tarde a la Embajada de Cuba.

—Es claro que iremos. Iremos a todas partes.

En cada hogar, el grupo familiar pareció centrarse alrededor de los padres.

La díscola actitud que hasta entonces habían tenido los jóvenes, cambiaba por momentos. El jefe de la familia comenzó de nuevo a ser el núcleo, el refugio, lo sabio.

Una especie de pánico interior conmovía los cimientos de la estructura social.

La doctrina marxista comenzó a mostrar sus feos designios, que cada día avanzaban un punto, cerrando los caminos para las justas ambiciones juveniles. El derecho a progresar, a esforzarse para conseguir un mayor bienestar personal, ya no tenía sentido...

Sólo el bastión de la familia se mantenía enhiesto todavía, pese a los desesperados esfuerzos de esas sectas pseudo-religiosas, como SILO y otras, creadas por el marxismo, para destruir en sus cimientos, lo que ellos llaman la “sociedad burguesa”.

Las ciudades adquirían un desolador aspecto de derrota. La basura se acumulaba en las aceras y los muros pintarrajeados destilaban el odio en las figuras sin arte, de entes repulsivos, en dramática confusión con signos y nombres extranjeros.

El cielo parecía de plomo. Cálido y saturado de inquietudes, pesaba sobre la gran ciudad.

Una sensación de fracaso aplastaba el ánimo de los chilenos. Habían sufrido todo un año de gobierno marxista, en su descendente camino al socialismo.

¡Casi se podía oír, sentir, como estaban destruyéndolo todo!

La voz de las radios de la Oposición, agresivas, cada vez más audaces, los diarios entregando sólidos argumentos para señalar el vandalismo; iban afinando la sensibilidad de la gente.

Con sólo tenderse boca abajo sobre el pasto, podía “escucharse” el saqueo, podía “percibirse” el odio, conseguía “olerse” el humo del incendio en que se consumían siglos de trabajo, de voluntades en acción, de esfuerzos, de heroísmos...

No había esperanza. Todo caía ante la picota implacable de ese camino al socialismo.

Y al destruir el campo y la industria, comenzó a asomar la escasez. Al final de la perspectiva, se veía el hambre amenazando, puesta ahí de adrede por ellos, para reducirnos a su voluntad.

Corrieron lentos los días de ese largo año 1971, en que parecía sepultada para siempre la esperanza.

El teléfono repiqueteó urgente. Bárbara levantó el fono mientras leía con atención un grueso libro y la televisión mostraba anuncios cargados de odiosa propaganda sectaria, que prefería no escuchar.

Finalizaba el mes de noviembre y la gente no percibía siquiera la presencia alegre de la Primavera.

Al otro lado de la línea sonó una voz amiga. Las palabras venían colmadas de extrañas vivencias. Se la quedó escuchando con admiración. —Había gente con tanta pujanza todavía? ... De pronto se dio cuenta que tenía que responder: —¿qué quieras que hagamos? . ¿Una marcha por las calles de Santiago? ... ¿y con cacerolas? , ¿no es algo un poco loco? ... tendríamos que ser muchas.

Subió el tono en el audífono: —Por supuesto, seremos muchas... si todas ayudan... si lo organizamos bien...

—No te exaltes. Haré todo lo que digas. Iré a tu casa ahora mismo.

Bárbara manejó su coche, con lentitud entre el tránsito pesado que se acercaba a los contornos del centro. No era esa su costumbre, pero quería pensar. Nada había logrado sacarla de esa apatía, incongruente con su propio carácter, que la había dominado todo ese largo año. Su familia desmembrada por los cuatro puntos cardinales del planeta, le dolía de un modo lacerante. Su inquietud por el destino de cada uno, la mantenía muchas noches en vela y el dolor de ver como agonizaba la Patria, la hacía sentirse enferma.

En casa de Carmen encontró unas veinte mujeres, amigas algunas, otras sólo conocidas... la mayoría pertenecientes al Partido Nacional; pero todas vibrantes de entusiasmo. —¡Qué extraño! -pensó- ¿por qué creen en esto? . Si les sirve, aunque sea para hacerlas sentirse así, voy a ayudar, es claro.

Alrededor de la enorme mesa del comedor, unas cortaban papeles de diario en pequeños trozos y otras los escribían con plumón, llamando a concurrir a la "marcha de las cacerolas", con las variantes que a cada una se le ocurrían. Ya eran expertas: Así habían hecho llegar su mensaje de repulsa al tirano del Caribe, que aún prolongaba su visita.

Las horas pasaban veloces y sólo contaban con unos pocos días. La "marcha" debía de ser el 2 de diciembre. Nadie sabía porqué, pero así se había resuelto.

—¿Con quiénes más están contando?

—Bueno, hemos tomado acuerdos con las demócrata-cristianas, de la Democracia Radical y otras organizaciones femeninas... y que cada una llame a su lista de teléfonos, pidiendo que a su vez hagan lo mismo. Y por supuesto, hay que conectarse con los Centros de madres, Juntas de vecinos, etc.

—¿De dónde salió la idea?

—Es una pregunta difícil. Hay muchas que se la atribuyen... ya sabes, siempre es así. ¡Qué importa! . Lo que ahora cuenta es que todas están interesadas. Las mujeres de la DC están trabajando mucho.

—¿Y qué opina tu marido?

—Lo mismo que los otros maridos... que estamos locas, pero que lo hagamos si pensamos que puede resultar.

—¿Y tú, qué crees?

—Que resultará y que traerá cola...

—¡Dios te oiga!

Los teléfonos llamaban en todas partes, se visitaba a grupos distantes. Hubo una urgencia general. Los recados se repetían y se cruzaban, eso no era importante. Lo decisivo era que la voz llegara a todos los rincones de la ciudad... y el optimismo contagioso moviera voluntades... hasta que, como un torrente devastador, la opinión pública comenzó a bullir y a movilizarse.

Se estaba resquebrajando el enorme muro de contención de un dique, colmado hasta los bordes. ¡Se oían crujir las amarras!

El 2 de diciembre amaneció luminoso. A media tarde, empezaron a converger a la Plaza Baquedano, las mujeres de todo Santiago, con una cacerola entre las manos.

Al principio, no se atrevían, no sabían qué hacer con ella... pero de pronto, por aquí o por allá, algún grupo la hacía sonar tímidamente... hasta que vino, desatado, el rugir arrollador de miles de cacerolas vibrando en el aire de la tarde santiaguina.

Y ese clamor fue subiendo hasta llegar a la madriguera de los dirigentes marxistas escondidos.

Venían más mujeres, en grupos o solas, con vestidos del color del verano y una extraña alegría en los semblantes.

Por todas las calles, se acercaban, caminando ligeras, como si un llamado mágico las trajera hacia el vértice de ese inmenso torbellino.

Las voces juntas y dispares formaban una orquestación magnificada.

Y más y más mujeres... mujeres de todas las condiciones, de todos los aspectos, mujeres chilenas que se habían puesto de pie para entregar su mensaje de protesta.

Pero no había odio en sus rostros. El hecho de reunirse, de ser muchas, había roto la angustia... y el poder expresarse les comunicaba una alegría que no podían explicar, que era difícil traducir en palabras, en conceptos; pero que se parecía a una liberación.

Se inventaban consignas ingeniosas que eran recibidas con alegres carcajadas. Desde alguna ventana, llegaba un insulto soez, que era respondido de inmediato con esa gracia atrevida que provoca a reir.

En esos momentos más parecía un enorme carnaval, que un reclamo político.

Y seguían llegando mujeres, más y más...

La enorme plaza se hizo estrecha.

En la sombra, los hombres del soviet comenzaron a tener miedo... y el miedo es un mal consejero.

Se negaron a detener el tránsito por la Alameda y la enorme columna, presionada por su misma creciente marejada, comenzó a moverse hacia la avenida del Parque Forestal.

Los muchachos que tenían tomada la Escuela de Leyes, se habían subido sobre el techo y enarbocaban una bandera chilena enorme flameando airosa, sobre el blanco y azul de la cordillera. La hilera de jóvenes al borde mismo, en lo alto del edificio, cantaban la Canción de la Patria.

Las mujeres, de todas las edades, de todos los lugares, corrieron en esa dirección, avivándolos, embriagadas de emoción.

Había un nudo en todas las gargantas y lágrimas en los ojos.

A todo lo ancho de la calzada se extendió la muchedumbre. En las aceras había muchos hombres que aplaudían. Tal vez pensaban que, en algún momento, podían tener que defenderlas; pero de un modo vago.

No había atrevimiento en ese desfilar, aunque fuera una protesta. Muchas mujeres pensaban que sólo era necesario hacer notar "que no lo estaban haciendo bien". No creían aún que se trataba de la implantación de un sistema, de un plan puesto en marcha para destruirlo todo.

Ellas sólo protestaban para que se enmendaran rumbos. Había mucha ingenuidad y tal vez mucha ignorancia todavía entre los chilenos.

No querían imaginar que estábamos en el camino de bajada, sin retroceso hacia el comunismo.

No sabían aún que la Unidad Popular quería el "poder total"... sobre la vida... sobre la mente.

El enorme gentío se movía lentamente.

A ambos costados, los jóvenes de Patria y Libertad luciendo cascos amarillos y bastones, muy conscientes de su papel de defensores, velaban ostentosamente por la seguridad de las mujeres. Era reconfortante verlos, aunque para muchas era sólo un alarde que agradecían con simpatía. También iban jóvenes de la Democracia Cristiana y del Partido Nacional, no tan bien organizados.

—Y tu cacerola? -preguntó Angela.

—Del interior de una bolsa de compras, Bárbara sacó un palo de media escoba, sin otro comentario.

—Mujer de poca fe.

Ambas rieron.

—Tú sabes lo que yo pienso acerca de lo que está sucediendo en este país. No creo ya, en viejitos pascueros.

Alrededor se cantaban canciones alegres o se gritaban consignas divertidas. ¡La Tencha nos decía que Allende no servía!, y el coro general enronquecía las voces femeninas.

De pronto, brotó desde el fondo, desde el subconsciente de la chilenidad, libertaria y rebelde, el grito que como una clarinada resonó por todo el tiempo de la lucha que cubrió los ámbitos de Chile.

— ¡Chile es y será un país en libertad!

Se gritó primero con desafiante alegría, luego con rabia o con dolor. Acompañó a todos en las tragedias, los triunfos, el reto, la advertencia.

Ese día nació.

Nació como una advertencia.

Luego se convirtió en un anatema.

La columna, ancha, enorme, serpenteó al costado del Palacio de Bellas Artes y se apretujó para entrar por Santa Lucía, mientras las últimas mujeres, aún no se movían de la Plaza Baquedano.

En la esquina de Merced un grupo de exaltados de la Unidad Popular gritaban insultos y lanzaban piedras en su contra.

Fue el principio del drama.

De ahí en adelante el camino se hizo más y más hostil. La Policía Especial, ubicada al costado del Cerro, no miraba el desfile y su posición hierática era como una amenaza.

Aún los gritos eran alegres y se confundían con el tañer de las cacerolas, entre los cartelones que nominaban los distintos grupos.

Bárbara y Virginia se hallaron de repente bajo un lienzo de la Democracia Cristiana. Todas rieron y se separaron. La gente se encontraba y se desencontraba... todas eran amigas, porque estaban en el mismo afán.

Había algo como un encantamiento, una emoción profunda en ese encuentro de seres humanos, muchas veces apartados por ideas diferentes, que se unían en la pasión compartida de amor a la Patria.

Avanzaban despacio, coreando entusiastas el grito que cualquiera improvisara con ingenio.

Algunas caminaban retrocediendo para dirigir, para unificar a los grupos.

Curiosamente no sentían como una sorpresa la inmensidad de esa concurrencia.

Los hombres sí. Ellos estaban sorprendidos.

Su porte respetuoso bordeando la calzada, aplaudiéndolas, cambiando una

frase afable con alguna conocida que pasaba, celebrando las consignas más audaces, coreando a ratos la Canción Nacional: era algo tan importante, tan sólido, que luego en el recuerdo, resonaría dentro de cada uno, como el entendimiento definitivo en la lucha que comenzaba.

En medio de la muchedumbre, los saludos cordiales, con calor de amistad en los encuentros breves. A veces desde lejos, separadas por grupos ajenos, una mano en alto luciendo la cacerola.

—María Inés, ¿qué te parece esto?

—Colosal. ¡Vino Marta?

—Es claro, por ahí andá.

Y las palabras cruzadas a todo lo largo del camino, entre gentes que no se habían visto nunca; amistosas, alejando ilusiones:

—Verá usted como los echamos.

—No será fácil.

—Pero los chilenos, no lo vamos a aguantar.

Se hacían planes, se comentaba, sintiendo que estaban entreabriendo una puerta forzada... pero que existía un poder de "resistencia".

En los primeros balcones asomó la bandera patria.

Los gritos se elevaron en una batahola. Era como una fiesta. ¡Al fin! . Un revivir de esperanza.

¡Banderas! , ¡banderas! ... a todo lo largo de la calle, los edificios se llenaron de banderas...

La Canción Nacional, otra vez.

Los brazos en alto: gritos, consignas...

Y... ¡Chile es y será un país en libertad!

Mujeres que venían de todos los extremos de la ciudad, confundidas en un abrazo fraternal. Desde las poblaciones precariamente levantadas sobre la tierra cruda, desde los barrios medios, donde escasea el dinero pero señorea la dignidad y desde cualquier lugar más o menos pudiente; campeaba la chilenidad amenazada, el desafío al intento de dominación ajena, a la destrucción de los viejos valores...

—No, con esta gente. No, con nosotros los chilenos.

Inexplicablemente, era una creencia general, que de algún modo podrían detenerlos... aunque no lo hubiera logrado antes ningún otro país de la tierra.

Se supo que no les permitirían llegar hasta la Moneda, pero no quisieron creerlo.

No era extraño que lo intentaran. Ya las habían desviado de la ruta autorizada. Pero nadie lo tomaba demasiado en serio.

La mayoría no había entendido aún lo que estaba pasando en Chile.

Tal vez era que no querían entenderlo, como un recurso anímico, como una especie de defensa interior.

Desde los balcones aplaudían el paso de la caravana y hacían sonar cacerolas. Seguía la fiesta...

Los gritos se multiplicaban, a veces discordes, entre la multitud que avanzaba descuidadamente.

Las primeras mujeres llegaban ya al costado de la Biblioteca Nacional. Nadie pareció preocuparse porque la marcha se detuvo.

Desde un camión que abría la manifestación, una voz de mujer habló largamente. No se entendía muy bien porque los gritos entusiastas apagaban el discurso. Luego se pidió que esperaran unos momentos, porque se estaba cuestionando el permiso para continuar hasta el Palacio de Gobierno. Como un recurso emocional, las mujeres cantaron otra vez la Canción Nacional, pero no hubo respuesta. Ester se detuvo interrogante con una vieja sartén en alto y el palo de Bárbara en el aire, callando de repente su estridente sonajera.

Hubo un momento de extraño y expectante silencio. Algo estaba sucediendo. Una presencia sospechosa, que acusaba peligro, paralizó el entusiasmo... ¿quiénes eran? , ¿dónde estaban?

Sólo unas pocas se dieron cuenta en ese momento: un escozor de miedo, acusó la aparición de las brigadas marxistas.

Agazapados entre los arbustos de la Plaza, detrás de cada árbol, dispuestos a herir, a golpear, a matar...

Bárbara recuperó su garrote de un ligero tirón.

—¿Y con qué voy a tocar?

—No seas estúpida. Aquí se armó. ¡Agarra tu sartén a dos manos y défiéndete!

Armados de cadenas, ya se abrían paso entre la columna de mujeres, unos metros más atrás, atravesando el sesgo, en dirección a la calle Moneda.

Las cadenas abrían regueros de sangre en los rostros, en los brazos desnudos, o teñían de oscuros moretones las espaldas, cuando ellas indefensas, se acurrucaban contra los muros escondiendo la cara.

Algunos llevaban papas con hojas de afeitar, para dejar tajos profundos que marcaran para siempre.

—¡Criminales! . ¡Asesinos!

La rabia y el dolor provocaron una espantosa reacción. No tenían con que defenderse. Se produjo pánico en unas pocas y se encendió el coraje entre las demás.

Las que iban adelante, avanzaron hacia el centro de la Alameda. Entonces sucedió algo que nadie podía creer: La policía tenía "orden" de tirar bombas lacrimógenas sobre las mujeres que huían del ataque de las brigadas comunistas.

Cuando estalló la primera, el desconcierto fue indescriptible. Algunas corrieron y otras mantuvieron a pie firme sus posiciones.

—No puede ser cierto -pensó Bárbara. ¡Lo estoy viendo y no lo puedo creer!

Su ira fue más fuerte que la razón. — ¡No arranquen, mierda! -gritó. Muchas mujeres se volvieron...

Otra bomba estalló a un escaso metro de ella. Por un tiempo que le pareció una eternidad, estuvo totalmente ciega.

Avanzó hacia el centro de la calle, alejándose despacio, por instinto, del peligro. Una horrible sensación de náuseas le impidió moverse.

Cuando pudo ver a medias, la fila apretujada de policías que impedían el paso hacia el poniente, le pareció algo irreal, borroso y deformado, como una enorme y monstruosa caricatura.

Un coraje rayano en la inconciencia, alentó a muchas mujeres que se volvieron furiosas contra los que las atacaban, cuando debían defenderlas.

De otro modo habían visto siempre a las fuerzas del orden: como elementos de seguridad para los débiles, para los que tenían la razón...

Los hombres resistían estoicos, los insultos femeninos, cumpliendo la orden bestial, que muchos recibieron con repulsa.

—Señora, por favor, no me diga más maricón, a mí me mandan. Son órdenes del Intendente...

Carmen se detuvo en medio de una frase. —...pero ustedes que deberían detener a esos asesinos... también nos atacan... ¿cómo se llama esto?

—Mi mujer anda con ustedes.

Todo el lugar era un pandemonium. Muchas manifestantes caían desmayadas con asfixia. Sus amigas las arrastraban, alejándolas del infierno donde campeaban las brigadas.

Corriendo por la calle Santa Lucía, apareció por fin, un grupo de muchachos de Patria y Libertad. Sin detenerse, se avalanzaron sobre los marxistas que huyeron despavoridos hacia el Cerro. Valientes, bien entrenados, audaces, los persiguieron encaramándose por los muros de piedra.

Era un espectáculo abismante: esas fieras humanas que se habían ensañado contra mujeres indefensas, huían como conejos a esconderse entre los matorrales, frente a hombres adiestrados para la lucha.

En la esquina sur, desde lo alto de un edificio, comenzaron a tirar vidrios quebrados sobre las mujeres. Se produjo un nuevo brote de terror. Las heridas eran profundas y se abrían como rojas flores de sangre.

¿De dónde había brotado esa depravación, esa crueldad brutal, esa perversión incalificable? , en un país donde antes, siempre reinó la concordia y el orden...

Cadenas, vidrios, hojas de afeitar... hiriendo, golpeando... y las bombas lacrimógenas y los bastones.

Pero aún así, las mujeres no abandonaban el campo.

Juanita corría como loca. Su talla pequeña se perdía a veces entre la multitud. María Clara se había desmayado unos pasos más allá, con una rara lentitud. Su esbelta figura se fue doblando, desdibujándose, hasta quedar tendida sobre la calle, como si estuviera dormida. Mucha gente corrió a socorrerla.

Algunas mujeres lloraban de miedo, de desconcierto... pero otras, la mayoría, estaban enardecididas, se veían transformadas por el coraje.

Un cura atravesó el camino de Juanita. Ella se lo quedó mirando, sólo unos segundos y remeciéndolo, agarrado por las solapas, le gritaba: —Usted es comu-

nista, usted es comunista. El pobre hombre se defendía: —No, señora, no. Alguien la tomó de un brazo y la apartó. Las mujeres sintieron un odio casi irracional contra todo lo que de algún modo, hubiera apoyado a los comunistas.

En unos pocos momentos, todo había cambiado.

Nunca hubo una orden tan torpe: ¡atacar a las mujeres!

¡Ahí mismo nació la “resistencia”!

Una resistencia que nada lograría detener ya.

La policía seguía cerrando el paso hacia la Moneda, pero las mujeres continuaban dominando la calzada, gritando con el lenguaje más atrevido. Un lenguaje procaz, que también nació ahí. Que nunca se había usado antes. Ninguna grosería parecía suficiente para calificar al gobierno.

El estallido de una bomba las hacía retroceder unos metros, pero volvían.

Las que no alcanzaron a llegar a la Alameda, tuvieron su propia batalla en el centro. Las atacaron frente al Congreso y en todas las calles que bajaban hacia la Casa de Gobierno. En todas partes fue lo mismo.

Se prolongó por horas.

De repente el enorme grupo que se hallaba frente al Cerro Santa Lucía, se encontró entre dos fuegos. Desde la Unctad, las “brigadas” trataron de encerrarlas. Un grupo de jóvenes aguantaron el choque, para que las mujeres pudieran salir hacia el sur.

Hasta ese lado caían también las bombas.

Ya habían llegado muchos hombres: maridos, padres, hijos, novios...

Una larga columna siguió hacia el sur, gritando, enardecida, sangrando, con los ojos enrojecidos por los gases...

Cuando una joven cayó asfixiada, apareció, quien sabe de donde, un fotógrafo con aviesas intenciones. Quería tomarle fotos con los vestidos levantados por el esfuerzo desesperado de respirar.

Bárbara alzó su garrote y lo golpeó con todas sus fuerzas, una y otra vez, con las dos manos, de un lado y del otro. El tipo trataba de defenderse, pero no lo lograba. La máquina cayó al suelo y rodó la película.

—Basta, basta, señora..., gritaron unos hombres; pero ella no podía detenerse. De pronto se volvió. —Llévenselo -gritó- a este desgraciado, maricón.

Se enderezó mirando alrededor, como si recién viera a la gente. Estaba rodeada de un círculo. Algunos aplaudieron. Una muchacha dijo: —Bien hecho. Que alguien se las dé.

De un grifo salía un grueso chorro de agua fresca, mojó su pañuelo y se lo puso sobre los ojos adoloridos, mientras pensaban inútilmente. ¿Cómo lograrían abrirlo...?

Le dolían los brazos y el cuello. Parecía que la cabeza le iba a estallar... y otra vez las náuseas...

La multitud dobló por Rancagua hacia el occidente.

Bárbara tuvo que pensar donde había dejado su automóvil... ¡estaba lejísimo!

Se había separado de todos en medio de la contienda. Iba rodeada de gente extraña, pero que igual los sentía como amigos. Todos llevaban la misma indignación, el mismo furor...

Un cansancio insoportable se iba apoderando de su cuerpo. Las piernas le dolían y dudaba de alcanzar a llegar. También sentía como una herida dentro del pecho y en la garganta. Había estado horas gritando...

Llegó exhausta a su automóvil. Se sentó adentro, pero no pudo ponerlo en marcha de inmediato. Era tal el cansancio, el dolor, en las piernas y en los brazos; que no podía desembragar, ni hacer los cambios.

Esperó un rato.

La ropa hedía a sudor, a gases, a tierra...

—Necesito un baño tibio, pensó, mientras manejaba despacio.

En la puerta de su casa la esperaban los hijos alarmados. La radio estaba dando las noticias más inquietantes.

El presidente de la radio Agricultura había hecho un llamado a los hombres, para ir a vengar el agravio... y habían anunciado que la emisora sería clausurada, por sedición.

Todos hablaban al mismo tiempo, mientras ella los abrazaba con exagerada emoción.

Acaban de llamar de casa de tía Elena. Aún no ha llegado y están muy asustados, dijo alguno.

Sin decir nada volvió a subir a su automóvil y fue a casa de su hermana.

Llegaron al mismo tiempo.

—¿Qué te había pasado?

—Tuve que llevar a Margarita al Hospital. Le estalló una bomba y casi le destroza una pierna... está mal. También le alcanzó a la niña. El espectáculo ahí es atroz. Está lleno de mujeres heridas en el rostro, en los brazos... tajeadas, golpeadas brutalmente con cadenas... también había un joven del Partido Nacional, no supe su nombre; pero estaba desmayado, cubierto de sangre.

—¿Lo atendieron pronto?

—De inmediato. Lo metieron al pabellón para operarlo. Tenía un tajo profundo en el cuello... decían que en el primer momento no se dio cuenta y siguió peleando... de repente cayó desmayado. Parece que está gravísimo. Hay muchos heridos a bala también.

Varias personas llegaban a una casa vecina. Una muchacha gritaba histérica. Se habían llevado a su novio herido y no sabía adonde. Cayó, poniendo su cuerpo entre la joven y las cadenas homicidas.

Elena entró en su casa y le llevó un calmante. La niña sollozaba...

Esa tarde se había levantado en Santiago una barricada, con las voluntades y la indignación de las mujeres. Ahora ya sabían el sentido de ese "camino al socialismo". Todas las palabras huecas de la campaña, adquirían en estos momentos su verdadero y terrible significado.

Los chilenos tenían el destino trazado.

Era como la génesis de un nuevo y distinto quehacer.

Sería muy duro. Al final del camino en el tiempo, podía estar el fracaso y la muerte... o el triunfo.

Cuando Bárbara se tendió por fin sobre el lecho, no podía conciliar el sueño. Toda esa batahola de la tarde, seguía girando ante sus ojos, abiertos en la oscuridad.

Sus amigos la habían visitado esa noche. Todos opinaban, hablaban a gritos... pero no había consistencia todavía en sus propósitos.

Pedro le había reclamado el riesgo corrido.

—Mi amor, le contestó, con una calma fría, no me lo vuelvas a decir. Estamos en guerra... y voy a pelear hasta el final... cualquiera que sea ese final.

—Si tuvieras que escoger entre...

Ella lo interrumpió. —No lo digas. Sería tonto y podría ser malo para nosotros. Son cosas distintas y en esta pelea nos vamos a matricular todos... no te hagas ilusiones.

Y esa noche cuando durmió, sus sueños fueron atormentados, llenos de imágenes monstruosas, que disparaban gases y humo sobre unos niños que se agolpaban contra una puerta cerrada.

Al día siguiente, los diarios anuncianaban que la ciudad había sido declarada Zona de Emergencia.

Y la noticia de “la Marcha de las Cacerolas”, dio más vueltas al mundo que cualquier satélite artificial, en las pantallas de los televisores de todo el orbe.

A lo largo y a lo ancho de los cinco continentes, a colores y en blanco y negro, la vieron en todos los países de la tierra.

Siempre se dijo que las mujeres chilenas, eran algo diferente...

La orden llegó, nadie sabía de donde: —A las 10 de la noche, todo Santiago debía tocar las cacerolas.

Misterios que corren por los veneros de la sangre.

Los pueblos tienen un lenguaje tácito, que aflora en la magia de ignorados derroteros.

Toda la ciudad lo supo. Había una especie de expectación, de prisa, porque llegara la hora señalada.

Empezó como un murmullo.

En todos los barrios.

Primero en una ventana y en la vecina y en la otra, y se sumó la cuadra siguiente y la de atrás y la manzana entera y la que seguía... en rápido suceder.

Hasta que toda la ciudad resonó como una inmensa cacerola, ahogando los otros ruidos en una enorme marejada de protesta, que lo abarcaba todo, que aturdía a los enemigos, que los rodeaba, que los sumergía en el tam-tam mágico, incontrolable y exasperante.

¡Durante horas sonaron las cacerolas!

Sólo si agotado, alguien se detenía unos segundos, podía escuchar el retumbar atronador que parecía remecer la ciudad hasta los cimientos.

Era la más rara manifestación imaginable. Detrás de cada ventana abierta a la noche santiaguina, una mujer enviaba su mensaje sin palabras, que estremecía la conciencia de Chile.

Así siguió sucediendo, noche tras noche, golpeando sobre la tensión exacerbada de la gente, aguzando los sentidos.

En todos los barrios de Santiago: desde las más modestas poblaciones de Barrancas, Conchalí, Santa Rosa o San Miguel..., en los sectores de clase media, hasta los más acomodados del barrio alto; se oía el mismo, atronador y monocorde sonar de las cacerolas.

Era mucho más que una protesta. Era algo inexplicable, como una expresión telúrica.

Ese tañer de cacerolas movía voluntades.

Tenía el significado ignoto de los tambores de la selva. La gente comenzaba a salir de sus casas, empujadas por el misterioso mensaje primario, que incitaba a la lucha, despertaba instintos escondidos, removía violentas rebeldías.

Cada noche, la ciudad se fue llenado de “resistencia”. Los jóvenes encendían fogatas en las calles, se formaban inesperados mitines en las esquinas, los gritos llenaban la noche de inquietudes.

¡Cada noche... a las diez en punto de la noche!

Cuando la Radio Agricultura estaba clausurada, algo faltaba junto al despertar de cada mañana: las voces amigas, animando, vigilantes, en permanente desafío. Alvaro Puga, Carlos Ashton, Gabito Hernández, Luciano Vásquez... Ellos eran también algunas de las víctimas de la furia oficialista.

Los periodistas libres, hombres y mujeres que con igual valor, con la misma descuidada audacia se batían todos los días contra la amenaza, la celada, el reto. Junto a los hombres estaban: Silvia Pinto y Patricia Guzmán, inteligentes y valerosas, la agresiva Carmen Puelma, de juicios bravíos y voz desafiante; María Eugenia Oyarzún, documentada y distinguida, podía decirlo todo sin perder su aire distante y hasta altanero... y las más niñas, recién egresadas de la Universidad... Sería muy largo enumerarlas a todas, pero todas se jugaron la vida en esa batalla.

La gente vivía pendiente de la última información. Todos los chilenos andaban con una radio en la mano.

Los periódicos parecían atrasados, porque las noticias del día anterior resultaban añejas. Pero estaban los artículos de fondo, las fotos, las opiniones... y el público se los devoraba.

El gobierno seguía permitiendo “esa libertad de expresión” porque era el precio que pagaba por engañar a la opinión pública del mundo entero. Con ese sueño podía permitirse todos los abusos, las ilegalidades, los atropellos.

Pero la oposición hacía el máximo uso inteligente, de esa “puerta de escape”, en diarios, revistas, radios y televisión, exacerbando la conciencia ciudadana.

El gobierno permitía que funcionara el Congreso, pero desconocía sus acuerdos y mantenía una pertinaz campaña de desprestigio en su contra y en contra de cada parlamentario opositor que lograba convencer a muchos incautos.

Sin embargo, el Parlamento también hacía el mejor empleo de su alta tribuna, mostrando a los chilenos, los abusos, los escándalos, las aviesas intenciones de sobrepasar el Estado de Derecho, los despojos, los crímenes, los desfalcos, la rapacidad.

Esa tarde Bárbara encontró un recado de Paula. Venía llegando de viaje y la esperaba en casa.

La sala estaba repleta de amistades.

Sólo se hablaba de política.

Era el único tema de interés para los chilenos, con justificada razón. Se vivía en una constante agonía. Cada día parecía de un modo más claro, que todo lo que se poseía, que todo lo que a uno la rodeaba y le era querido... no le pertenecía. Como si sólo le fuera "prestado" por un tiempo pequeño, que se acortaba por segundos.

Paula se entusiasmaba al contarla: —En Madrid vimos por televisión la "marcha de las cacerolas". En un principio no se entendía bien. Creímos que había estallado una revolución y quisimos venirnos ese mismo día. En la compañía de aviación no nos querían creer: Si hay una revolución, querrán postergar los pasajes... —Nosotros queremos irnos de inmediato.

—Luego conseguimos comunicación por teléfono. Fue sólo una manifestación de protesta... pero nació la resistencia... ¡Viva Chile! . ¡Viva Chile! -nos gritaban. Allá, todos llorábamos de emoción.

—Aquí, nosotros aún no la hemos visto en televisión. Pero fue colosal. Ya no podrán detenernos.

—¿Eso quiere decir que se te pasó el desaliento?

—Resucité. Estoy desesperada por hacer cosas. No podemos seguir así.

—Tengo la impresión de que todo está desarticulado, tenemos que organizarnos. La Oposición no coordina... ¿hagámoslo nosotras?

—Puedes creer que el Partido Nacional ha hecho todo lo posible. Se han dejado de lado algunos muy justificados rencores... pero los "socios" son muy difíciles... quieren parecer más izquierdistas que los mismos comunistas... y como eso no es posible, no se llega a ninguna parte con ellos, la voz de Bárbara se hizo triste.

—Pero hay que lograrlo. En la medida que se consiga será útil.

—Sí, eso pienso. Podríamos conversar con Diana y tal vez Angélica, de todas las que conozco son las más amigas nuestras.

—Perfecto, puede ser el jueves, ¿a las cinco?

—Habría que preguntárselo a las demás. ¿Qué te parece Inés, de la Democracia Radical? y ¿Emilia? ... ¿También alguien de Patria y Libertad?

—Dile a quienes quieras... lo más amplio posible. Hay que conseguir representantes de todos los partidos opositores.

Así comenzó a rodar el mecanismo que cundiría pronto a lo largo de toda la República, tan quedamente, sin estridencias, casi sin esquemas.

Se acercaron otras personas.

El Senador Pedro Ibáñez recibía en ese momento todo el peso de la furia marxista.

—Espléndido tu discurso. Te estuve llamando para felicitarte.

—Muchas gracias, pero soy yo el que las felicita: la marcha fue grandiosa. Ha sacado a mucha gente de la apatía... creo que tendrá consecuencias de gran envergadura.

—Paula me estaba contando que la vio en Madrid...

—Han llamado de distintas partes del mundo... ha sido un impacto periodístico y político, por supuesto, en todas partes.

Pero Chile continuaba rodando por el despeñadero.

Las "estatizaciones" seguían su loco camino: el cobre, el carbón, el salitre, el cemento, el hierro, también el acero, las textiles, las pesqueras, los Bancos... el 90% del crédito ya estaba controlado por el Estado y el 85% de las exportaciones... y seguía la vorágine ante el desaliento y la impotencia general.

Los obreros azuzados por los "activistas" del marxismo, presentaban pliegos de peticiones imposibles de satisfacer, con el fin deliberado de destruir la economía privada en todos los niveles.

Se expropiaban tierras o simplemente se "tomaban" con el simple procedimiento de clavar una bandera chilena en medio del campo. Dos millones y medio de hectáreas robadas, en un despojo despiadado, que se convertían de inmediato en terrenos baldíos.

La indigencia llevó a muchos hombres que habían dado forma y riqueza al Agro chileno, a trabajar de plomeros o de choferes de taxis, para dar de comer a sus familias.

La Democracia Cristiana comenzó recién a alarmarse. El Senador Hamilton estudió una reforma constitucional, que delimitara las tres áreas de la economía, para detener el despojo, amparado en "los resquicios legales" de Novoa. El y Fuentealba, la presentaron a la aprobación del Congreso.

La Oposición unida, la aprobó por gran mayoría.

Pero Allende, simplemente, no la promulgó.

Rompía abiertamente con las disposiciones de la Carta Fundamental... no se atrevió tampoco a recurrir al Plebiscito. Una consulta al pueblo... de cuya lealtad él alardeaba.

Entre tanto el campo chileno se iba muriendo entre el vandalismo y la esterilidad.

En cada rincón de la tierra, grande o pequeño, (eso no tenía la menor importancia); el ataque personal o el asalto a sangre y fuego, amparado por las autoridades locales, escribía diariamente una trágica crónica roja.

Cuando Olga entró, todos se volvieron interesados por conocer los últimos sucesos.

Tenía un aspecto dulce. El pelo blanco peinado sin pretensiones y el timbre suave de su voz, engañaban en el primer instante.

Cuando comenzaba a contar su drama, todos la miraron con cierta curiosidad primero, y luego con creciente interés. No cabe duda: es la "cacica" de su grupo familiar... y es un grupo de bravos.

Paula -decía- nos persiguen a muerte. El campo está dominado por la anarquía más absoluta. Mis hijos se tienen que defender constantemente.

—Supe que ellos se habían tomado la Municipalidad... y los caminos también, había una mezcla de admiración y maliciosa aprobación en las palabras de Paula.

—En un grupo, con otros amigos... y lo seguirán haciendo. No van a permitir mansamente los atropellos. Están organizando la resistencia hacia el sur... todos los agricultores grandes y pequeños, lo siguen. En sus ojos brillaba el orgullo materno. Pero la venganza, las amenazas... muchas veces han salvado la vida, sólo por su espíritu indomable.

—Pero nosotras, las mujeres, tenemos mucha influencia. Deberíamos juntarnos... hay que hacer algo. Había una urgencia desesperada en el fondo del tono aparentemente calmado de su voz.

—Hemos estado planificando eso. Lo haremos.

—Cuenten conmigo para lo que sea.

—Tenemos que contar con todas... de aquí en adelante no podremos descansar más...

—¿Cómo fue cuando se raptaron a tu hijo Ramón?

En su rostro se dibujó un gesto amargo, que hizo arrepentirse a Marisa de haber hecho la pregunta.

Pero ella comenzó el relato con su voz apacible: —Estaba en el fundo, con su mujer... lo sorprendieron descuidado, cuando iba a la lechería -se detuvo un momento, como si le costara seguir hablando.

—...se defendió como un león; pero eran más de treinta, ¡los bandidos! , lograron derrumbarlo, pegándole con un palo en la cabeza. Lo amarraron y lo arrastraron hasta la bodega, donde lo aseguraron contra el suelo con alambres. ¡Fue horrible! . Lo patearon por todo el cuerpo, la cabeza... afilaban una hoz, diciéndole que con ella le iban a cortar el cuello. Pero no lograron obligarlo a firmar lo que ellos querían. Lo hubieran muerto, si no es porque uno de ellos se escabulló, desafiando las consecuencias y corrió hasta las casas para avisar. Conocía a Ramón desde chico...

El hombre lloraba: — ¡Señora, por Dios! , lo van a matar, decía. Es tan valiente el patroncito. No lo pueden convencer, no lo harán... y lo van a matar.

—¿Cómo? , ¿dónde está?

El viejo señalaba la bodega. — ¡No vaya usted señora! , están como locos. Por favor, no vaya usted.

Ella corrió al teléfono y pidió socorro a los carabineros. —Pero, ¡por el amor de Dios, vengan ustedes pronto... o estaré muerto!

La noticia pareció arrastrada por el viento. Comenzaron a llegar los vecinos: en automóviles, camiones, caballos...

—Si alguien se acerca lo matamos, gritaban desde la puerta entreabierta de la bodega.

Los carabineros trataron de parlamentar.

—Cuando yo llegué desde Santiago, estaban aún dialogando. Conversé con el Capitán, continuó Olga.

—Señora - me dijo- yo no puedo hacer nada más. Si toco a alguno de estos extremistas, me hacen un sumario y me expulsan. Están organizados y dirigidos por el MIR. Acordaron pedir los “servicios especiales”... —tienen más elementos y autoridad... , dijo.

Llegó un grupo de muchachos de Patria y Libertad. Comenzaron a acercarse desde distintos ángulos, tratando de efectuar un ataque por sorpresa.

Pero, de vez en cuando, alguno se asomaba gritando: —Si no se retiran, lo vamos a matar.

De pronto aparecieron los Servicios Especiales. Su aspecto era realmente impresionante, con sus cascos de protección y sus escudos transparentes, sus armas de grueso calibre y su decisión produjeron pánico entre los conjurados.

—Yo rezaba en silencio. Estaba segura que lo matarían. No podía apartar los ojos de esa maldita puerta cerrada.

Antes de que pudieran reponerse del espanto, el Capitán gritó: —Si ustedes le hacen algo al señor, los mataré a todos. Y continuó: —Voy a contar hasta diez para que salgan: uno, dos, tres, cuatro... se abrió la puerta y salieron todos con los brazos en alto.

—Mi nuera y yo, corrimos a verlo. ¡Estaba vivo! . ¡Virgen Santa, estaba vivo! , Olga revivía las horas dramáticas y estaba pálida de la emoción, pero muy mal herido. Pedimos una ambulancia y lo trasladamos al hospital.

—¡Imagínense, con poco más de 30 años de edad y tiene el pelo completamente blanco!

Un prolongado silencio siguió a las últimas palabras.

Alguien preguntó, con cierta cautela: —A Arturo, ¿le pusieron una bomba en el auto?

—Así fue. Salvó de milagro. La bomba estaba en la maleta. El no la vio y le puso encima unos fierros... unos repuestos de la trilladora que llevaba arreglar. ¡Una suerte increíble! . Eso aplacó la fuerza del artefacto. Pero así y todo, el auto quedó destruido y Arturo saltó fuera con puerta y todo. Prácticamente salió ilesa del atentado, sólo porque Dios lo quiso.

Olga miró al grupo, como si le costara decir lo que quería. Al fin se decidió: —Con todo lo que está pasando... sólo las Fuerzas Armadas podrán salvar nuestra convivencia... Si no, ¿a quién clamamos?

—Entre tanto, nosotras vamos a mantener la resistencia -aseguraron las mujeres...

—Creo que podemos hacer mucho...

—Es claro que sí -le contestó Marisa. Después de la Marcha de las Cacerolas, todo es posible.

Ese jueves se reunieron nueve mujeres que representaban distintos grupos anti-marxistas.

Resultó increíblemente fácil.

¿Fue el resonar de las cacerolas, la amenaza, el miedo o la furia... todo ese poder anímico, tan torpemente exacerbado? ... fue por sobre todo eso: el amor a la Patria.

Hubo algunas escaramuzas.

Las representantes de ciertos grupos, pensaron que podrían ser avasalladas por otros mayoritarios...

Paula, en nombre de las independientes, dirigió el debate, para evitar suspicacias.

Bárbara pidió la palabra: —No se trata de supremacías -dijo- está claro que cada una de nosotras pertenece a un partido político, o a una organización cívica o es celosa de su independencia como Paula. Por eso, tenemos que formar un “Consejo Coordinador” donde estemos representadas todas, en igualdad de condiciones y se tomen los acuerdos por mayoría.

Y esa pequeña frase, tan simple, fue sin embargo, la varita mágica que permitió formar la primera organización sólida y permanente de la Oposición.

Había tomado cuerpo la UNIDAD, sin nombre aún, de la resistencia femenina.

En las próximas reuniones se fue ampliando el frente, se iniciaron nuevos contactos, se aproximaron otros grupos entusiasmados con la idea.

Dos representantes de SOL, de reciente formación, pasaron a integrar también ese Consejo Coordinador.

Comenzaron a sesionar en la casa donde un grupo de personas trabajaban ordenando los datos electorales de la recién pasada campaña presidencial. Se hacía necesario vigilar la dudosa pureza de los registros. Ahí colaboraban ya cientos de mujeres al servicio de la causa, seleccionando, ordenando, durante 10 y 12 horas diarias.

Se acordó visitar a los Presidentes de los tres partidos que, en ese momento, conformaban la descoordinada Oposición, para pedirles el nombramiento oficial de las representantes.

Lo que ellos no sabían, era que con su autorización o sin ella, seguirían adelante.

La llegada a la Sede Demócrata-cristiana, causó expectación entre quienes encontraron a su paso. Cada secretario, cada jefe de algo, cada “capo”, como decía Emilia, quería que la gestión se hiciera ante él, azuzados por la curiosidad. Pero las cuatro mujeres tenían una larga experiencia política y sortearon hábilmente los escollos. Hablarían con el Presidente del Partido o con nadie.

Nunca llegaron a saber si fue la simple curiosidad, la gentileza o un real interés político, lo que abrió la puerta del escritorio de Renán Fuentealba.

Los saludos amables y el tema surgió de inmediato: El oscuro porvenir que enfrentaba Chile.

Las mujeres estamos empeñadas en conseguir la UNIDAD de la oposición. No vamos a permitir, nunca más -Paula acentuó la última frase y sus ojos verdes

brillaron como ascuas. Repitió: —...nunca más, que los hombres de ideas democráticas, actúen dispares exponiendo el futuro de la patria con la mayor desaprensión.

Diana agregó con anergía, sin que se borrara la sonrisa de su rostro: —Somos más de la mitad del electorado y no nos vamos a dejar llevar, de aquí en adelante, a resultados como éste... o ninguna de nosotras votará por ustedes.

Fuentealba sorteó hábilmente la amenaza que venía emboscada en la voz suave, casi afectuosa y la expresión sonriente.

La entrevista fue muy cordial. La reserva que caracteriza al timonel demócrata-cristiano, estuvo presente en la conversación, pero no se negó a nada de lo que le pidieron: Diana fue nombrada como representante oficial del Partido ante el "Consejo Coordinador" femenino.

Al día siguiente hablarían con Julio Durán. La cita fue en el Congreso, e inexplicablemente hubo una larguísima espera. Inexplicable, porque el Senador era amigo personal de todas ellas.

Pero las mujeres tienen el don de la diversificación. Se olvidaron de Durán y cómodamente instaladas en la secretaría, hablaron de historias sentimentales, se contaron anécdotas y cuentos... el tiempo voló. Sólo cuando salió el Senador a la puerta, invitándolas a entrar, se dieron cuenta del rato transcurrido.

—¿Sabes Julio? -le espetó Paula, junto con tenderle la mano- se nos pasó el tiempo entretenidísimas con las historias que contó Diana. De otro modo, nos hubiéramos ido enojadas contigo -pero todas sonreían amistosamente.

—Perdóñenme. No podía echar al señor ese... me dio la lata, y el secretario... Siempre galante y simpático, Julio Durán agotó los argumentos para defenderse de la demora.

Le explicaron sus propósitos.

La entrevista fue cordialísima. Aprobó con entusiasmo la idea y por supuesto recogió la sugerencia, nombrando a Inés como representante de la Democracia Radical.

Terminó insistiendo en ser invitado a una sesión.

—Lo haremos, pierde cuidado... pero no va a ser sencillo, ¡son muchas mujeres!

La risa fácil de Durán, ponía un sello muy particular a sus palabras.

La otra visita fue a Sergio Onofre Jarpa.

La vieja casona que albergaba al Partido Nacional, lucía su ancho zaguán de gastadas piedras, con la pesada puerta abierta de par en par, como en una permanente bienvenida.

Llegaron hasta el hall central, y la secretaría las anunció de inmediato al Presidente.

Un abrazo amistoso, suavizando el gesto hosco de Jarpa, y su trato deferente y amable para con las mujeres, hizo la entrevista muy grata.

Aprobó la idea y a la representante.

Bromeó con Diana, recordando antiguas diferencias en alguna campaña, pero

haciendo hincapié en una antigua y buena amistad; destacó ante Inés, su fácil entendimiento con la Democracia Radical y terminó aprobando cuanto le expusieron sobre el propósito de UNIDAD que intentaban.

Ahora las mujeres estaban conscientes de que habían logrado algo importante: Habían desatado la energía tanto tiempo inerme de la gente chilena, habían despertado la conciencia aletargada de la ciudadanía...

Chile evidenciaba ahora, otra actitud... tenía otras perspectivas...

Y el conocimiento de ese "poder" que les permitió poner en acción la tradicional reciedumbre de los chilenos, adormilada por otros gobiernos blandos, que no supieron exigir el empuje de cada uno, el esfuerzo para conseguir el desarrollo y la grandeza de la Nación, les comunicaba una nueva sensación de seguridad en sí mismas.

Y también una nueva responsabilidad...

Tampoco iban a permitir que nadie ni nada las desviara de ese nuevo camino trazado.

Eran casi las 12 de la noche, cuando se detuvo un automóvil frente a la puerta de la casa. Isabel cerró el libro y corrió descalza hacia la ventana.

El pequeño coche rojo, parecía achicarse más, junto a la vereda solitaria. Luz María se bajaba de prisa.

Era la menor de sus hermanas y ella la adoraba. Corrió escaleras abajo. Antes que tocara el timbre, la puerta estaba abierta. —¿Qué sucede? . ¡Estás llorando!

—No puedo soportarlo más, no puedo —sollozaba la joven abrazada al cuello de su hermana.

—Ya hablaremos, entra pronto... hace frío.

Se acercó a la licorera y le sirvió un vaso.

Luz María lloraba en silencio, acurrucada en un rincón del sofá.

Isabel pensó que ella había estado esperando este desenlace, desde hacía muchos meses. —Ahora dime, ¿qué ha pasado?

Se demoró aún unos momentos en sacar la voz. —Creo que tú ya lo sabes... se trata de Oscar. Tiene un carácter de los diablos y cada día está más agresivo... Creo que sé porqué... —la joven se calló de nuevo.

Su hermana la alentó. —Creo que mucha gente lo sabe.

—Quiere que yo participe... está muy metido con el gobierno, quiere que departa con sus nuevas amistades... y no puedo —sollozó de nuevo, ocultando la cara entre las manos.

—No sólo no puedes... es que no debes —Isabel habló con firmeza.

—¿No entiendes Isabel? , no podré seguir viviendo ahí.

—Aquí tienes tu casa, ya lo sabes. Por mí, ojalá fuera para siempre. Mis hijos están casados y tienen sus propias casas. Puedes escoger el cuarto que quieras. Ya sabes como es Aníbal contigo... se figura que eres la hermana que no tuvo. Y viene tan poco desde el campo... paso mucho sola. La voz dulce y persuasiva de Isabel fue calmado los nervios de la joven.

—Sabía que podría contar contigo —Luz María sonrió entre las lágrimas.

—Pero no va a ser fácil. Vendrá a exigirme que vuelva... y esa casa siempre llena de gente extraña... no es ya mi casa. Estuvo un rato pensando y continuó: —Además tengo la impresión que Oscar... no sé como decirlo.

—Dilo tal como es. Siempre es la mejor forma.

—Me parece que está mezclado en negocios... no muy claros, con esos hombres.

—¿Qué te lo hace creer?

—Bueno, gozamos de una prosperidad... inexplicable, al menos para mí... y nunca sé de qué están hablando. Luz María tenía el rostro patéticamente demacrado por las huellas del llanto y estaba muy pálida.

—Ya me lo habían dicho —confesó Isabel— pero no lo quería creer. ¿Y cómo fue que te decidiste ahora?

—Alguien le dijo que fui a la Marcha de las Cacerolas.

Isabel no pudo contener una carcajada.

—No me parece divertido —rezongó Luz María.

—Perdón chiquita, en realidad no te lo puede parecer; pero a mí me alegra tener una hermana tan “chora”, como dicen mis hijos.

Ella también sonrió ante la salida, impropia de Isabel.

—Aquí te quedas. No importa lo que diga Oscar. Es claro que no vas a participar en semejantes porquerías.

Hubo un largo silencio, cargado de emoción.

—Dime chiquita, ¿estás sufriendo? , ¿tú lo quieres?

—Estoy sufriendo; pero ya no lo quiero... hace algún tiempo que lo supe. Es doloroso cuando nuestro propio mundo se nos viene abajo, cuando toda esa estructura que uno fabrica con tanto amor, con tantas ilusiones, se desmorona. Aunque parezca ilógico... duele más de lo que se puede imaginar —sollozaba despacio, sumergida entre los blandos cojines. Ya todo estaba dicho. Le pareció que era tan poco, que sólo habían algunos conceptos más o menos vagos y que sin embargo abrían un abismo infranqueable entre los dos. Nunca más sería posible esa camaradería franca y divertida entre ellos, que los hacía reír y caminar juntos a gusto por la vida.

Isabel se había ido a preparar el cuarto.

Poco a poco se fue serenando, mientras observaba la casa amplia y acogedora. ¡Qué bien se estaba ahí! ... en la seguridad de los cuidados de Isabel, como cuando era pequeña y se acurrucaba en los brazos de su madre.

La pareció que ese loco torbellino que giraba a su alrededor, se había detenido por fin y que podría tenderse y dormir.

—Tenemos mucho que hacer Luz María, dijo Isabel, apareciendo en la sala, como si continuara una conversación anterior. —Mañana habrá una reunión aquí, para organizar mejor la defensa del barrio. Hay que hacer turnos de vigilancia, comprar algunas cosas útiles para cualquier emergencia... y aprender a defendernos.

—¿Tan grave ves tú la situación?

—Peor de lo que imaginas. Se ha detectado gente extraña merodeando por aquí... y ya habrás oído las amenazas públicas de personeros del gobierno.

—Sí, pero no había pensado...

—Mañana te contaré.

Y aunque parezca raro, esa noche, Luz María durmió como no lo hacía en muchos meses.

Cuando dieron las 10 de la noche y comenzó a sonar la primera cacerola en la casa del frente, Isabel se levantó rápida del asiento y abriendo la ventana comenzó a tocar la suya, de acero reluciente, golpeándola con una larga cuchara de madera.

—Más parece un gong chino, que un artefacto de cocina, le dijo a gritos Luz María.

—¡Qué fantástico! , ahora yo también puedo -decía volviendo de la cocina con una olla en las manos.

Llegaron corriendo las muchachas del servicio.

La algarabía era realmente ensordecadora, pero a la joven le pareció una música celestial.

Estaba desahogando sus ímpetus largamente contenidos. ¡Esta era también su lucha! . Nada hubiera logrado atajarla ni un día más. Al golpear furiosamente la cacerola, la invadía una rara sensación de revancha, de entusiasmo casi histérico. —¡Es estupendo! , gritaba, sintiendo que no podía contenerse. Es como golpear a una alimaña que nos estuviera atacando, viva y carnícera, pensó.

—¿Qué te parecen las declaraciones de la “Izquierda Cristiana”? -preguntó Bárbara, sentándose en una silla de tela. El jardín recogía la luz última de la tarde, pintando de violento colorido, las copas de los árboles. —¡Estos marxistas, hipócritas!

—¿Son seis parlamentarios? -preguntó María del Pilar. —Si son comunistas, es mejor que se hayan marginado de la Democracia Cristiana.

—Sí, pero... hay que contar las votaciones en el Congreso.

—Estamos mal -concluyó Isabel- da malas crías la Democracia Cristiana. De tanto jugar al izquierdismo, los “niños” se les desbocan.

—Pero para tu consuelo, me parece que hay otros grupos que pronto caerán para este lado. Bossay con sus otros cuatro senadores y sus siete diputados, que forman el PIR, son un apoyo muy débil para la Unidad Popular.

—Tengo la impresión que reina gran confusión en la combinación de gobierno. Ya ves, ese grupúsculo que es el MAPU se vio reducido cuando lo abandonaron dos senadores, un diputado y hasta un Ministro de Estado.

—Pero esos se quedaron ahí mismo: cayeron en la Izquierda Cristiana.

—El propio MIR, que pareció tan discreto durante la campaña electoral, ya está levantando la voz y criticando fuerte.

—¿Y tú crees en esas desaveniencias del MIR con la UP? -preguntó Bárbara.

—Bueno, los comunistas quieren jugar este nuevo acertijo de la “vía democrática”, Isabel usaba un modo dubitativo. Es una orden de Moscú. No sé como pueden creer en eso...

—Hasta donde se den cuenta que no es posible... cuando no pueden seguir con el freno que les pone la libertad de expresión y el uso de otros derechos... comenzará la violencia. Yo pienso que el MIR es sólo otro de los múltiples tentáculos de ese monstruo que es el comunismo.

—Creo que tienes razón, es todo una farsa. Tienen que cubrirse las espaldas con estos otros “entes”, para cuando no les resulte esta “experiencia” absurda. Harán lo posible para tener éxito: Rusia se jugará entera. Si les falla, sería una derrota intolerable para los que han ideado esta “nueva fórmula”.... y no me los imagino perdiendo con resignación.

Luz María apareció en la puerta del jardín y saludando con un gesto de la mano, se sentó junto a su hermana.

—Llegas a tiempo... estamos sólo en los comentarios -le dijo Isabel.

—Por favor, cuenten conmigo. Quiero ayudar.

—Muy bueno, aumenta el grupo -comentaron varias.

—La otra noche sorprendieron a unos tipos manipuleando las compuertas del canal. Ya nos habían advertido que podían intentar un asalto a este barrio, atravesando el cerro por ahí.

—Habrá que mantener todos los turnos, pero les dejaremos a los hombres las horas más pesadas. Lo estuvimos conversando en la reunión de anoche y ellos lo pidieron así, dijo Isabel con voz suave. Luego agregó: —Yo voy a salir con Aníbal aprovechando que está aquí, ustedes arreglénlo como quieran.

—Nosotros hemos pensado que alguno tiene que quedarse con los niños, así es que Javier y yo, nos turnaremos... y como tú sugieres, le dejaré “la peor hora”. Todas rieron. —¿Podríamos ir las dos juntas? -Laura se dirigió a Marisa- ya que vivimos al lado... y no te dejaré sola con mi marido.

Siempre decía cosas divertidas, aún en medio de los momentos más graves.

—Y como has decidido dejarle la peor hora, prefiero ir contigo.

—Bárbara, ¿puedo acompañarte? -la voz de Luz María sonaba asustada.

—Es claro, me parece un honor iniciarte en nuestra “logia”.

—¿Y quién va conmigo? -preguntó María del Pilar- si me dejan sola, me voy a dormir a mi casa.

—Yo estoy lista -dijo Paula en el momento que entraba en la casa.

Y esa noche pasó de todo.

Al enfilar la calle lateral vieron dos sombras apegadas al portón intentando forzar el garage, Bárbara giró el volante y los enfocó con las luces altas. —No se muevan -gritó- estamos apuntándoles.

—¿Con qué, estás loca? -Luz María no lograba entender.

—Saca mi pistola de la guantera y dispara dos tiros al aire, es la señal.

—¿Yo? , pero si no sé disparar.

—No puedo enseñarte ahora, dame la pistola.

A los pocos momentos apareció una pareja de carabineros que hacía ronda en bicicleta.

Al verlos, los hombres trataron de arrancar, pero otro tiro al aire los paralizó en el lugar donde estaban.

—Gracias -dijo el cabo- levantando la mano con gesto amable. —Yo me encargo.

El auto giró en redondo y siguieron la ronda.

No quiso darse por enterada que Luz María estaba llorando. —Pobre chica —pensó— con todos los problemas que tiene y ahora... este miedo. ¿Con qué derecho se han apoderado del país... creando esta inseguridad, amenazando con intentos criminales?

Se cruzaron con el coche de Paula.

—¿Ustedes dispararon?

—Sí, pero llegó pronto la policía.

—Acabamos de sorprender a un grupo en las compuertas otra vez. Vamos a dar la alarma.

A los pocos momentos sonaba una sirena que levantó a todo el barrio.

Detuvieron a algunos, otros huyeron.

—¿Tú crees que les harán algo? para mí que los sueltan mañana temprano... y aquí no ha pasado nada. —María del Pilar, desconfiaba.

—Creo que tienes toda la razón —Paula estaba muy seria— pero de todos modos es bueno que sepan que estamos alerta.

—Además piensan que estamos muy bien armados.

—Y eso resulta muy conveniente.

El 23 de diciembre, la Cámara de Diputados debía votar una acusación en contra del Ministro de Economía, Pedro Vuskovic, presentada por el Partido Nacional.

La expectación que se produjo, rebasó los límites de los Partidos Políticos y la preocupación alcanzó a los hombres y las mujeres, antes ajenos a la política contingente.

Vuskovic estaba destrozando la economía del país, con la triquiñuela de lanzar emisiones de billetes en forma descontrolada, destruyendo así el valor de la moneda, como parte de un plan impartido por Moscú.

Pero la acusación se fundamentó en los atropellos a la Constitución, planteando a fondo la ilegalidad de las “tomas” de Empresas y los despidos masivos de obreros por razones políticas.

¡La acusación fue rechazada! ... con los votos demócrata-cristianos.

Una oleada de indignación conmovió a la gente, que no lograba entenderlos.

Pero se aprendió una lección: Lo único posible, en adelante, sería presionar a la Democracia Cristiana para que acusara... y apoyar después.

¡Había que tener mucha paciencia!

Ese día la reunión del Consejo Coordinador fue poco grata, aunque hubo que reconocer que las dos representantes del Partido mayoritario de la Oposición, se defendieron bien. Sin embargo, quedó una especie de descorazonamiento, de derrota vagamente amarga.

Esta UNION femenina, que daba sus primeros pasos, inciertos aún, hasta desconfiados, sufrió una prueba, pero salió airosa.

Se acordaron tácticas, formas de presión dentro de los partidos... y otras, digamos que "privadas" influyendo en la familia, las amistades, los lugares de reunión, para crear un ambiente propicio. Era la única manera capaz de imponerse a la aplanadora marxista: la unidad.

Todos los personeros de la Oposición sufrían la más encarnizada persecución de los extremistas. La forma más socorrida era el insulto procaz a través del cobarde anonimato del teléfono. En pleno día o en medio de la noche, la maniobra se repetía.

Las mujeres no se libraron del ataque.

Paula había pasado un día horrible. Todos los niños estaban enfermos. El menor, tenía una fiebre persistente que no le bajaba con nada.

Cada cuatro horas tenía que darle un remedio y el sueño la rendía entre una y otra dosis.

Entonces comenzó la tortura.

Cada hora sonaba el teléfono, estridente en el silencio nocturno y los insultos absurdos y malvados se repetían sin cesar.

Creyó que iba a enloquecer.

Transcurrió la noche en un lento y desesperado pasar... Sin lograr ni unos piadosos momentos de sueño, tuvo que salir temprano a buscar el medicamento que se le terminó al amanecer.

Y otro calvario estaba comenzando.

—No hay, señora -era la respuesta en cada botica.

En Chile, TODO estaba faltando.

Iba ya como sonámbula, de una farmacia a otra... y la misma contestación se repetía.

Cansada, con los ojos llenos de lágrimas, de preocupación, de angustia, continuaba su camino desesperado.

—¡Dios mío! , ¡cómo estamos viviendo! , pensaba en medio de ese peregrinar inútil.

El Consejo Coordinador comenzó a sesionar a las 10 en punto de la mañana... hasta terminar con la tabla.

—PODER FEMENINO, ¿qué les parece? . Se proponía un nombre para esa unión de mujeres: "Poder femenino".

A esas palabras siguió un repentino silencio...

Luego se desbordaron las voces dispares, las opiniones contrarias o favorables.

—No -alegó Emilia- me parece muy pretencioso. Vamos a echarnos encima a muchos enemigos; los hombres lo van a sentir como un desafío.

—Bueno y eso es: un desafío. Tenemos que ser auténticas o no lograremos nada -discutía Bárbara con decisión. —Por otra parte, el poder femenino no es ninguna novedad para asustar a nadie: existe, ha existido siempre... ejercido de una u otra manera.

—Con ese nombre, así en mayúsculas, no va a ser muy discreto.

—Ya está bueno, es el tiempo de la verdad.

Los comentarios cruzados volvieron a llenar la sala.

Paula pidió la palabra. —Antes de proponerlo -dijo- consultamos a un psicólogo y le pareció muy bien. Son corrientes de “poder” que ejercen influencia en la humanidad.

—A mí me parece sensacional -dijo María del Pilar- y si alguien va a rabiar, bueno: que rabie.

Emilia no se convencía. —Cada grupo político o social, tiene influencia...

Es claro -interrumpió Bárbara- pero éas son organizaciones creadas de un modo artificial por la inteligencia voluntaria del hombre. En cambio estos “poderes” son de origen natural, espontáneos, no se pueden suprimir... son como la tormenta, nada puede detenerla... son una realidad: existen.

Se aprobó el nombre.

El éxito fue resonante.

Pareció como si la denominación misma, contuviera la mágica interpretación de antiguas inhibiciones ocultas, aplastadas por milenios, obligadas a contener ansiedades: de actuar, de decir, de mostrar su verdad, de abandonar la platea y subir al escenario, para ser escuchadas; para entregar su mensaje distinto y complementario, que seguía faltando en el lugar de las decisiones.

De inmediato, no podía dar tanto el Poder Femenino; pero en alguna medida lograba satisfacer el legítimo derecho a participar en la lucha, que las mujeres no habían podido encontrar en los Partidos políticos o en los Movimientos cívicos, menos agresivos, que este Poder Femenino en acción.

Las mujeres comenzaron a preguntar, desesperadas, en donde podían inscribirse. Llamaban a Radio Agricultura, a los diarios y cuando se dio la dirección, se agolparon a poner su nombre y a hacer su parte. Desde las 9 de la mañana hasta después de las 8 de la noche se recibían firmas.

Desde las provincias llegaban cartas invitando a la directiva, para que fuera alguien a formar la organización. Otras, más audaces, sencillamente enviaban la nómina de su Consejo Coordinador ya elegido y pedían alguna delegación de visita.

Cuando Nina entró por primera vez al Consejo, su figura pequeña se impuso de inmediato. En los ojos oscuros había un destello de inteligencia y espiritualidad muy especiales.

Sus poemas cantando a la Patria, arrancaban lágrimas de emoción. Eran como una bandera enarbolada en medio del combate.

En un tiempo breve se fueron incorporando distintos y valiosos elementos al primer conglomerado que, en un comienzo se formó con la sola participación de las representantes de los tres Partidos Políticos de la Oposición, las independientes y delegadas de los Movimientos cívicos.

El año de 1972 se inició con una acusación en contra del Ministro del Interior José Tohá, presentada por... la Democracia Cristiana.

Era un paso adelante.

Toda la Oposición la apoyaría.

El Poder Femenino se movía entre bambalinas para afianzar posiciones, para forzar determinadas actitudes... criticando, halagando, argumentando. Se cumplía un compromiso, una acción que era posible efectuar en cualquier lugar, sin horario ni citaciones.

Pero en cuanto Tohá fue suspendido por el Congreso, Allende lo designó en la cartera de Defensa.

Fue el primer vejamén a las Fuerzas Armadas.

Una sorda indignación se alojó en el corazón de los chilenos. Era una burla contra el orden y el derecho y contra los representantes de nuestra tradición heroica.

Cada miércoles, había una sesión ordinaria del Poder Femenino en jornada completa. Se servía un sencillísimo almuerzo sobre la misma larga y rústica mesa de sesiones.

La presidencia era rotativa, por orden alfabético.

Ahí fueron invitados todos los hombres que de algún modo desempeñaban un papel importante en cada momento: Senadores, Diputados, Dirigentes gremiales, etc. Expusieron claramente sus ideas, explicaron las presiones que movían la política contingente y escucharon con respeto los planteamientos de las delegadas, que procuraban hacerles llegar las inquietudes ciudadanas, comunicarles las impresiones que movían a la gente, las extremas tensiones a que estaban sometidas.

En cada oportunidad se consiguió recibir valiosa información y entregar útiles conocimientos.

Paula daba cuenta. —Invité a un Senador DC para el miércoles próximo. ¿Hay acuerdo?

María del Pilar preguntó: —Yo había convocado a un Diputado Nacional, ¿tendría que postergarlo?

—No hay ninguna razón, por el contrario, podría ser un buen sistema. Este parece terreno neutral.

—Parece, no más... porque en algunas oportunidades es más bien un campo de batalla.

Estalló una carcajada general.

—Eso sucede raras veces -dijo Paula conciliadora y divertida.

María del Pilar siempre provocaba las risas más estruendosas, lo que ayudó a limar buen número de asperezas.

Emilia logró finalmente hacerse oír. —Varios “capos” de mi Partido, me han dicho que tienen interés en conversar con nosotras. Veamos la fecha en que podríamos invitarlos.

—Lo más pronto posible: la semana que viene. Parece que lo están entendiendo... de este lado de la barricada, las mujeres somos mucho más.

Se dio cuenta de la proximidad de las dos elecciones complementarias que habría pronto: un Senador por O'Higgins y Colchagua y un Diputado por Linares.

Había que ganarlas.

El Poder Femenino se convirtió en un colmenar. Se trabajaba a tiempo completo. Hubo que terminar a toda prisa los datos electorales de las dos provincias, que se ordenaron metódicamente para trasladarlos al lugar y trabajarlos en el terreno.

El Partido Nacional dio “orden de partido” para apoyar a Rafael Moreno.

La Democracia Cristiana dio sólo “libertad de acción” frente a Sergio Díez. Pero las bases trabajaron y votaron por él.

Y esa actitud de las bases DC, vino a demostrar que la idea de la UNIDAD era comprendida, que así lo entendía el pueblo de Chile.

¡El Poder Femenino tenía la razón!

Se partía de madrugada hacia los lugares marcados por el destino, para ir colocando esos hitos que van señalando la historia de los pueblos.

Junto con salir a la carretera, el automóvil se disparaba a toda velocidad. El tiempo contaba por segundos.

Los Partidos trasladaron a las provincias sus mejores elementos, dispuestos a jugarse por entero en esta gesta cívica que a ratos tenía la crudeza de una batalla.

El elemento femenino de las tres provincias, trabajó con un entusiasmo que parecía querer arrasar con las frustraciones pasadas. Todas las mujeres... Ana, Elisa, Marta, Gloria, Isabel, Lucía... estuvieron en campaña hasta conseguir el triunfo. Los enemigos habían dicho que los votos femeninos eran “de segunda clase”. Alta-mirano fue el que se atrevió... Esta era la oportunidad de hacerle tragar sus palabras.

Serían los votos femeninos los que iban a derrotarlos.

Todo el pueblo de Chile estaba atento al resultado de esa elección, que de algún modo podía cambiar la fisonomía de los días venideros.

En Santiago, la tensión era tremenda.

Eugenio caminaba de prisa: —Salgo a las 12 para San Fernando.

—¿Tú, vas a trabajar por Rafael Moreno?

—La Oposición va unida por fin y tenemos que ganar.

Marisa se la quedó mirando, perpleja. —Y Alfredo, ¿qué dice? . Aún no se repone del infarto que le causó el despojo, el saqueo de su tierra... que tanto quería.

Eugenio se había quedado pensativa. —Va a ir a votar -dijo con voz grave, casi como un murmullo.

—¿Por Rafael Moreno? ... Me saco el sombrero y arrastro mis plumas -dijo haciendo un ampuloso gesto versallesco.

—Hazme un favor, dile eso a Alfredo. Creo que le hará bien.

—Como dicen los argentinos: ¡Sós grande! -imitando con gracia el modo de hablar trasandino, agregó: —Francamente, los admiro.

Había mucha gente que estaba en casos parecidos, que iría a votar por Rafael Moreno. ¿Entendería él, la nobleza de semejante gesto? . ¿Se daría cuenta de la cantidad de amor patrio, que tenía que haber, para avalar semejante generosidad?

Nadie podía olvidar que fue el ejecutor de la ley Demócrata-cristiana de Reforma Agraria, que destruyó el agro chileno.

Las tierras mejor trabajadas, aquellas que “parecían un jardín” fueron las primeras en caer, mientras las otras descuidadas se olvidaron. Era un plan exitista. Se olvidaron de las palabras de la campaña: aumentar la producción, conseguir alimentos baratos, dar mejores condiciones de vida a los campesinos... la tierra debía ser de quien la trabajaba... No dieron ni un solo título de dominio... y la escasez se hacía galopante.

Y ahora, hasta sus víctimas irían a votar por él. Había que cumplir con Chile ese 16 de enero.

Marisa sintió como un nudo en la garganta. —¡Tierra mía, con qué cariño entrañable te amamos! ... No les permitiremos que te destruyan -se prometió apretando los dientes.

Había lágrimas al borde de sus ojos. Eugenia lo notó y tomándole del brazo comenzaron de nuevo a caminar. Pero la prisa había cedido su paso a la emoción.

Hubo un largo silencio.

—Casi todos los trabajadores han venido a vernos. Están tan arrepentidos... y muy amargados. ¡Se habían hecho ilusiones! ... pero no les darán títulos de propiedad. Al fondo de todo esto veo planificadas, desde mucho antes, la “hacienda estatal”, al más puro estilo soviético. El inspirador de todo esto fue Chonchol... ahora ya no oculta su condición de marxista, desde que milita abiertamente en la Izquierda Cristiana.

—Así es, el panorama se aclaró.

Y llegó el 16 de enero.

¡Triunfo en las tres provincias!

La oposición unida comenzó a orientarse ya, en una nueva dimensión.

El gobierno acusó el golpe.

“Estos resultados abren un camino hacia la derrota del marxismo y la recuperación para la democracia” -comentó el senador Francisco Bulnes del Partido Nacional.

El ministro suplente del Interior, Alejandro Ríos Valdivia, expresó: –“Fue un temblor grado cuatro, bastante fuerte, pero no fue terremoto”.

“El señor Allende aún no aprende a escuchar la voz del pueblo” -declaró el Comité Ejecutivo del Partido Nacional.

Se reunieron en el Arrayán: críticas y descargos, que terminaron en un cambio de gabinete, el 28 de enero.

En todo el país la resistencia seguía su curso.

Verónica recibía a la junta de vecinos en su casa, desplegando su natural gentileza. La sala se había ido llenando de personas, en su mayoría desconocidas para ella: Sólo había que ser de la Oposición.

—Marisa, al fin llegas -le dijo abrazándola- espero que tú les digas algo, que les muevas los sentimientos patrios... tú sabes hacerlo.

—Haré lo que pueda, pero, ¿es eso lo que esperan, o quieren sólo tomar algunos acuerdos prácticos?

—De eso no te preocupes. Eugenio se encarga. Ha trabajado toda la semana estudiando un programa completo con algunos amigos que son militares en retiro. Le han dado lecciones de defensa y lo que sea necesario. Está dispuesto a todo... a dar clases de tiro y ... hasta de karate creo... -dijo sonriendo.

—¿Por qué te parece divertido? , creo que sería muy útil... pero él, ¿sabe karate? -preguntó inquieta.

—No, no es eso -Verónica se reía involuntariamente. —Es que siempre ha sido muy tranquilo... y ahora lo veo excitado. La verdad es que me preocupa.

Llegaron en tropel sus hijas del colegio.

—¿Cómo, qué hacen ustedes aquí? . ¿Qué no es esta tarde la marcha de la juventud? . ¡Me habían dicho que se irían directamente del colegio!

—Sí -hablaban todas juntas, con tono alegre- pero la directora no nos dejó.

—¿Cómo que no las dejó? . Ella no puede interferir.

—Bueno mamá, ¡no es para tanto!

—¿Qué me están diciendo? . Todos nos estamos jugando la vida... , ¿por qué ustedes no? ¡Están cuestionando el destino de la patria! Cada uno tiene que hacer su parte. Me da vergüenza oírlas hablar así. Se van ahora mismo.

La miraron sin sorpresa. Ya la conocían. Entraron en tropel a la cocina, riéndose y empujándose. Casi de inmediato volvieron a salir, llevando cada una algo de comer: un pan, un pedazo de bizcocho...

—Adiós linda— y tirando un beso con la punta de los dedos, salieron con la misma alegría sana y despreocupada con que llegaron.

—¿No te mueres de miedo... que les vaya a pasar algo? -Marisa no se reponía del asombro.

— ¡Morirme? Es poco. No te imaginas la agonía hasta que vuelven. Pero ¿qué puedo hacer? . Espero que Dios las proteja... porque no puedo educarlas para cobardes o irresponsables.

— ¡No sabes cómo te admiro! -Marisa se había quedado muy seria. —Parece un cuento espartano... -no pudo seguir hablando porque la emoción era tan violenta.

Cuando entraron en la sala, Eugenio repartía instrucciones, entregaba listas, inscribía a quien se interesara por recibir clases de algo. Todos estaban muy atentos. Se tomaron acuerdos para actuar unidos ante cualquier posible agresión.

Finalmente se acercó a Marisa y tomándola del brazo la llevó hasta el centro del cuarto, detrás de una mesa que servía de tribuna. —Ella les dirá algo que tal vez explique el fondo de nuestras preocupaciones.

—Estoy muy emocionada -empezó Marisa, hablando despacio, porque la voz no lograba aún traspasar su garganta apretada- creo que sólo voy a contarles algo que acabo de presenciar.

Cuando terminó de hablar, casi todos estaban llorando.

Esa noche, el tañer de las cacerolas le sonó a Marisa de un modo diferente.

Se quedó quieta escuchando.

No participó, como lo hacía siempre, porque encontró en ese resonar un nuevo y distinto mensaje, que quería entender.

Cerrando los ojos, le pareció ver un desfilar de muchachos y niñas muy jóvenes, que salían en largas columnas a inmolar sus vidas en el humo de este incendio, en que se estaba consumiendo la patria.

— ¡Dios mío! -pensó- ¡No lo permitas!

Y juntando las manos musitó una oración.

Eran casi las dos de la madrugada, cuando Isabel se levantó de la máquina de escribir. Había estado redactando una larga carta para contar los últimos acontecimientos a su hijo médico, que estaba radicado fuera del país.

Ellá misma lo había impulsado a salir. Estaba comenzando la vida y no era justo que desperdiciara sus esfuerzos, que sepultara sus legítimas aspiraciones, que limitara sus ansias de saber universal, que estrechara sus posibilidades enmarcándose en el detestable absolutismo marxista... cuando todas las puertas estaban abiertas en cualquier otro país libre de la tierra.

No era justo.

Dio algunos pasos a lo ancho de su escritorio, pensando: —A lo largo del tiempo, a través de toda la historia de la humanidad, las tiranías habían provocado las más grandes emigraciones. Los hombres mejores no se resignan a la esclavitud y parten en busca de horizontes más amplios. América entera se había nutrido de esa savia, cuando en cualquier lugar de Europa la libertad se vio amenazada.

El hombre no está hecho para vivir entre rejas.

Pero su joven hijo, siempre estaba añorando la patria y la familia, tironeado por el hilo invisible de los afectos.

Isabel se sublevaba por el dolor del muchacho. ¡Su hijo adorado, sufriendo, le dolía como una herida abierta!

Esa doctrina demoníaca que lo destruía todo, comenzando por la felicidad.

Ella se había propuesto la dura tarea de mantener en alto el ánimo de su hijo, mostrándole con la verdad más cruda, como se iba consumando aquí la dictadura comunista. Especialmente quería contarle como estaban manejados los Hospitales, por los CUP (comités de la UP) conformados por lo más ignorante, bajo, arbitrario y malvado de todo el personal. De cómo iban faltando los elementos más indispensables para curar: las medicinas, el algodón, el alcohol o simplemente la ropa y la comida. Era bueno que supiera la desesperada impotencia de los médicos para poner orden y cumplir con su noble juramento de salvar vidas... y los ataques personales... cuando los doctores eran golpeados físicamente por turbas concientizadas e irresponsables, envenenadas por un odio irracional.

Escríbía y escribía, páginas apretadas de información, sufriendo la tortura de revivir cada episodio, forzando la memoria como un suplicio, para no escatimar nada al conocimiento sobre ese doloroso suceder chileno.

Luego no podía conciliar el sueño durante toda la noche, atormentada por una congoja insoportable.

Para cumplir con esa tarea, tenía que prolongar el martirio, volverlo a vivir, hasta que quedara retumbando en el ámbito de su cerebro y de su corazón.

— ¡Cómo dolía el dolor de la Patria!

— Madre —decía la contestación— cuando salí de Chile, la desesperanza se había convertido en una apatía absoluta. Sabíamos el destino que corrían los pueblos que cayeron en poder del comunismo. No se vislumbraba ninguna resistencia.

El gobierno marxista llegó después que la Democracia Cristiana de Frei había ido aplastando, ablandando, el espíritu antes altivo y emprendedor de los chilenos.

Después que su afanoso oficiar de más y más izquierdismo electorero, había destruido el esfuerzo creador de los hombres que comenzaron a esperarlo todo de los demás.

Ellos condenaban el interés de cada uno por conseguir mejores formas de vida, sin pensar que la suma de todos los esfuerzos individuales, conforma el empuje de un pueblo por lograr el desarrollo total.

Ahora, algo consiguió despertar ese dormido espíritu luchador de los chilenos y se ha levantado como una fuerza de la naturaleza en todo el ámbito del territorio nacional... y me desespero de no poder participar en esa batalla.

Desde acá, los que estamos lejos de la patria, les estaremos enviando ayuda... no importa el sacrificio que signifique. En este duro esfuerzo por conseguir la estabilidad, en un medio ajeno y no siempre acogedor para todos; estamos pendientes del suelo patrio.

Isabel guardó la carta que leyera tantas veces, como si quisiera encontrar

mensajes escondidos entre los trazos inquietos de la escritura clara y fuerte de su hijo.

Luego releyó la suya recién terminada y fue como sentir la patria herida agonizando entre sus manos.

Dejó las cuartillas sobre el escritorio y se dirigió a su cuarto. Sentía una angustia intolerable.

Y volvió a su mente la pregunta sin respuesta; ¿en nombre de qué demonio se permiten infingirnos este dolor? , ¿ese miedo que roe el alma de tanta gente menos fuerte? ... la inseguridad, el despojo, la amenaza... ¡para no entregar nada en cambio!

Doctrina de mentiras para engañar a los más ignorantes... que promete paraísos y sólo regala miseria.

¡Tanto daño inútil!

Tendida sobre el lecho, tensa, angustiada, veía desfilar el suceder de cada día: los jóvenes ametrallados mientras dormían, los que morían defendiendo lo suyo, las mujeres violadas: niñas de colegio que nunca olvidarían los vejámenes de las hordas salvajes sin sentido ni razón, incitados por las mismas profesoras marxistas... ¡era como una pesadilla!

Y las horas pasaron lentas en la oscura vivencia de la noche, hasta que las primeras luces del alba, la hallaron cansada y dolorida, sumiéndola en un sueño liviano y atormentado.

En el Poder Femenino se inscribían cada día cientos de mujeres. La acción se disponía simplemente enlistando los nombres por orden alfabético y distribuyendo "las letras" a las jefas de grupo. Ellas formaban el equipo necesario y distribuían el quehacer diario.

No había tiempo para perfeccionar fórmulas, porque los acontecimientos se sucedían con tal rapidez que todas estaban siempre en acción.

Había lugares consagrados ya: tenían que protestar frente a tal o cual ministerio, a la casa de algún jerarca del régimen, a la residencia del Cardenal... y hasta influenciar sobre un parlamentario indeciso.

El ambiente se hacía más tenso por momentos.

Los jóvenes se "tomaban" algún colegio o universidad. Había que ir a apoyarlos, llevarles alimento... y a veces participar en la gresca.

Cada vez que el Poder Femenino hacía un llamado, llenaba sus bodegas de comestibles.

Era una demostración de confianza que se agradecía con emoción.

Sobre todo cuando los Mercados estaban vacíos y no había donde comprar.

Sólo el maldito "mercado negro" que los miembros de la Unidad Popular comerciaban, explotando el hambre... y lo que es peor: el "miedo al hambre", que sufría la población.

Y de ese abastecimiento tan difícilmente conseguido, la gente saqueaba sus

propias despensas para regalarlo a los que luchaban en las trincheras de primera línea.

Llegaban personas de todas las condiciones, acarreando su parte, grande o pequeña. Era commovedor contemplar, muchas veces a mujeres de modesta condición entregando el alimento conseguido a costa de largas horas a la intemperie, haciendo "colas" interminables, y que debían de restar a la escuálida mesa familiar.

Eran paquetes pequeños: medio kilo de azúcar o una caja de fideos y hasta media bolsa de leche.

Se sentía un nudo en la garganta y muchas ganas de llorar... pero nadie tenía el derecho de negarles su participación en esta lucha por salvar a la patria común.

Detrás de todo ello había una tragedia más honda: sus hombres, estaban jugando a ser comunistas.

Tal vez ni sabían lo que era realmente el comunismo; pero les entregaban revólveres relucientes, aceradas pistolas y hasta metralletas... les pagaban para no trabajar, les exacerbaban las más bajas pasiones como el odio y la envidia, los entretenían enseñándoles a matar.

Chile estaba invadido por depravados activistas extranjeros. Eran los indeseables de muchos países, había: uruguayos, bolivianos, argentinos y por supuesto, cubanos. Venían aquí a vomitar su odio, con una paga en dólares, que obtenían esquilmando al pueblo de Chile.

Pero ellas, tal vez por intuición, tal vez por defender a sus hijos, tal vez simplemente por amor, rechazaban la violencia.

Los sucesos se atropellaban.

La voz de Paula se notó inquieta: —Están asaltando las Radios... es otra forma más de coartar la libertad de expresión, con la cual se "visten" ante la faz del mundo. ¿Vamos a ir a apoyarlos?

Inmediatamente salió un contingente de mujeres que se apretujaron en los automóviles disponibles. Otras se quedaron ubicando a sus contactos para darse cita en la Radio.

La batalla fue campal.

Habían cerrado las puertas de la emisora para impedir la invasión de las brigadas armadas de laques, linchakos y cadenas.

Cuando vieron llegar a las mujeres, contestaron el ataque desde arriba para que pudieran acercarse a la puerta.

La batahola se hizo general. Las aparentemente inofensivas carteras femeninas, conteniendo alguna piedra comenzaron a golpear pesadamente a diestra y siniestra. Muchos hombres se habían unido a la lucha.

De pronto, por la esquina norte aparecieron los Servicios Especiales armados de bombas lacrimógenas y guanacos.

Las mujeres se refugiaron en la radio y la atmósfera se hizo irrespirable. Se llenó el sector de gases que lastimaban los ojos, el estómago, los pulmones...

En poco rato se había disuelto el tumulto.

—¿Por qué demoró tanto en acudir la policía? -preguntó alguien.

—Tal vez el gobierno quería dejarlos que se tomaran la emisora. Si no es que llega ese grupo de mujeres y se arma tal batahola... dejan que nos asesinen a los pocos que estamos de servicio. -aseguró uno de los locutores. Creo que las mujeres de este país están dando un gran ejemplo, terminó con admiración.

Salió al aire una noticia que iba a revolucionar el ambiente: El PIR abandonaba el gobierno de la Unidad Popular. Comenzaba el mes de abril y ya hacía tiempo que esto se veía venir.

No era posible congeniar la formación democrática del radicalismo, con la desintegración institucional a que el comunismo estaba sometiendo al país. Ellos hacían alardes de ser: social-demócratas y no marxistas.

Allende, indignado, declaró que recibía muy complacido esta decisión.

Pero fue una complacencia muy cara para él.

Al día siguiente los diarios de la Oposición dieron la noticia a 8 columnas.

Inmediatamente el Poder Femenino hizo gestiones para que dos delegadas del PIR se integraran al Consejo Coordinador.

La Oposición crecía y se fortalecía cada día.

En las calles arreciaban los tumultos y la acción policial se hacía presente, convirtiendo el centro de Santiago en un infierno saturado de gases tóxicos, que a pesar de su poder, apenas lograban contener a los grupos en pugna, por unos momentos.

Marta iba llegando al Ministerio de Educación, con su hija de 14 años.

Un grupo de muchachos, muy jóvenes, corría arrancando de la policía, que cumplía órdenes de no perseguir a las brigadas comunistas, sino que a los escolares que protestaban por el intento de forzada concientización educacional.

Ella intentó refugiarse en el edificio ministerial, pero alguien cerró las enormes puertas inmediatamente delante suyo y sólo pudo agazaparse contra las rejas, abrazando a su niña.

Cuando se volvió, para ver que sucedía a sus espaldas, una bomba disparada por alto estalló contra la cabeza de un muchachito que cayó muerto, casi a sus pies.

Nunca pudo saber si gritó, pero la garganta le dolía y no pudo hablar.

Un miedo insopportable la obligó a salir corriendo. La niña lloraba y se aferraba a su madre dando gritos.

Ella tropezó y cayó.

Tenía las rodillas sangrando, pero no podían detenerse.

Corrieron hasta la esquina y se refugiaron a la vuelta, abrazadas, sollozando de miedo.

Los muchachos corrían seguidos de cerca por los carros lanza-agua, que los mojaban sin contemplaciones. Algunos burlaban la acción, apegándose a los costados mismos del carro.

A muchos los metían bruscamente en los furgones.

Pronto quedó la calle vacía.

Pero pasó bastante rato antes de que Marta decidiera moverse de donde estaba. Le dolía la cabeza, sus ojos estaban ardiendo y la vista nublada. Apenas podía tenerse en pie y no sentía las rodillas.

Al fin se decidió a caminar.

Mucho más que el dolor de sus heridas, estaba impactada por la dramática visión que tuvo que soportar. Sobre todo ese joven muerto a pocos pasos de ella, con la cabeza destrozada y la sangre corriendo por la acera.

El cuerpo se había quedado lacio, como un muñeco desplomado. En su loca carrera, algunos lo atropellaban, moviéndolo de un modo extraño.

No podía dejar de mirarlo, como si estuviera hipnotizada, hasta que decidió correr doblando la próxima esquina.

Caminó sin rumbo, arrastrando a su hija que iba como autómata... De pronto oyó una voz que parecía dirigirse a ella.

Un desconocido le estaba hablando desde su automóvil. —Señora -le decía- va usted herida. ¿Quiere que la lleve a su casa?

—Sí, por favor. Sólo entonces se dio cuenta de la sangre que le manaba abundante de las rodillas lastimadas.

Estuvo varios días en cama.

La fuerte conmoción emocional, le hizo perder la noción del tiempo. Los calmantes que le administraron, la mantuvieron sumergida en un sueño inquieto, del cual se despertaba a ratos, llorando afligida, con una sensación de miedo intolerable... hasta que volvía a refugiarse en el sueño, como un escape a esa tortura.

Era cerca del mediodía, casi ya al fin de la semana, cuando se dio cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Lo primero que le llamó la atención, fue notar que todos andaban de puntillas en la casa. Esperó un rato, tratando de recordar, de darse entender que había estado sucediendo.

No se atrevía a llamar. Sentía una vaga impresión de que algo terrible había pasado... pero le parecía perdido en el tiempo... lejano...

Entró su hermana. —Has estado muy enferma -le dijo- el doctor quería calmar a tu alrededor.

De repente recordó todo.

Fue como si lo estuviera viendo de nuevo: —Sí, ¡qué horror! ese muchacho muerto... y los otros heridos y la sangre... si lo hubieras visto... su cuerpo lacio, parecía un juguete roto, destrozado, abandonado de todos... al pasar lo arrastraban... -se cubrió el rostro con las manos sollozando despacio- nadie lo quería ya... ¡qué horror! -repitió- ¿cómo vamos a seguir viviendo en medio de esto...?

Ximena la abrazó afectuosa, procurando tranquilizarla. —Ya has hablado mucho de eso en todos estos días, no te atormentes más.

—Es que tengo miedo... tengo miedo por mis hijos...

El 11 de marzo Allende había recibido trece misteriosos bultos desde Cuba, traídos personalmente por Eduardo "Coco" Paredes, jefe de Investigaciones, en un avión de la compañía cubana.

Algo misterioso sucedió en el puerto aéreo: esos bultos no podían ser revisados.

Hubo un fuerte altercado entre Paredes y los honorables funcionarios de aduanas, que insistían en cumplir con su deber.

Pero finalmente fueron vencidos por la terminante negativa del Director de Investigaciones, apoyado por el Ministro del Interior: Hernán del Canto, quien asumió la responsabilidad.

El Partido Nacional inició una investigación por intermedio de la Cámara de Diputados, pero el propio Allende, marxista experto en la mentira, como elemento consecuencial del poder, aseguró bajo "su palabra" que se trataba de obras de arte, regalo personal de Fidel Castro.

Las cajas tenían sospechosas dimensiones, todas iguales y estaban dirigidas al Servicio de Investigaciones, Ministerio del Interior.

Intervino además del Congreso, la Contraloría General de la República, los tribunales de Justicia... y naturalmente toda la opinión pública a través de la prensa.

Pero el misterio parecía impenetrable. Sólo quedaba el recurso de acusar al Ministro y hacer destituir a Paredes.

La ciudadanía exacerbada por el caos reinante y la rápida sucesión de acontecimientos delictuales que nos llevaban a velocidades galopantes por el "camino al socialismo", sintió crecer su indignación por ese hecho que involucraba peligrosas consecuencias y burdas falsedades.

La tensión se agudizaba por momentos.

El Gobierno fomentaba las actuaciones vandálicas del MIR, que organizado bajo diferentes siglas, estructuraba el "Poder Popular", alentando las "tomas" de las industrias y creando los "Cordones Industriales". Era ya la organización armada de

los obreros marxistas, destinados a luchar contra la oposición y a aislar, unos de otros, los regimientos de Santiago.

El rumor a grandes voces, de que estaban llegando armas en cantidades alarmantes, por los más diversos medios y a través de todas las fronteras, hacía crecer la inquietud y la violencia.

Esa mañana sesionó el Consejo Coordinador del Poder Femenino, en un clima de extrema tensión.

La asistencia fue completa y las delegadas presionadas por los acontecimientos, sentían la necesidad de actuar de algún modo público y directo.

Las mujeres de la Papelera, quisieron organizar una marcha frente a la Moneda; pero el Gobierno les negó terminantemente el permiso.

El Poder Femenino acordó hacer suya esa aspiración y propuso organizar una marcha gigantesca de protesta. Había que pedir la colaboración a todos los partidos políticos de la Oposición y a los gremios.

La idea pareció estar latiendo ya, viva en todas partes. El clima era tan propicio, que fue como si en todas las mentes hubiera brotado al mismo tiempo, por generación espontánea.

Pero cuando las organizaciones gremiales pidieron el permiso, se los negaron nuevamente.

Con ello estaban violando abiertamente los derechos de reunirse libremente, que la Constitución entregaba a la ciudadanía.

Entonces los partidos políticos declararon que haciendo uso de ese derecho, saldrían a la calle, con o sin permiso, el 12 de abril.

Allende tenía que cuidar la imagen exterior, cumpliendo severas órdenes de Moscú y no pudo negarse otra vez.

Eso sí, cambiaron el recorrido.

El gobierno intuyó tan claramente como la Oposición, que aquéllo iba a ser algo gigantesco, que impactaría a la opinión mundial... y temieron.

Por eso designaron: la Avenida Grecia, lo más lejos posible de la Moneda.

Al atardecer del día 12 de abril de 1972, todo Santiago se puso en marcha.

La ciudadanía entera se volcó a las calles, como empujada por una fuerza cósmica.

Ninguna amenaza pudo detenerla. Llenaba las calzadas como río torrentoso, deslizándose implacable hacia un destino marcado por contornos elementales... defendiendo sus derechos primarios.

Como un reto al trapo rojo, de la hoz y el martillo, todas las manos enarbocaban banderas chilenas, flameando airoosas al viento de la tarde.

Un bosque de emblemas patrios llevados por hombres y mujeres: rojo, blanco y azul... y la estrella solitaria como una promesa.

Agitadas por miles de brazos era un bosque de astas y colores, cada vez más denso, cada vez más impetuoso, convergiendo al lugar de la cita.

Bárbara se sentía conmovida por múltiples emociones, por imágenes que se formaban y se desvanecían en el fondo de su mente: —Es el llamado ancestral de la raza que se defiende —pensaba— es la voz centenaria de la chilenidad resonando en el fondo de los sentimientos... el ruido de la multitud suena como el retumbar de los viejos cañones que ganaron retazos de nuestro suelo; se puede escuchar el rumor de la génesis de la nacionalidad... ¡todo está presente en esta multitud! ... las raíces vivas de nuestros derechos amagados, el orgullo de los soldados que consiguieron hacernos libres; el grito angustiado de las madres con el corazón en carne viva, por el presente y el futuro de los hijos... es la chilenidad toda, dando la gran batalla de su presencia cívica al pie de la bandera...

Esas visiones pasaban en tropel por su mente sobreexcitada. Los ruidos acumulados, música multitudinaria, se atropellaban en su emoción incontenida, moviéndola a agitar la enorme bandera en lo alto de sus dos brazos.

Mientras hablaba el timonel de la Democracia Cristiana, una mujer se sentó al borde de la acera en señal de repudio: —No quiero oír a ese hombre —decía— ellos son los culpables de lo que está pasando.

Pero la reacción de la gente fue contraria. La rodeó un grupo: —Por favor, señora —le decían— sea usted patriota; sólo si todos estamos unidos podremos vencerlos... abandonemos la lucha pequeña, estamos haciendo algo grande... hágalo por nuestros hijos...

La mujer, extrañada, guardó silencio hosco.

Las calles se hacían estrechas, hasta que se vaciaban en el gran espacio abierto de la Avenida Grecia.

Las mujeres del Poder Femenino, que venían desde todos los rincones de la ciudad, iban dispersas en el gentío.

La vista se perdía en la enorme multitud, rebosante de entusiasmo, de espíritu de lucha, hasta de abierto desafío. La cordialidad afianzaba el esfuerzo que se estaba haciendo, por lograr la Unidad de la Oposición. Todos parecían amigos y los que apenas se conocían charlaban como viejos camaradas, porque así lo estaban sintiendo de verdad.

Bárbara experimentaba una alegría extraña que la llenaba de energía. —Me fascinan las multitudes —decía— tienen una fuerza casi telúrica, tremenda. Cuando uno siente la identificación de los móviles que la empujan, goza de la más intensa sensación de poder.

Paula la miró dubitativa. —Da seguridad —afirmó— el verse rodeada de gente que está sintiendo lo mismo que uno, es como alcanzar el triunfo —miró emocionada a su alrededor.

Bárbara seguía agitando su bandera: —Es estupenda esta euforia general. Existe alguna fuerza ignorada que de pronto mueve a la gente en la misma dirección. Quisiera poder cantar, gritar...

María del Pilar se acercó a Paula: —Seguiremos sintiéndolos amigos, mientras esta loca no les dé un palo con su bandera...

Una carcajada coreó la salida.

De pronto, por sobre la algarabía de la multitud, los alto-parlantes lanzaron los acordes de la Canción Nacional. Comenzó discorde, tímida, casi como un murmullo y fue elevándose rápido como un rugido inmenso, decidido, provocante... brotando incontenible del fondo de cada chileno presente.

Venían los líderes políticos, todos juntos. Vivas estruendosas los saludaron. Iban sonrientes. Esa manifestación era como una esperanza casi lograda. También les llegaba como una compensación.

Sus vidas estaban constantemente amenazadas. Se la jugaban a diario en los Partidos, en el Congreso, en el trabajo, en sus propios hogares, de día y de noche. Sus familias vivían en constante ansiedad. Los hijos, fueran universitarios o escolares, eran víctimas marcadas de la furia marxista.

Los parlantes unificaban las manifestaciones a todo lo ancho y lo largo del enorme gentío. Se repetían entusiastas las consignas y se entonaban cantos marciales de abierto desafío a los intentos totalitarios del gobierno.

Siempre se terminaba con:

¡Chile es y será un país en libertad!

Y más gritos, consignas, banderas...

Hablabía una mujer del pueblo que lanzaba su grito de protesta contra la amenaza marxista: “—Agradezco a mi partido, el Partido Nacional, esta oportunidad de expresar el amor a mi patria...” ésa era la tónica de sus palabras. Los aplausos y los gritos de júbilo, coreaban sus frases cargadas de intención y de valentía.

Patricio Aylwin, presidente del Senado, habló largo tratando de expresar todo lo que los chilenos estaban demostrando en esa magna concentración de protesta. Cada vez que nombró a Allende, el criterio se elevaba como un alarido de furia que por varios minutos impedía cualquier intento de hacerse oír.

Y ese alarido, ese “uuuuuuuuu”... -prolongado hasta la exacerbación- llegó hasta el Presidente de la República, que sufrió un ataque descontrolado de ira. Hasta ese momento no había tomado conciencia de la aversión ciudadana. Tal vez esa fue la primera vez que la sintió, doliéndole como un latigazo en pleno rostro.

La euforia no había decaído un punto a pesar de las horas transcurridas. La tensión, la indignada repulsa de la ciudadanía por los atropellos que a diario se les infligía a la ley y a las personas, sostenían el entusiasmo de los manifestantes. Cada vez que se repetía el grito de: — ¡Chile es y será un país en libertad! -se elevaba el rugido que apagaba todas las otras voces.

De pronto, cuando comenzaba a anochecer, miles de antorchas se encendieron al mismo tiempo.

La emoción hizo enmudecer por unos momentos al gentío antes vociferante.

Los que no llevaron antorchas, encendieron papeles de diarios retorcidos.

Desde todos los edificios tiraban diarios para que la muchedumbre los transformara en antorchas.

¡Qué belleza!

A la primera commoción, siguió un griterío ensordecedor.

Era como un inmenso mar de fuego, vivo, moviéndose, iluminando la noche que nacía, con horizontes distantes fundidos entre las luces de la ciudad; símbolo de una expresión primigenia de energía en acción. El hombre, en su esencia, deslumbrado por la belleza alucinante del fuego, manifestaba su fuerza en la luz.

Finalmente se consumieron las llamas en una locura de carbones oscuros y la realidad se hizo de nuevo cordura en el tiempo.

Llegó la hora del retorno. Lentamente, con los rostros aún encendidos de emoción, de calor humano, de comentarios entusiastas; la multitud emprendió el camino de vuelta.

Pero el 12 de abril de 1972, fue otro hito importante en las páginas de la historia.

Por esos días apareció la “Canción de la Libertad”.

Todas las noches, a las 10 en punto, desde Radio Agricultura, se dejaba oír en cadena en todas las provincias de Chile. En cada casa, modesta o lujosa, al oírse los primeros sones, alguien corría para aumentar el volumen y que su música y sus palabras, que dolían de amor patrio, llenaran el aire de emoción.

La tensión no aflojaba a ninguna hora del día o de la noche.

A veces parecía intolerable... y había que salir de la ciudad, para poder respirar.

Esa luminosa mañana, cerca del mediodía, Bárbara conducía su automóvil hacia la carretera Panamericana-norte, por Bellavista, en compañía de su hija de 12 años.

Al llegar a las cercanías de la Avenida de La Paz tuvo que detenerse, cercada por un grupo que vociferaba amenazantes consignas marxistas e insultando a quienes hallaran a su paso.

Estaban dedicados a desviar el tránsito sólo por crear confusión. Hacían variar su curso lo mismo a los grandes buses, que a camiones o automóviles.

Bárbara se detuvo frente a la “patota” sin obedecer la orden.

—Dobra a la izquierda, vieja de mierda -le gritó un tipo joven de gruesa complexión, asomándose por la ventanilla.

—No voy para la izquierda, desgraciado... y apártate de aquí. El cañón de su pistola estaba a treinta centímetros del pecho del hombre. — ¡Rápido o te disparo! -le urgió con la voz enronquecida por la ira.

Blanco como un papel, el fanfarrón abrió los brazos y retrocedió, arrastrando al grupo que estaba a su espalda.

El auto se movió, acelerando rápidamente y salió del atolladero sin que nadie se interpusiera en su camino.

La niña emergió del fondo, demudada, llevando una expresión de asombro, que se fue haciendo de triunfo.

Las dos se miraron, con un aire de leve complicidad, que terminó en una divertida carcajada.

Así se vivía en las calles de Santiago.

La inseguridad mantenía un clima de alerta constante.

Era un hecho comprobado a diario: había orden de no interferir la acción de los grupos extremistas.

El ambiente general formaba un telón de fondo muy singular, ante la presencia de los delegados de todo el mundo a la Unctad tercera.

El espectáculo que presentaba la capital, era al mismo tiempo pavoroso y grandielocuente. Repleto de contradicторias vivencias y furiosa resistencia ciudadana.

Las calles céntricas y las principales arterias, se convertían a cada momento en desesperados campos de batalla. Cualquier objeto servía para atacar o defendérse.

Los gases, el humo, los garrotes... y también las armas de fuego se utilizaban en la lucha.

El ataque... carreras, sangre y hasta muerte.

Mirado desde alguna distancia, o desde la altura de un edificio, el cuadro mostraba toda la violencia de la acción.

—Es como estar viendo una película de guerra -decía Inés asomada a la ventana de su dormitorio en el último piso.

—Pero el aire se hace irrespirable -rezongaba su marido tosiendo- cierra esa ventana, por favor. No me parece exacta tu opinión de ver una película... más bien diría que la estamos oliendo.

—Es claro que no ves nada desde ahí.

—Ni quiero verla tampoco. Además es peligroso que estés asomada tontamente; todos los días y a cada rato ves lo mismo. No te entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?. Estoy preocupada. No es curiosidad simplemente, como pareces creerlo. Admiro a esos jóvenes y mujeres que hacen la resistencia. Siento orgullo patrio al ver cómo se exponen, cómo luchan defendiendo sus ideas, que son las mías... No basta ser profesor universitario. Tu cátedra no es toda la vida. Estamos en guerra... ¿por qué no lo entiendes? y ésta es la guerra de todos los chilenos.

De pronto decidió: —Voy a bajar también.

—¿Estás loca? qué ganarás con ir a recibir garrotazos, o tal vez una bala....

Lo mismo que sacan los que están ahí: demostrar mi descontento, protestar por la destrucción de Chile, pelear por nuestros principios... -y corrió al ascensor.

En el momento en que se cerraban las puertas oyó la voz indignada de Eduardo que la llamaba.

Alcanzó a contestarle: —También deberías venir tú.

Abajo la confusión era espantosa y el estar en medio de la lucha fue muy distinto que observarla desde el balcón.

Antes le había parecido que guardaba cierto orden: pero ubicada en el centro del conflicto, en medio de la humareda, del estruendo, de los gritos y los estallidos, el desconcierto era dramático.

En el momento que alcanzaba la calle, vio a unos diez o doce extremistas barbudos golpeando a un joven que protegía con su cuerpo a una muchacha, acurrucada en un ángulo del muro a pocos pasos de la entrada.

Su indignación fue más allá de toda prudencia. — ¡Cobardes! — gritó blandiendo su cartera donde ocultaba una pesada piedra, golpeando a diestra y siniestra.

Desconcertados abrieron el círculo y ella arrastró a la pareja, cerrando la pesada reja.

— Gracias, señora; nos salvó usted la vida — jadeaba el joven con la voz apenas audible por la fatiga.

Afuera los insultos más procaces querían atravesar la barrera de hierro que los separaban. Pero ellos no contestaron, sentándose cansados sobre los escalones de entrada. El muchacho estaba muy lastimado y la joven tenía un feo hematoma en la frente.

Cuando se despejó un poco la acera, salieron los tres a proseguir la lucha.

En la esquina de Portugal, había un grupo de mujeres del Poder Femenino que gritaba consignas anti-marxistas y devolvían piedras con buena puntería.

En un hermanado sentimiento patrio, luchaban codo a codo, las mujeres de todos los barrios de Santiago.

Se cambiaban impresiones, se daban ideas o atacaban en grupos. Sentían que estaban defendiendo la primera trinchera del honor nacional.

Cuando Inés se acercó, la recibieron con júbilo. — Ven — le gritó Elisa — desde esa puerta salen unos tipos de la “Ramona Parra” acarreando extraños bultos que los dejan a la vuelta de la esquina, porque regresan de inmediato por más. Ahora los vamos a seguir. Hay que ver donde los meten.

Pero una avalancha de gente las arrastró hacia el sur. Las seguía un carro lanza-agua y las bombas lacrimógenas apestaban el ambiente, haciéndolo cada vez más denso.

En ese ámbito de extrema beligerancia se planteó la elección de rector de la Universidad de Chile. Pero el 28 de abril se impuso ampliamente Edgardo Boeninger contra Felipe Herrera, por quien se había jugado Allende de un modo personal.

La derrota impactó fuertemente al grupo presidencial. Era indiscutible que habían perdido a la juventud. Eso era para ellos, de una gravedad incalculable. Hasta entonces habían movido tan fácilmente a los universitarios.

El Poder Femenino seguía en su lucha por conseguir la UNIDAD total de la Oposición, pero la Democracia Cristiana insistía en “dialogar” con el gobierno, presionada por el Cardenal Silva Henríquez y por algunos de sus dirigentes marcadamente izquierdistas.

El Partido Nacional hacía desesperados esfuerzos para convencerlos del peligro

que corría el destino de Chile, pero todo era inútil. Aunque los parlamentarios acosaran a sus colegas diariamente y a nivel de directivas se hacía toda clase de gestiones, la diligencia no prosperaba.

Era inexplicable que no lo vieran... era un "diálogo" de sordos, porque sólo estaba destinado a mantener distanciados a los grupos opositores.

Las delegadas más influyentes del Consejo trabajaban impacientes, provocaban entrevistas con algunos dirigentes importantes de la Democracia Cristiana. Tres o cuatro mujeres invitaban a alguno para exponerles sus inquietudes políticas. Les daban sólidos y fundamentados argumentos, les hacían ver crudamente la grave responsabilidad que estaban asumiendo, les mostraban la indignación pública que se estaba levantando en su contra... ¡Tendrían que actuar con mayor decisión! era preciso... les exponían sus temores, sus angustias... les evidenciaban el juego sucio del gobierno para encadenarlos con el famoso "diálogo" que no llegaba a ninguna parte y que iba dejando el paso abierto a la consumación final del comunismo...

¡Pero todo era inútil!

Después de conversar por horas, seguían empeñados en mantener su táctica de blandura, de retirarse hasta el límite último, permitiendo así, el avance incontenible de los empeños marxistas.

—Nosotros tenemos una grave responsabilidad -argumentaban.

—Ustedes quieren emplear las tácticas que los rusos usaron con Napoleón... pero aquí no hay ninguna estepa nevada... llegarán hasta el final y se quedarán con todo -amenazó Bárbara.

—No lo creas, es una buena estrategia, Orrego lo ha explicado muy bien; -contestó- dice que precisamente ahora es como si estuviéramos a las puertas de Moscú, que el gobierno no tiene otra alternativa, que se verá obligado a optar por la democracia, ¡no puede escoger la violencia!

—¡Qué ingenuidad! . Eso es lo que hará. Escogerá la violencia. Ellos saben que es el único medio de implantar el comunismo, puesto que es un sistema anti-natura. Verás, volverán a iniciar otro diálogo y ustedes seguirán creyendo... para eso ha hecho ir a Fuentealba a Tomás Moro, mientras se siguen preparando. -Bárbara hablaba indignada.

Paula intervino para apaciguar los ánimos. Y tenía razón. No se podía perder la paciencia. Sin ellos no había fuerza suficiente para atajar al gobierno... mientras los comunistas insistieran en mantener esa "imagen democrática", por lo menos.

Pero, realmente, ese pseudo-legalismo no podía durar mucho más tiempo. Más tarde o más temprano, llegaría la violencia. Era inevitable. Por eso era tan importante actuar ahora.

No se trataría ya de esa violencia callejera, o de la disputa por algún objetivo aislado, sino del Gobierno absoluto, del "Poder total", según las normas soviéticas. Con la pérdida integral de la libertad, aún de la más íntima: la del pensamiento.

¡Era para sentir escalofríos!

—Ustedes están ciegos -dijo María del Pilar muy seria- no entiendo como es que no lo ven. ¡Nadie lo entiende ya!

El Poder Femenino tenía que acudir continuamente al llamado de las mujeres a todo lo largo del país. Desde distintos lugares estaban pidiendo siempre un mejor contacto con la directiva.

El automóvil corría veloz en dirección al sur.

A ambos lados del camino, los campos se veían descuidados. Sólo esporádicamente, los sembradíos vestían de verde la tierra. Por todas partes había máquinas abandonadas y la ausencia de animales ponían una nota de tristeza, porque faltaba la vida, el movimiento en el paisaje.

El coche corría veloz en procura de la próxima ciudad, como si huyera del dolor de ese suelo arrasado por la sed, ansioso de germinación, con un mudo mensaje de hambre.

Las cuatro mujeres miraban el espectáculo en silencio. No se necesitaban palabras para entender el pensamiento común que les dolía hondo.

La voz de Marisa sonó casi destemplada. —¿Saben ustedes a qué velocidad va escaseando el pan en Chile?

Las otras la miraron interrogantes.

—El año 69-70 importamos un 19% de nuestras necesidades; el 71-72 fue el 27% y el 72-73 llegamos al 54% creo que nuestro próximo cálculo, será el total.

Nadie contestó. Fue como si una corriente fría hubiera pasado entre ellas.

—Y eso... será el hambre -concluyó Nina.

—Esto comenzó antes -la voz de Virginia apenas se oía- el campo chileno lleva 8 años de persecución. Sólo que ahora se ven los resultados del despojo y se acentúan por momentos.

—Tal vez lleva más tiempo aún -sugirió Marisa- es claro que en un sentido diferente, pero los precios políticos, demagógicos, fueron demoliendo el potencial productivo de la agricultura. Antes, Chile exportaba productos de su tierra.

Se produjo un silencio lleno de temores y de angustia.

Elisa comenzó a hablar despacio, como reflexionando. —El comunismo quiere destruir la economía, quiere provocar el desplome de toda organización nacional... para comenzar de nada a construir su sistema perverso de control absoluto y llegar a manejar a las personas por medio del "miedo al hambre".

Además de que todo este sistema les resulta útil para sus bolsillos -comentó Marisa. Desarticulando la producción y la distribución, se formó el "mercado negro" con que nos agobian. Hay vedas inexplicables de carne: mientras las provincias ganaderas pierden la utilidad sin poder beneficiar su ganado listo, se importa carne congelada, en dólares... que paga buenas "utilidades" a los encargados de efectuar el negocio.

—¿Y cómo explicar que no permitan el traslado de ganado, ni carne, desde las provincias ganaderas, a las otras de explotación chacarera o aun no agrarias...?

—¿Y eso a quién beneficia? -preguntó Elisa también.

—A los propósitos de instaurar el comunismo, simplemente.

...y esto naturalmente va en cadena: al no beneficiar animales, también el cuero para calzado y otros usos; y muchos sub-productos, como por ejemplo: la cola de pegar, que se hace de los huesos según entiendo y que afecta a numerosas industrias.

Virginia agregó: —La expropiación de la tierra, entre muchos otros males, hizo desaparecer las lecherías, perdiéndose todo el patrimonio agrícola de la espléndida raza que había en Chile. Entonces no sólo comenzó a escasear la leche, sino que faltó la mantequilla y el queso... ricos alimentos que, por ahora, aun están importando.

— Se hizo un silencio pesado.

Cuando entraron en la ciudad, el bullicio fue aventando la tristeza. Las calles repletas de gente, el vocerío, los vehículos que se cruzaban, todo ese moverse vital y presuroso cambió sus ánimos.

Al doblar la última esquina, estaba la dirección buscada y un abirragado grupo de mujeres, venidas de todos los lados, las recibió con entusiasmo.

Había un denominador común en esa reunión heterogénea formada por distintos partidos políticos, independientes, movimientos cívicos y gremios con diferentes intereses: la desesperada sensación de que tenían que "hacer algo", no sabían bien qué, para detener la caída vertical a donde iba a morir la libertad, las formas de vida que eran gratas, los esfuerzos de la civilización para establecer los derechos de la gente... y que tenían que actuar en conjunto.

Ese miércoles estaban invitados a almorzar en el Poder Femenino, dos Señadores: el Nacional Víctor García y el DC Rafael Moreno.

Poco después de la una, entró García; siempre cordial, luciendo su ancha y típica sonrisa. Saludó a cada una, alabó la acción del Poder Femenino y entabló una conversación informal y afable, mientras llegaba el otro invitado.

Cuando Rafael Moreno entró en la Sala del Consejo, fue una sorpresa para muchas que no lo conocían personalmente, sino a través de su exitoso programa en

televisión. Su aspecto juvenil y bien parecido, contrastaba con una seriedad casi agresiva.

Le pidió a Víctor García que hablara primero.

—Aceptaré por ser el más viejo -bromeó García. Habló de la campaña recién pasada, recordando anécdotas, contestó todas las preguntas, informó y comunicó la sensación de que la UNION se había logrado entre los dos partidos que eran sin duda los pilares de la oposición.

Cuando Moreno tomó la palabra, procuró desvirtuar esa impresión. Por el contrario, trató de hacerles ver que era imposible conseguir esa meta, porque habían muchas divergencias insalvables. Dio ejemplos: —el dirigente DC, de algún pueblecito de la provincia de Colchagua, no se entendía con el Nacional, por la distinta formación política de ambos... quiso explicar que la DC tenía una manera distinta de trabajar, que ellos partían desde abajo...

A Angélica le había tocado presidir, dirigiendo el debate, sin lograr que Diana callara las más francas opiniones.

—Rafael -dijo ella- ya lo he dicho en el Partido, nosotras las mujeres, no vamos a permitir que los dirigentes estén exponiendo el país de ese modo. También es nuestra tierra y la de nuestros hijos... y las mujeres somos más. O logran la unidad que pueda salvarnos del marxismo, o nunca más volveremos a votar por ustedes. Su voz sonaba firme, casi dura, a pesar de su belleza y aspecto femenino.

Cuando Bárbara insistía en pedir la palabra, Angélica esquivaba la demanda, dándola a una y a otra, para evitar que ella diera su opinión. Hasta que perdió la paciencia y le dijo que si no podía hablar de inmediato, se iba de la sala.

—Señor Senador -dijo- usted ha puesto el ejemplo exacto: se ha referido a unos “dirigentes”... Está claro que muchos dirigentes no comprenden lo necesario de la UNIDAD, que las mujeres les estamos exigiendo; pero en medio de la gravedad de los momentos que vivimos, las bases demócrata-cristianas lo han entendido y están sobre pasando la autoridad de sus directivas. Fue claro en Linares, donde ustedes se limitaron a dar “libertad de acción” para la candidatura de Sergio Díez; pero la Democracia Cristiana entera, no solo votó sino que trabajó por él... Y en su caso personal, aquéllos a quienes usted despojó de su tierra...; conozco algunos que hasta sufrieron un infarto por la impresión de perder el fruto del trabajo de toda su vida, de quedar en la miseria, de ser arrancados de ese pedazo de tierra que amaban... fueron a votar por su nombre.

¡Así de hondo era su patriotismo, así de importante consideraban la unión, para salvar el destino de Chile!

Comprenda que es la única herramienta posible para detener el marxismo. Es inútil que las Directivas quieran mantener actitudes dispares, porque el pueblo ha entendido... y la voz del pueblo es la voz de Dios.

Un prolongado silencio siguió a las últimas palabras de Bárbara.

Luego, varias delegadas quisieron hablar. La campanilla sonó insistente hasta que se restableció el orden. Todas tenían algo que decir, algo que preguntar... algún interrogante inquietador.

La reunión se prolongó por largo tiempo. El debate despertó un interés apasionado.

Y por unas de esas inexplicables reacciones de la naturaleza humana, Rafael Moreno respondió con una nueva y distinta cordialidad. Su actitud se hizo amable. Trató de establecer algunos puntos de partida para posibles actuaciones conjuntas y desplegó todo el atractivo de su personalidad política.

En el momento de la despedida, Bárbara se acercó al senador DC: —Rafael -le dijo afable- usted es extraordinariamente inteligente... por eso su responsabilidad es mucho mayor... no podemos defraudar al país.

El sonrió con amabilidad y dio la sensación de que sí estaba de acuerdo con la forma que iban tomando las tácticas que se propiciaban.

...Y ese domingo en Rancagua, con la natural elocuencia de su agresiva oratoria, Rafael Moreno fue un paladín de la unidad de la Oposición.

Silvia Pinto, con su experiencia de periodista y de parlamentaria Nacional, después de la sesión, comentó con admiración lo decisivo que podía ser esta labor del Poder Femenino. —Parece increíble si se le mira desde afuera, cuanto puede conseguirse en reuniones como éstas -dijo convencida.

La resistencia cívica se repetía en cada pueblo, en cada ciudad, en los campos, en los caminos, en cualquier lugar donde la gente anti-marxista de Chile, se reuniera.

Estaban sucediendo cosas increíbles, que parecían arrancadas de las páginas de una novela truculenta ubicada en un país de opereta, contrastando abiertamente con la tradicional seriedad criolla.

Una camioneta accidentada, resultó cargada de armas. Se descubrió el caso por pura casualidad. Pero cuando la Oposición investigó el asunto se supo que la dueña del vehículo era "la Payita", pintoresco personaje que se hacía pasar por la secretaria privada de Allende. Hurgando más a fondo, ella resultó ser la dueña de otros 50 automóviles. Más adelante se aclaró también que era la propietaria de la hermosa residencia "El Cañaveral" a orillas del río, entre el follaje de El Arrayán y la ex-dueña de la casa que había adquirido la Embajada de Cuba.

A medida que se investigaba, iba creciendo el volumen de su fortuna personal.

El acendrado sentido del humor de los chilenos, no se perdía en la desgracia, y la riqueza de "la secretaria" fue tema de agresivas bromas.

Pero la resistencia no era por eso menos feroz.

Cada nuevo escándalo exacerbaba la reacción, la rebeldía, la desobediencia...

El desorden crecía por momentos. Apenas si se respetaban las reglas del tránsito, ni los carabineros se empeñaban demasiado en exigirlas. Todo podía discutirse y el caos parecía casi buscado.

El relajo burocrático era total. El gobierno tenía que repartir los cargos entre los dos partidos más importantes: comunistas y socialistas. Si se nombraba el Ministro de un partido, el sub-secretario tenía que ser del otro. Entonces la competencia de poderes, la supremacía de influencias, el abierto antagonismo entre el sistema de la violencia declarada de los últimos y el más cauto de los otros, anulaba cualquier acuerdo, mientras "los más listos" amasaban fortunas que iban a depositar en el exterior, administrando los bienes requisados.

En medio de la pobreza general, de la inseguridad, de la desilusión, el pueblo

se iba apartando de quienes lo habían engañado tan despiadadamente.

Primero las mujeres.

Ellas entendieron antes que ése no era el camino.

Comprendieron que las promesas, de las cuales siempre desconfiaron, no se cumplirían.

Nadie iba a regalarles nada.

Ya no se hablaba tampoco el mismo lenguaje de la campaña.

A veces Allende reclamaba de la inasistencia al trabajo y pretendía exigir el aumento de la producción. Pero los jefes inmediatos, impelidos por el deber de crear "poder popular", los obligaban a asistir a innumerables reuniones sindicales donde debían aplaudir, sin discusión, las decisiones ya tomadas.

Las fábricas cambiaron su producción normal, por la fabricación de bombas, armas de diversos tipos y hasta lo que llegaron a llamar "tanquetas del pueblo".

Llegaron a trabajarse apenas 80 días al año, de promedio.

La "batalla de la producción" no pasaba de ser un fraude más con que el gobierno quería encubrir su fracaso.

Las JAP ilegales, que deberían controlar el comercio, organizaban el "mercado negro" en provecho propio.

Mientras los MAPU hablaban de la "canasta popular" que todos resistían, negociaban con los automóviles del estanco automotriz.

El MIR organizaba las "tomas" no sólo de los fundos, sino que de cualquier pedazo de terreno agrícola, que sirviera para la ocasión, por pequeño que fuera.

Entre tanto, la persecución a los personeros de la Oposición alcanzaba contornos de suma gravedad y el país se llenaba de más extranjeros indeseables.

Estábamos recibiendo toda la basura del mundo... y sufríamos las consecuencias.

Oscurecía cuando Bárbara llegó a su casa, desde el campo cercano.

De alguna distancia vio extrañada que no había ninguna luz encendida. Las formas borrosas entre la sombra, parecían sólo un manchón oscuro acurrucada contra el cerro y los árboles circundantes.

Torció el automóvil, enfocando la entrada con los faroles... y sintió como si el corazón se le hubiera detenido: En el lugar de la sólida puerta, sólo se veía un negro boquerón.

Descendió casi corriendo y entró a la casa encendiendo todas las luces... Un fuerte dolor pareció morderle en la boca del estómago...

Era un caos espantoso.

Todo estaba volcado, los cajones abiertos, a medio salir, papeles, objetos diseminados por el piso... de los armarios colgaban ropas caídas.

El escritorio era un mar de papeles en el más espantoso desorden, esparcidos por todo el cuarto.

Se quedó de pie, en medio de aquel desbarajuste con las manos sobre el rostro, mirando como hipnotizada el desastre.

¡Las joyas...! ¡Habían desaparecido todas sus joyas...! Se dio cuenta de ello, antes de ver el enorme espacio que había dejado la falta del gran televisor y la máquina de escribir, y la radio, y la grabadora y la máquina fotográfica y la radio... ¡Ah! y las maletas, que habían quedado listas para el viaje... y la ropa...

Con una mano sobre el estómago, que le dolía de un modo insoportable, tomó el teléfono y llamó a su hijo mayor, y a su marido y a la policía...

Fueron llegando en el mismo orden, pero con mayor tiempo de diferencia entre cada uno.

Sólo mucho rato después pudo llorar... de ira, de impotencia, de rebeldía... ¡Así se estaba viviendo en Chile!

Los sinvergüenzas, los llamaban “expropiaciones”, con el objeto de financiar sus tropelías políticas.

En Investigaciones le dijeron que se trataba del grupo de los “tupamaros” uruguayos.

¡No había nada que hacer!

Ellos sabían muy bien que se les pagaba un sueldo, incluidos en la nómina de pagos del “Parque Metropolitano” y que el jefe, un tal “Pedro”, daba las órdenes para los “atracos” del día desde el propio teléfono de la administración del Cerro, a las 9 de la mañana, diariamente.

—Y si ustedes lo saben, ¿no pueden evitarlo?

El hombre se limitó a sonreír, luego agregó:

—Si los apresamos, se les deja en libertad muy pronto... habrá un “recurso de amparo” esperándolos... tienen muy buen “padrino”...

—¿Y quién es ese padrino? —preguntó ella, sabiendo de antemano que no tendría respuesta.

—Está demasiado arriba, no puedo decirlo, “me iría el puesto”...

—Más bien creo que “le iría la vida”...

—Tiene usted razón.

—¿De modo que nunca sabré?

—Creo que tiene usted razón otra vez, señora —dijo el hombre, dando por terminada la gestión.

—Nunca voy a conformarme —pensó Bárbara sintiéndose enferma. No sólo el robo, también estaba el hecho de que se hubieran paseado impunemente por su casa, tipos que seguramente son asesinos... que han violado la intimidad del hogar y que han hurgado, con sus manos asquerosas de delincuentes, entre sus objetos personales... —Es repugnante... es terriblemente odioso —se dijo.

Sentía el corazón lleno de odio, le dolía el pecho físicamente y tenía una congoja insoportable.

Hubiera querido encontrarlos y castigarlos con sus propias manos.

Amparados por el propio Gobierno: ¡Los jóvenes idealistas! de Allende.

¡No era tolerable!

¿Habrá una justicia... esa justicia inmanente de que se habla?

—Quiero creer que sí! ¡Tengo que creer que sí!

El Poder Femenino crecía en prestigio y el interés de las mujeres obligaba la movilización de las directivas para establecer contactos más estrechos.

En cada lugar fue un éxito.

El interés demostrado era un acicate para las propias delegadas, que volvían con renovado espíritu de lucha, con nuevas ideas y planes de acción.

La inquietud crecía a lo largo del país a medida que se hacía más grave la escasez y más violenta la agresividad de los marxistas.

Se perfeccionaban los sistemas de defensa de los sectores residenciales y se tomaban todas las precauciones posibles para las probables emergencias.

Ante las amenazas desembozadas hechas por el propio gobierno de que atacaría los barrios "burgueses" y cortaría los suministros más indispensables como el agua y la luz, la gente seguía llenando todos los depósitos disponibles y guardando fósforos y velas, al mismo tiempo que procuraba almacenar algunos comestibles para salvar de la hambruna a sus familiares.

Se organizaron los vecinos en agrupaciones, dispuestos a vender caras sus vidas.

—Esta tarde recibiremos instrucciones donde Esteban -anunció Sonia. Nos enseñarán defensa y resistencia. Me dijo Eduardo que debemos tener sacos de arena, sirven de barricada y para apagar posibles incendios... ¿Oyeron las amenazas del Intendente? . Amenazó que lanzará sobre el barrio alto a 40 o 50.000 pobladores..., es claro que yo creo que si se los dijera, ellos le contestarían: *¿ya se curó mi Capitán...?* como el cuento ése.

—Eres optimista -comentó Marisa, divertida.

—No lo creas, pero como se llevan diciendo que nosotros estamos tan bien armados... a lo mejor se lo creen. Si supieran que sólo tenemos unos pocos "mata-gatos" y como tres balas por nuca...

—Ojalá que no lo sepan -reflexionó Paula.

Laura había estado callada. De pronto se enderezó y dijo con su modo ligero: —Todo está muy bien... pero por favor no me digan que llene el baño otra vez... o me toca divorcio.

—No seas loca Laura, ¿qué tiene que ver?

—Si hubieras oído los alardos de Javier, cuando esta mañana entró medio dormido a la ducha y metió los pies en la tina llena de agua helada...

Estalló una carcajada general y pasó un rato antes de que pudieran continuar haciendo planes.

Finalmente se oyó la voz suave de Luz María que intentaba hacerse escuchar con visible ansiedad. —Eugenio, ¿tú sabes disparar?

—Es claro, pero si quieras aprender habla con Inés. Está reuniendo un grupo que quiere recibir instrucciones.

—Sí, lo haré. Creo que es indispensable -dijo bajando la voz.

Alguien preguntó: —¿Isabel, tiene algunas armas?

—Un revólver y una pistola... pero tiene un plan que da escalofríos explicó Luz María, sin poder evitar un leve estremecimiento.

—¿Cuál es? —interrogaron varias voces muy interesadas.

—Dice que si le atacan su casa, ella disparará mientras pueda... a matar. Pero, que la última bala será para ella.

Hubo un silencio prolongado.

...—Y así lo hará, estoy segura —afirmó Bárbara— es una buena idea, creo que la adoptaré.

—¿Y si logran entrar antes...?

—Siempre habrá tiempo.

Sin preámbulos, la conversación cambio de giro.

—No olviden la reunión de mañana —pidió Paula. Irán representantes de varios gremios que se incorporarán al Consejo. Será una sesión muy importante.

—Finalmente, ¿habrá huelga? —inquirió María del Pilar.

Paula la miró un momento y se decidió. —Yo diría que está a punto de estallar —parecía muy segura de sus palabras.

Esa noche comieron en su casa varios dirigentes que representaban gremios importantes.

León Villarín, presidente de los transportistas, era la pieza clave para el éxito de una huelga general. Nadie sabía en ese momento donde se encontraba.

El ambiente estaba tan tenso que cuando repiqueteó la campanilla del teléfono, pareció sonar con una estridencia alarmante.

Paula atendió la llamada: Villarín había caído preso.

Era la consigna esperada. Si lo tomaban, todos irían a la huelga.

Hubo una conmoción impresionante. Se levantaron de la mesa, intentando comunicarse con otros dirigentes y movilizar a las bases.

Había que concertar una reunión de inmediato.

Irían sumándose escalonadamente al movimiento.

La civilización descansa sobre ruedas.

Junto con desaparecer de las calles y carreteras los pesados camiones de transporte, se desarticuló toda la organización del país.

La escasez se agudizó. Nada entraba a las ciudades de los campos inmediatos o distantes.

Comenzó la huelga del comercio.

Hubo algunos desertores, es claro. ¡Qué los sacrificios los hicieran otros...! Pero fueron muy pocos. La inmensa mayoría tuvo un comportamiento heroico.

El Poder Femenino organizó comisiones de control.

Verónica y Bárbara recorrían una calle del centro, haciendo cumplir el cierre.

A las primeras palabras, contestaban: —“Sí, señora, estamos cerrando”. No había la menor objeción, pero se percibía una inquietud en el tono presuroso.

Ellas iban anotando los nombres y las direcciones de los negocios que encontraron abiertos.

—¿Por qué lo harán? —comentó Bárbara. Estas listas no los favorecen... perderán mucha clientela.

—Supongo que esperaban que no los detectarían.

—Verónica, mira ese bazar... es tan chiquito. Diles tú... eres más dulce.

Cuando ella salió, sus ojos estaban brillantes de lágrimas. —La dueña es una pobre vieja... ¿sabes lo que me ha contestado? ...Señorita, tengo hambre. En cuanto junte plata para comprar el almuerzo, voy a cerrar. Comprendo que es necesario.

—Es dramático. Pero si la gente lo entiende, no nos vencerán.

—Mira el sacrificio a que nos obligan. Unos lo sufren así, tan directo, como esa pobre mujer... otros tienen que afrontar graves crisis, que más tarde o más pronto, van a afectar a sus familias y a la gente que trabaja con ellos.

—Toda la población está sufriendo mucho.

—Es claro. Por eso es importante que el paro sea tan completo que produzca efectos inmediatos y definitivos.

Se organizaba lo que llegó a llamarse los “Cordones Industriales” para formar el Poder Popular.

Por ignorados conductos se supo que en las fábricas hacían instrucción militar y se entregaban armas.

Así instruidos salían a luchar contra los huelguistas y un clima de guerra enceguecía la ciudad.

El MIR dominaba la situación en toda la parte sur del país. La vía hacia el socialismo se hacía a grandes zancadas, a costa del sufrimiento del pueblo chileno.

El “paro” se hizo más violento a medida que transcurría el tiempo.

A la sede del Poder Femenino llegó la noticia que trataban de abrir el Unicoop de Vitacura.

En la calle se habían juntado unas trescientas personas dispuestas a impedirlo.

El enfrentamiento fue inevitable y el Intendente hizo llegar la fuerza policial.

Sonia se puso por delante de un muchachito de unos 12 años a quien golpearon sin ningún motivo.

Reclamó airada usando el lenguaje rudo que se había hecho habitual en toda la ciudadanía.

Sucedió con gran rapidez... la golpearon, arrastrándola hasta el furgón sin miramientos.

Su alta y delgada figura se dobló por el dolor del brazo que le torcieron a la espalda, pero reaccionó de inmediato repartiendo golpes a diestra y siniestra, dejando a alguno fuera de combate con un certero codazo, antes de ser encerrada.

Muchas mujeres que vieron la escena se metieron en tropel dentro del furgón: —“Si se llevan a Sonia, nos llevan a todas”. Los hombres desesperados las tiraban

para abajo sin miramientos, pero ellas se volvían a subir, hasta que lograron cerrar la puerta quedando algunas adentro.

Eran casi las ocho de la noche cuando varios abogados lograron libertarlas.

Llegaron de vuelta, mostrando sus moretones con un curioso aire de triunfo.

Las ciudades tenían un rostro cada día más desolado. El silencio ponía una nota de inquietud, de un raro desasosiego, que sobrecogía el ánimo.

Los pasos resonaban sobre el asfalto dejando atrás un eco de angustia. El sucederse de puertas cerradas y oscuras, mostraban la mística tristeza de un cementerio.

En alguna esquina se agrupaba la poca gente que se había aventurado a salir, esperando inútilmente alguna movilización para volver a sus casas.

A lo lejos se producía algún enfrentamiento con su saldo inevitable de heridos y contusos... hasta que el ulular de las sirenas de las ambulancias, provocaba una aguda sensación de angustia y los grupos se deshacían con rapidez.

La llegada a los hospitales marcaba el clímax del drama, porque las carencias eran más importantes frente al dolor.

Si algún "krumiro" rompía el paro, sufría las consecuencias a medio camino.

Hubo muertos y heridos.

Las mujeres se dedicaron trabajosamente a juntar comestibles para los huelguistas, a costa de los mayores sacrificios.

Incidentes a todo lo largo de Chile llenaban las columnas de los diarios.

En el Poder Femenino se trabajaba afanosamente colaborando en proponer soluciones. Los gremialistas estudiaban una fórmula que presentar al Gobierno.

Finalmente nació ahí el "Pliego de Chile" que sintetizaba las aspiraciones de todos.

Allende comenzaba a desesperarse ante la imposibilidad de quebrar la voluntad de lucha de los chilenos.

Como un recurso último, decidió utilizar el prestigio de las Fuerzas Armadas y la confianza que la ciudadanía tuvo siempre en sus soldados, forjadores de antiguas glorias, para que depusieran su ira y aguardaran la solución prometida.

El cambio de Gabinete incluyó a Carlos Prats, General en Jefe del Ejército, al Almirante Ismael Huerta y al General de la FACH Claudio Sepúlveda.

Las esperanzas puestas en Prats resultaron un fraude.

No hubo solución de ninguna especie y comenzaron a sucederse las prórrogas, una tras otra, como una burla que a cada momento parecía más cruel.

El paro había terminado, pero el país seguía muriéndose lentamente.

En las mentes fue tomando forma la certeza de que había que estar dispuesto a todo para provocar una decisión.

Allende saldría pronto en gira por las Naciones Unidas, Argelia, Rusia, Cuba y Marruecos. Además aprovecharía de conversar en Lima y Caracas con los presidentes Velasco y Caldera.

Era el colmo de la irresponsabilidad.

Dejaría el país en el caos y la miseria, mientras él iba a hacer la comedia de la "vía democrática" en el exterior. Seguramente cumplía órdenes de Moscú. Era muy importante mantener "la imagen" y el hombre tenía un "carisma" que le era útil aprovechar.

El Consejo Coordinador estudiaba la forma de dar su información y sostener la verdad a lo largo del país.

—Será inútil; el poder del comunismo es enorme y está empeñado en hacer triunfar "esta fórmula" nueva y distinta de imponer el marxismo. Es un ensayo muy importante para ellos, que luego podrían aplicar en Italia y tal vez en Francia -dijo Bárbara con desaliento. Cumplirá su programa y hará la "promoción" que se ha propuesto. La prensa de todo el mundo está infiltrada.

—Este problema tenemos que arreglarlo aquí adentro -aseguró Isabel. Deben hacerlo las Fuerzas Armadas. Son las únicas que tienen los medios, que disponen de poder.

—Además de que sólo estarían cumpliendo con su juramento de soldados. El país está destrozado y las leyes pisoteadas. Ellos tienen el deber de cuidar no sólo las fronteras sino el estado interno de la República -reflexionó Emilia.

Muchas estaban pidiendo la palabra.

Emilia hablaba despacio y se hizo completo el silencio para escucharla. —Es cierto que este Gobierno llegó al poder de un modo legal, pero ha ido perdiendo su legitimidad. Creo que deberíamos hacer una denuncia a las Naciones Unidas, de parte de las mujeres chilenas.

—Puede hacerse, pero no pasaría de ser algo romántico -dijo Paula.

—Yo creo que sólo la interferencia de las Fuerzas Armadas podrá salvarnos.

Nosotras mantendremos la resistencia mientras podamos; pero ellos, los uniformados, tendrán que asumir la responsabilidad finalmente -dijo Marisa, preocupada.

—Les estamos demostrando el descontento del pueblo de esta Nación... -aseguró Isabel.

—Para la Unidad Popular nosotros no somos pueblo -dijo hosca la voz de Inés.

—Pueblo chileno somos todos los ciudadanos que nacimos entre las fronteras de la Patria, que vivimos bajo las mismas leyes, que tenemos una historia común... y ya basta de eufemismos absurdos. Llevamos muchos años en que nada se llama por su nombre. Eso denuncia una actitud cobarde e hipócrita que no debemos permitir más -Bárbara hablaba con dureza.

—Llevamos en eso... ¿nueve años? ..., tal vez más -dijo María Clara.

—Creo que en la próxima charla habrá que aclarar conceptos, “definir” las palabras y las ideas; enseñarle de nuevo a la gente el verdadero significado de lo que se dice. Eso ayuda a pensar.

Las conferencias de los martes en la sede del Poder Femenino se repletaban de interesada concurrencia.

Los acontecimientos de cada día se analizaban en profundidad, por alguien muy autorizado en la materia.

Finalmente se abría debate y el foro siempre era ágil e ilustrado.

La gente más prominente de la Oposición, hombres y mujeres, ocuparon la tribuna: dirigentes políticos y gremiales, profesores universitarios, periodistas de categoría, hombres de empresa, educadores, etc.

Las mujeres habían tomado conciencia de su importancia y de sus posibilidades y asumían la responsabilidad. Eso las hacía buscar una mejor preparación intelectual para enfrentarse a los acontecimientos presentes y futuros.

Se dieron también cursos de capacitación, cuyas inscripciones siempre estaban copadas.

Las clases de karate o defensa personal, como preferían llamarlas, eran las más solicitadas en razón del constante peligro a que estaban expuestas.

Irene abrió un curso de “dinámica de grupo”, que era importante para facilitar el trato entre las personas y sacar mayor provecho del trabajo en conjunto.

Juanita y María Clara iniciaron las clases de “técnica de la expresión” y de “comunicación”, que despertaron mucho interés. Encerraban un profundo estudio psicológico del pensamiento y las relaciones humanas, que suplía la falta de práctica política en la mayoría de las mujeres. Así era más fácil hacerse comprender y seguir.

María Clara estaba explicando cómo responder ante una pregunta capciosa y cómo reservarse parte del conocimiento sobre la materia, para entregarlo en la réplica, mientras Juanita recogía unas pruebas de captación descriptiva, cuando Eugenia irrumpió en la sala.

—Perdón -dijo- me molesta interrumpir, pero hay una orden para ir al frente del Banco de Chile. No hay mucha gente en estos momentos, pido voluntarias -bromeó.

Todas eran voluntarias, naturalmente. Riéndose se levantaron obedientes como soldados, para sumarse al grupo que iba saliendo, sin hacer más preguntas.

La calle Huérfanos se llenó de gente sentada en el suelo con la intención de interrumpir el tránsito. Muy pronto las bombas lacrimógenas comenzaron a caer, cada vez más cerca.

Los jóvenes que defendían la esquina, tenían que retroceder ante la superioridad de los elementos de combate.

Cuando cayó la primera bomba entre las mujeres, una de ellas se levantó, rápida como un rayo y atacó al policía que las agredía, arañándole el rostro entre el casco y la defensa del mentón.

La sangre manó abundante.

Desconcertado, el hombre se llevó las manos a la cara y se dejó llevar al interior del Banco para ser curado.

Otros dos la levantaron en vilo y la metieron al furgón.

—Cierra bien la puerta, que no se escape la fiera, gritó el que iba más adelante.

Pero un alarido ronco lo hizo volverse preocupado. A un compañero le había estallado una bomba en la mano, haciéndole mucho daño.

Varias mujeres, las mismas que eran atacadas, se levantaron a socorrerlo, vendándolo con sus pañuelos que pronto se teñían de sangre, mientras buscaban mejor ayuda.

Paula que contemplaba la escena con profundo interés, pensó: "La fiera puede convertirse en paloma. Qué curiosa personalidad tenemos las mujeres. Nunca lograrán comprendernos. Podemos estar todo el día luchando con fiereza... y pasar la noche junto a la cama de un niño enfermo..."

La confusión era espantosa.

Después de horas de resistencia la calle quedó vacía, oliendo a gases, sucia de residuos con los restos de la batalla de ese día y un aire de desolación, vívidos los espectros del odio, como una muestra dolorida del angustiado luchar de los chilenos.

Marisa, como muchas otras personas, siempre pensó que una vez instaurado el gobierno marxista, jamás entregaría esa conquista en una elección libre... y que la única solución posible era la intervención de las Fuerzas Armadas.

Pero había otros, inexplicablemente confundidos, que se negaban a creer que Allende mismo estuviera empeñado de verdad en llegar a entronizar el comunismo total en Chile.

Insistían en creer que "lo obligaban" los partidos que sustentaban su gobierno, cosa que no se compadecía con su voluntarioso caminar en esas filas a lo largo de toda su vasta vida política.

—Bueno, ahora estarás contenta: hay militares en el Gobierno -dijo Rafael desafiante, refiriéndose a Prats.

—No estoy contenta. Claro que no. No, si están apoyando a este gobierno.

—Eres muy apasionada. Tal vez puedan servir de garantía para que las elecciones de marzo próximo se lleven a efecto en forma limpia.

—No creo ya en elecciones ni en nada que se haga a través de este gobierno.

Pedro intervino: —Creo que Marisa tiene toda la razón. Yo siempre fui un demócrata convencido, pero esto está podrido... no tenemos ninguna salida por ese camino.

—No seas tan absoluto. Quizás Allende pueda liberarse de la tutela de los comunistas y los socialistas y quiera enmendar rumbos.

—¿Estás loco? . ¿Pero, es qué todavía crees en el cuento de la tal tutela...?

¡El hombre es marxista! . Lo hace así, porque cree que es lo mejor. El mismo lo ha dicho hasta el cansancio. ¿Por qué, demonio, no le creen? -Marisa se exaltaba por momentos.

—No sé por qué te enojas de ese modo. Es lógico pensar que el tipo querrá hacer un buen gobierno, dejar una imagen honrosa para la historia.

—¿Pero en dónde vives tú? , ¿en qué época? -a cada momento estaba más furiosa.

—El año 76 podremos juzgarlo.

—¡No! ... ¡Eso ya es demasiado! -la furia casi la ahogaba. El país no llega ni al 74... Antes nos moriremos de hambre... o quizás nos matarán.

Pedro no quería participar en la discusión familiar, pero no pudo contenerse más: —¿Puedes ser tan ingenuo, Rafael, como para pensar que el comunismo, con su dirección e intereses internacionales, entregaría el terreno conquistado, en una simple elección? , ¿lo dices en serio? ...¿es que quieres hacer rabiar a Marisa?

Se abrió la puerta de la sala y precedió a la entrada del hijo mayor la voz destemplada de la radio portátil que traía a todo volumen. —Allende salía de viaje por 14 días en su gira a través del mundo, anunciable el locutor.

—Ojalá se caiga el avión -dijo el muchacho en tono ligero, sin mucha convicción... Sería la oportunidad para Prats... podría "alzarse con los tarros".

Todos se rieron y se descargó la tensión.

—Baja el volumen o nos estallarán los oídos... creo que todos los jóvenes de hoy son sordos... andan atronando el espacio -Marisa estaba de mal humor.

Pedro se había quedado pensativo.

—Rafael -dijo suavemente- hay otros que piensan como tú, lo sé... Pero yo te creía en esa línea... o ¿es qué crees en lo que sostiene la DC?

—No, sólo me parece lógico... Si esto es un desastre, ¿por qué razón el hombre iba a insistir, para su propio desprecio? ... Por otra parte... yo no entiendo nada de política -terminó hosco- ni me interesa.

—Te interesará qué le pasa al país -Marisa seguía agresiva. Es aquí donde vives.

Pedro reflexionó: —No te exaltes, es inútil. Creo que donde es más grave, es entre los dirigentes de la Democracia Cristiana. Son políticos avezados y hombres de talento..., es realmente increíble que razonen con tal infantil simplicidad, como si ignoraran en absoluto las prácticas soviéticas que son de conocimiento mundial.

—Tendrías que ser Demócrata-Cristiano -insistía Marisa, indignada con su marido.

—Yo soy apolítico -enfatizó Rafael, como si hubiera dicho algo muy valioso.

—Y eso, ¿qué quiere decir? ... ¿qué es más cómodo ser un ególatra? ... Mejor diría que: un suicida... -terminó bajando la voz con desaliento. —¿Qué le importa lo que le pasa a su propio país? ...

Rafael acusó el ataque: —Tal vez Prats y los otros creen lo mismo que ellos... ¿Ustedes se sienten los depositarios de la verdad absoluta? ... ¡Piensen que un presidente de Chile...

—Este es un marxista y ellos no tienen más patria que sus ideas.

—Bueno, déjame dar mi opinión -Rafael se enojaba. No lo hará tan mal, de adrede...

—Es claro que sí. Ellos intentan destruirlo todo, para comenzar de cero a construir su maldita “sociedad socialista”... o comunista, da lo mismo.

Nadie dijo nada más.

Marisa se levantó y sirvió algo; no quería continuar la discusión.

Los partidos políticos comenzaron a activar los trabajos electorales.

Las elecciones de marzo eran una meta por sí sola, pero también tenían otros significados.

Sergio Onofre Jarpa basaba su campaña a Senador por Santiago, con un slogan muy audaz: “no se trata de conseguir un nuevo Congreso, sino un nuevo Gobierno”. La propaganda del Partido Nacional era definida y audaz. Obviamente buscaba conseguir para la Oposición los dos tercios del Senado, con el fin de poder destituir al Presidente de la República, que había arrasado con todos los principios democráticos.

La Democracia Cristiana, criticaba duramente esa postura simplemente porque no deseaba esa solución política. Alimentando la cándorosa esperanza de heredar el Gobierno en las elecciones del año 76... o tal vez... tal vez participar en alguna imaginaria coalición. Era temerario adelantar juicios, pero, ¿qué empujaba a algunos dirigentes a iniciar y reiniciar “diálogos” inútiles? . Y en distintas oportunidades, en que las palabras traicionaron las intenciones, cuando alguno criticaba a la Unidad Popular por “no querer llegar a un acuerdo mínimo, con otros Partidos Políticos”...

Era una extraña conducta que provocaba desazón en las propias filas demócrata-cristianas... y en la oposición en general.

A pesar de las ásperas divergencias, que impedían los entendimientos más profundos, se había llegado por fin, por sobre una montaña de dificultades, al simple acuerdo de ir en una lista común en los próximos comicios electorales. Había que cuidar ese frágil convenio.

Después de múltiples discusiones, habían dado a luz la fórmula indispensable para no desperdiciar los votos en listas separadas. Se le denominó: CODE.

Fue el gran triunfo.

Un triunfo que poco tiempo atrás habría parecido imposible.

Este acuerdo alarmó de tal modo al gobierno, que Allende decidió intervenir abiertamente en la campaña. Recorrió el país oficiando de agente electoral y olvidando la dignidad de su cargo.

Usó la más descarada demagogia para hacer creer a los incautos que todavía seguía en vigencia la idea de la "vía chilena", "con olor a empanadas y vino tinto", como lo dijo en su elección.

...Y hubo quienes le creyeron aún.

La tarde se había hecho fresca y el ambiente provocaba la confidencia.

Teresa estaba muy preocupada y eso se traslucía en una excesiva locuacidad. -Tú sabes que estoy en permanente contacto con distintos grupos. Cada semana nos reunimos con pobladoras y están desesperadas, te lo aseguro. Aún con sus escasos recursos a veces tienen que recurrir al maldito "mercado negro" que hace la Unidad Popular en cada población. Hemos conversado mucho con ellas y están tan desesperadas con el Gobierno, como en todos los hogares de Chile, de cada barrio, de cada pueblo, de cada ciudad...

—Basta mirar esas largas "colas", donde a veces no son suficientes las horas del día y la gente se amanece desde la noche anterior. Ayer estuve tres horas en el supermercado para conseguir un poco de azúcar... habíamos estado usando miel, pero ya cuesta mucho encontrarla también -comentó Isabel.

—Hay gran descontento... Creo que el gobierno está muy desprestigiado. -Al ver un gesto dubitativo en la expresión de la otra agregó: Las mujeres al menos, han cambiado mucho... estoy segura que entienden... que ya saben que las engañaron...

—Si tú lo dices, tengo que creerlo; pero hay raras incongruencias. Ya ves, la formación de "los cordones industriales" parece que contaran con mucha gente incondicional, que no ven el abismo... o que lo desean. ¿Sabes cuántas industrias hay incluidas? ... trescientas cincuenta: el 80% del total. Y eso es bastante grave: aseguran que pueden saquear Santiago, en un asalto estratégico, por los cuatro costados. Están pidiendo más y más armas... y se las dan. Todos lo sabemos.

—Pero uno no puede saber que piensa cada uno de esos hombres. Creo que muchos actúan obligados.

—Es muy posible. Pero pienso que la mayoría está feliz "jugando a los bandidos". La falta de mayores conocimientos les da un criterio pueril, hasta irresponsable. Cada uno de ellos se siente poderoso con un arma reluciente entre las manos... y con licencia para matar... Es el "poder". Nada o casi nada mueve más fácilmente la voluntad de los hombres, que la ambición del poder.

—Eso es verdad, desgraciadamente. Pero no hay por qué pensar que todos gustan de la violencia... Se quedó pensativa y luego esbozó un ademán de duda... aunque puestos ahí, entre los demás no les sería fácil escapar al amor propio, apareciendo como cobardes.

—Yo creo que a la hora de algún enfrentamiento, los tímidos... bueno, creen que nosotros estamos muy bien armados también...

—Esa consideración puede ser válida..., pero no olvides la “concientización” a que han sido sometidos tan intensamente y que consiste especialmente en despertar el odio. Y el odio puede más que la razón.

Teresa parecía cambiar de opinión... Agregó: Me preocupa que el MIR haya llegado a desafiar al propio Gobierno.

—Eso a mí no me preocupa nada, creo que es una farsa. Por lo menos, no me sorprende. Son sólo distintos caminos para llegar a la misma meta: implantar el comunismo. Creo que por ahora están ensayando esta hipócrita forma pseudo-legal, ya fracasada, sólo para ganar el tiempo suficiente que requiere la preparación de la otra fase... Quieren conseguir un triunfo fácil, acabada la concientización social y la preparación bélica... y por supuesto completar el aprovisionamiento de armas, que están apresurando cuanto pueden.

—Tu pesimismo es aterrador.

—Estás equivocada, Teresa, no es pesimismo. Perdona que pueda parecerle petulante; pero es conocimiento. He estudiado, observado y meditado mucho sobre este proceso. He investigado y leído cuanto es posible conseguir, para tener una idea clara sobre la doctrina y las tácticas que emplean. ¡Me resultan transparentes! . A veces me desespera ver tan confundida a la gente... Ni puedo decirlo porque suena atroz, pero me irrita la ignorancia que hay frente a algo tan importante.

—Calma, calma -Teresa sonrió casi divertida por la vehemencia de su amiga. Yo no estoy tan informada y respeto mucho tus conocimientos, pero quiero decirte que tal vez estés un poco lejos de la gente misma y no puedas juzgar sus posibles reacciones. No creas tú que han llegado a calar tan hondo en la “concientización”. No creo que les han convencido en la medida que ellos esperaban. Por lo menos... no a las mujeres.

—¿Tienes mucha fe en ellas?

—Tienen un sentido práctico que los desconcierta: “obras son amores y no buenas razones”... y la verdad es que como todo va de mal en peor... la escasez las aterra, mucho más por sus hijos que por ellas mismas. El pánico al hambre es algo muy serio. Sólo imaginar que un hijo puede morir de hambre, no lo soporta ninguna madre.

—Eso es cierto -estuvo un rato pensativa y luego agregó: Dijiste ¡pánico! ¡Qué trágica palabra! . Creo que es la tortura peor. El miedo puede destruir todos los valores del hombre... y es absurdo pedirles a todos que sean valientes. Los tímidos existen... y están sufriendo mucho. ¿Con qué derecho se permiten ellos infligir a la gente semejante padecer? . Eso me subleva más que nada.

—¿A ti que pareces no conocer el miedo? . Yo pensaba que despreciarías a los tímidos.

—Pero Teresa! . ¡Eso supone creerme despiadada! . ¿Cómo puedes pensarlo? . Ellos no tienen la culpa. ¡Te imaginas qué tormento? . ¡Comenzar cada

día con el terror de sufrir la agresión del enemigo... física, económica... que el puesto, que los golpes, que el asalto... sin ser capaces de pensar en que pueden defenderse? ... Todos podemos sentir temor ante el peligro, lo demás sería inconciencia; pero valor es vencer el miedo y no dejarse dominar por él.

—Tú... ¿has sentido miedo?

Isabel rió: —Bueno, no en forma de pánico; pero creo que la razón nos hace sentir a todos esa emoción, ante la inminencia de un riesgo. Es natural.

—¿Te da miedo la muerte?

—Me da miedo la muerte.

—¿Por qué, si es natural? . Algún día tiene que llegar.

Isabel meditó un buen rato... —Es muy curioso -dijo al fin- me da miedo la muerte... natural. No sé si me explico. Esa que “tiene que venir”, sin provecho alguno, porque sí, en una cama, a través de una enfermedad dolorosa o un accidente estúpido. No sé bien que hay después... lo veo muy confuso... Y la tumba, llena de podredumbre me parece horrible.

Teresa la interrumpió escandalizada: — ¡Cómo es posible! , ¿y tu alma? ¿No crees en Dios?

—Sí, es claro que creo en Dios y en mi alma. Es sólo que no sé bien que se hará con ella... no lo veo tan claro... Y cambiando súbitamente, bromeó: —Pero ¿y mi cuerpo? ¿Crees que no sentiré dejarlo en tan dramática posición? ... Estoy muy acostumbrada con él. Me parece bastante apreciable: me da placer, puedo sentir el sol sobre la piel, las caricias, el goce de los sentidos..., también puedo ver a los seres queridos con el suyo. ¿Te parece muy materialista? . Pues, te puedo alegar que fue el mismo Dios quien lo dispuso así.

Teresa no entendía de bromas en esa materia y seguía muy seria.

—No quiero seguirte en esa filosofía barata con que te empeñas en molestarme -dijo como quien da un ultimátum.

Isabel se reía.

—Bueno, no vamos a pelearnos ahora. No hay tiempo -agregó con un tono todavía ligero. Si es que salimos de esto... te voy a rogar que me convenzas de todo lo que tú piensas al respecto.

—Pero me hablaste que sólo temías cierta forma de morir; Teresa no pudo evitar la curiosidad. ¡Eran tan diferentes!

—Me vas a creer presuntuosa.

—Vamos, dilo de una vez.

—Aunque no me lo creas, no me importaría nada morir por una causa, por algo que valiera la pena. Morir peleando por una idea, por defender ciertos valores..., si esa muerte sirviera para algo importante... creo que... hasta me gustaría.

—Ya lo creo que eres presuntuosa... ¡Mira que querer tener el privilegio de servir para algo importante! . Ahora ella bromeaba, tal vez para ocultar cierta emoción.

—Tocada -confesó Isabel riendo. Y no es eso todo... pongo mis condiciones:

tiene que ser fulminante, en una trinchera... no en un hospital. Digo, para que me gustara.

—¿Es la única forma atractiva?

—No te rías, porque es en serio... -se quedó pensando- también aceptaría que fuera delante de un pelotón de fusilamiento, siempre que antes pudiera gritar: ¡Viva Chile!

—No seas bruta. Ya he soportado bastante -Teresa se exasperaba. Y lo peor es que te creo.

Se oyeron voces en la puerta de calle. —Me parece que Aníbal viene con alguien.

—Me alegro, te estabas poniendo intolerable.

—Ahora sólo escucharás quejas y vaticinios que nunca se cumplen, si prefieres eso.

—Prefiero cualquier cosa antes que escucharte cuando te da por ese lado.

—Viene con tu marido. ¿Se quedan a comer con nosotros?

—Por mí, encantada... o tendré que ver televisión y no lo soporto. Cada día los programas son más pobres y las noticias más alarmantes. Con oír la Radio Agricultura tres veces al día estoy sobredosificada.

Los hombres saludaron, ligeramente distraídos, absortos en la conversación que traían hilvanada: —Además están amenazando con los "cordones" si ganamos la elección por los dos tercios -decían.

—Eso no lo creo posible. Nos han azotado muchas calamidades, pero no las suficientes como para hacer entender a los más recalcitrantes. Además, hay sospechas muy bien fundadas de que usarán cualquier recurso para tergiversar el resultado de las elecciones. Dicen que se están inscribiendo dos y más veces, con distintos carnets, aunque no se haya podido probar.

—La verdad es que esta pelea la estamos dando con todos los medios en contra. Si dejan que haya elecciones, es porque "tienen alguna carta escondida en la manga".

—Entre ellos hay algunas discordias graves: Orlando Millas versus Carlos Altamirano, parecen irreconciliables.

Isabel parecía obsesionada con la idea: —Mientras no se decidan todos por la violencia... cuando estimen que los otros caminos se les hicieron imposibles.

—La violencia acampa en todo el país. Acabo de oír que en Valdivia asaltaron la sede del Partido Nacional -dijo Aníbal.

—¿Hubo heridos?

—Entiendo que muchos... y un muerto: un muchacho de catorce años.

—¡Qué brutalidad, era un niño! . Hay muertos y heridos por todas partes y tienen la desfachatez de gritar: ¡No a la guerra civil! . Si esto no es una guerra civil... me gustaría saber como se llama.

—Para mi modo de ver, Allende, aunque diga otra cosa, está con la estrategia del MIR. Por algo fue presidente de OLAS para toda la América Latina. Una organización continental para la violencia. ¡Qué mala memoria tenemos los chilenos! . Ya nadie lo recuerda.

que el día anterior. Dependía de su conformación económica que tipo de ambiente

El ambiente de pesimismo continuó durante la comida y cuando se despidieron no habían mejorado los ánimos.

Santiago contiene casi la mitad del electorado del país y el más difícil.

Ese verano de 1973 hubo pocos "viudos de verano". Fue antes la característica de la época, porque las mujeres y los niños partían a los campos o a las playas.

Pero este año, la capital se convirtió en un hormiguero, laborando la campaña electoral.

Cuando Laura volvió a su casa esa tarde, encontró que Javier ya se había sentado a la mesa y comía en un hosco silencio.

Ella percibió el ambiente en cuanto entró, pero no quiso darse por aludida. Se le acercó por la espalda y abrazándolo cariñosa lo besó ligera en la mejilla.

—No hay nada listo para la partida de mañana -dijo él, apartando la silla con disgusto.

—¿A dónde vamos mañana? , preguntó aparentando ignorarlo.

—Laurita, por favor, lo sabes de sobra. No es ninguna novedad que desde mañana cerramos la oficina. Todo el mundo sale a veranear y nosotros también.

—Dijiste veranear? . Pero, ¿se puede veranear en medio de esta guerra que estamos viviendo? . Hay elecciones generales en marzo... y tenemos que ganarlas.

—Y tú, ¿qué tienes que ver con las elecciones? . No he sabido que fueras candidata.

—¿Sabes? , la ironía no te sienta... Hay que ayudar a los candidatos. Y luego continuó conciliadora: —Javier, te lo ruego, no te pongas intransigente. Esto es demasiado grave. No puedo verlo de un modo tan ligero. Creo muy seriamente que nadie debería pensar en vacaciones en circunstancias como éstas.

—Sabes todo lo que he hecho y seguiré haciendo lo que pueda. Sólo que no lo haré en Santiago.

—Lo siento, pero yo pienso que es aquí donde está más brava la pelea y donde puedo ser más útil.

—Mañana me voy y parto temprano.

Ella quiso bromear: —La patria me necesita -dijo risueña, tratando de usar un tono ligero. Pero estaba muy tensa y ocultó sus manos a la espalda para que él no viera un ligero temblor que no lograba dominar.

No quería que se disgustara; pero ¿por qué, demonios había que veranear? . ¡Cómo si fuera un rito sagrado! . Este país podía estar ardiendo por los cuatro costados y, a su tiempo, todo el mundo se iba de vacaciones. No podía entenderlo. No en este momento.

Ni siquiera era importante el dinero para cumplir ese ritual. Se podía salir lo mismo en lujosos automóviles que en trenes atestados de gente y de bultos, en destortalados buses o en cómodos pullman..., la cuestión era salir de la ciudad de cualquier modo y no importaba a qué sitio... como si fueran arrancando de una peste.

Una multitud heterogénea ocupaba el local del Poder Femenino. Se daban instrucciones y se tomaban acuerdos. Si alguien preguntaba, la contestación era bien informada.

Estaban próximas ya las elecciones parlamentarias y todo Chile se había movilizado. Nadie ignoraba la importancia de esta gesta cívica en la que se jugaba el destino de la Nación.

Cuando Eugenia llegó al recinto, no pudo entrar. Oyó la voz de Isabel, a través de un muro de personas que de pie, se agrupaban al final de la sala.

—Los marxistas tienen una fraseología propia -estaba diciendo. Ellos mismos califican a sus seguidores de ingenuos...y el mundo está lleno de "tontos útiles", concientizados, para que repitan las consignas enseñadas o simplemente escuchadas.

No nos dejemos llevar por esa siniestra conspiración de las palabras, repitiendo frases hechas que distorsionan las ideas y nos inducen a error. Nos hemos acostumbrado a usar consignas creadas por el maligno ingenio comunista y manejadas hábilmente, hasta el punto de ser repetidas también por otras corrientes de opinión, que en busca de resultados electorales, las hacen suyas.

A veces las disfrazan tan hábilmente, que las pueden echar a volar como novedades. Siempre tienen el atractivo de parecer generosas, de buscar alivio a la miseria o de perseguir metas ideales, pero imposibles. Por ejemplo, cuando dicen, como si fuera una promesa: "Universidad para todos". Si lo pensamos unos cortos segundos, veremos claramente que es una utopía irrealizable, sin necesidad de entrar en profundos análisis; pero logran crear ansiedades, insatisfacciones dañinas y desviar a las jóvenes generaciones de otras metas posiblemente exitosas. Crean el descontento y utilizan en su provecho a los que se sienten frustrados. Hay algunos de estos slogans que batén todos los récords de la estulticia y que se repiten sin pensar, a veces sólo por decir algo que parece de actualidad: "Todo tiene que cambiar", por ejemplo. —¿Por qué? . ¿Para bien? . ¿Para mal? . Y aún dándole alguna intención: ¿para mejorar o para empeorar? . Si es para nivelar hacia abajo, no tiene ningún sentido.

El mundo progres. Y eso se llama: evolución.

El mundo evoluciona inevitablemente empujado por la ciencia y la técnica, a medida que el conocimiento vaya entregando mejores posibilidades al hombre. Pero también hay principios inamovibles, hay leyes morales no escritas, que manejan la conducta de los seres humanos, inherentes a su propia naturaleza, difíciles de modificar. Y si ahí se produce algún cambio, es rigurosamente revisado, hasta por el instinto.

Pero el sistema comunista trastoca todos los valores. Sabemos, por ejemplo, que en el mundo soviético la "delación" es un deber para con el Estado, hasta entre padres e hijos. En Moscú existe una estatua del niño que, delatando a sus padres, consiguió que los condenaran a muerte -terminó casi en un murmullo.

Hizo una pausa cargada de emoción que mantuvo en suspenso al auditorio y cambió bruscamente de tema.

Cuando retomó el hilo de su exposición, Eugenia que la escuchaba muy atenta, casi esperaba escuchar lo que comenzó a decir.

Siempre le preocupaba la responsabilidad que correspondía a las mujeres en la formación intelectual y espiritual de los hijos. Sería "su" éxito o "su" fracaso el comportamiento de las jóvenes generaciones que se iniciaban en la vida pública.

Quería, desesperadamente, que se desempeñaran con talento y con eficiencia, que ganaran todo el prestigio que su máximo esfuerzo pudiera entregar.

Era como una obsesión: que las mujeres adquirieran conocimientos, que se formaran conceptos claros, que argumentaran con seriedad.

Pensaba que el problema de los jóvenes con respecto a su familia, no era otra cosa que la ignorancia o la indolencia de los padres ante las inquietudes juveniles. La familia: el padre y la madre, no tenían las respuestas apropiadas, ni intentaban tenerlas. No sabían que ése era su primer deber... o sus hijos caerían en la órbita de poder del primer profesor marxista y pedante con que se toparan. Ellos no lograban contrarrestar esa influencia, porque no conocían otras soluciones que ofrecerles. No sabían decirles que existían otras fórmulas, otros recursos para conseguir sus propósitos más generosos y satisfacer sus ansias de justicia.

Esa educación familiar tenía que comenzar casi desde la cuna, o más tarde el empeño caería en el vacío.

Ahora estaba diciendo: -"Las mujeres desempeñan un papel cada día más importante en la vida cívica. En estos momentos, en que nuestros hijos pelean en las calles defendiendo ideales comunes, en que han llegado a sentir que la sobrevivencia de los derechos fundamentales, tan duramente conquistados por el hombre, tiene más precio que la vida misma, en que están en constante peligro de muerte; debemos comprender el enorme valor de esa comunión espiritual entre ellos y nosotros, que sólo podemos alcanzar en la sublimidad del respeto que lleguen a sentir por nuestro modo de pensar y de actuar.

"También están los hijos que no supimos mantener junto a nosotros... y lo

decimos con lágrimas de dolor. Los que han sido arrancados del núcleo familiar, los que han sido engañados y arrastrados hacia doctrinas de odio, a través de los recursos más siniestros.

“De una vez por todas, sepamos que nosotras, las madres, tenemos que superar los afanes en que sólo creímos deber proporcionarles un medio agradable, alimentos nutritivos, vestimenta tibia y educación útil. Tenemos que darles mucho más”. Su voz se hizo casi dura. “Tenemos que crearles una conciencia, abrirles las ventanas del saber público para que penetre la luz... Entre las tinieblas, siempre acecha el peligro: ¡Qualquiera puede asaltar sus mentes vírgenes! ”.

Calló por un momento y estalló un aplauso cerrado.

“Pero para lograrlo, tenemos que enriquecer nuestros conocimientos y saber proyectarlos. Tenemos que aprender las respuestas. Nosotras... tenemos que conocer los argumentos válidos, saber qué consejos dar, qué ideas inculcar, qué conducta recomendar, qué influencias rechazar. Tenemos una tarea enorme, que requiere preparación profunda, tiempo largo, seguridad en nuestros propios conceptos, una inquietud constante... y estudiar, estudiar... ¡Tenemos que comenzar por nosotras mismas!

“No hay otro medio de alcanzar la confianza ni de lograr el respeto de los hijos, que el dominio en profundidad de nuestras ideas: su defensa, su acometividad y su conveniencia.

“También hay que conocer al enemigo: sus potencias y sus debilidades. Penetrar en sus sofismas, sus demagogias... y aprender a desenmascararlas.

“Pero, por sobre todo, hay que hablar con ellos de estos sentires patrios, desde siempre, desde mucho antes que creamos que entienden todo el sentido de lo que les estamos diciendo.

“Será también el mejor modo, tal vez el único, que ellos nos sientan amigos suyos”.

Bajó la voz hasta alcanzar un tono casi confidencial y tomó otro rumbo. Se hizo un silencio profundo en la sala.

—“Estamos al borde de las elecciones parlamentarias... ¡Puede que sean las últimas! . Hubo un suspenso que fue como un suspiro contenido. —Siento como si estuviéramos al borde del abismo... no hay ninguna garantía para nuestra causa...

“El presidente de la República no respeta la dignidad de su alta investidura; sigue en campaña, porque no puede gobernar con los medios pseudo-legales que está tratando de usar.

“Tal vez los jerarcas de Moscú no entiendan a este gente de Chile... o resultarían de una candidez increíble: no se puede pretender implantar el comunismo, tan anti-natural, sin la brutalidad del atropello a todos los derechos adquiridos tan trabajosamente por la humanidad a través de siglos de civilización. Ni siquiera con estos atropellos amparados en los “resquicios legales”, farsa hipócrita del gobierno... ¡La violencia vendrá! . No pueden hacerlo de otro modo.

“Chile no va a tolerar la aplicación de dogmas ajenos, destructores del hombre

como creatura pensante, sin dar su batalla... pero las batallas pueden perderse. ¡Qué Dios nos ayude!

“Sólo tenemos las armas que nos entrega la ley... y la ley está siendo demolida...

“¡Es nuestra última batalla! . Necesitamos la UNIDAD de la Oposición para conseguir los dos tercios del Parlamento y poder destituir al presidente..., un presidente que ha declarado ser sólo “el gobernante de algunos chilenos” y que ha demostrado la más absoluta indiferencia por el bienestar de la ciudadanía”.

Aplausos entusiastas interrumpieron sus palabras.

—“Muchos creen que el hecho de que haya militares en algunos ministerios, es garantía de pureza electoral. Yo no lo creo.

“La intervención se hará solapadamente, a sus espaldas... y no podrán evitarla. Con todos los mandos medios interfiriendo no existe ninguna posibilidad de control.

“Sabemos que se han efectuado inscripciones electorales múltiples, pero no tenemos la posibilidad de probarlo, por ahora.

“Eso no significa que cejaremos un punto. ¡Daremos la pelea en todos los rincones de Chile”.

Un clamor de aprobación se elevó en la espaciosa sala.

El ánimo de la gente había sobrepasado los pronósticos.

Isabel continuó: —“Es una tarea urgente para nosotras descubrir esos posibles fraudes”.

Varias personas pidieron la palabra.

Muchas voces se confundían, tratando de dar información.

La campanilla sonó incesante.

Eugenio tenía un compromiso urgente. Vio la hora. Estaba muy retrasada. Cuando salió aún se oía el estridente tintineo del bronce, sin lograr el silencio que pedía.

En el Departamento de Organización Electoral se comenzó a reunir un grupo de profesionales, con la idea de presentarse unidos para dar la batalla de un modo más eficaz. Así nació el Frente Nacional de Profesionales.

Se ordenó un cardex de los integrantes y se organizaron reuniones semanales durante todo el tiempo que duraría aún la resistencia.

Desde un mes antes de la elección se trabajó a doble jornada en la Sede del Poder Femenino.

El trabajo de las cartolas era muy pesado, pero ellas iban a permitir detectar cualquier intento de engaño.

A base de las tarjetas de adhesión que fueron el fundamento de todos los trabajos, se marcó en cada cartola el número que correspondía a los electores del CODE y a los anulados, y se entregaron a los apoderados con instrucciones muy precisas.

Setecientos cincuenta apoderados entregó la sede de Santiago solamente, para el día de la elección.

Hubo permanente contacto con los Partidos políticos para trabajar todos unidos la elección.

También fueron invitados los dirigentes gremiales. Hugo León y Jorge Martínez asistieron a la reunión ordinaria del Consejo Coordinador del 31 de enero. Dieron a conocer las actividades de sus organizaciones para detener la riada marxista y se compaginaron importantes acciones en conjunto.

Durante todo el mes de febrero hubo cuatro cursos diarios para vocales y apoderados, en colaboración con abogados y dirigentes políticos.

Se estructuró el departamento de transporte para el día de la elección con 200 automóviles, manejados por sus dueñas alistadas como voluntarias, para llevar a los electores impedidos, en el ancho radio de Santiago y lugares próximos.

Desde dos días antes la actividad fue continuada.

Funcionó una planta telefónica, cedida por una industria, conectada directamente entre la Sede Central del Poder Femenino y las distintas subsedes, con operadoras gratuitas, para facilitar los contactos en toda la provincia.

Se habían usado todos los recursos posibles. Hasta se llegó a chequear la guía telefónica entera, de donde salieron abundantes contactos y valiosa información fácilmente comprobable.

En distintas partes de la ciudad, grupos de abogados, hombres y mujeres, de renombre profesional y público, estuvieron todo el día dispuestos a atender de inmediato los reclamos que se fueron presentando.

Todo Chile había vivido los últimos meses en razón de esas elecciones, de ese hilo frágil que aún parecía mantener las amarras del sistema institucional, del que la Nación se había enorgullecido durante más de 160 años de vida soberana.

Era, tal vez, la esperanza última que los chilenos necesitaban mantener vigente para no desfallecer.

Pero esa ilusión no pasaba de ser una mentira más detrás de la fachada que aún se mantenía enhiesta.

El sistema del que tanto y tan justamente nos habíamos enorgullecido, estaba podrido por dentro.

Esas falsas inscripciones que se habían denunciado, pero que no lograron comprobarse, afloraron el 4 de marzo.

Camiones cargados con gente bien pagada, iban votando de pueblo en pueblo, por todos los caminos de Chile... dos, tres, cuatro veces, inscritos con distintas cédulas de identidad, entregadas por funcionarios delincuentes.

¡Pero no pudieron convencer a las mujeres!

Desde las ubicadas en las poblaciones marginales, hasta las que habitaban en los barrios mejores, votaron contra el marxismo.

Pese a las amenazas, a la propaganda y hasta a las represalias, ellas dieron una enorme mayoría a la Oposición.

El Gobierno ya sabía que sería así.

Por eso atacaron despiadadamente los lugares de votación femenina. En todas partes se obstaculizó el libre ejercicio de la expresión popular de las mujeres.

Formaron filas falsas, con gente extraña que se prestaba a ocupar los lugares con el fin de desanimarlas. Ellas siempre están presionadas por quehaceres permanentes. Algunas, urgidas por maridos que reclamaban su atención como si fueran la única razón de vivir de quienes le rodean, o ante la obligación de dar almuerzo a hijos pequeños o agotadas por un avanzado estado de gravidez...

¡Es duro ser mujer!

Sin embargo, muchas resistieron las presiones y lograron cumplir con su deber cívico.

Hubo actos de salvajismo como el del Primer Distrito de Santiago, Primera Comuna, donde además de haber colocado las mesas para sufragar en el subterráneo del edificio de la Unctad, desaseado y mal oliente, encendieron la calefacción, provocando casos de desmayos y otros accidentes graves.

A pesar de todo eso y mucho más, hubo lugares en que las mujeres marcaron más del 80% contra el marxismo.

En el momento de los escrutinios, demoraron los datos, provocando discusiones absurdas, simulando disturbios...

Usaron cualquier cantidad de recursos prohibidos por la ética más elemental; pero no lograron destruir la evidencia del repudio femenino al comunismo en marcha.

Las mujeres que habían actuado como apoderadas fueron heroicas. Desde las comunas más alejadas o más "bravas", llegaron con sus cómputos a avanzadas horas de la noche.

Cansadas hasta sentirse enfermas, con hambre y con sed, roncas de tanto discutir, defendiendo voto a voto el triunfo de la Oposición.

Hubo un extraño retraso en dar los resultados finales, cosa inusitada en Chile. Los votos quedaron en poder de funcionarios del Gobierno por horas y horas, sin control alguno.

Finalmente, después de esa inescrupulosa manipulación, se anunció un resultado extraño, incongruente con el clima anti-gobierno que reinaba a todo lo largo de la República: -43% para el Gobierno y 57% para la Oposición.

Eso era prácticamente una derrota para los opositores, pero un resultado cargado de sospechas.

—Estoy segura de que somos víctimas de un enorme fraude electoral -afirmó Marisa, enfática.

El consejo Coordinador del Poder Femenino reunido en pleno, analizó la elección, punto por punto, de Arica a Magallanes.

Algo andaba mal.

Las representantes de la Democracia Cristiana aseguraban que no había tal fraude y que todo estaba claro. Hasta asistió Eric Campaña, jefe del Departamento electoral del CODE, a una sesión del Consejo, para explicarlo, sin que lograra convencer a la mayoría de las delegadas.

Llevaron archivos conteniendo un ordenado recuento, mesa por mesa en cada comuna.

Frente a tan menguado triunfo, culpaban a Sergio Onofre Jarpa del desánimo reinante: "Él no debió haber creado la ilusión de que podrían conseguirse los dos tercios del electorado para el CODE".

—Yo nunca creí en los dos tercios, pero sí en una mayor diferencia -aseguró Bárbara- sólo por el clima de indignación que hay contra el Gobierno.

Diana llevó la documentación de la comuna de La Reina. Era un archivo impresionante, destinado a mostrar la eficiencia de una buena organización.

Bárbara lo tomó con cierto respeto. —¡Caramba! -dijo- nosotros los nacionales no somos tan ordenados. Y comenzó a examinarlo con detención. —¡Qué extraño! ... Estas mesas... Creo que deberían estudiarlo los expertos.

Paula se interesó. —Lo entregaré a los del departamento electoral -dijo- llevándose las últimas páginas.

Marisa insistió en que el Poder Femenino debería hacer una declaración pública de inmediato, denunciando el fraude.

Hubo una airada discusión: —No podemos hacer denuncias imposibles de probar. No parecería serio, alegaron varias delegadas.

—Aún no podemos probarlo, pero lo haremos. Está demasiado claro. Tenemos muchas evidencias: sabemos que hay inscripciones múltiples, se ha visto el acarreo por pueblos sucesivos... ¡por Dios! si está a la vista... y por último si no se logra probar, en el estricto sentido de la palabra, contémosle a la ciudadanía lo que sabemos. Es más que suficiente.

Isabel agregó: —Hay que hacerlo de algún modo. Por lo menos la gente empezará a comprender que no es posible esperar nada válido de este Gobierno. Entenderán que cuanto hagan con apariencia de legalidad, no pasa de ser una mascarada cruel, para ir adentrandonos engañados, anestesiados, por la selva oscura del comunismo.

—¡Cuidado con que nos detengan exageradas formalidades, que ellos no respetan! -sentenció Alicia- las reglas del juego han sido cambiadas. Mejor dicho, ¡no hay reglas vigentes!

Todavía hubo algunas objeciones, pero finalmente se redactó una declaración para la prensa que publicó "El Mercurio", "La Tribuna" y repitió muchas veces la Radio Agricultura: era un llamado a la mujer chilena para que estuviera atenta a defender sus derechos públicos.

El 27 de marzo, Allende se sintió lo suficientemente fuerte como para cambiar el Gabinete.

Lo más duro de los reclamos había decaído. La furia de la Oposición ante la impotencia por hacer valer sus protestas, se apagaba en razón de la misma frustración recibida.

—Pero el rencor estaba consumando su camino de ira!

Habría un gabinete civil. Ya no necesitaba con tan desesperada urgencia la protección militar y quería seguir usando el recurso de los “decretos de insistencia”, a lo cual no se prestaban los ministros uniformados.

La Radio Agricultura sacó al aire un programa del Poder Femenino, de media hora cada mañana.

Era la herramienta que se estaba necesitando para que el mensaje de las mujeres llegara hasta y desde todos los rincones de Chile.

Se estudió una fórmula útil y atractiva. En el primer tiempo una visitadora social respondería consultas sobre problemas de interés social. Juanita se hizo cargo de ese espacio. Habría un poco de música y luego vendría la propaganda anti-marxista, presentada en forma de anécdotas verdaderas, historias y algunos sketches amenos y ágiles. Se llamó: MUJER - 73.

El Poder Femenino insistía en no dejar que la frágil memoria de la ciudadanía olvidara la injuria contra el pueblo de Chile, que significaba el FRAUDE electoral.

Nina redactó algunas frases que Radio Agricultura repetía cada media hora. Había que golpear sobre los sentidos de la gente, para que la Oposición tomara conciencia de que no tenía garantías constitucionales para sobrevivir como democracia. Era especialmente importante hacérselo comprender a la Democracia Cristiana, que era tan remisa a tomar actitudes definidas.

Un locutor leía esas llamadas de alerta desde hacía más de 48 horas. El tema se volvió a debatir en el Consejo y acordaron insistir en el mismo asunto.

—Pero hay algo que es indispensable corregir -advirtió Bárbara. Me parece absurdo que un hombre esté diciendo ahí: "ALERTA MUJER CHILENA...", es obvio que debe de leerlo una mujer.

—¡Y ya llevamos dos días con esa falla! -lamentó Paula. Estamos tan acosados de trabajo... no lo había podido oír.

María del Pilar se ofreció para ir a grabarlo.

La proclama decía: "Alerta mujer chilena: Chile ya no es un país en libertad. El comunismo internacional, usando nuestro propio sistema democrático, ha falseado el resultado de las elecciones.

El Poder Femenino, llamando a sus bases, a lo ancho y largo del territorio: ¡Listas para cualquier emergencia en las próximas horas!

Era un momento de decisiones rápidas. Necesitamos un asesor técnico en medios de comunicación y para tal efecto la radio designó a Horacio Toledano, que se convirtió en decidido colaborador. Se cambió el nombre del programa: de "Mujer 73" pasó a llamarse agresivamente "PODER FEMENINO".

Pero la frase, la misma frase, después de haber sido repetida durante dos días, dicha por una voz de mujer, produjo tal pánico en el gobierno, que amenazaron con clausurar la Radio.

La orden venía desde arriba. Habían ordenado suspender el programa y cerrar la emisora a la primera reincidencia.

En el canal 7 de televisión estatal, un comunista comentó la llamada, reclamando penas para las mujeres, por intento de sedición. Entonces los que no lo habían oído, indagaron y se interesaron, contribuyendo involuntariamente a promover la idea.

En el Poder Femenino los comentarios fueron animados. Paula dijo que a ella le sonaba como elogio: —Si ellos piensan que lo grave es que se oiga en una voz de mujer...

María del Pilar dijo alegre: —Es divertido, pero nos temen. Vengo llegando del campo y oí cuando Allende habló en Linares de política agraria en los asentamientos. En medio de su discurso, sin venir a cuento, habló del Poder Femenino frente a un grupo ajeno al problema. Se ve que le estábamos penando: dijo que éramos un "poder fantasma..."

Isabel comentó: —Es que no sólo somos una permanente demostración pública de descontento, que es nuestra cara visible en las marchas, concentraciones o grupos de protesta; sino una organización fuerte que actúa coordinadamente y que tiene una enorme esfera de influencia.

—Si no lo vieran así, sencillamente nos ignorarían -dijo Claudia dubitativa.

Pidió la palabra la nueva delegada de los profesionales: —Yo quiero manifestar mi admiración a las componentes del Poder Femenino, no sólo de este Consejo Coordinador que merece todos mis elogios, sino de todas las mujeres que a lo largo de Chile se están jugando la vida... y que han pospuesto hasta su organización familiar, tan importante para ellas, frente al urgente interés de la Patria. Las he visto trabajando sin descanso en este quehacer grande de la salvación nacional, a costa de las tareas gratas junto a los suyos. Y hay algo que se ve como un milagro: ¡han logrado convencer a sus maridos y a sus hijos, de la enorme importancia de la labor en que están empeñadas! . Con eso han cambiado los probables reproches, por una respetuosa colaboración.

Y no puedo omitir otro aspecto: el valioso "espíritu de cuerpo" con que actúan. Es tal vez la clave del éxito. Sé que aquí hay mujeres que están lejos de practicar ideas políticas que las acerquen..."

—Chile está primero -interrumpió Diana.

Hubo un murmullo de aprobación.

A principios de abril comenzaron a requisar el trigo en la zona sur... lo que aumentó el desaliento en los agricultores.

Desde todas las provincias llegaban malas noticias y aumentaba la incertidumbre junto con el desquiciamiento económico.

Desde Chillán denunciaban la usurpación de terrenos efectuada por funcionarios públicos, hecha en su propio beneficio: era el colmo de la desvergüenza.

La prensa parecía un agorero de penurias e impudicia: desde Antofagasta decían que los tarros de leche venían llenos de aserrín.

Desde Talca anuncianaban el cierre de una enorme fábrica de alimentos para aves y cerdos por falta de materias primas. Morirían miles de animales, indispensables para el ya tan escaso abastecimiento de la población.

Pero el Gobierno no parecía conmoverse por esas cosas.

Desde Viña del Mar, anuncianaban el cierre de más de mil negocios, que no habían renovado sus patentes por falta de mercaderías.

Y así seguía la noticia interminable de los desastres, de los abusos, de las carencias, galopando a todo lo largo de la República.

Entre tanto se anunciaba la llegada de innumerables barcos extranjeros con mercaderías que antes se habían producido en el país. Pero ese comercio tenía la virtud de hinchar los bolsillos de los funcionarios del régimen!

Con ese sistema estábamos hipotecando nuestro cobre, productor de las únicas divisas disponibles para tales compras, enajenando nuestra tecnología, despedazando el campo y la industria... en un delirio insano, sin responsabilidad ni conciencia... ¡o en un criminal intento reflexivo de provocar el daño adrede?

¿Cuánto tiempo más duraría...? . ¿En qué momento sería la hambruna total?

El Partido Nacional dio a conocer un acabado estudio sobre la situación real del país que tituló: "Aterrador futuro económico de Chile".

Elaborado por un buen equipo de técnicos, llegaba a muy graves conclusiones:

INFLACION: 300% al año y creciendo incalculablemente por momentos.

RACIONAMIENTO: de todos los alimentos de consumo diario.

EMISION: a tal punto, que se dejará de usar el dinero, recurriendo al trueque.

COMERCIO EXTERIOR: a) imposible pagar créditos.
 b) embargo del cobre por cuenta de los acreedores.
 c) paralización de la exportación.
 d) no habrá recursos para nuevas importaciones.

PRODUCCION: cierre de fábricas y del comercio, por reducción a cero de la producción.

Y el informe continuaba analizando el futuro inmediato que iban a enfrentar los chilenos.

Bárbara lo llevó al Consejo y se acordó aprovechar el material, tan valioso, para usarlo en las próximas proclamas e ir formando conciencia en la ciudadanía del peligro que estábamos afrontando. ¡Chile no tenía mañana!

En el Departamento electoral comenzó a funcionar también una comisión de expertos, hábiles en el manejo de las cifras eleccionarias. Estaba compuesta por ingenieros, abogados y otros peritos: Enrique Ortúzar, Ernesto Pinto, Santiago Morán...

El fraude electoral seguía penando en la conciencia de la gente. .

La comisión necesitaba antecedentes precisos y una información más completa. Entonces un grupo de mujeres se ofrecieron para ir a conseguir esos datos en el Registro Electoral.

Fue una pesada tarea efectuada en los fríos subterráneos del vetusto edificio. No sólo tuvieron que sufrir las inclemencias del ambiente, sino que pusieron en peligro su seguridad personal trabajando en un medio hostil. El que en un momento dado pudieran aparecer como espías, hubiera sido realmente peligroso.

Para explicar su presencia en el recinto dieron como excusa un estudio sobre la ley electoral chilena. En medio del tráfico de extranjeros indeseables que proliferaban en Chile, cualquier actividad parecía natural. Esa fue su pantalla, más la ayuda leal de algunas funcionarias que tenían las mismas ideas.

¡Fraude!

Jaime del Valle, decano de la Universidad Católica, denunció públicamente el fraude, en un mensaje por televisión, que todo el país recibió consternado.

— ¡Chile ha sido víctima de una infamia! -dijo del Valle.

El impacto de esa noticia fue dramático.

Muchos chilenos se negaban a creerlo. La democracia era como un dogma.

Algo murió en el corazón de la gente.

¿En manos de qué fuerza demoníaca estábamos atrapados?

Después de la primera impresión aplastante, se puso en marcha la rebeldía propia de la raza.

¡La democracia estaba podrida!

Ya no servía para regir los destinos del país.

El marxismo estuvo haciendo su trabajo de zapa, por decenios... ahora todo estaba consumado.

Ya lo sabíamos. Estábamos gobernados por dirigentes con patente de corsos, que no trepidaban en jugar con la fe que habíamos depositado en nuestras permanentes estructuras.

Fue una burla torpe.

Hubiera sido menos cruel no llevar a cabo esa mascarada de la elección.

En la sala casi vacía las voces resonaban demasiado. En un rincón, como guareciéndose del frío de la tarde, se habían agrupado con desaliento algunas delegadas.

—A veces me parece que no podré seguir resistiéndolo -dijo Isabel en tono apagado. A donde mire sólo hay angustia y tensión... y en ocasiones el odio aparece a flor de piel. Llego a sentir miedo de ese odio. Este último tiempo parecen haberse magnificado todas las pasiones.

—No creo que el cambio haya sido tan profundo -argumentó Angélica. Desde antes estaba ahí. Lo que pasa es que la naturaleza humana se defiende con el olvido.

Sonia no estaba de acuerdo: —Yo sí creo que las pasiones se exacerbaban por momentos en este pobre país. Siento que bajamos en una carrera desenfrenada hacia el abismo.

—Así es -Paula parecía reflexionar. Pero creo que de algún modo vamos a salvarnos.

— ¡Qué Dios te bendiga... aunque sea por decirlo! -Bárbara se había levantado inquieta. Yo no diviso la salida. Mi única esperanza es que el Ejército logre verlo a tiempo...

— ¡Tiempo! . Has dado en el clavo. Cualquier día amaneceremos... y será tarde -Isabel hablaba con tristeza. Siento que “el tiempo” para Chile se está terminando...

—Hay que despertar las conciencias dormidas. Nuestras posibilidades cívicas se agotan por momentos -insistió Bárbara.

—Estoy de acuerdo -Marisa no había dicho nada y ahora hablaba con vehemencia. Chile tendrá que recurrir a otra fuerza, porque será necesario limpiar todo el sistema. Lo han corrompido todo hasta los cimientos.

—Es muy tarde -dijo Emilia- vámounos. Mañana será otro día... de algún modo puede renacer la esperanza.

Se despidieron con un gesto de la mano en la media luz de la calle, dispersándose en distintas direcciones. No hubo el parloteo animado de otras veces.

En el aire quedó una vaga sensación de abatimiento.

El Gobierno no reaccionaba ante las críticas, las protestas, ni siquiera ante el ataque audaz. Seguía impertérito su camino de destrucción.

En el correr de los días de ese año de 1973 la “resistencia” se había hecho galopante.

El día 7 de mayo, la Corte Suprema de Justicia declaró que “había hecho crisis el Estado de Derecho”. Su planteamiento estaba contenido en una carta dirigida al Presidente de la República. Se habían desconocido los dictámenes de la Justicia por un Gobernador y por un Intendente, ambos representantes directos del Ejecutivo.

El Poder Femenino sintió el impacto, como uno de esos hitos que van marcando el camino, y actuó.

Hizo publicar en “El Mercurio” y en todos los medios de comunicación a su alcance, un aviso que comenzaba: “¡¡¡Alerta ciudadanos ! ! !” y hacía especial

referencia a que el Poder Judicial reclamaba la intervención de la Justicia Militar, porque se había violado el artículo 253 del Código Penal y el 328 del Código de Justicia Militar.

Firmaba: PODER FEMENINO.

El país entero se hallaba conmovido, porque era la primera ruptura abierta entre dos de los tres Poderes del Estado. Se había roto definitivamente el equilibrio en que descansaba nuestra antigua y sólida democracia.

El camino de bajada se iba precipitando.

La violencia arreciaba.

El 7 de mayo todos los diarios de la Oposición publicaron una declaración de las mujeres que comenzaba: "¿Hasta cuando soportamos?".

Los comentarios con que las directivas de los mismos diarios acompañaron la información eran tan elogiosos, que alentaban el ánimo de ese grupo de mujeres que cada día se estaban jugando la vida. Ni siquiera podían olvidarlo, porque los teléfonos trasmisían la amenaza anónima que siempre seguía a cada demostración pública de protesta.

Como por arte de magia, habían aparecido pequeñas cacerolas doradas como prendedores, que las mujeres lucían con orgullo en sus solapas o vestidos.

Chile era como un país en guerra de uno a otro confín.

Los diarios llenaban sus páginas de enormes fotografías con batallas callejeras y grandes titulares destacaban los dramáticos acontecimientos con que los chilenos defendían sus libertades, cada día más amenazadas. En esas páginas está el mejor testimonio que podrá recoger la historia.

Las radioemisoras lanzaban al aire cada mañana, los más violentos programas políticos denunciando los atropellos del Gobierno a la ciudadanía, mientras todos los elementos de comunicación oficialista insultaban groseramente a las personas y las instituciones a falta de razones con que combatir.

La declaración de la Corte Suprema de Justicia había provocado un vuelco dramático en la situación general.

Pero la clara conciencia de ese hecho y su enorme significado había que hacerlo llegar a lo hondo de cada chileno.

Había que intensificar en la mayor medida posible, todos los esfuerzos porque la ciudadanía entendiera los resortes que se habían puesto en juego para destruirnos y lo que era necesario defender para salvarnos.

Nada se interponía en esta lucha. Nada efectivo. Por el contrario, se dejaba hacer y hasta se fomentaba, porque el Comunismo Internacional insistía en continuar ese experimento nuevo, de conseguir el "Poder Total" para instaurar su dictadura sin protestas, a través de la institucionalidad nacional y luego destruirlas descaradamente, cuando ya no las necesitaran más. Si lo lograban en Chile, sería un

modelo acabado para ensayar en otros países de la tierra. Francia e Italia estaban en la mira de sus objetivos más inmediatos. Eso no era un secreto para nadie, pero había que repetirlo una y otra vez, hasta que se abriera camino en la conciencia pública.

Antes de la elección, cuando todo el mundo estaba imbuido en el problema electoral, el Gobierno había presentado un "Proyecto Educativo" que pretendía sepultar la primera de todas las libertades: la libertad de pensar.

El 22 de febrero, en un golpe de audacia, anunció una nueva modalidad para la educación. Era el más desfachatado intento de concientización masiva para anular la mente de los niños de Chile.

Con la E.N.U. se iniciaba la dramática creación soviética del "hombre nuevo". El hombre que no debía pensar por sí solo, sólo podía obedecer: un autómata miserable al servicio del Estado-dios.

El Poder Femenino fue el primero que dio la voz de alarma. Organizó un foro para oír a todas las mujeres que tenían conocimiento sobre la materia. A esta iniciativa siguieron otras reuniones en que se escuchó con mucho interés a notables educadores, hombres y mujeres, que mostraron todas las lacras del proyecto del Gobierno y levantaron una ola de protestas a todo nivel.

En esta lucha intervinieron todos los organismos educacionales privados y se sumaron también los profesores y centros de padres del sector público.

La rebelión fue de tal magnitud que el gobierno tuvo que detenerse.

La ciudadanía entera participó en esta lucha por defender a la juventud y el derecho de los padres en la formación de sus hijos, que pretendía acaparar el Estado.

Finalmente el plan tuvo que batirse en retirada. Pero siguió amenazante, agazapado en la sombra, intentando su consecución a través de proyectos paralelos simulados.

Obligaban a los colegios públicos y privados a presionar las mentes juveniles con películas truculentas, en que mostraban la miseria en la forma más mal intencionada, destinadas a perturbar las mentes juveniles, con irritantes distorsiones de causas y efectos.

Los textos de estudio cambiaron la historia patria, destruyendo la memoria de los héroes, suplantados por luchadores marxistas frustrados.

Todo esto y más sucedía ante la desesperada impotencia de los padres y profesores.

El Poder Femenino hizo acabados estudios para ayudar a tener informada a las familias. Envió comisiones o circulares a distintas partes del país. Recibía las quejas de los padres, las informaciones de sus expertas y repartían instrucciones.

Sin embargo, los más audaces y sufridos soldados en esta contienda fueron los propios estudiantes.

Muchachos con aspecto de niños se mostraron como increíbles conductores de juventudes.

Eran apenas alumnos secundarios que el destino había convertido prematuramente en combatientes de la causa máxima de la libertad.

Nunca la ciudad tuvo un aspecto más trágico que durante esta batalla de los jóvenes-niños, luchando desesperados por evitar la esclavitud intelectual. Ellos comprendieron que las peores cadenas son las que amarran el espíritu.

Todos los medios de comunicación, exacerbados por la violencia desatada, contribuían a su vez a mantener la exaltación de la gente. Se buscaba con desesperación la noticia: las luchas de estudiantes, de las mujeres o los ataques de las brigadas marxistas y el lumpen asolando campos y ciudades a todo lo largo del territorio.

Los obreros del Mineral El Teniente se habían declarado en huelga desde hacía unos dos meses.

La ciudad de Rancagua se hallaba invadida por los mineros y la población entera tomaba parte activa en la lucha gremial.

Desde un comienzo las integrantes del Poder Femenino se acercaron a las mujeres de los mineros, llevándoles alimentos y ayuda moral.

La larga lucha abatía muchas veces el ánimo de los rudos hombres de la montaña. Entonces sus mujeres tomaban la bandera. Siempre encontraban alguna idea, alguna acción que los alentara.

Decidieron tomarse la radioemisora local y la convirtieron en el centro de la protesta. Las proclamas que salían al aire estremecían el ambiente de todo Chile. Cada día el tono era más atrevido y las palabras más audaces.

Las voces femeninas alentaban el coraje de los hombres, provocando un clima de aguda resistencia.

Las representantes del Poder Femenino las acompañaron cada día, llevándoles también ayuda. Se había establecido entre todas las mujeres un curioso lazo de unión que la emergencia llenaba de gestos solidarios y generosos.

También iban grupos desde Santiago. Era heroico hacer el viaje cada día, recorriendo 100 kilómetros de distancia, en el peligro de los caminos minados por las organizaciones comunistas. Pero nada lograba atajar a las mujeres: Paula, Carmela, Isabel, María del Pilar, Juanita, Verónica... y las madres, las esposas, las hermanas, las hijas, las novias de los mineros. Todas estaban haciendo su parte.

La radioemisora era acosada continuamente por los UP que la atacaban una y otra vez, pero los mineros defendían las posiciones mantenidas por sus mujeres rodeando la emisora.

Era una batalla sin cuartel.

Podría relatarse como una gesta mitológica, extraña, donde el dragón colosal no lograba vencer a la paloma de blandas plumas.

La dueña del único diario local, "El Rancagüino", valerosa y derrochando generosidad, convirtió su periódico en otro baluarte de los mineros. Los ataques del enemigo habían herido sus muros y terminado con todos los vidrios, pero la fortaleza se mantenía enhiesta a pesar de los asaltos, esgrimiendo la noticia como arma de combate y su valor personal como ejemplo cívico.

El hambre y toda otra clase de privaciones no lograron abatir el ánimo de los huelguistas y la ciudad seguía en pie de guerra.

Las huestes de Gobierno atacaban en todos los frentes.

En el colegio cercano era la hora de salida de los niños. Al mismo tiempo que partían dos buses cargados con alumnos de entre tres y siete años, pasaba por la esquina un grupo de estudiantes de la Oposición. Eso bastó para que los socialistas salieran de su sede, disparándoles, parapetados tras los vehículos repletos de niños.

Los pequeños lloraban aterrados, corriendo por entre las balas homicidas, mientras las jóvenes profesoras suplicaban a los desalmados que se detuvieran.

Nadie oía sus súplicas.

Desesperadas subieron a los buses, con grave riesgo de sus vidas, obligando a los espantados niños a tenderse en el suelo. Los gritos de terror, los llantos angustiados de los chicos no tenían ningún significado para esos delincuentes.

Angélica y Silvia, arrastrándose por el pasillo, procuraban consolar a los más afligidos que se abrazaban al cuello de las profesoras, locos de miedo.

Blanca, Victoria y María arrastraron a los que corrían dispersos por las veredas, para protegerlos tras los muros del edificio y luego alejarlos de las ventanas por donde entraban las balas.

Pareció que había transcurrido una eternidad hasta que el silencio siguió al estruendo del combate.

Aún estuvieron ahí tendidos en el suelo un largo rato, antes que comenzaran a levantarse, uno a uno, mirándose sin comprender, con el pavor retratado en sus caritas, pálidos por una emoción que no podrían olvidar jamás.

A mediados de junio los mineros decidieron trasladarse a Santiago para hablar directamente con Allende. Muchos de ellos, la mayoría tal vez, habían sido sus electores. ¡No podían seguir defraudándolos!

Para despedirlos, las mujeres se acomodaron a lo largo de la Alameda de Rancagua, en doble fila, portando banderas patrias. En poco rato más iniciarían la marcha hacia la capital. Algunas lloraban de emoción, pero otras tenían miedo, miedo a que su hombre no volviera jamás. Podía caer luchando en el camino o en ese campo de batalla en que se había convertido Santiago.

De pronto se presentaron las fuerzas del Gobierno para impedir la partida. Toda la provincia estaba declarada "Zona de Emergencia" y eso prohibía las concentraciones.

Después de una breve insistencia, los mineros acordaron secretamente que se vendrían en pequeños grupos de dos o tres personas, en cualquier movilización que encontraran hasta el límite de la provincia. Ahí se reunirían para continuar la marcha.

La angustia de los pueblos tiene canales de comunicación que la razón ignora.

Nadie supo como se corrió la voz, pero casi de inmediato fueron llegando automóviles, dispuestos a sacarlos de la zona de restricción.

El camino no era fácil. La corriente tormentosa del río Maipo cortaba la carretera, separando el territorio como una cuchillada.

El puente se convirtió en una fortaleza inexpugnable.

El enfrentamiento comenzó con un diálogo pacífico, que se fue haciendo violento por momentos. Parlamentarios de la Oposición trataron de dar razones y luego de poner sus propios cuerpos como una barricada, ante la gente indefensa. Pero el Intendente Julio Stuardo, arrasando con todas las disposiciones de las leyes en vigencia, ordenó atropellar a quien se pusiera en su camino.

— ¡Los mineros sólo querían conversar con el Presidente de la República! . Habían sido sus más fervientes partidarios. ¡No podían comprender! . Allende les había asegurado que ellos serían los que iban a gobernar. Ellos querían creer sus palabras... ¡o era todo un fraude gigantesco y habían sido vilmente engañados?

Stuardo en persona ordenó a los que manejaban los elementos pesados de vialidad aplastar a los que se mantuvieran sobre el camino. Luego vinieron las bombas lacrimógenas, intoxicando el aire, que obligaron a los huelguistas a huir a la desbandada por los cerros colindantes.

Pero volvían.

Y la lucha recomenzaba.

El camino se llenó de fogatas para dispersar los gases venenosos... y todo el campo tomó un aspecto siniestro.

Paula, Juanita, Alicia, muchas, estaban ahí repartiendo limones y sal para contrarrestar el efecto de los gases.

El tren que se hallaba detenido en Buin fue alcanzado por algún impacto y se incendió un pajar.

Estaba lleno de hombres, mujeres y niños. El pánico provocó una estampida. Huyendo del peligro tuvieron que atravesar el camino, desafiando el ataque para evitar las llamas.

La confusión fue espantosa. Las madres arrastraban a sus hijos pequeños y volvían por alguno retrasado, despreciando todos los riesgos.

En cada hogar de Santiago, las pantallas de la televisión mostraron los detalles más crudos de la lucha. Se veía a la gente corriendo en medio del humo y las llamas. Podían oírse los gritos, mientras las radioemisoras de la Oposición llamaban pidiendo ayuda para los mineros que se batían.

Volvieron los automóviles a intentar el paso de los huelguistas.

Paula y Alicia se encontraron en medio del humo de las barricadas y el acre olor de las bombas.

—Vamos a llevarlos de todos modos -gritó Alicia en medio del estruendo. —¿Por qué no los quieren oír? , ¿es que no tienen ninguna buena razón que darles?

—Ya hemos pasado a muchos. Llegarán a Santiago -desafió Paula.

Todo el día duró el empeño. Los últimos automóviles volvieron cargados de gente, a través de alejados caminos laterales, sin pavimentar y en pésimo estado de conservación.

Rendidas por el cansancio, tuvieron que volver a salir desde sus casas a las 11 de la noche. Esta vez se formó otra caravana de puras mujeres del Poder Femenino, que volvieron a las tres de la madrugada trayendo a los retrasados desde Buin hasta San Bernardo.

En Santiago, todo comenzó a girar en torno a la presencia de los mineros de El Teniente en las calles capitalinas.

Se publicó el día 15 de junio, un aviso a tres columnas declarando: —“EL PODER FEMENINO ESTA CON LA LUCHA DE LOS TRABAJADORES DE EL TENIENTE Y RINDE UN HOMENAJE A SUS HEROICAS MUJERES”.

En cuanto intentaron salir a la calle, en Avenida República con Alameda, los acosaron, tratando de impedir que desfilaran hasta la Moneda. Después de algunas escaramuzas lograron pasar. Frente a la sede de la Democracia Cristiana hubo un nuevo enfrentamiento, contra las brigadas marxistas y el lumpen santiaguino.

Pronto los gases lograron disolver a los grupos combatientes. El aire se hizo asfixiante y los mineros tuvieron que refugiarse en la sede del partido político. Muchos estaban enfermos y algunos seriamente heridos.

Frei improvisó, culpando al gobierno de la situación creada por no cumplir los convenios previos.

En medio de las bombas lacrimógenas y las balas de los franco-tiradores apostados en los edificios cercanos, el ex-presidente acusó al Ejecutivo del desastre en que se hallaba el país y de burlarse de los derechos de los trabajadores y de su propio partido, DC, que había confiado en él.

Terminó declarando que los problemas del país no se arreglaban con balas y que si creían que con tales recursos atemorizarían a la Oposición, estaban equivocados.

La estrechez del lugar para contener tal cantidad de gente y el aire envenenado que apestaba el lugar, provocó una grave situación sanitaria.

Desde la sede del Poder Femenino y del Departamento Electoral, salieron filas de automóviles para trasladarlos hasta la Universidad Católica.

Tuvieron que hacer muchos viajes para evacuarlos a todos, entre el fragor de la batalla callejera. Como en otros vehículos, en el automóvil de Paula quedaron las marcas de las piedras y los palos con que atacaban las brigadas marxistas. Oliendo a gases altamente tóxicos y empapados por la lluvia, se instalaron en las aulas universitarias, tiritando de frío, enfermos y hambrientos.

Se citó extraordinariamente al Consejo del Poder Femenino para coordinar la ayuda inmediata.

Desde los Partidos de la Oposición se hacía la misma labor.

Había que conseguir pronto frazadas y alimentos.

La escasez reinante hacía difícil encontrar la cantidad de comestibles que necesitaban.

Por medio de la Radio Agricultura se pidió el aporte ciudadano y como por obra de un milagro, el local se llenó de gente portando pequeñas cantidades, a la medida de sus posibilidades.

El abastecimiento tan trabajosamente conseguido, a través del carísimo mercado negro o de las interminables "colas", hacía heroico regalar los alimentos que era necesario restringir a la propia familia.

Allende recibió finalmente a algunos, discriminando odiosamente a los demás; pero a todos los engaño por igual.

Los días siguieron pasando, angustiosos, desesperados y la prometida solución no llegaba.

Quería vencerlos por agotamiento.

Pero no contó con que la reserva moral de los mineros estaba aún en Rancagua. Las mujeres que se habían quedado en las casas, al cuidado de sus hijos pequeños, decidieron venir en apoyo de sus hombres.

El Poder Femenino organizó una caravana de 100 automóviles para ir a traerlas.

En un frío amanecer de ese gélido mes de junio, partieron desde Santiago a las seis de la mañana. Estaba completamente oscuro aún cuando salieron los primeros automóviles, rumbeando por el camino del sur.

Ellas llegaron a la capital llenas de ilusiones y pidieron una entrevista al Presidente. ¡Habían hecho tanto por llevarlo hasta el sillón de O'Higgins! . Todavía creían que él las oiría. Les había dicho durante la campaña, que su gobierno sería el de ellas... y también le habían creído.

Pero él no tenía ningún respeto por su condición de mujeres. Ya lo habían declarado públicamente sus compañeros de ruta: ¡los votos femeninos eran de segunda clase!

—Nunca debemos olvidarlo -dijo Eugenia, con rencor no disimulado. —Es una injuria.

—Nunca lo olvidaremos -aseguró Marisa.

—Para los jerarcas del marxismo, para la doctrina misma, el individuo no cuenta, sólo la masa manejada como ganado, al servicio de sus premisas. Isabel estaba indignada y quería subrayar el menosprecio que le merecían. —Y las mujeres chilenas no lo vamos a tolerar jamás.

Pero las que habían venido desde lejos, que habían dejado a sus hijos al cuidado ajeno, que lo arriesgaban todo en ese momento, estaban desoladas y no lograban comprender todavía, la incongruencia de las promesas marxistas.

Los estudiantes apoyaron con arrojo la posición de los mineros y la lucha se hizo a sangre y fuego, en todas las calles céntricas de Santiago. El caos y la violencia convirtieron la ciudad en un infierno. Cada batalla terminaba con cientos de heridos y el terrorismo se había apoderado de la capital.

Finalmente, un menguado triunfo dio a los mineros una aparente salida al conflicto.

Pero el rencor seguía abriendo el surco para el desengaño final.

La sesión del Consejo Coordinador tenía una larga tabla que tratar. Los acontecimientos se precipitaban.

Bárbara pidió la palabra: —He estado estudiando la Constitución Política del Estado... investigando los artículos que han sido violados por el gobierno. De su carpeta sacó algunas hojas manuscritas mientras comentaba: —El Ejército ha dicho que no permitirá que se transgreda la Constitución... pero, ¡Santo Dios! ... si ya lo han hecho incontables veces... Ordenaba sus papeles con mano segura. Si demoran mucho más en intervenir, lo encontrarán todo destruido...

Laura interrumpió preguntando. —¿Tú piensas que la única solución, es la intervención militar? ... Hay que tener presente que nuestra antigua tradición democrática nos ha valido la consideración general... Tomémoslo con calma.

—¿Calma? ... es lo que no tenemos que tener. En cualquier momento esto tiene que definirse... y no será hacia este lado. Te consta que yo siempre he sido democrática y hasta parlamentarista..., pero eso "ya no existe". Lo que vemos es la pura cáscara. Sigo creyendo que la democracia es el mejor sistema de gobierno; pero para vivir ese paraíso, los países tienen que cumplir ciertas condiciones: todo el pueblo tiene que poseer madurez cívica, pureza, austeridad, cultura, lo que se ha llamado "cualidades republicanas", o todo degenera en demagogia, que es la mentira política, la promesa falaz, el aprovechamiento personal, la envidia destructora... hasta que la corrupción demuele los cimientos mismos del sistema y se llega a lo que estamos viviendo ahora, que está a miles de años luz de ser una democracia.

Se arrasa con la Constitución y no se respetan los derechos humanos; ese régimen murió hace mucho tiempo. Enfermo de odio -agregó Verónica.

—Se dice tanto que las Fuerzas Armadas son profesionales y que están obligadas a defender al Gobierno -dijo Marta.

—No tienen que defender a un presidente que viola la Constitución, sino la Constitución misma. Esto es un remedio de gobierno, es una dictadura encubierta porque no respeta a los otros dos Poderes del Estado. Sólo que hay gente que confunde la libertad con este libertinaje, que ellos permiten exprofeso con el fin de darse el tiempo necesario para conseguir todas las armas que necesitan y justificar un auto-golpe que les entregue el "Poder Total", que es la dictadura comunista.

—Visto de esa manera, parece todo una horrible hipocresía y un complot para atraparnos.

—Y eso es, exactamente. Pero aún puede haber medidas que tomar. He "descubierto", digo así porque no soy abogado, que el artículo 43 de la Constitución Política del Estado permitiría declarar la "inhabilidad" del Presidente de la República... con sólo la simple mayoría del Congreso.

Inés interrumpió con tono punzante: —Pero Bárbara, eso lo sabemos todas... Un silencio cargado de extrañeza se produjo en la sala.

—¿Lo saben? Pero entonces, ¿por qué no lo han comentado? . Nadie lo ha propuesto aquí, ni en ningún lado. Bárbara la miraba incrédula. ¡Nadie lo ha sugerido aún! -insistió.

Se armó una batahola de palabras cruzadas por sobre la ancha mesa.

Al fin se oyó la voz de Nina —Yo no lo sé —dijo enérgica. —Por favor, ¿quieres explicarlo, Bárbara?

Finalmente lo expuso; pero no todas le dieron la importancia que podía tener.

Hubo un corto debate. Isabel insistía muy interesada en el tema: —Bárbara tiene razón, esto ya no es una democracia, ni siquiera es un gobierno... de ningún tipo. El país está sumido en el caos... solamente una administración muy fuerte podría salvarnos..., pero antes debería pronunciarse el Congreso, para facilitar el paso y esa salida que sugiere Bárbara, parece servir...

—Creo que hay consenso general en ello —dijo Paula— pero en el Congreso hay un grupo opositor, al que no le interesa...

Hubo algunas sonrisas, pero sin comentarios. Había que cuidar la unidad de la oposición.

Con grandes caracteres apareció una declaración del Partido Nacional, estableciendo que: "Salvador Allende ha dejado de ser Presidente Constitucional de Chile". Y pedía que el Congreso actuara de inmediato.

A cuatro columnas destacaban que se había destruido el "Estado de Derecho" y había "quiebra de la juridicidad". Denunciaba el atropello a los otros Poderes del Estado, a las libertades públicas y a los derechos de las personas; delataba las detenciones arbitrarias, la violación de los hogares y de la correspondencia; la anulación de la libertad de trabajo; el desabastecimiento provocado ex-profeso; las restricciones abusivas para viajar; la manifiesta desigualdad ante la Ley; la concientización en escuelas, universidades, sindicatos, etc.; la destrucción de la riqueza nacional; la actitud mendicante internacional del gobierno, en desmedro de la dignidad nacional, tanto como el no pago de los compromisos con otros países; la dependencia al partido comunista soviético; la abolición de los derechos sindicales; la difamación, las torturas, los asesinatos, las calumnias, las mentiras, la inmoralidad pública como: el contrabando, el mercado negro, la corrupción, los negociados; el debilitamiento de la "seguridad nacional"; la utilización de las Fuerzas Armadas y Carabineros con fines inapropiados a su dignidad; la formación ilegal de grupos armados destinados a entregar el país a una minoría marxista... Y continuaba más adelante... el atropello a la Constitución al negarse a promulgar la Reforma Constitucional o recurrir al Plebiscito, ha violado el artículo 3º de la Constitución Política del Estado, que dice a la letra: "Ninguna persona o reunión de personas, puede tomar el título o representación del pueblo, arrogarse sus derechos, ni hacer peticiones en su nombre. La infracción de este artículo es sedición". Y más adelante agrega: "A la luz del derecho y la moral, nadie está obligado a respetar ni obedecer a un Gobierno que deje de ser legítimo". Y citaba más adelante: "Que corresponde al Congreso Nacional, considerar la ilegitimidad de ejercicio en que, a nuestro juicio, ha incurrido el Gobierno de la Unidad Popular. El Congreso Nacional salvará así su

responsabilidad ante el pueblo y ante la historia, cumplirá con su deber y no será cómplice de la destrucción de la República".

PARTIDO NACIONAL

16 de junio de 1973

A pesar de la presión que el gobierno ejercía en todos los frentes y del poder y la violencia de los partidos marxistas, los chilenos no se entregaban.

La ciudadanía aprovechaba al máximo, la farsa que ellos estaban interesados en representar ante el mundo exterior, tolerando ese libertinaje en la expresión y la anarquía en la conducta pública, para que se siguiera creyendo en una fórmula "pseudo-democrática". Eso abría la brecha para que la Oposición pudiera dar su batalla por la auténtica libertad.

La destrucción de las riquezas nacionales avanzaba implacable, el hambre asomaba su zarpa en la escasez creciente del mercado y el caos reinaba en toda la actividad productora del país.

Milagrosamente la Papelera seguía en pie. Los chilenos comprendieron que representaba uno de los últimos baluartes de la libertad y que no se podía entregar. La lucha por su sobrevivencia fue una de las batallas más duras. Sabían que si el Gobierno llegaba a controlar todo el papel se terminaría la prensa libre y ella estaba manteniendo la exaltación de los valores humanos.

Los precios congelados para el papel, la obligaban a perder sumas siderales cada día. Pero aún así, los accionistas se negaban a vender sus títulos al Fisco, aun sabiendo con certeza que finalmente lo perderían todo.

Eran cientos de pequeños tenedores de acciones, entre los cuales había hombres y mujeres, sin otro recurso para sobrevivir. Aún así, no capitulaban.

Los obreros de la Papelera lucharon con la misma entereza moral en la defensa de la Compañía. Soportaron privaciones, arrostraron las amenazas y el ataque artero, se jugaron la vida en cada jornada, pero no pudieron doblegarlos.

Y cuando la lucha arreciaba, las mujeres de los trabajadores salían a protestar a las calles. Ellas dieron una larga y heroica batalla. Como la mayoría de las mujeres chilenas, aceptaron su parte en la lucha.

En el Poder Femenino se formaron comisiones de ayuda. El contacto humano, entre grupos que las circunstancias habían mantenido alejados, se hizo intenso y fraternal.

El vigoroso trabajo de apoyo se planteó en diversas actividades: para cualquier reunión de importancia, las citaciones se entregaron personalmente, casa por casa, presionando a cada persona sobre la importancia de asistir a la sesión y ganar las votaciones, con el fin de defender la sobrevivencia de la industria; se recolectaba todo el papel viejo y los cartones desechados, por toneladas, para devolverlo a la fabricación y abaratar los costos de producción; se promovían campañas de difusión sobre la gravedad que encerraba el control político del papel; se recolectaban

fondos de ayuda, se vendían bonos y calendarios de propaganda con ese fin... Del mismo modo se actuó con otras entidades vitales para sostener la libertad, como el Banco de Chile, diversas empresas periodísticas, las radioemisoras democráticas, el Canal 13 de televisión, etc.

—Creo que cuando vaya a vender los próximos “bonos”, me van a echar a empujones -dijo Elisa mirando consternada el libreto que acababan de entregarle.

—¿Y éso, para qué son? -preguntó Rosario con curiosidad.

—Para prolongar la red de televisión del Canal 13 a todo Chile... considerando que los otros dos Canales hacen una intensa concientización comunista. ¡Hay que defenderse! . Cuando estuve en el sur, arreciaba de tal modo la campaña, que llegué a preguntarme si me “concientizarían” a mí también.

—Elisa, por favor, no digas tales cosas con esa cara seria, que si te oye alguien... Me parece una broma de mal gusto en estos momentos.

—Para tu tranquilidad, más tarde te voy a contar los garabatos que decía mientras los oía.

—Realmente, es muy grave -reflexionaba Rosario- no pensamos mucho en ello, porque aquí tenemos la contrapartida... pero si solamente tienen que oír todo ese veneno...

—¿Vendiste ya todos los que nos habían entregado la semana pasada?

—He vendido todo... No sé hasta cuando voy a atreverme a llegar donde mis amistades con estos libretos en ristre...

—A todas nos pasa lo mismo, pero los compran. Hay conciencia de hacer “su parte” entre la gente.

—Muchas veces me pregunto: ¿Qué fe extraña es ésta, que nos mueve en todo este ajetreo? , ¡no puedo darme por vencida... y al mismo tiempo, no veo la salida...!

—¿Será sólo para “morir con las botas puestas”? . En el horizonte no veo ninguna luz... como no sea una guerra civil... y esa sería una salida terrible...

—Si no hay otro modo... todo es preferible a la implantación del comunismo... y vamos de bajada por ese despeñadero.

—¿Y nuestros hijos? . ¿Qué va a pasar con nuestros hijos? -Había una preocupación desesperada en la voz de Elisa.

—No lo sé. Creo que es sólo por ellos, por lo que nosotras estamos haciéndolo todo... para proteger sus vidas jóvenes... y la felicidad a que tienen derecho todas las criaturas de Dios.

—Corremos riesgos, soportamos mucho más de lo que hubiéramos imaginado, nos esforzamos hasta el agotamiento... y no logramos detener la caída...

—Llegaremos hasta el límite último. Más tarde o más temprano no podremos hacer más... Nos darán el golpe final, cuando menos lo esperemos... nos aniquilarán en cuanto piensen que ya están suficientemente fuertes... Sintió un leve estremecimiento y se dio cuenta que tenía las manos heladas. “¡Dios mío! -pensó. No puedo permitirme estas debilidades. Hay que mantener el espíritu de lucha”...

La otra se había quedado pensativa, pero reaccionó. —Yo necesito creer en el Ejército -dijo con voz firme. Tendrán que tomar una decisión... no pueden tardar mucho.

—Roguemos que no logren dividirlos... lo están intentando con mucha habilidad.

—No lo creo. Su formación no concuerda con las doctrinas apátridas del socialismo soviético.

—Estoy de acuerdo... ¡No podría resistir la ansiedad!

—Me angustia el tiempo. ¡Hasta cuándo podemos esperar?

—No mucho más, creo yo. Han tendido demasiadas trampas...

—Siento el peligro latente...

—La violencia se respira en el aire... No pueden conseguir el “poder total” sin el uso de la fuerza. Eso es obvio.

—Esa campaña de: “No a la guerra civil”, suena más hueca que un tambor.

—Es sólo una táctica. Inteligente, por cierto. Necesitan tiempo aún... por eso están llamando a “dialogar” a la Democracia Cristiana...

—... Pero ¿por qué se prestan para ese juego?

—¿Oiste al Senador DC esta mañana en el Consejo Coordinador? -Rosario hizo un gesto negativo. Dijo que ellos habían hecho todo lo posible... que habían acusado a los ministros... y las Fuerzas Armadas no se pronunciaban... que ya no podían hacer más.

—¡Eso no es verdad! -Rosario estaba enojada. Las acusaciones no bastan... tendrían que declarar abiertamente la INHABILIDAD de Allende.

—¿Puede hacerse? . Creo que necesitan los dos tercios...

—Eso sería para ACUSAR al Presidente de la República, pero para la “inabilidad” basta con la simple mayoría, a base del artículo 43... ¿recuerdas como lo explicó Bárbara, la semana pasada?

—Me entusiasma la idea.

—Pero no se deciden...

—No los entiendo.

—Insisten en que se debe esperar hasta el 76... y que ellos van a recoger los pedazos... en una elección normal.

—¿De verdad, es que lo creen?

—Tengo que pensar que muchos lo ven así, de buena fe...

—¡No puede ser! . ¡No puedo creerlo! -Elisa parecía perpleja. Pero si esto se está muriendo... está destruido... ¿no lo ven como agoniza? Casi no hay que comer. Había hoy un centenar de personas, cerca de mi casa, que se amanecieron haciendo “cola” para conseguir un cuarto litro de aceite y medio kilo de azúcar, estaba lloviendo y hacía un frío de todos los diablos; casi nunca se encuentra pan -agregó pensativa. Te digo que sentí un nudo en la garganta y ganas de llorar. Estaban cubiertos con frazadas... era un cuadro desolador. No todos pueden prescindir del pan, sobre todo habiendo niños.

—Eso está sucediendo en todos los barrios de Santiago... no sólo te pasa a ti.

—Ya lo sé— pero ¿qué podemos hacer para empujar los acontecimientos y para que entiendan?

Se habían quedado en silencio.

De pronto Elisa se levantó. —Bueno -dijo- vamos a vender estos "bonos", es nuestra tarea del momento...

—¿Qué te parece que conversemos con Diana? , ella les habla claro... dentro de su partido -insistía Rosario.

—Estamos equilibrándonos en el filo de la navaja. Podemos caer de un lado o del otro. No podremos sostener mucho tiempo más esta situación. ¡Puede ser muy malo!

—Me das miedo.

—Todos lo sentimos. Es el tiempo de la angustia.

Hubo una pausa dramática.

Alrededor reinaba gran actividad.

Eugenio entró eufórica. Frente a la Escuela de Derecho se habían enfrentado con las brigadas marxistas. Los jóvenes salieron en su defensa y la batalla se había repetido una vez más.

Y luego el agua y las bombas lacrimógenas... el grupo venía lastimado y con los ojos enrojecidos.

—Estoy empapada -dijo, tiritando de frío. ¿Alguien puede llevarme a mi casa? . Tengo que cambiarme de ropa.

—Nosotras vamos saliendo; te llevamos.

En la puerta se toparon con otras mujeres que se reían.

—Fue bien divertido, decía Juanita; el carabinero me preguntó con curiosidad sobre quien era mi marido. Dijo que me tenía muy bien ubicada, que me encontraba "en todas las paradas". Que si era militar, político o profesional... porque lo mismo estaba frente a las universidades, al Ministerio de Defensa o ante el Congreso... Donde hubiera un tumulto, ahí estaba yo.

—¿Qué le contestaste?

—Le dije: —¡Yo? ... Yo soy chilena

—¡Tiene una suerte! -se rió María Clara. ¡Jamás le toca una piedra y parece que se anduviera poniendo por delante!

—¡Eso es lo que tú crees! . ¡Tengo un radar!

La declaración era trascendental.

El Presidente de la Corte Suprema de Justicia envió una carta abierta, dirigida a Allende, muy energética, que en partes decía: "representar a Vuestra Excelencia, por enésima vez, la actitud ilegal de la autoridad administrativa", y más adelante añadía: "...significa, no ya una crisis del estado de derecho, sino una perentoria e inminente quiebra de la juridicidad del país".

La Escuela de Derecho hizo más tarde amplias declaraciones apoyando a la

Corte Suprema y advirtiendo a Allende que su Gobierno no era ya legítimo. Los jóvenes estaban del mismo lado.

Los ataques de palabra o de hecho, al Congreso Nacional, al Poder Judicial, a la Contraloría, a los diarios, a las emisoras, a las sedes de los partidos políticos, a los dirigentes gremiales, era la tarea diaria de los esbirros del Gobierno de la Unidad Popular.

El clima de tensión en que vivían los chilenos se exacerbaba por momentos ante la insolencia creciente del proceder marxista.

Había una verdadera guerra entre las emisoras enemigas, en las cuales cualquier lenguaje era tolerado y no importaba qué conceptos podían decirse. Los titulares escandalosos de los diarios y las expresiones de la ciudadanía entera, eran de una violencia y de una procacidad increíbles.

Todo eso formaba parte de un plan, elaborado por Moscú, para dar la falsa imagen de libertad y democracia hacia el mundo exterior, que requería esta "nueva fórmula" de implantar el comunismo, a través de una aparente vía electoral y legal.

Manejaban muchos hilos invisibles, que sólo los "iniciados" conocían. Pero los chilenos todos, se sentían enredados en esa telaraña escondida, incomprensible, que los traía y los llevaba, sin saber cómo, ni cuando, ni para qué, eran conducidos y usados.

Algo siniestro se gestaba en las sombras, que el instinto percibía sin lograr explicarlo.

La violencia era obviamente provocada.

Los continuos asaltos a los médicos y a los centros hospitalarios, en cualquier lugar del territorio nacional... un día en Concepción, otro en Fresia o en Santiago... levantaban tempestades de protesta.

El Hospital del Salvador llevaba tres semanas de huelga y había serios problemas en el San Juan de Dios...

Se producían gravísimos enfrentamientos, provocados por los intentos de arrasar con los funcionarios más honorables, por simple sectarismo político.

Médicos, dentistas, enfermeras y personal, se tenían que defender de los ataques a sus personas, de los grupos de la Unidad Popular armados de garrotes, armas corto-punzantes, cachiporras con clavos, cadenas y mazos puntiagudos. Sin armas de ninguna especie, usando sólo la fuerza de sus brazos, debían resistir los ataques criminales.

Muchos médicos y funcionarios salieron seriamente heridos de esos encuentros: traumatismos encéfalo-craneanos, heridas profundas en los rostros, las manos cortadas por el filo de los cuchillos... y no sólo los hombres, también las mujeres: enfermeras, doctoras, matronas o simples funcionarias, resultaban heridas y contusas cada día.

Los hospitales estaban ya convertidos en servicios de emergencia.

La situación se hizo tan grave que el Colegio Médico tuvo que hacer una violenta declaración amenazando con el paro total, si se volvía a agredir a algún miembro de la Orden.

La CUT ordenó, por entonces, un paro general para reforzar una manifestación callejera.

La Oposición respondió mandando que todo el mundo se quedara en sus casas, para que tuvieran como escenario una ciudad muerta, sin espectadores ni curiosos que aumentaran el número de manifestantes.

Se publicaron instrucciones a la ciudadanía para que se proveyera de lo más necesario: velas, fósforos, contactos permanentes entre las personas de cada Unidad Vecinal, escuchar las instrucciones que dieran las radios amigas, agua y alimentos... alistar sus rudimentarios elementos de defensa, etc.

El Poder Femenino a través de centros de madres, entregó elementos útiles a grupos menos protegidos.

Toda la ciudadanía cumplió.

Las calles de la ciudad estaban desiertas y las ventanas cerradas, en la más elocuente demostración de organización y de unidad de la oposición.

En los edificios de departamentos los vecinos se reunían puertas adentro, o se visitaban entre las casas inmediatas.

El pequeño grupo se estrechaba junto al fuego que ardía crepitante en la chimenea, en la casa de Isabel, siempre acogedora.

—Todas estas instrucciones no servirán de nada, si nos atacan en grande -dijo Bárbara pesimista, leyendo una hoja de papel mimeografiada. Todos sabemos la cantidad de armamentos que reciben cada día, entrando por todos los medios al país. Cada vez que miro mis “elementos bélicos” -agregó irónica- creo que sufrimos un ataque de ingenuidad. Nos matarán a todos.

—Por Dios, Bárbara, me das escalofríos. Tienes una imaginación desbordada -la atajó María Clara, dispuesta a no dejarse arrastrar.

—No hay tal. Tú lo sabes tan bien como yo. Sólo que soy franca.

—Yo no lo veo así -terció Isabel- aunque nuestro “armamento” sea tan inferior... puede matar también y no es fácil decidirse a enfrentar esa posibilidad, sin una buena razón. Tampoco conviene que nos bajen la moral.

—Estoy de acuerdo. No lo diré. No hay que ir sembrando el pánico por ahí. Pero te aseguro que así lo veo yo. Creo que estamos tocando fondo... queda poco por hacer... Si los militares siguen esperando... esto se convertirá en una masacre...

Pedro que aparentaba leer el diario, rezongó: —¿No pueden hablar de algo más grato? . Te advierto Bárbara, que pienso como tú, pero no es necesario decirlo a cada momento. Suena muy truculento.

—Es truculento. Y el que yo lo diga o me calle no cambia las cosas...

—Por lo menos tenemos que imaginar algunas posibilidades... o no tendríamos ánimo para pelearla -sugirió María Clara.

—Eso sí. Hay que luchar hasta el fin. De acuerdo.

—Por favor no digas “hasta el fin”, porque me suena a velorio.

Todos se rieron. Pero no era divertido.

Aníbal se levantó y puso una música alegre. —Tienes razón María Clara, no vamos a perder el humor -terminó con energía.

El 20 de junio hubo una falla absoluta en el suministro de pan, que duró tres días. La ECA anunció, simplemente, que se había quedado sin harina, sin dar ninguna explicación, con el descaro propio del régimen.

El desbarajuste era total. Todas las actividades del país decretaban paros totales o parciales, por mayor o menor tiempo.

La CUT ordenó un paro para "barrer con los facistas".

"Facista" era cualquier opositor.

Los gremios contestaron que irían a un paro, para protestar contra el Gobierno.

Los GAP recorrían la ciudad como enajenados, cumpliendo ignoradas y siempre urgentes misiones.

Una caravana de Fiat 125, que pasó con luz roja, atropelló a un Volvo que casualmente pasaba por el lugar. Hubo dos niños heridos de gravedad... pero no se pudo averiguar la identidad de los culpables.

Así estaban las cosas a fines del mes de junio.

Por primera vez en 73 años, "El Mercurio" había sido suspendido.

Pagaría con 6 días de clausura el haber publicado un aviso del Partido Nacional que declaraba: "Don Salvador Allende ha viciado su mandato presidencial". Y daba las razones legales de tal afirmación.

Al día siguiente la Corte de Apelaciones revocó la sentencia. El Partido Nacional había asumido toda la responsabilidad y la querella continuaría sólo contra esa colectividad.

El 25 de junio el Director de DIRINCO, Patricio Palma, anunció con la mayor desfachatez que Santiago se quedaría sin pan una vez más.

Como única explicación declaró que esa emergencia se había producido por dificultades en el transporte ferroviario y marítimo.

Cuando hubo pan, las "colas" eran enormes y el producto volvía a tener el color oscuro de antes de la elección:

Las mujeres eran en gran mayoría, las víctimas de esas esperas vejatorias que a veces duraban días enteros.

Dolía ver esas largas filas de gente, con el rostro cansado y el aspecto de resignación, que eran la cara de la derrota...

Chile seguía viviendo en una tensión insopportable.

En las largas noches sin sueño, preñadas de incertidumbre, todo alrededor se miraba como ajeno. Era la imagen de la desolación interior. Se lloraba a los familiares ausentes, imaginando sus dificultades, sus posibles desencuentros o angustias, ocultadas para no lastimar. Reaparecía en medio de la oscuridad la visión bética de las ciudades y los caminos, las multitudes sufrientes, el desprecio por los valores fundamentales, ese rodar inevitablemente hacia abajo. Había un aspecto de miseria general.

El día 27 de junio, el pequeño automóvil rojo de Alejandrina Cox de Valdieso, corría por la Costanera, de este a oeste. A la altura de Cervecerías Unidas, la adelantó el coche del General Carlos Prats. Ella misma no puede explicarlo; pero un impulso incontenible la obligó a sacarle la lengua.

Fue tal vez la consecuencia del enojo colectivo que mucha gente sentía entonces contra ese hombre, que estaba avalando con la presencia de su honroso uniforme de soldado, tantas actitudes incalificables del Gobierno de la Unidad Popular.

Se dijo que el General venía de una reunión con otros altos jefes militares que no compartían sus puntos de vista, y el incidente, que su condición de General de la República le obligaba ignorar, lo enfureció.

Traía alterado su genio y se descontroló.

En loca carrera, dos disparos salieron del automóvil del Ministro que agujerearon la puerta izquierda del carro de Alejandrina.

Tuvo que detenerse.

A pocos metros, junto a la vereda, el enorme carro azul daba la medida de tan desigual discrepancia.

Como por obra de un raro designio, todo el tráfico de la avenida se detuvo rodeando la escena, llenando la ancha calzada de la Avenida José María Caro.

Dijeron que Prats, descontrolado por la ira, la obligó a bajarse gritando gruesas palabras y le exigió que le pidiera perdón, con el revolver apoyado sobre la sien izquierda de la mujer. El general lo negó posteriormente.

—Perdón, perdón —dijo ella asustada.

La multitud se enardeció.

Todos hablaban violentamente.

Pasaba un taxi y el General Prats lo tomó alejándose del tumulto.

Pero ahí quedó el pequeño automóvil rojo, con la puerta rota, en medio de la calzada y el enorme carro azul junto a la vereda.

Llegó la policía y se llevó a la mujer.

Fue más difícil sacar el automóvil del Ministro, porque a pocos minutos tenía

los cuatro neumáticos desinflados y letreros hechos con pintura verde sobre el parabrisas, en señal de protesta.

La ciudad fue declarada: ZONA DE EMERGENCIA.

Tal era el clima de confusión que reinaba en el país: Sólo porque una mujer demasiado impulsiva, sacaba la lengua, el desasosiego hacía presa de la estabilidad emocional del Gobierno.

El General presentó la renuncia a su alto cargo.

Pero le fue rechazada.

Las radioemisoras democráticas comenzaron a trasmisir marcha militares.

Toda la ciudadanía se puso en estado de alerta. Algo estaba sucediendo. Era la mañana del día 29 de junio, en medio del invierno. La gente se vestía de prisa. En cada hogar se hacían las mismas preguntas ¿Era la respuesta del Ejército al clamor general? . ¿Se había decidido por fin?

Las voces de los locutores se oían nerviosas: ¡Tanques llegando a la Moneda!

Los equipos móviles se acercaban al lugar de los sucesos: el tiroteo era intenso, se oían las voces de mando, los gritos de la gente, los términos confusos de los periodistas y los fotógrafos, la descripción de las posiciones que se tomaban. Un tanque derribaba la puerta del Ministerio de Defensa y disparaba hacia el interior... ¿Qué estaba pasando? . Nada parecía muy claro. A través de las voces amigas se traslucía la confusión.

Desde las radios del gobierno, Allende llamaba a los trabajadores para que fueran a defenderlo. Era dramático y grotesco.

Allende desde su residencia de Tomás Moro, con voz nerviosa, dirigió un mensaje al país por radio: "Llamo al pueblo a que tome todas las industrias, todas las empresas; que esté alerta; que se vuelque al centro, pero no para ser victimado; que el pueblo salga a las calles, pero no para ser ametrallado; que lo haga; que lo haga con prudencia con cuento elemento tenga en sus manos. Si llega la hora, ARMAS TENDRA EL PUEBLO".

El Presidente de la República no tenía la respuesta que esperaba.

La gente se preguntaba: ¿Por qué no llegaba más ayuda? . Las fuerzas militares parecían muy escasas.

Muchos franco-tiradores disparaban desde los edificios cercanos, mientras disminuía el fuego de los tanques.

Las ambulancias acarreaban heridos. Hubo dos muertos. Las noticias parecían a cada rato más desconcertantes y absurdas.

Las sonrisas, casi incrédulas, se iban borrando de los rostros. Las esperanzas

largamente acariciadas, que habían parecido hacerse realidad, se desdibujaban en esa fría mañana de junio.

Muchas mujeres habían estado rezando en silencio.

Hubo lágrimas de felicidad, que sólo dejaron un salado sabor de desaliento en los rostros.

De un modo extraño, que no se podía comprender, todo comenzó a desbaratarse. La sensibilidad exacerbada de la gente percibió de inmediato el desastre.

La actividad fue decayendo, deshaciéndose, hasta que no quedó nada en los hilos invisibles de las voces, cada vez más desanimadas y también más desconcertadas, de los locutores radiales.

Antes del mediodía, las esperanzas se habían esfumado en el aire, como el humo en la niebla.

Llegaron otros soldados, comandados por el General Prats y los tanques se retiraron.

Todo había sucedido en unas tres horas.

El desaliento cubría el rostro de la gente. Pero los chilenos sabían algo muy importante: Allende estuvo llamando al "poder popular" encarnado en los "cordones industriales" y no llegaron a defenderlo.

En algún momento se oyeron gritos en la Alameda: —"Crear, crear, poder popular", pero no era eso lo que él esperó.

Ahora existía un nuevo peligro, más intenso, más real. Era evidente que la Unidad Popular sabía que tenía que exacerbar el espíritu de lucha entre sus partidarios, perfeccionar la preparación bélica de su gente, aumentar las exigencias. ¡Tendrían que superar ese fracaso!

Todo el país tuvo que sufrir la visión del rostro de Allende, descompuesto por la ira, en las pantallas de la televisión.

Hubo dos derrotados ese día en Chile: el Regimiento Blindado N° 2 y el presidente Allende... y tal vez fueran tres los perdedores, porque también había que contar a la ciudadanía, que había esperado que esa fuera la liberación.

El Gobierno pidió al Parlamento que declarara al país en Estado de Sitio.

La Oposición votó en contra.

Y dio razones: el Ejecutivo podía declarar Zona de Emergencia. ¡Además, el Gobierno aseguraba que la situación estaba totalmente dominada!

El hemiciclo del Senado estaba repleto y el ambiente era tenso. Se votaba el Estado de Sitio.

La voz varonil y energética de Sergio Onofre Jarpa, leía un discurso en medio de ensordecedores gritos de: facista, sedicioso, golpista...

El Senador continuaba impertérito en medio de la batahola, que a ratos amainaba, dominados por la curiosidad, para recomenzar los insultos, cada vez más enardecedidos.

Cuando terminó, se quedó esperando un silencio que aprovechó en forma

dramática, leyendo la firma del documento: Salvador Allende Gossen. Año de 1957.

El desconcierto fue general.

Era el propio Allende, eran sus palabras, las que habían merecido esos violentos calificativos.

Por un rato nadie dijo nada. Luego se levantó un murmullo gigantesco que se acalló lentamente.

Cuando se hizo el silencio de nuevo, la voz de Jarpa sonó otra vez potente y airada, dando sus propias razones frente a la situación.

El Estado de Sitio fue rechazado por 81 votos contra 52 por los diputados y 23 contra 11 por los senadores.

Entre tanto Allende continuaba manteniendo vivo el "diálogo" con la Democracia Cristiana. Eso se había hecho monótono y se prestaba para toda clase de burlas. La ciudadanía contemplaba esa farsa con fastidio. Los alardes populistas habían llegado al punto de saturación.

Después de dos años y medio de dejarse traer y llevar, la DC concluyó que el Presidente no había cumplido con el Estatuto de Garantías.

¡Santo Dios! . . . ¿Solamente ahora se daban cuenta?

Eso no era una novedad para nadie. Era algo que nunca se acató. Ni siquiera hubo la intención de cumplirlo. Allende mismo lo había confesado a un periodista francés, al comienzo de su mandato.

Finalmente, el 10 de julio, Patricio Aylwin pronunció un discurso en el Senado, declarando: "quebrantada la institucionalidad". Explicó que ellos habían mantenido abierto el "diálogo", por el supremo interés de la Nación; pero que "no se podía sentar con un interlocutor que tenía una metralleta sobre la mesa".

La población se impacientaba.

El abastecimiento era más escaso cada día. Conseguir un poco de leche o de azúcar era casi un milagro... o un neumático o cualquier otro elemento simple, que la civilización había hecho común en todas partes.

Las dueñas de casa de todo Chile estaban asustadas. No con ese miedo que se puede sentir frente a un peligro determinado, sino con ese temor plagado de angustia, ante el enemigo solapado, disfrazado de benefactor, que se disponía a destruir a los suyos, del modo más cruel: el hambre.

En todas partes la Oposición tenía abierto un frente de combate. Luchaba desafiante con la energía que entrega el amor desmesurado por la propia tierra... y por la sobrevivencia de los seres queridos.

Los chilenos sabían que contaban con una ventaja y estaban dispuestos a hacer buen uso de ella.

¡Moscú los había desestimado!

En aras de su particular demagogia "tenían que dejar hacer". Le estaban dando prioridad a la "imagen mundial" de esta nueva fórmula para utilizarla después, en otros lugares más importantes del planeta. Tenían que probar la posibilidad de esta teoría, para convencer a los demás países.

Y no supieron hasta donde podían llegar...

Las mujeres estaban dando una lucha tan feroz como su temor a lo que reservaba el porvenir para sus hijos. Cada hogar era una trinchera abierta.

El Poder Femenino era una potencia real en acción. No sólo en Santiago, sino en cada lugar del país donde se organizaba, amparado por ese "nombre" que interpretaba el desesperado interés patrio de las mujeres, tan larga e injustamente contenido a través de milenios, durante toda la historia de la humanidad.

Elisa trataba de encender el fuego en la incómoda chimenea de la sede central. Las delegadas llegaban apresuradas, como si la lluvia que caía a torrentes y el viento del norte, las empujara al interior del recinto.

—Hace un tiempo del demonio... suerte de no estar en una "cola" en este momento. Frente a la panadería de mi cuadra había una fila que daba vuelta a la manzana -dijo Marfa del Pilar, mientras dejaba el impermeable sobre una silla.
—Prefiero no comer pan.

—En todas partes y para todo es lo mismo -acotó Bárbara. —Ayer estuve 6 horas de pie para conseguir que me vendieran parafina. Toda la ciudad tiene un aspecto de miseria colectiva que deprime a cualquiera. Es como si estuviéramos en guerra...

—¿Y qué crees tú que es esto? -Marisa venía llegando.

—Me parece peor que una guerra... que se puede ganar o perder... Esto es la consunción anestesiada, es como ir muriéndose lentamente, sin que nada pueda evitarlo. Preferiría una guerra abierta; tal vez pudiéramos vencer.

—Leí un informe médico que decía que los niños están naciendo con menor peso del normal y que las madres sufren serios deterioros de salud.

—¡Me parece macabro! . ¡Estas son las delicias del socialismo! . En cualquier lugar donde impere, es lo mismo: hambre física y miseria moral... y material, por supuesto -agregó con premura.

—Pero ¿por qué quieren vivirlo? . Si les bastaría mirar a cualquier desgraciado país donde se haya impuesto... y el desastre es el mismo: carencias materiales y esclavismo.

—Nunca he podido entenderlo. El filósofo inglés, izquierdista Bertrand Russell, en su ensayo titulado "Porqué no soy marxista", dice: -Bárbara sacó un recorte de diario de su cartera y leyó: —"No lo soy, porque el marxismo está fundado en errores científicos y su aplicación aumenta la miseria humana. No comprendo como gente inteligente encuentra algo que admirar en Rusia, que es un vasto campo de concentración" ... Sin embargo, los marxistas confiados en la ignorancia de la gente, lo invocan continuamente -comentó.

—Bueno; están los incacos, que son los engañados por esa misma ignorancia de que acabas de hablar... y los "vivos" que sólo buscan el poder.

—Pero ¿por qué hay tantos engañados? . Si bastaría con dar una mirada por el mundo...

—También están los ilusos...

—Creo poco en eso... parece sólo una postura. Cuando “escarbás” un poquito, encuentras el interés personal.

—Es fácil convencer al vulgo, con la simple promesa de ofrecerle lo ajeno... por los dirigentes, que se quedan con lo ajeno -Marisa parecía muy desencantada.

—No les cumplen ninguna promesa y siguen creyendo. Por ejemplo: —Siempre se explota el “Plan Habitacional” como medio electorero. Andrés tiene una fábrica de elementos de construcción. Me estuvo informando: dice que el año 71, las firmas particulares que él conoce, recibieron contratos de la Corporación de la Vivienda por 10 ó 12.000 casas de interés social, el año 72, no llegaron a 1.000 y este año, no hay nada en perspectiva.

Con la entrada de las últimas delegadas se completó el “quórum”. Le tocaba presidir a María del Pilar: —“En nombre de Dios se abre la sesión”.

Paula levantó la mano: —¿Qué opinan ustedes de las declaraciones del Cardenal... insistiendo en prolongar el “diálogo” entre los demócrata-cristianos y el Gobierno?

—Pido la palabra -dijo Bárbara. —Para ser ponderada, diré que en un principio lo creí de una exagerada ingenuidad -su tono era amargo, casi duro. —Pero cuando declaró que “pide una tregua para dar tiempo” eso sí me parece incalificable. Aspiró el aire como si tuviera dificultad para respirar y la voz pareció salir apretada de su garganta. ...—Dar tiempo ¿para qué? ... ¿para que sigan amaestrando guerrilleros? . ¿Entrando armas ilegalmente al país? , ¿matándonos de hambre? , ¿agotando nuestra resistencia? , ¿poniendo en peligro la seguridad nacional? . ¡Tiempo es lo que no tenemos! . -Se inclinó hacia adelante y prosiguió con la voz más ronca aún. —El tiempo se acabó -ahora cada palabra sonaba como un latigazo. —¿Es que no tiene ninguna sensibilidad para presentir el peligro, para olerlo en el aire? . ¿No puede oír el chisporroteo de la pólvora? . La mecha está encendida... los “cordones industriales” armados hasta los dientes... el “poder popular” ...las acciones del MIR a lo largo de todo Chile, el lumpen asolando las calles, los intentos de sublevar la tropa... muertos, heridos... violencia en todas partes... y él ¿no lo ve? ... ¡Esto no lo para nadie! -Bárbara había hablado con vehemencia y estaba muy pálida. ¿O es que está de acuerdo...?

—Estás muy exaltada -dijo Teresa aparentando calma. —No lo veo tan tremendo. Hemos logrado atajar algunas cosas... la ENU, por ejemplo.

—Eso es sólo un suspenso, ya dijeron que el próximo año va. Por otra parte, no tiene importancia. Esto desembocará en la dictadura comunista total... y harán lo que quieran. ¿No ves que comprenden ya, que no pueden dominarnos de otro modo...? Será una masacre lo repito -se calló de repente con un gesto hosco.

—En eso creo que todas estamos de acuerdo -dijo Nina. —Escribí un poema: “Golpeando las puertas de los cuarteles” -y comenzó a leer:

GOLPEANDO LAS PUERTAS DE LOS CUARTELES

(Nina Donoso)

*Hemos llorado tanto de rodillas
 junto a la cuna y en las catedrales,
 hemos llorado, por amor llorando,
 quién llora por amor nunca se humilla!
 Son tres años de llanto, mucho llanto,
 de un llorar silencioso y sin destino,
 lloramos por la estrella mancillada,
 lloramos por los muertos y los vivos!
 De miedo hemos llorado noche a noche
 sin saber donde estaban nuestros hijos!
 Ha sido necesario mucho llanto
 para llegar aquí, hasta los límites
 donde el honor de Chile sigue intacto!
 Venimos de golpear todas las puertas,
 hoy estamos golpeando en los cuarteles,
 porque tras de estos muros poderosos
 la conciencia de Patria permanece...
 No venimos a hablar con uniformes,
 ignoramos galón y charreteras,
 venimos hasta el hombre, hasta el chileno,
 a preguntar por Chile y su bandera!
 Ustedes nos conocen, somos ellas,
 las de las verdes fiestas septembrinas,
 las novias, las esposas, las abuelas,
 las que os dimos el beso más hermoso
 en la cuna, en la fiesta o en la pena...
 Las que lloramos por amor llorando
 cuando os vimos jurar por la bandera!
 Tenemos que deciros muchas cosas...
 y decirlas llorando, de rodillas,
 cuando lloran las madres por la Patria
 llorando están la muerte de la vida...
 Oídnos, es la historia la que llora
 la tierra la que clama por sus crias,
 es la mesa sin pan, la madre herida,
 la que suplica aquí, la que solloza,*

¡Quién ruega por la Patria no se humilla!
 venimos a pedir, no por nosotras,
 por el niño que encumbría volantines,
 por la niña que rezaba una plegaria,
 por las palomas y por los copihues.
 Golpeamos llorando los cuarteles,
 llamando a los azules marineros,
 rogando a los soldados, aviadores,
 a los aquí nacidos, por Dios de esta ignominia!
 que rescatéis la Patria que tuvimos,
 que solo son diez mil los mercenarios,
 diez mil asesinando a la bandera,
 abriéndole a la Patria en el costado
 una herida más ancha que una guerra...
 y cada uno de vosotros vale
 más de cien mil chacales extranjeros!
 Tenemos que deciros muchas cosas,
 y decirlas llorando de rodillas:
 Seremos si queréis en la vanguardia
 vuestras lugartenientes y enfermeras,
 que por vendar la herida de la Patria
 en la muerte queremos ser primeras...
 Y decimos también a los ajenos,
 cara a cara, con rabia, con desprecio,
 que aquí está la mujer, en los cuarteles,
 junto al hijo soldado y marinero,
 para lavar el tricolor sagrado
 con llanto de mujer que no se humilla
 si llora por la Patria de rodillas!

Cuando terminó, muchas tenían los ojos brillantes de emoción, mientras estallaban los aplausos. Acordaron distribuirlo e intentar su publicación.

María del Pilar pidió la palabra: —La Democracia Cristiana acaba de hacer una declaración, aprobando las palabras del Cardenal... y por supuesto, eso quiere decir que se abrirá un nuevo “diálogo”. Creo que la ciudadanía está cansada de esta majadería.

Marisa comenzó a hablar: —El jefe del partido comunista, Luis Corvalán, tuvo la audacia de escribir una carta al Cardenal Silva Henríquez -dijo- que está plagada de frases retorcidas. En una de sus partes dice: “por sobre las diferencias, es posible buscar y lograr un conenso mayoritario para garantizarle a Chile un desenvolvimiento conforme a los precedentes que han prevalecido en su historia. Como muy

bien dice el episcopado, la voluntad de realizar urgentes y profundos cambios sociales..." -a las últimas palabras de Marisa siguió un silencio triste.

-Si te alaban los enemigos, es que algo anda mal -sentenció Emilia.

-¿Pero son enemigos tuyos? -insistió Bárbara.

-No lo sé... pero hay cosas increíbles -Marisa hablaba muy seria y había mucha preocupación en su semblante: -Dicen que: "un ejército de unos 50 ó 60.000 personas bien entrenadas y apertrechadas, con otras 300.000 de apoyo, hará más pacífica la transición al socialismo. Este poder alternativo al del Estado impediría, por su sola existencia, toda rebelión militar instigada por la burguesía. El ideal sería que estos comandos pudieran dictar sentencias judiciales, requisiciones e intervenciones..." Parece una locura... pero es más o menos, lo que están intentando.

-¿Y qué opina de eso el Cardenal?

-No lo sé. Pero no le he conocido ninguna censura. Tampoco las ha hecho al MAPU o a la Izquierda Cristiana, que dicen y hacen cosas semejantes y hasta peores.

-Creo que deberíamos escribirle una carta al señor Cardenal, muy clara y franca. Somos católicas y tenemos el derecho a su consideración -propuso Isabel.

-No estoy de acuerdo -protestó Diana que venía llegando.

-Pero si no sabes lo que hemos debatido... no puedes ser tan sectaria -protestó Emilia.

-Me parece una falta de respeto.

-No hay ninguna razón para que creas eso. Será muy respetuosa, por supuesto.

La idea se puso en discusión, pero el debate fue corto. Finalmente se votó: 27 votos a favor y dos en contra.

Entre tres redactarían el borrador y se sometería al Consejo en una sesión especial, al día siguiente.

-Al menos pido que no se haga pública -pidió Diana, realmente emocionada.

La moción se aprobó por unanimidad.

Después del 29 de junio, hubo una "razzia" contra el Movimiento Patria y Libertad, que obligó a algunos Jefes a refugiarse en una Embajada y a los demás a ocultarse en cualquier lugar.

Olivia era la representante del Movimiento en el Consejo Coordinador. Es una mujer inteligente y dinámica. Su natural cordialidad no permitió nunca que los antagonismos entre su Organización y otras colectividades políticas, perturbaran la UNIDAD dentro del Poder Femenino.

No pensó que sería perseguida. No habían cargos contra ella. Estaba convaleciente de una seria enfermedad y se sentía débil. El 17 de julio tuvo que salir de compras para conseguir el difícil abastecimiento de su casa. No podía tardar más.

Volvía en un taxi cuando desde lejos divisó una patrullera de Investigaciones frente a su puerta. -Dé la vuelta y doble por la primera esquina -ordenó al chofer.

Pero en ese momento vio que arrastraban a sus dos pequeños hijos y los metían al coche policial. — ¡No! — gritó aterrada— acérquese rápido.

El conductor la miró con una mezcla de admiración y curiosidad, colocándose junto a la patrullera.

— Entrégüeme a mis hijos de inmediato — les exigió.

— Siempre que usted venga con nosotros.

Había aflorado toda su reciedumbre. Ya no se sentía enferma ni cansada. No podía soportar la idea de ver a los niños en tales manos. — ¿Dónde está la orden de detención? — preguntó sin perder el aplomo.

— Esta es la orden. — Uno de ellos le mostraba la metralleta, apuntándole al pecho. — No tiene alternativa — dijo el otro.

Lo supo desde el principio. No tenía alternativa. Pero ella no iba a transigir sin discutirlo. Se estaba juntando gente a su alrededor y se sintió protegida. — No tengo porqué ir a Investigaciones — dijo. — Si el Fiscal Militar me llama a declarar, voy de inmediato.

— Le juro a usted que será sólo por dos horas — el hombre miró significativamente a los niños. — Haga usted este trámite y vuelve a su casa antes de las ocho de la noche.

Los chicos habían comenzado a afligirse. Estaban recibiendo un impacto terrible. No se podía prolongar la situación.

— Déjelos — les dijo con la voz endurecida. — Voy con ustedes.

Miró en derredor. Se había reunido una pequeña multitud. Por lo menos tres o cuatro personas eran amigas suyas. Se preocuparían de no abandonarla a su suerte y verían a los niños.

Una vecina los tomó de la mano.

Pero cuando entró al cuartel de Investigaciones, tuvo plena conciencia de que estaba sola. Se hallaba en poder de esos tipos que no habían tenido ningún escrúpulo en chantajearla a costa de sus pequeños hijos, ni de obligarla a ir con ellos, apuntándole con una metralleta.

La sensación de desamparo la hizo sentir un escalofrío. La dejaron en una pieza helada, completamente sola. Volvió a sentirse enferma. Pero no les permitiría saberlo — pensó.

Dos horas después comenzó el interrogatorio.

No hubo torturas físicas, pero la presión psicológica era terrible. Ella se había propuesto demostrarles que era fuerte, que no se dejaría intimidar. Y cuando trataban de confundirla, no contestaba, corrigiéndoles la pregunta, para hacerla congruente con las respuestas anteriores.

Eran ya las nueve de la noche y el interrogatorio continuaba, agotador, como un calvario. A ratos se sentía muy mal. Las preguntas capciosas, las citas cambiadas, la obligaban a mantener la atención constante, para no caer en contradicciones, para no comprometer a otras personas.

No iba a fallar.

Comenzó a sentirse más débil. Era el primer día que se había levantado de la

cama. A veces le parecía que las cosas se borraban y se iban alejando de su lado.
—Dios mío -pensó- no puedo fracasar.

De pronto sonó el teléfono de un modo estridente. Fue como si tuviera la campanilla dentro de la cabeza y le dolío de una manera insopportable.

Estaban llamando al interrogador. Se quedó sola, un poco sorprendida.

— ¡Qué alivio! . Cerró los ojos procurando aprovechar los momentos de soledad para descansar.

Después de un largo rato entró el ayudante. —Lo siento señora -le dijo amable- pero las cosas están malas para usted. Yo no debería decirle nada...

Era que Roberto Thieme, Secretario General del Movimiento Nacionalista Patria y Libertad, se había mostrado en las pantallas de la televisión, con gran sorpresa de todo Chile que lo creía muerto en un accidente de aviación.

Entró el funcionario muy enojado y el interrogatorio continuó salpicado de insultos hacia el Movimiento, insistiendo en que los dirigentes eran unos cobardes, que se habían refugiado abandonando a los militantes, que eran unos locos...

Olivia sentía un cansancio creciente. Mientras el hombre se desahogaba diciendo palabras groseras, ella pensaba si alguien estaría preocupado de sacarla de ahí. Habían pasado tantas horas... lo mismo que la habían llevado ilegalmente, podían... ¡hacerla desaparecer! . La idea le pareció horrible. ¡Sus hijos eran tan pequeños!

Automáticamente seguía contestando en forma coordinada, manteniendo su primera versión.

Después de una eternidad el hombre dio por terminada su labor.

—Quiero irme a mi casa -dijo.

—No podrá irse. Está usted detenida.

Sintió que no tenía más resistencia física. Estaba muy enferma. En cualquier momento se iba a desplomar y no quería dar el espectáculo. Se daba cuenta que los hombres la estaban admirando. Tenía que mantener su posición.

Después pensó que el ser mujer, le daba ciertas prerrogativas. Tengo un sólo recurso -se dijo: Voy a llorar. Tengo que conmoverlos para que me den una cama y recostarme.

Cuando dejó las lágrimas rodar por sus mejillas, sintió un alivio enorme.

—Quiero ver a mis hijos -sollozó.

Hubo una extraña conmoción. A pesar del agotamiento y las lágrimas, ella lo percibió. Hubiera querido reírse, pero la sonrisa no se dibujo en su cara atormentada. Se la habían quedado mirando, desconcertados. El cambio fue tan radical, que no volvían de su asombro. Entonces agregó: — ¡Tengo hambre!

Los hombres la miraban en silencio, pero algo había cambiado.

— ¡Estoy muy enferma! -las palabras apenas salían de su boca. —Necesito recostarme... ahora -los urgió.

Le trajeron de comer mientras que en un pasillo le arreglaban una cama y le dieron una manta.

A las ocho de la mañana siguiente, la hizo llamar el Fiscal Militar. Comenzó el trámite de las impresiones digitales, fotos... Eran las 10 horas cuando pudo declarar.

Cuando volvía a su casa, oyó en la radio del automóvil una violenta declaración de Roberto Thieme, amenazando que si no la dejaban en libertad de inmediato, a ella y a los que estuvieran presos, habrían bajas en Investigaciones.

Los sucesos se daban con tal celeridad, que se atropellaban las noticias en los diarios o en las radios.

Ese día, la Embajada de Cuba celebraba su "26 de julio".

El invitado de honor era Salvador Allende, acompañado de su Edecán Naval, el Capitán de Navío Arturo Araya Peters, vestido de civil.

Y la tragedia comenzó. Hubo muchas versiones. Relataremos una, la que pudimos deducir de distintos comentarios, pero nunca hemos sabido exactamente toda la verdad.

El licor corría en abundancia y el carácter naturalmente expresivo de los cubanos, hacía alegre la fiesta.

La mansión se hallaba repleta de gente que se divertía.

Después de la comida, el Capitán se alejó del Presidente y vagó por los salones. Al cruzar una puerta se encontró muy cerca de un grupo que conversaba animadamente en voz alta, con las copas en las manos y el gesto comunicativo en el semblante.

Iba a reunirse con ellos, cuando lo atajó una extraña frase. Las voces cubanas y nacionales expresaban gran camaradería. Se detuvo a pocos pasos, sin que ninguno pareciera notar su presencia.

—Habría que acabar con todos, chico, decía excitado, un hombre grueso.

—El "plan" está muy bien estudiado -aseguró otro, alto y tranquilo. —Se ejecutará a todo lo largo del país, a la misma hora exacta.

—No lo creo tan sencillo. El tercero parecía dudoso -las Fuerzas Armadas están preparadas para pelear... y se defenderán.

—La sorpresa es lo importante, chico -aseguró enfático el primero, empinándose la copa.

El Capitán sintió como si estuviera clavado en el suelo. —¿Qué es esto? -se dijo, cogido por la sorpresa. —¿De qué "plan" están hablando...? Las voces le

parecieron confusas, como si todos estuvieran hablando al mismo tiempo. Pero, ¡estaban refiriéndose a un genocidio!

De pronto se dio cuenta que uno de ellos tenía la mirada fija en su rostro. Los ojos se encontraron y creyó ver algo siniestro en esas pupilas inmóviles, heladas, como si quisieran escudriñar en el fondo de su cerebro.

Casi no podía creer lo que estaba escuchando. Oía las voces tranquilas y entusiastas, entremezcladas con el acento cantado del Caribe, que decían cosas tremendas, con una frialdad perversa, sin inmutarse.

Con un gesto automático, dio media vuelta y se dirigió al Presidente, que lo miró con curiosidad mientras atravesaba el gran salón.

—Su Excelencia -le dijo- acabo de oír referencias a un plan en contra de...

—No se preocupe, Capitán -Allende le golpeó amistosamente el brazo -la fiesta está muy animada... ¡diviértase hombre!

El marino quería insistir. —Pero me preocupa... parece muy importante.

—Esté usted tranquilo, Capitán -la voz se hizo fría, parecía una orden. Luego agregó, amigable: —Yo se lo voy a explicar después.

Algo andaba mal y él se sentía muy confundido. —Solicito permiso para retirarme Su Excelencia. El Edecán estaba muy serio.

Allende lo miró con fijeza unos instantes, mientras reflexionaba. —El marino se había vuelto peligroso. ¿Qué habría escuchado? , ¿cuánto sabía? . Estaba muy pálido...

Al Capitán le pareció que había transcurrido un largo tiempo, mientras él sostenía la mirada interrogante del Presidente:

—Puede retirarse -dijo al fin.

Juntó con fuerza los talones y haciendo una inclinación salió de la casa.

Quiso comunicarse de inmediato con sus superiores, pero obtuvo audiencia para la mañana siguiente.

Estaba contándose a su mujer, cuando oyeron una balacera en la calle. Algo extraño sucedía. La calzada se llenó de gritos, carreras, voces airadas, estampidos...

El Capitán salió al balcón... y de inmediato cayó mortalmente herido, como si hubiera estado esperando por él, la cruz de una mira telescopica, en la oscuridad de la noche.

¿Fue todo un tinglado preparado para él?

La mujer se abrazó al cuerpo ensangrentado de su marido, mientras pedía socorro.

¡Al fin la ambulancia! Sonó la sirena y arrancó hacia el hospital, en veloz carrera.

Pero a medio camino recibió órdenes contradictorias... que vaya al Hospital Salvador... que al Hospital Militar... mientras el Capitán agonizaba en los brazos de su mujer.

—No me dejes morir, no me dejes morir -repetía aferrándose a la vida, joven aún, lleno de energías.

Pero la sangre se escapaba a raudales, por esa enorme herida abierta en medio del pecho.

A las 2 de la mañana llegó Salvador Allende al Hospital Militar... pero la señora de Araya le cerró el paso.

Los diarios exhibieron grandes titulares... y pronto apareció un culpable: José Luis Riquelme Bascuñán, que dio nombres y denunció hechos... pero ninguna relación fue bastante coherente. La ciudadanía esperaba que por la gravedad del caso, se hubieran aclarado los sucesos, pero no fue así.

En el Poder Femenino había inquietud por conocer la reacción que tendría el Cardenal ante la carta que le habían enviado. Pero el Cardenal no contestó. Era un mensaje angustiado que mujeres católicas y observantes, le habían dirigido con muchas esperanzas. Ese documento lleno de inquietudes, en el que su deber de pastor estaba siendo puesto a prueba, porque él voluntariamente se había comprometido en esa aventura política; merecía mayor consideración.

Dejaron pasar una semana y luego le comenzaron a enviar una copia diariamente... hasta que llegó una especie de respuesta, firmada por su secretario.

Consistía en unas pocas palabras mal hilvanadas, como hechas exprofeso, para demostrar su desprecio.

—Para no calificar intenciones, prefiero no decirlo ante el Consejo... pero la carta es obviamente ofensiva -dijo Isabel al oído de Paula. —Creo que ha sido redactada de adrede, en esa forma descuidada, aparentando una cultura elemental, para demostrar su menosprecio por nosotras.

—Eso quiere decir también, que el mensaje dio en el blanco -contestó Paula, despacio.

Otras delegadas lo comentaban con desaliento. Tenían la sensación de estrellarse contra algo escurridizo, blando, que ni siquiera se daba la modestia de rebatir.

—Siempre creí que la Iglesia era algo sólido, definido, en lo cuál uno podría apoyarse... que en cada oportunidad tendría la respuesta adecuada, que significaba seguridad -Teresa hablaba con desconsuelo.

—Siento como si me faltara el piso bajo los pies -comentó Verónica con tristeza.

—A mí no me sorprende -dijo Bárbara- hace mucho tiempo que entendí de qué lado estaba ese caballero.

—Sí. Pero hay otros sacerdotes que no piensan como él. Lo han expresado claramente y la imagen del Cardenal los compromete a todos, en cierta medida.

—Más o menos, claramente. El peso de la autoridad, la presión de la jerarquía... es algo muy fuerte. Ahí está el peligro.

—Aunque algunos sean bien definidos, nada cambia la suma gravedad de la situación. —Isabel hablaba con firmeza. —La Iglesia Católica tiene una enorme influencia en la manera de reaccionar de nuestra gente, aunque no sean demasiado observantes... y las declaraciones que él haga, van a detener a muchos. Desde luego, a la Democracia Cristiana... que es el partido mayoritario. El daño es enorme.

León Villarín, presidente de la Confederación Nacional de Sindicatos de Dueños de Camiones, era sin duda el líder gremial de la acción opositora. La huelga de los camioneros había cubierto todo el territorio nacional.

En Valparaíso, la Armada les había cedido amplios terrenos para que estacionaran los vehículos, cerrados con alambrada de púas y custodiado por marinera para evitar sabotajes.

Alrededor de Santiago instalaron campamentos en Nos, en Colina, en Leyda...

La ciudadanía comprendió que más allá del interés gremial, esos rudos hombres de trabajo, estaban empeñados en la gran batalla contra la implantación del comunismo en Chile.

El transporte se había detenido y eso significaba que Chile entero había dejado de funcionar.

Y el Gobierno tuvo miedo.

Tuvo tanto miedo, que la reacción fue descontrolada.

La ayuda, como una compensación, se volcó desde todos los frentes: los diarios de la Oposición les abrieron sus columnas, las radios defendían sus posiciones en cada programa, el Parlamento se pronunció en favor de sus postulados económicos, los partidos políticos les tendieron la mano, las mujeres les llevaron alimentos y apoyo moral...

Aunque la recolección de alimentos se hacía cada día más dificultosa, comisiones de mujeres salían a pedir ayuda, casa por casa, juntando desde cualquier cantidad. El azúcar, que casi había desaparecido, la recogían hasta por cucharadas. En la Vega Central, Rosario y Paula conseguían cantidades mayores que los comerciantes les regalaban con gran sacrificio de su difícil abastecimiento.

En esos momentos los transportistas estaban sufriendo todo el rigor de la furia gobiernista. Cada campamento era un campo de lucha. Hubo muertos y heridos. Las mujeres tomaban parte activa en cada batalla junto a los hombres, defendiendo sus camiones, que algunas veces eran sólo un montón de fierros viejos.

Esa tarde antes de marcharse del campamento, Paula les preguntó: —¿Qué es lo que les hace más falta?

Contestó un coro de roncas voces masculinas: —¡Metralletas!

Todas las armas defensivas que tenían, se limitaban a sus herramientas de trabajo y sus banderas chilenas... además de su coraje y sus mujeres.

El frío crudo del invierno, hacía estragos en la salud y hasta en el ánimo de los más débiles. Las enormes fogatas daban un aspecto fantasmagórico a los campamentos, buscando un refugio contra las noches heladas, la humedad y la intemperie.

A falta de techo, había que vivir junto al fuego.

También se oraba.

Se oraba con esa fe ruda que se hace fuerza en el peligro. Porque estaban tan lejos de los hombres que los habían defraudado... necesitaban sentirse más cerca de Dios.

Pero había algo que los unía con mayor intensidad cada día: la amenaza constante, el ataque artero... Se dormían junto al garrote, a la piedra, al hierro... también tenían palas y horquetas, venidas desde los campos contiguos.

El Poder Femenino, estuvo presente en cada lugar.

Los Colegios Profesionales tomaban posiciones más definidas. Tuvieron que celebrar elecciones, para cambiar las directivas que se mostraran débiles. La hora de los indecisos había pasado.

Se formaron comisiones, en que las mujeres decidieron llevar personalmente las citaciones para hacer presente a cada uno, la importancia que tendría su presencia y su opinión en las reuniones.

En la mayoría de las instituciones, el resultado final fue de hasta el 92% a favor del anti-marxismo.

Con esa resultante, ya se podían formar grandes frentes de lucha gremial. Si sólo quedaba un mísero 8% de recalcitrantes, había una evidencia de que el Gobierno fue un fraude para muchos chilenos.

Pero la voz de la ciudadanía, no era importante para Allende. El comunismo internacional maneja los hilos del poder en todo el mundo a través de las minorías.

El General Carlos Prats seguía siendo utilizado por la Moneda y los Ministros acusados por el Congreso eran incorporados a otros Ministerios. Continuaba la burla del "enroque" contra la institucionalidad chilena. A veces cambiaban los Gabinetes completos, pero incluyendo antiguos personajes en ellos. La única diferencia era que estuvieran integrados por militares o no.

Sin embargo, la seguridad que los chilenos pudieran sentir ante la presencia castrense, se anulaba porque la autoridad estaba minada por la interferencia de los funcionarios medios, políticos.

Se había llegado a tal relajamiento, que no importaba tampoco, que la Contraloría desautorizara las decisiones del Gobierno. El 4 de julio había rechazado ya, la promulgación parcial del proyecto de ley sobre las tres áreas de la economía, que habían presentado los senadores Hamilton y Fuentealba y la situación continuaba inalterable. Y hasta como un desafío, habían dejado vencer el plazo para efectuar un plebiscito, con la más inaudita desaprensión.

Ya ni siquiera hacían llegar a ese tribunal, los decretos de requisición de las empresas. El despojo a los industriales se hacía por la simple vía de las "tomas".

Allende aceptó concurrir a un pleno de la CUT y decidió invitar a la Democracia Cristiana. Ese gesto bastó para abrir de nuevo el "diálogo" y el tiempo seguía corriendo mientras las "escuelas de guerrilleros" adiestraban 25.000 combatientes más, ante la desesperada impotencia de la ciudadanía.

Existía la misma certeza entre la Oposición que entre los marxistas, de que finalmente el Gobierno recurriría a la FUERZA para conseguir el "Poder Total", que necesitaba, como el único medio posible de instaurar el comunismo.

Pero tenían que organizar esa fuerza, instruirla y armarla, para que tuviera el potencial bélico suficiente como para enfrentar al Ejército regular... al que además intentaban dividir.

Lo intentaban en todos los niveles, pero siempre el resultado les fue adverso.

Aunque Chile tiene las características de una isla, eso no impidió la llegada masiva de armamento, que el poderío organizado del Comunismo internacional, se ocupaba de hacerles entrar al país.

La tensión alcanzaba un clímax insostenible. El final, parecía próximo e inevitable... y la vida comenzó a tener poco valor.

Hombres y mujeres estaban dispuestos a ofrecerla en la última batalla.

El Congreso Nacional había entregado la gran herramienta para que el Ejército pudiera manejar la situación: una Ley de Control de Armas, en agosto de 1972.

Eso trastocó todos los planes de la Unidad Popular.

Tal vez Allende la promulgó, pensando sólo en las pocas armas de la Oposición... no había otra explicación lógica.

Los comandos militares comenzaron de inmediato a usarla intensivamente y los allanamientos se extendieron por todo el país.

Fue como el destapar de una enorme marmita hirviente, con el vapor a toda presión.

Si se afinaba la sensibilidad, podía oírse la exhalación del vaho enfurecido, escapando por las grietas.

Los intentos posteriores del Gobierno por detener la acción militar fueron inútiles y de uno a otro confín descubrieron arsenales completos, que requisaron sin contemplaciones.

Los marxistas estaban enloquecidos de indignación, pero no tenían ningún recurso valedero para impedirlo.

Allende tuvo el descaro de protestar públicamente de la acción, pero no tuvo el coraje necesario para impedirla... o le faltó el respaldo que esperaba.

Abusando de procedimientos extremos, el Gobierno quiso obligar a las radioemisoras transmitir de un modo permanente en "cadenas" con programas oficiales.

Eso provocó una ola de indignación tan enorme, que volcó a las multitudes a las calles con el ánimo más beligerante, y las ciudades estuvieron invadidas de una violencia permanente.

La Avenida Providencia se convirtió en el centro de la protesta, tal vez porque la Radio Minería, con sede en ese sector, fue una de las primeras víctimas.

La calzada se colmaba, en cualquier momento, de vehículos que tocaban las bocinas con un compás determinado y asomando enormes banderas chilenas por las ventanillas.

A cualquiera que hubiera visto de improviso ese cuadro, le habría parecido un carnaval. Pero era un desfile hinchido de tensión, de violencia, de una extraña mezcla de furia-alegre, desafiando las poderosas fuerzas del Gobierno, que tenían licencia para matar y contaban con potentes elementos de combate.

Se mezclaban los gritos, las consignas, con los saludos entusiastas.

Se hacía la revolución con el corazón a flor de piel y la risa en los labios... aunque detrás de esa sonrisa, de ese bromear un poco áspero, estaba la decisión implacable de no dejarse vencer a ningún costo.

En cada hogar, la radio estaba siempre encendida. Mientras se trasmítía "en cadena" sonaba apenas como un murmullo. Pero de pronto alguien oía la "Canción de la Libertad", que se había convertido en un símbolo, o la voz conocida de algún locutor amigo y corría para aumentar el volumen. — ¡Se había violado la orden del Gobierno! Por teléfono se advertía a los distraídos.

—Se "descolgó" radio Agricultura o Minería o Balmaceda...

Y la emisora comenzaba golpeando con la noticia que se había querido ocultar, a todo lo largo del país: En alguna parte habían volado un puente, acá una línea férrea, o un oleoducto, o la sede de algún partido opositor había sido incendiada, en todas partes los estudiantes eran perseguidos y luchaban en las calles contra las brigadas marxistas enfurecidas, en distintas provincias las mujeres se tomaban los bancos estatizados o se hallaban sitiadas en los recintos de las radio-emisoras para protegerlas con su presencia, repartían proclamas, cerraban los comercios disidentes, cortaban los caminos...

La trasmisión clandestina era siempre corta y desordenada. Se podían oír las voces, los comentarios. La gente, escuchando, quería beberse hasta los murmullos.

Pronto llegaban los Senadores y Diputados, para proteger con su fuero al personal de las emisoras que habían desafiado la medida ilegal del Gobierno y para prolongar en lo posible esos escapes hacia la Libertad.

Era reconfortante oír voces amigas: el Senador Ibáñez era casi siempre de los primeros en llegar... y Bulnes y Ochagavía... Phillips, Godoy, Arnello... habría que nombrarlos a todos... de los distintos partidos de la Oposición... Hasta que aparecía la Fuerza, enviada por el Ejecutivo. Corteses, pero firmes, cumplían las órdenes.

El alegato era el mismo en cada ocasión: —Esas órdenes son ilegales, están contraviniendo disposiciones expresas de la Constitución política del Estado.

—Pero son emitidas por las autoridades pertinentes...

Mientras los Parlamentarios discutían, se aprovechaban esos angustiosos minutos para tocar a todo volumen la Canción Nacional, coreada por todos los asistentes, una y otra vez, alternada con gritos de ¡Viva Chile!, que se repetían con

los ojos arrasados de lágrimas, lágrimas viriles de amor patrio, de dolor por la libertad atropellada, por las esperanzas que morían un poco cada vez.

Y luego el silencio.

Como la muerte.

También frente a cada aparato de radio, en cada casa, a lo largo de 5.000 kilómetros de tierra chilena, se hacía el silencio.

Era como una bofetada en el rostro, el dolor de ese quebrarse de la vieja convivencia nacional, que acampaba con orgullo en las profundas raíces de la raza.

Y Providencia volvía a encenderse cada noche, con el fuego de la resistencia, como una antorcha, inmolándose ante la libertad amenazada.

Y en cada ciudad y en cada pueblo, se repetía el rito... en toda la longura de Chile.

Cada calzada se convertía en una inmensa hoguera.

Barricadas de fuego cerraban el paso a las hordas marxistas, grupos heterogéneos paseaban banderas, gritaban consignas contra la voluntad esclavizante de los intentos comunistas o golpeaban los postes de hierro con un monótono compás que incitaba a la revuelta. Cada noche, la avenida ardía como una pira en holocausto a la rebeldía, que anidaba en el corazón de los chilenos, por defenderse contra el Imperialismo Soviético.

¡Y el tañer de las cacerolas, formaba la magnificada orquesta de fondo en el gigantesco repudio!

Cada noche la gente volvía a sus hogares, mojada, tiritando de frío y con los ojos enrojecidos, mientras algunos quedaban heridos o detenidos.

Y al día siguiente y en la noche siguiente, se repetían los sucesos en toda la estirada geografía de Chile.

La Unidad Popular seguía tratando de ganar tiempo.

En la mesa del Consejo, las mujeres mostraban una actitud desusadamente grave.

Isabel tenía la palabra. —Nunca he podido entender -dijo- porqué nadie cree en lo que proyectan los comunistas. Siempre dicen lo que van a hacer. Si sólo actuáramos basados en lo que se proponen, sería fácil desbaratar sus intentos. Ya en mayo, Corvalán dijo en el "Pleno Anual del Partido Comunista": "Entiéndase bien, aún no estamos listos... necesitamos tiempo para prepararnos para la guerra civil, tenemos que detenerla hasta entonces". —Necesitaba todavía, atajar los ímpetus del MIR, porque aún eran inoportunos. Pero en cuanto la ocasión sea propicia...

—Como tú lo muestras, parece algo perverso... yo no supe de esas declaraciones de Corvalán. -Elisa hablaba despacio, reflexionando. —Debieron destacarlas mejor en la prensa nuestra.

—Pero los dirigentes políticos y los gremiales, y el Estado Mayor del Ejército, y los Parlamentarios, y la Corte Suprema... que sé yo... todos ellos tienen que saberlo. Isabel sentía una ira amarga que le producía malestar.

Bárbara parecía inquieta. —El hecho de que la gente común, la ciudadanía en general, ignore esas declaraciones... se resista a indagar en esas fuentes, es casi natural... es una repulsa que importa una auto-defensa íntima, para no lastimarse tanto, para sostener en alto el espíritu batallador; pero naturalmente, no pueden darse ese lujo quienes tienen responsabilidades públicas. Es indudable que el Gobierno está preparándose un auto-golpe. Se me hace majadero repetirlo una vez más pero... hay algo que no entiendo: ¿qué es lo que hace que algunos dirigentes DC, que presumo bien intencionados, actúen de un modo tan incongruente con la realidad? —Bárbara dejó pasar unos segundos antes de proseguir, dirigiéndose a Diana. —Es obvio que la Democracia, tal como tú o yo la entendemos, tal como la define el diccionario, sin los eufemismos marxistas, no existe ya en Chile...

—Ya lo sé. —Diana no quería perder la calma. —Pero ¿Por qué no confian ustedes en los hombres que están dirigiendo la política, que estudian a fondo los problemas y que tienen tantos conocimientos...? Yo tengo fe en ellos. Estoy segura que harán lo mejor.

—Eres demasiado confiada, Diana —había un amargo desengaño en la voz de Marisa. —Yo sólo creo en lo que me muestra la razón, los hechos mismos... y hasta mi instinto... ¿Quieres saber lo que ambos me dicen ahora? . Que estamos quemando los últimos cartuchos... Si quieras, llámalo miedo. Pero siento que el peligro es inminente. ¡Esto no da para más! Tú, que eres tan observante... hay algunos párrafos en las declaraciones de los Obispos, que dicen: “Chile parece un país azotado por la guerra...” y más adelante agregan: “sólo nos mueve el bien de Chile, tratando de impedir que se pisotee la sangre de Cristo en una guerra fraterna” —Ellos también presienten el desencadenamiento que se precipita.

—Me preocupa la insistencia de ustedes en criticar las formas que usa la Democracia Cristiana para enfrentar los problemas que se van presentando —dijo Diana molesta- porque va a llegar el momento en que el Partido nos va a prohibir venir aquí. Para mí, que he integrado este Consejo desde su creación, sería un golpe muy penoso... pero me doy cuenta de que la Democracia Cristiana tiene una postura diferente. Sus dirigentes ven las cosas de otro modo, creen que se podrían solucionar los problemas públicos de una manera distinta, no creen en la violencia, pero ella vendrá... la empleará el propio Gobierno para conseguir sus propósitos —explicó Paula.

—Además, estamos de acuerdo en que de “democracia”, sólo queda la cáscara —acotó Alicia.

—Yo creo Diana, que ustedes las mujeres de la DC tendrían que hacer valer sus opiniones... ellos también pueden estar equivocados —intervino Isabel. —¿Por qué dejan ganar más tiempo a la UP, para armarse y entrenar a sus “cordones”...? finalmente arrasarán con todo y entonces será tarde... hasta para llorar.

—Sé que en muchos aspectos la DC no transigirá jamás —dijo Diana, procurando no dejar traslucir su propia inquietud.

Bárbara le contestó: —Pienso que en estos momentos deberíamos estar todos

embarcados en el mismo bote... compartirlo todo. Esto me hace acordar de una anécdota de los tiempos de Hitler en Alemania. Un hombre dijo: "Cuando persiguieron a los judíos, yo no era judío... entonces no protesté.

"Cuando persiguieron a los católicos, yo no era católico... entonces no protesté.

"Cuando persiguieron a los sindicalistas, yo no era sindicalista... entonces no protesté.

"Cuando me persiguieron a mí... nadie protestó".

Diana sonrió con cierta tristeza y no hizo ningún comentario.

—¿Te opondrías a que le escribiéramos al presidente de tu partido, para aclarar nuestra posición? -le preguntó directamente.

—No, de ningún modo.

Y la carta fue enviada al día siguiente.

También se acordó enviar un comunicado a todos los parlamentarios de la Oposición, urgiéndolos a declarar la "inhabilidad" de Allende.

La noche del 1º de agosto, el campamento de Nos, iluminado por las fogatas, estuvo convertido en un infierno.

Una batalla entre las sombras dejó un saldo de muerte y de odio, que la mañana siguiente no lograba borrar.

Cuando llegaron Paula y Rosario, aún estaban sacando a los heridos.

Les llevaban café y azúcar, que habían recogido de casa en casa, todo el día anterior.

Pronto llegaron las demás llevándoles verduras y frutas, con otros comestibles trabajosamente conseguidos.

Aún querían visitar Leyda y Colina.

El campamento de "La Marquesa" estaba situado en un lugar idílico, de una belleza dulce y tranquila. El rudo contraste que hacían las máquinas alineadas como un regimiento, listo para entrar en batalla y los hombres, que con el ceño adusto estaban dispuestos a jugarse la vida por esos fierros que se habían convertido en un símbolo, era de una incongruencia dramática.

Un grupo de mujeres del Poder Femenino de Melipilla se habían tomado la radioemisora local, la "Ignacio Serrano". Hasta allá llegaron dispuestas a reforzar la acción. Les llevaron proclamas y slogans para que tuvieran material ante los micrófonos.

Teresa Donoso leyó un poema de Nina, rebosante de patriotismo.

No sólo las mujeres lloraban. Muchos rostros varoniles, curtidos por el trabajo rudo y la intemperie, dejaron correr gruesas gotas de llanto por su piel oscurecida de muchos soles. Fue como un alivio a la tensión largamente contenida por esa hombría recia que se muestra en el silencio.

Las señoras de los médicos se reunieron en la Sede del Poder Femenino, con el fin de tomar acuerdos para apoyar la huelga y votar la Mesa del Colegio Médico.

También se gestó la formación de un Comité Gremial, con la participación de hombres y mujeres, para conseguir una mejor ordenación de la acción gremial y llegar a la formación del "Comando Multigremial".

Desde abril estaba funcionando el "Frente Nacional de Profesionales", compuesto por ingenieros, médicos, abogados, químicos, asistentes sociales, arquitectos, odontólogos... presididos por Valentín Robles y como secretaria ejecutiva Nelly Gallo.

Toda esta múltiple actividad que se movía en una misma dirección, sumada a la protesta callejera de todas las horas del día o de la noche, mantenían un clima de resistencia extremado, con participación representativa de la ciudadanía entera.

Allende había formado desde el 9 de agosto, un Gabinete que llamó de "Seguridad Nacional", en el cual obligó a participar a los tres Generales en jefe de las Fuerzas Armadas y al General Director de Carabineros.

Esto provocó una indignación pública que se convertía en permanente protesta, desde todos los frentes.

Las mujeres se juntaban ante las residencias de los jefes militares para rogarles que no avalaran con su prestigio a un Gobierno que se había hecho ilegítimo.

Se comunicaban con los uniformados amigos, les escribían cartas, rogándoles que no fortalecieran la posición de quienes habían destruido el país. Desde las emisoras tomadas por ellas, golpeaban la conciencia de la opinión pública, exacerbando su patriotismo. Juanita urgó en su cartera y sacó unos papeles arrugados. Se acercó al micrófono y comenzó a leerlos con voz segura. Repartió otros que contenían frases combativas, energéticos conceptos para defender los valores republicanos, que caían uno a uno bajo la picota marxista.

Pronto lá rodearon otras mujeres. —"Por favor, tú que tienes tantas ideas, que escribes tan bien, redáctanos un mensaje para llamar a más mujeres que nos acompañen esta noche... y déjanos otras frases para tener material para más tarde. Estamos improvisando, pero no tenemos ninguna experiencia". Todas la urgían y ella se revolvía en medio del grupo, hasta que logró escabullirse por entre el gentío.

En cuanto llegó a su casa tomó el teléfono para llamar a Isabel. —Vas a tener que perdonarme —le dijo riéndose alegre—. ¿Me oiste esta tarde, por la radio Yungay?

—No. ¿Por qué me lo preguntas y por qué te debo perdonar?

—Nos tomamos la emisora...

—Pero eso es fantástico, te felicito...

—...Es que en la reunión de esta mañana, me guardé los papeles que tú dejaste sobre la mesa... sin saber lo útiles que me serían... sólo porque no los tomara cualquiera.

—¿Y te sirvieron?

—No te imaginas cuantas felicitaciones recibí por ellos.

Isabel contagiada de la alegría de Juanita, se reía a carcajadas. Apenas podía hablarle. —Me encanta que te fueran útiles.

—Es que todas creían que eran ideas mías... y no tuve el valor de negarlo... fue muy divertido... pero ¡tengo un cargo de conciencia...!

—No seas tonta; hiciste muy bien. Por qué tendrías que estar dando explicaciones a nadie... ¡tantas ideas perdidas que quedan sobre esa mesa! . Lo he pensado

muchas veces. Si se aprovecharan en algo, la cantidad de planes, de sugerencias, los estudios, los conceptos que se desperdician...

—Es cierto —reflexionó la otra. —Recuerdo cuando se sugirió lo de la inhabilidad de Allende, antes que nadie lo hubiera dicho en parte alguna... Pero ¿por qué no quieren hacerlo? . Ahora ya lo discuten en el Parlamento... y en todas partes.

—La Democracia Cristiana se ha resistido hasta aquí... pero no pierdo la esperanza de que lo hagan. Tal vez tienen miedo a lo que vendría después.

—¿Y qué se produciría después?

—Entiendo que hay un buen plan para que se produjera una secuencia determinada... ante los hechos que ellos temen.

—¿No quieres hablar de eso?

—No.

—Está bien. Pero dime ¿hay muchos parlamentarios que aprueban esa solución?

—Es claro... los que tienen ese proyecto...

—De todos modos, tendría que ser pronto.

—Por supuesto... luego, puede ser demasiado tarde. Las cosas se están precipitando con una aceleración constante, ¿no te parece a ti también...? Hay algo siniestro que se respira en el aire.

—Ay, Isabel, me vas a dejar sin dormir.

—Para nadie es fácil dormir, con tanta ansiedad.

—Pero es que estoy muerta de cansancio... también nos tomamos la radio Nuevo Mundo.

Isabel se rió divertida. —Eres infatigable... ¿eran muchas ustedes? . ¿Les pasó algo?

—Eramos bastantes y te aseguro que bien decididas. Cuando quisieron atajarnos ya estábamos atrincheradas adentro y no pudieron hacer nada.

—Te felicito, Chiquita... es estupendo.

—Mañana vamos frente a la Moneda, con las transportistas.

—Ahí seguramente habrá líos. Entre tanto, tómate un calmante y te duermes, o te caerás muerta.

El teléfono repiqueteó por enésima vez esa mañana.

—Por favor, vente pronto Laura —hablaba un dirigente gremial- te llamo desde la Plaza de la Constitución y están apaleando a las mujeres... las tienen rodeadas y no hay donde guarecerlas... —había urgencia y angustia en la voz del hombre: —No sé que hacer.

En cuanto llegaron al lugar, se metieron sin titubeos en medio del combate. El frío era muy intenso y las ropas mojadas por el “guanaco” se pegaban al cuerpo como un sudario. Había que meter a todo el grupo en algún lugar cercano.

Laura y Rosario entraron muy decididas al Hotel Carrera y pidieron una sala de conferencias.

—Vale Eº 15.000 la hora -dijo el empleado con desconfianza: ¡Una conferencia en medio de esa batahola! —¿Y cuál es el tema de la Conferencia?

Las dos mujeres se miraron, sólo un segundo... “El control de la natalidad” -contestó Laura, muy seria, sacando el dinero que depositó sobre el escritorio.

Rosario sentía que iba a estallar en carcajadas.

—Somos una asociación cristiana -aseveró Laura con gran aplomo.

La sala fue concedida. Nunca sabrían si el hombre creyó la absurda historia... o les tendió voluntariamente una mano.

Las mujeres, ateridas de frío, golpeadas y cansadas se refugiaron en la tibieza del salón.

Elisa se acercó. —Qué buena idea -dijo tiritando- creo que esta vez sí que me pesqué una pulmonía.

—¡Y cómo fue que las encerraron?

—Las que llegamos primero nos reunimos frente al Hotel. Inmediatamente nos quisieron disolver. Inés les aseguró que estábamos esperando el bus, que íbamos a un paseo.

—Pero ¡no llevan nada? . ¡Qué paseo más extraño! ... dijeron.

—Allá nos tienen de todo -les aseguró Sonia muy seria.

Poco a poco llegaron más mujeres y ellos se impacientaron. Entonces todas corrieron hasta un kiosco cerrado y se pusieron en cola. —¡Y aquí, qué diablos, están haciendo? -preguntó un oficial.

—Haciendo “cola” -respondieron con un increíble aire de inocencia.

—¡Cola de qué? . Si está cerrado.

—De cigarrillos, es claro. Y hay que hacerla con tiempo en estos días.

El grupo seguía creciendo y la policía recibió órdenes de disolverlo. De pronto, por Teatinos apareció el “guanaco” y ¡aquí estamos!

Se asomó un empleado del Hotel y Laura comenzó un disparatado discurso, que provocó el humor de la obligada concurrencia.

¡Ese invencible humor que los chilenos no perdían ni en los peores momentos!

Una nueva táctica se ponía en práctica. A todo lo largo del país, las mujeres decidieron iniciar las "tomas". Se apoderaron de bancos, municipalidades, radios, escuelas... En Osorno, en Rancagua, en Valdivia, en Valparaíso, en Los Angeles, en San Fernando, en Santiago... en cualquier lugar de Chile.

A las 10 de la noche, Valparaíso y Viña del Mar se estremecieron al "tan-tán" de las cacerolas, dirigidas desde la Radio Minería que las mujeres se habían tomado.

Todo el ámbito de la zona, bajando desde lo alto hasta el mar, retumbaba como un inmenso tambor, engrandecido por la geografía, ampliándose, estirándose desde lo convexo de los cerros en una sonoridad gigantesca; como si desde ese centro del territorio nacional quisiera espacirse por todo el litoral, de uno a otro extremo, llamando, comunicando su desesperada protesta por la angustia de Chile destrozado.

Todo estaba sucediendo al mismo tiempo.

La Armada Nacional había descubierto un complot. El Senador Altamirano, el Diputado Garretón y Miguel Enríquez como jefe del MIR, eran los instigadores. Proyectaban asesinar a los oficiales y tomarse los buques de guerra.

Una ola de indignación puso de pie a toda la Marina. El proceso se inició, pidiendo el desafuero de los dos parlamentarios y la búsqueda de Enríquez que había desaparecido como tragado por el mar.

La gente sintió como si las fuerzas del bien y del mal, lucharan en la sombra. Había un suceder del que no se decía todo.

En los campamentos de los transportistas de Valparaíso, los hombres se sentían participando, orgullosos de esa especie de alianza con los hombres del uniforme azul que hacían guardia alrededor. Cuando hablaban con los amigos o los familiares, asumían un aire de superioridad, mostrando apenas la punta de un misterioso conocer, vedado a los demás. —Tengo que ir a cumplir una misión —decían a veces, bajando la voz. Nadie se atrevía a preguntar de que se trataba.

En todas partes estaba sucediendo algo

Allende había llamado a retiro al General César Ruiz Danyau, por su decisión de no continuar integrando el Gabinete. El Presidente haciendo alarde de su famosa "muñeca" política, obligó al General, a incluir en su renuncia al Ministerio, su alejamiento de los cuarteles.

A toda la Institución le dolió como un vejamen.

La calzada frente al Ministerio de Defensa, se llenó de mujeres una vez más, mientras que Ruiz Danyau hacía entrega de su cargo. Era una rara mezcla de protesta y de homenaje.

El gentío estaba enfurecido.

Así como es de respetable el uso del Poder en toda su magnitud, ecuánime y justiciero; es de detestable el abuso de la autoridad... y Allende había atropellado la jerarquía del soldado, en un alarde de autoridad que traspasaba los límites precedentes.

Mujeres de aviadores y muchas civiles, estaban enardecidas y los cordones policiales apenas podían contenerlas delante de las puertas monumentales del edificio.

Pedían a gritos la intervención militar.

Cada oficial que pasaba entre ellas, para entrar al Ministerio, era avivado con entusiasmo, aplaudido, incitado a que tomaran el gobierno para salvar a Chile...

Desde lejos se oían los gritos de "No renuncie César Ruiz, se lo pide el país", mezclados con otros no muy favorables para los otros uniformados que no habían dejado los Ministerios. Y entre medio: "Chile es y será un país en libertad", que era ya como un grito de guerra, que se escuchaba con emoción.

En esos días aciagos, toda la historia de Chile estaba sobre la piel, golpeando los sentidos, exigiendo, haciendo despreciar el peligro, impulsando a la acción.

"Chile está primero" -fue un lema del PN que la ciudadanía hizo suyo.

En esos momentos, todos los ojos estaban puestos en las decisiones de las Fuerzas Armadas.

¡Eran la esperanza!

Ese mismo día, en esa ocasión, sucedió algo muy elocuente: cuando las brigadas marxistas, con sus cadenas y sus linchakos, se lanzaron contra las mujeres... por primera vez en mucho tiempo las fuerzas policiales las defendieron y dispersaron bruscamente a los marxistas.

Hubo un suspenso que se volvió pregunta ¿al fin estábamos bordeando otros contornos?

En los jardines del Congreso Nacional, se habían refugiado las mujeres de los transportistas. El intenso frío invernal no lograba acobardarlas, mientras dormían en los abiertos corredores, durante las gélidas noches de agosto.

Desde el Poder Femenino les llevaban diariamente, enormes ollas humeantes, de comida sabrosa y caliente. Las acompañaron y les entregaron su solidaridad, conformando así un lazo nuevo y distinto para el devenir patrio.

Nadie supo desde donde llegó la idea, pero de pronto, los jardines del Congreso comenzaron a florecer de pañuelos blancos. Amarrados de las puntas, formaban largas cadenas que cruzaban y recruzaban de un extremo a otro el amplio recinto.

El parque brotó en medio del invierno. Era un florecer renovado de las ilusiones que aún mantenían la voluntad de los chilenos, interpretadas por esas mujeres empeñadas en dar su cuota de sacrificios, que las vivencias destrozadas de Chile estaban pidiendo. ¡Al viento de la tarde, semejaban bandadas de palomas, prontas a despegar el vuelo!

La gente que pasaba, acercándose a las rejas, entregaba su pañuelo, a veces con un gesto callado por la emoción, otras con algunas palabras de aliento.

Desde el Partido Nacional, Verónica y Carmen organizaron también la ayuda, llevándoles alimentos y frazadas y haciendo de correo para la angustiosa comunicación con las familias separadas, abandonadas, mientras las madres daban su batalla. Atendieron a las enfermas y acompañaron a los niños.

La vecindad con el partido, había fabricado también un nexo de unión con los jóvenes y niñas de la Juventud Nacional, que pasaban en grupos a darles ánimos y gritando consignas libertarias.

Mientras tanto, en la sombra, se gestaba el crimen.

Esa mañana, al filo del mediodía, la muchachada paseaba sus banderas por las calles adyacentes, cuando apareció ese elemento extraño que en los últimos tiempos conformaban las brigadas marxistas. Ya no estaban compuestas sólo por jóvenes exaltados. Había entre ellos muchos extranjeros, especialmente cubanos, mayores de edad, con aspecto negroide o de grandes bigotes caídos. Tipos de hombres formados en otras luchas, sin recelo alguno para matar, despiadados, expertos en atacar y huir, sin dar la cara jamás. Mercenarios a sueldo de malas causas.

Había aparecido también una palabra desusada para nombrarlos: se les llamó el “lumpen”.

Llegaron ahí de improviso, con una táctica muy bien estudiada. Volcaron tranquilamente un automóvil y se parapetaron tras él. Inmediatamente comenzaron a disparar contra los jóvenes desarmados, con la frialdad más brutal, como quien hace práctica de tiro.

No hubo palabras para calificar tal ignominia, ni con cuales describir el valor de los muchachos, casi niños, que sin retroceder un punto, se defendían tirando piedras, contra las armas automáticas de los asesinos.

Caían ensangrentados, retorciéndose de dolor, sobre el pavimento húmedo y helado de la calle.

Para mayor vergüenza de la estrategia marxista, desde los edificios cercanos y desde la sede del Partido Comunista, parapetados en la impunidad de sus muros, otros cobardes, masacraban a los jóvenes, encerrándolos entre dos fuegos.

Diego Lepe Fernández, presidente de la Juventud Nacional de San Felipe y estudiante de leyes en Santiago, recibió una bala en el cuerpo y otra que le partió la

frente, dejándolo tirado sobre la acera, con la masa encefálica a la vista de los aterrados transeúntes atrapados en medio de la pelea.

Pasó un tiempo que pareció un siglo, antes que sus amigos lograran subirlo a un automóvil que se acercó desafiando las balas y pudieran llevarlo al Instituto de Neurocirugía, donde quedó debatiéndose entre la vida y la muerte.

El joven Diputado Juan Luis Ossa, presidente de la Juventud Nacional, llegó corriendo al medio del combate. Desenfundó su revólver y devolvió el fuego. Corriendo el mismo riesgo trató de sacar a sus muchachos de la emboscada en que los tenían atrapados. Desde el Congreso llegaron otros Diputados. No habían podido conseguir que acudiera la fuerza policial para detener la matanza.

Tardíamente aparecieron, mientras las ambulancias se llevaban a más de veinte jóvenes gravemente heridos y otros alcanzaron a llegar tras los gruesos muros de su sede.

Entre tanto la huelga de los transportistas continuaba sin solución.

Se comenzó a tener conciencia de que el Gobierno no tenía interés en ponerle fin, porque era una buena excusa para explicar la escasez y el desorden, que existían desde hacía mucho antes de que se hubiera producido el paro.

Desesperadas por el "impasse" sin salida, que tanto los perjudicaba, las mujeres de los camioneros, decidieron escribirle al Cardenal pidiéndole una audiencia, con el fin de explicarle el origen de sus problemas y pedirle su apoyo.

No hubo respuesta.

La indignación fue creciendo hasta que se decidieron a mandarle otra carta. Le decían que: "les parecía una ironía, que siendo todas ellas creyentes, no pudieran gozar del privilegio de verlo y hablarle; en cambio se le veía feliz en compañía de los comunistas que en todo el mundo perseguían a la Iglesia Católica"

Silencio.

El desaliento crecía con el lento tiempo de la espera, en el encierro voluntario. Pero la decisión de no ceder jamás, no las abandonó.

La noticia conmovió a todo Chile.

Era el 21 de agosto, a las cinco y media de la tarde, alrededor de 300 mujeres de oficiales en servicio activo, organizaron una manifestación frente a la residencia del General Carlos Prats.

...las Fuerzas Armadas no pueden deliberar...

¡Pero las mujeres de ellos, no visten uniforme!

Con la chilenidad a flor de piel, con la misma desesperada angustia que las demás mujeres... rompieron las barreras de un prejuicio que las había mantenido quietas y decidieron actuar.

Con una carta amistosa entre las manos, para doña Sofía, señora del General, estaban las que habían sido sus amigas: esposas de generales, de coroneles, de valiosos oficiales...

En aquella misiva le expresaban la angustia porque las Fuerzas Armadas estaban apareciendo como colaborando con el gobierno marxista y le rogaban que ella, como esposa, intercediera ante el Comandante en Jefe del Ejército, para queclarifique, de una vez por todas, esta situación.

Resumiendo, le habían querido pedir que intercediera ante su marido, para que dejara el Ministerio y no apoyara más a un gobierno que no lo merecía.

Pero nadie quiso recibir esa carta.

Se reunió una enorme muchedumbre, apoyándolas.

Finalmente el chofer del militar recibió el mensaje.

Se comenzaba a disolver el grupo, cuando llegó la fuerza policial, con instrucciones precisas.

El aire se llenó de gases.

De inmediato, como si hubieran sonado las notas de un clarín, se volvieron a responder el reto. Quisieron parlamentar primero, pero no fueron oídas. Las

órdenes del Gobierno eran sólo de atacar. Entonces respondieron con la bravura natural de las mujeres de esta tierra.

Sus nombres ilustrarán la historia patria. La "resistencia" tuvo desde entonces, una nueva entonación.

Pronto fueron llegando altos oficiales, para defender a sus mujeres y el ambiente se hizo áspero.

Había oscurecido cuando los últimos adversarios se retiraron del frente de la casa de Prats, dejando en el aire de la noche un halo de inquietud, que perseguiría los insomnios del General.

Ese mismo día el Partido Nacional, había propuesto un proyecto de acuerdo en la Cámara de Diputados para declarar la "ilegitimidad" del Gobierno de Allende, ya que no fue posible conseguir que se llegara a declarar la "inhabilidad": eso lo hubiera dejado incapacitado de inmediato para continuar gobernando.

Hubo intensas conversaciones con los dirigentes del partido Demócrata Cristiano... para que dieran la partida...

La redacción fue cuidadosamente estudiada por los juristas más prestigiosos, para evitar todas las objeciones posibles.

Patricio Aylwin, Sergio Onofre Jarpa y Luis Bossay, conversaron horas y horas.

Al día siguiente el proyecto quedó en tabla.

En él se hacía presente que: "el Gobierno ha quebrantado el orden Constitucional y legal de la República..." y que "se dirigían a los Ministros de las Fuerzas Armadas que no podían avalar una política partidista... sino encauzar la acción gubernativa por la vía del derecho y asegurar las bases esenciales de convivencia democrática entre los chilenos..." y declaraba que "en caso contrario, la presencia de los Ministros Militares en el Gobierno, comprometía gravemente el carácter profesional de las Fuerzas Armadas y Carabineros, con abierta infracción a lo dispuesto en el artículo 22 de la Constitución y grave deterioro de su prestigio profesional".

Desde las tribunas, las mujeres hacían sentir el peso de su presencia.

No podían permitirse más indecisiones.

Mientras tanto en el hemiciclo se cruzaban los más fuertes calificativos y los comunistas hacían histéricos llamados a la Democracia Cristiana para que no votaran favorablemente el proyecto.

Inzunza calificó el acuerdo de sedicioso, conminando dramáticamente al diputado Bernardo Leighton para que defecionara.

En el último y desesperado intento, pidieron segunda discusión y la Oposición no tenía los dos tercios para desestimarla.

Esa noche se abrió la segunda sesión en medio de un tenso nerviosismo.

Claudio Orrego (DC) había dicho que: "ya se habían reunido antes, para analizar el quiebre de la juridicidad en Chile, por denuncia de la Corte Suprema.

Agregó que el país vivía una grave crisis debido a la incomprendición del Presidente de la República, y que todos los jefes de la DC han advertido el incumplimiento del Estatuto de Garantías Democráticas..." continuó exponiendo que "este acuerdo pretende el otorgamiento de las facultades necesarias a los Ministros de las Fuerzas Armadas para que puedan solucionar la grave crisis nacional".

César Raúl Fuentes (DC) dijo que "este Gobierno era el único que no podía alegar falta de apoyo parlamentario, porque tenía el recurso del plebiscito que nunca usó, ni quiso llegar a un acuerdo mínimo con otros Partidos Políticos".

Hubo un suspenso de sorpresa e incredulidad entre los que estaban escuchando. Después de tres años de mentiras, de despojos, de la acción violenta de grupos para-militares armados al margen de la ley, de la violencia desatada, del engaño, de los resquicios legales, del desastre económico y de la anarquía general... ¿todavía el señor Fuentes creía en la posibilidad de un "acuerdo mínimo" con el marxismo reinante? , ¿de qué lado estaba?

Cuando habló Hermógenes Pérez de Arce (PN) un revuelo sacudió a los presentes. Cada frase suya era un reto abierto y había que contenerse para no soltar los aplausos. Dijo que esa reunión "no era provocada sólo por la quiebra de la juridicidad, sino por la propia sobrevivencia amenazada del Congreso Nacional... el Ejecutivo ha atropellado la Constitución y la Ley, lo que ha hecho ilegítimo el mandato presidencial... y en un alarde dramático, pronunció la sentencia: ¡Chilenos, no pueden seguir obedeciéndole!

Luego analizó a fondo los fundamentos de la democracia, en el equilibrio de los tres Poderes del Estado.

Expuso cifras estadísticas para probar que el Congreso tenía una mínima incidencia en las finanzas públicas, que no alcanzaba al 10% del erario nacional.

Dijo que el Ejecutivo estaba imponiendo contribuciones ilegales y producía emisiones inorgánicas, que el año 72 se hicieron a razón de 2 1/2 millones de escudos mensuales, mientras que el 73 se había continuado a una velocidad de 5 millones al mes... y ahora había orden de subirlas a la astronómica suma de ¡ochenta millones SEMANALES!

Terminó señalando que todas las actitudes dictatoriales del Gobierno, se ven superadas en el repudio nacional, por la "no promulgación de la Reforma Constitucional" para las tres áreas de la economía.

Luego habló Silvia Pinto, quien denunció que, a su juicio, lo más grave eran los intentos del Gobierno para comprometer a las Fuerzas Armadas en su propio fracaso e ilegalidad... y los esfuerzos que hacía por dividirlas con el fin de crear el Estado Totalitario.

Voces airadas la interrumpían insultándola. Entonces, brotó, desde el fondo de su condición de mujer chilena, la ira y el sentido de su responsabilidad ciudadana.

Y dando un puñetazo sobre su escritorio, dijo: — ¡Señor Presidente, si usted no hace callar a ese "gallinero" no voy a seguir hablando!

Y se hizo el silencio.

Fue un triunfo que no había conseguido ningún otro parlamentario.

Entonces ella siguió exponiendo sus ideas, hasta finalizar su airado discurso.

Juan Luis Ossa centró su discurso contra la Unidad Popular, por la masacre de los jóvenes de su partido, que desarmados hicieron frente con heroísmo al "lumpen" a sueldo del Gobierno, entre gritos ensordecedores de: facista, asesino, etc., que sólo consiguieron enardecerlo.

Los trató de cobardes, mentecatos, perros infames... Los comunistas -dijo- que siempre tiran a la masa a pelear, pero ellos, los dirigentes, nunca están ahí.

—Sí, había usado su arma de fuego para proteger a los muchachos que estaban indefensos y para su propia seguridad personal.

Terminó su violento discurso con una diatriba "¡Banda de traidores, banda de cobardes, banda de mentirosos, de hipócritas, están descalificados para hablar!".

Acallado el griterío, se puso en votación el acuerdo.

¡Ochenta y siete votos por el proyecto contra 40 a favor del Ejecutivo, de un Congreso elegido en pleno Gobierno de la Unidad Popular. ¡No hay que olvidarlo! y elegido dificultosamente, disminuido por un "fraude electoral" del oficialismo.

Algunos diputados comenzaron a cantar la Canción Nacional.

Se oyó un ruido seco al ponerse todos de pie.

El Himno Patrio, resonando entre los vetustos muros del Congreso Nacional, coreado por los representantes del pueblo de Chile que luchaban por la Libertad, tuvo que ser escuchado con impaciencia por los destructores de la nacionalidad, los servidores del Comunismo internacional.

La emoción apretaba la garganta ante la grandiosidad del acontecimiento.

Al acallarse las últimas voces, la Oposición grito: ¡Chile es y será un país en libertad!

Luego, se produjo un brevísimo silencio tenso.

La UP desafió: ¡La izquierda unida, jamás será vencida!, que era su lema de batalla, pero no había la misma decisión. Algo estaba escapando a sus manejos...

No habían podido vencer la porfiada "resistencia" de los chilenos, cosa que Moscú, equivocadamente, había previsto fácil.

—Ahí estaban: enteros, audaces...

—¡Habría que matarlos!

Al día siguiente, por radios Agricultura, el Poder Femenino a través de su programa, hacía este resumen de la situación:

CORTINA MUSICAL

ELLA: La histórica semana recién pasada, ha sido como la culminación de una etapa para el marxismo, para el nefasto allendismo, que gráficamente podría señalarse como una línea ascendente de posibilidades de poder dominante que llega a una cumbre, a una cima y que allí se detiene, como el volador de luces que asciende en la noche ennegrecida y luego estalla en

pedazos para esfumarse en la nada, dejando como saldo sólo una varilla quemada e inútil.

EL: El gabinete de seguridad nacional se hizo trizas al chocar con una realidad que veían todos los chilenos democráticos y que Allende y sus satélites no querían admitir...

ELLA: La llamada “última oportunidad”, efectivamente fue la última y la oportunísima renuncia del general Carlos Prats, evitó indudablemente la quiebra institucional del Ejército y a su vez el pronunciamiento de la Cámara de Diputados fue el capítulo culminante que cierra y corta el camino de una trayectoria de ilegalidades y de saqueos, que pueden significar definitivamente los primeros pasos hacia la erradicación del marxismo en Chile.

EL: Respecto al histórico pronunciamiento parlamentario, el Poder Femenino envió al conocimiento público la siguiente declaración:

ELLA: “El Poder Femenino ve con patriótico orgullo que el Congreso Nacional cumplió con su deber ante la faz de la República. Los representantes de la Oposición en la Cámara de Diputados declararon que “el Gobierno está fuera de la Ley y acuerdan comunicarlo al Presidente de la República y a los ministros que están en representación de las Fuerzas Armadas. La Contraloría General de la República ha señalado reiteradamente este mismo criterio. También la Corte Suprema lo declaró públicamente en su calidad de Tribunal Superior del Poder Judicial. Faltaba sólo la palabra del Poder Legislativo. A la Cámara de Diputados correspondió la iniciativa que se planteó. El mundo entero está pendiente de nuestro acontecer político. Las mujeres de Chile, que amamos la libertad y respetamos el derecho, hacemos llegar nuestro incondicional apoyo a esta histórica decisión que redime el destino de Chile”.

CORTINA MUSICAL

EL: Esta declaración de El Poder Femenino, resume el sentir y el pensar de todas las mujeres democráticas del país... Este comité coordinador, siempre presente en las duras tareas del momento y que reflejan la inquietud y la importancia de la mujer chilena en estas decisiones, prosigue hoy más que nunca unido y activo en acción democrática, para lograr la meta final del triunfo de la democracia chilena sobre el marxismo esclavizante y demoledor...

ELLA: No son tareas fáciles. Son tantos los acontecimientos que simultáneamente conmueven y preocupan al mundo de la mujer, que resulta difícil pensar que la tranquilidad hogareña y la serenidad del país llegarán de un día para otro o por algún determinado acontecimiento.

EL: El clima de alteración actual, es la culminación de un proceso de profundas

diferencias que fueron pronunciándose entre quienes defienden la libertad y quienes quieren imponer la tiranía allendista...

ELLA: Este proceso aflora como varios cráteres candentes y simultáneos en estos instantes, en estos días, en estas semanas, que van desde la pavorosa situación alimenticia nacional, el dramático pero justo paro de los transportistas, nuevamente reafirmado ante la persecución de dirigentes por parte del allendismo; la secuela de paros reflejos derivados del paro de los transportistas.

EL: Los atentados terroristas desatados por los marxistas a lo largo de todo Chile; el fraude electoral de marzo, que a medida que avanzan las investigaciones va dejando a la vista toda una monstruosa maquinaria de estafa electoral marxista única en nuestra historia, para el que basta un solo dato: votaron 40 mil muertos en las pasadas elecciones parlamentarias.

ELLA: A esto habría que agregar las emisiones de billetes sin respaldo que han servido para engañar al pueblo, a desvalorizar nuestra ya misérrima moneda, a acrecentar el mercado negro y a facilitar operaciones dolosas a conspicuos personajes del allendismo, como ha quedado de manifiesto en el escándalo del caso KETRA, donde el juego de cheques dólares denunciado por la revista QUE PASA, abre a la luz pública otro caso de la gigantesca corrupción de los marxistas chilenos...

EL: Son tantas las irregularidades administrativas, tantos los saqueos, las estafas, que para apreciar su magnitud, se necesitarían horas de exposición...

ELLA: Todos estos hechos, más los fracasos de producción peligrosamente en baja durante casi tres años y cada vez en forma más acentuada, han hecho comprender a los más recalcitrantes gozadores del régimen, que han llegado al límite del fracaso que es posible soportar y que la reacción popular y democrática es incontenible...

EL: Así es como ahora, ante esta cruda realidad, está moviéndose también indesimulable, la historia marxista...

CORTINA MUSICAL

EL: Los marxistas hablan de guerra civil.

ELLA: Los marxistas hablan de desobediencia militar.

EL: Los marxistas amenazan con hacer estallar fábricas e industrias antes de entregarlas a quienes determine la Ley y la Justicia.

ELLA: Los marxistas sienten con más fuerza y violencia la presión de un pueblo como el chileno, que ha buscado pacientemente, dolorosamente, las condiciones para su recuperación libertaria y tradicional...

EL: Los marxistas están concientes de la derrota y quieren pagar cara esta derrota...

CORTINA MUSICAL

ELLA: Golpe tras golpe, los allendistas han tenido que mirar la verdad que ellos odian, mirarla de frente. Es así como en el caso del Canal 9 de la Universidad de Chile, fueron los miristas y socialistas montando toda una maquinaria destinada a no entregar las instalaciones usurpadas a la Universidad y colocarse abiertamente contra la ley...

EL: La presión política ha llegado a límites tan grotescos como lastimosos, como para conseguir que un funcionario encargado de hacer cumplir el mandato judicial, no tuvo empacho en pedir postergación de su cumplimiento, aduciendo falta de personal. Pero luego, disponiendo de efectivos fuertemente armados, como son 1.500 carabineros traídos de provincias, pusieron a esta autoridad uniformada en la alternativa realista de cumplir la orden judicial, pero dando tiempo de todas maneras para que los miristas y socialistas pudieran a su vez preparar todo un plan de guerra contra la resolución judicial.

CORTINA MUSICAL

ELLA: Hechos como éste, tantas veces repetido, han llevado a que la ciudadanía sienta espontáneamente la necesidad de demostrar sus iras...

EL: Uno de los casos, los estudiantes que fueron puestos en vacaciones por unos días, plazo que se postergó por dos veces, con el evidente propósito de marginarlos de su pronunciamiento respecto al paro de los transportistas...

ELLA: Pero hoy lunes, los estudiantes han vuelto a sus aulas... Y esto ya lo anunciaron el viernes pasado en la concentración que hicieran los estudiantes secundarios y los particulares, quienes frente a la Universidad de Chile y posteriores desfiles, demostraron su espíritu combatiente.

CORTINA MUSICAL

EL: El sábado los estudiantes comenzaron su vibrante combatir antimarxista... Sin dudar que había llegado el momento de exponer un pronunciamiento nacional de la juventud ante la crisis que se vive, determinaron que no aceptarían más vacaciones... Y desfilaron por las calles al grito de... "El lunes a clases, pase lo que pase".

CORTINA MUSICAL

ELLA: Desde ese mediodía del viernes, habrían de precipitarse acontecimientos de violencia, cuando las hordas marxistas lanzaron a las calles a combatir a los estudiantes y a enfrentarse a la juventud, lo que obligó a actuar a su vez con elementos represivos...

EL: Estos incidentes comenzaron a producirse y a ampliarse a distintos sectores de la capital, para convertir el viernes último en un indicio de cómo los marxistas tienen organizados sus cuadros para desatar la violencia en cualquier instante en cualquier lugar del país...

CORTINA MUSICAL

ELLA: Pero la mujer no ha estado ausente en este acontecer. Y si bien la renuncia del general Prats tuvo como punto neurálgico el pronunciamiento femenino, la repercusión de esto fue la renuncia de todo el gabinete allendista que fue rechazada aunque luego, horas después habría de tener otra crisis: la renuncia indeclinable del almirante Montero a sus cargos de Ministro de Hacienda y de Comandante en jefe de la Armada Nacional...

EL: Toda esta crisis precipitante, lejos de despertar a la realidad a Allende, lo único que ha producido es un porfiado desafío emitido ante un grupo pequeño de partidarios que se reunió frente a los balcones de la Moneda...

ELLA: A Allende ese solo hecho, el ver que ya no cuenta ni siquiera con una masa popular apreciable, podría convencerlo de su camino equivocado. Pero su vanidad es demasiado grande y su irresponsabilidad ante el país es tan inmensa, que estremece.

EL: Un médico como ha dicho siempre que es, y que ante el paro médico nacional, más el paro de todas las farmacias del país, permanece totalmente indiferente para tratar con los gremios, es la demostración más elocuente que Allende está enfermo de poder...

ELLA: Colocado allí por cosas del azar político, (porque ni siquiera tenía un mínimo "quórum" de apoyo en las deliberaciones que darían forma a la futura y nefasta Unidad Popular...) venía, eso sí, impregnado de una misión determinada por el comunismo internacional, desde la formación de OLAS en la Cuba del chacal del caribe Fidel Castro.

EL: De allí la invasión de agentes extranjeros, brasileros, cubanos, uruguayos, argentinos, bolivianos, polacos, rusos, que en un número imprecable pero inmenso, han estado instalados planificando todas las tropelías, crímenes y atentados, que han estado asolando a Chile durante casi tres años...

ELLA: La presencia en Chile de los más representativos y sangrientos criminales políticos del régimen cubano en Chile y tratados como huéspedes oficiales, da una medida de la magnitud de la conducta irreconciliable con la democracia que ha estado obligado a mantener Allende, porque su labor está destinada a destruirnos y casi lo ha estado logrando...

EL: Pero ni el comunismo internacional ni Allende, contaban con ese ejército inesperado: el ejército de la mujer chilena...

CORTINA MUSICAL

ELLA: Las mujeres del Poder Femenino, con un coraje y una disciplina ejemplares, han procedido a tomarse radios y ocupar bancos en varias ciudades de provincias...

EL: En algunos casos, han tenido que sufrir la represión y los ataques alevos de la cobardía marxista o la presión y represión ejercida por órdenes superiores, generalmente intendentes rojos...

ELLA: El caso de Osorno es digno de destacarse, ya que allí las mujeres gremialistas del Poder Femenino, luego de ocupar varios bancos, fueron visitadas por el jefe de plaza el viernes pasado, para pedirles que abandonaran el Banco Central de esa ciudad, ya que era preciso disponer que, desde allí se entregaran remesas de dinero a otros bancos con el objeto de que se pudieran pagar los sueldos a millares de trabajadores, empleados y obreros.

EL: Las mujeres del Poder Femenino, responsables, concientes de que no entregar el banco llevaría aflicción a millares de hogares, procedieron de inmediato y pacíficamente a entregar la institución bancaria...

ELLA: Una actitud de decencia, de conciencia y patriotismo, ya que de todas maneras, las osorninas del Poder Femenino siguieron ocupando otros bancos y la emisora, para proseguir la lucha por la libertad y la democracia hasta que se logren los objetivos trazados...

CORTINA MUSICAL

EL: La semana que hoy comienza, es una semana de decisiones... La histeria marxista que vislumbra su derrota definitiva, seguramente se desatará para la comisión de hechos delictuosos incontrolables...

ELLA: Pero ya no es una oposición inconexa ni aislada la que tiene enfrente, sino una brava mayoría ya decidida y convencida, que ha sido despertada por el espíritu libertario de las mujeres chilenas...

EL: Las esperanzas de que Chile retome la senda de la legalidad, la normalidad, la justicia, se vislumbran también en la distancia cercana, gracias a que ya no existen indiferentes ni tibios... El propio allendismo se ha encargado con sus abusos y errores y crímenes, de convencer a la gran mayoría ciudadana que nuestro país, nuestra gente, jamás podría vivir bajo la opresión de la tiranía marxista...

ELLA: Y cuando algún día, ojalá no lejano, se escriban los recuerdos de estas jornadas tremendas y tan dramáticas, estamos seguras que habrá un nombre, simple y sencillo, PODER FEMENINO, que tendrá un lugar de orgulloso honor en la trayectoria de nuestra lucha por la libertad, porque Poder Femenino es eso: gremialismo, libertad, justicia, democracia...

CORTINA MUSICAL FINAL

La noche estaba muy fría y llovía ligeramente.

El teléfono sonó estridente en el silencio nocturno.

En la voz de Paula se traslucía la urgencia: —Tengo que ir a una reunión... necesito conversar con León Villarín, ahora. ¿Puedes acompañarme? . Es en la casa de Carmela... y ya sabes, queda al fin del mundo.

Bárbara titubeó. Su marido estaba acostado y la miraba indignado, previendo algo insólito. Ella pensó rápidamente —Tú ¿me pasarías a buscar? . -Estaba segura que se desataría una de esas “tormentas” que, no por estar contenidas entre cuatro paredes, causan menos estragos entre la gente. Pero no podía negarse, no era posible dejar a Paula sola... “Si fuera él quien debiera salir, ni se preocuparía de mi opinión, estoy segura...” -pensó.

Llegó nítida la voz de Paula: —En dos minutos estoy ahí.

Bárbara colgó el fono con desgano. —Por favor, comprende. No puedo dejarla sola, es tan lejos... -Era difícil explicar nada ante esa mirada fría, sin expresión. —Es tan tarde y Carmela vive tan... -aparentemente estaba hablando sola. Se sublevó. —¿Crees qué es divertido...? Hace un frío de los diablos... y hasta pueden matarnos -agregó impaciente.

Mientras se ponía un grueso abrigo, sonó la bocina del automóvil de Paula, urgiéndola. Salió corriendo.

—Traes cara de tragedia... ¿y él, no querría acompañarnos?

—Ya conoces su indiferencia en estos asuntos... bueno, si yo soporto su indiferencia, él debería respetar mi manera de entenderlo.

—Sería lo justo, pero nunca sucede así. Ellos siempre tienen la razón... y los derechos. -Después de un silencio agregó: —...tienen otras cualidades. Hay que poner buena cara al mal tiempo.

Alrededor de la casa de Carmela, estaba oscuro; pero junto con acercarse, alguien abrió el portón en silencio y entraron.

Había varias personas adentro. El ambiente era cordial pero tenso.

Pronto se oyó en la calle, el ruido del motor de otro automóvil. —Es Villarín —dijo alguien. —Nosotros haremos guardia afuera. Se levantaron dos hombres y salieron rápido de la sala.

El dirigente gremial avanzó ligero, saludando con gesto amable. Casi de inmediato entró en materia. Hizo un resumen muy exacto de la situación y propuso un nuevo plan de acción inmediata.

Su rostro inteligente parecía cansado.

Cada uno de los presentes se responsabilizó de lo que se le encomendaba.

Paula anotaba en una libreta pequeña.

La reunión se deshizo con la misma rapidez con que se había iniciado, dispersándose en la noche.

Hubo un apagado rumor de voces y las vivencias humanas se inquietaban moviéndose rápidas sobre la tierra húmeda. Se pintaba en blanco y negro, el aire frío de la noche, con el halo que brotaba de los labios apenas entreabiertos.

Los focos de los automóviles escribieron delgados rayos de luz, hiriendo las tinieblas en distintas direcciones.

Luego, el silencio.

El lugar se quedó solo, vacío. Parecía como si nunca se hubiera interrumpido la densa y callada oscuridad.

Allende declaró en un discurso público que sólo quedaba harina para tres días.

El hambre galopaba ya por los campos de Chile.

Ya no sería sólo el “miedo al hambre”... era el hambre misma.

La tragedia hincaba sus garras en cada niño desnutrido que nacía, en cada enfermo de los hospitales, donde las magras dietas acortaban el camino de la muerte.

La falta de medicinas llegaba a tales extremos, que no había suero... para los que se morían angustiados delante de los ojos impotentes de los médicos y enfermeras. No había alcohol para desinfectar...

Tampoco tenían ropa para cambiar a las camas y los pacientes tenían que soportar las sábanas ensangrentadas por otros... ¡si no se hubiera visto, nadie podría creerlo!

Al desabastecimiento, se sumaba la rapiña de los funcionarios marxistas.

El clima de rebeldía se exacerbaba por horas...

El mismo suceder diario evidenciaba sin la sombra de una duda, a un país en plena guerra. Era una guerra muy singular, porque sólo mostraba sus tropas en retazos, pero se presentaban organizadas y poderosas. Se verían aparecer en cualquier momento.

La imaginación exasperada de la gente, jugaba con las tensiones y los insomnios.

Todo andaba mal.

Los gremios habían declarado ya la huelga general.

La anarquía reinaba en todas las actividades. El país entero era un inmenso caos.

Se terminaban los alimentos, la movilización era casi nula, en las tiendas no había nada que vender y la vista de los escaparates vacíos, producía una pavorosa sensación de ruina... Habían concluido los remedios, la bencina desaparecía de las bombas... largas "colas" de automóviles, que era necesario empujar a mano durante días enteros hasta hacerlos llegar a las gasolineras... y el mercado negro, agazapado en la sombra, pervirtiendo la moral de la gente, que hacía la Unidad Popular aprovechando que tenía en su poder las fuentes de abastecimiento.

Cada mañana los chilenos prendían la radio, antes de estar del todo despiertos. Tal era la ansiedad.

La violencia de los comentarios erizaba las agresividades, desde antes del suceder diario. La gente salía a sus quehaceres, con el ánimo dispuesto al combate.

Los periódicos llegaban mostrando el desorden a lo largo de todo el territorio nacional y las fotos que los ilustraban, podían confundirse fácilmente con las de cualquier país en conflicto bélico, en el mundo: los heridos sangrando tirados sobre el pavimento entre el humo del combate, los muertos cubiertos con alguna manta piadosa o sólo con papeles de periódicos... los cascos, las metralletas en ristre, los rostros amenazantes... Hasta "El Mercurio" parecía más la crónica de un periodista en campaña, que el diario parco y hasta un poco descolorido que era antes. Se había vuelto dinámico, expresivo, beligerante, para defender con energía casi violenta los principios fundamentales de la civilización, amagados por el empuje del imperialismo soviético, además de su siempre medulares artículos editoriales.

Los títulos de un solo día, decían: "Terrorismo Allendista asola Chile... enfrentamientos en Chillán... comerciantes en estado de alerta... la Corte Suprema pide garantías para funcionar... ametrallados jóvenes nacionales... asesinado sub-teniente Héctor Lacramette Calderón... herido en Quillota estudiante DC... incendiada sede de la CUT... Fuerzas Armadas repelieron a los miristas en Concepción... el fiscal naval pide desafuero para Altamirano y Garretón... dramáticas requisiciones de camiones... muertos y heridos, violencia en Quilpué del Cordón Industrial... 5 heridos graves en Antofagasta... total paro del Comercio... incomunicado presidente de los transportistas en Coyhaique, veinte atentados terroristas en la Capital... doscientas personas atacan camiones en el camino de San Antonio... enfrentamiento entre MIR y Patria y Libertad... destrozos en el Hotel Conquistador... una bomba en la Universidad Técnica... en La Serena volaron una bodega... apedreada Intendencia de Valdivia... ataques dinamiteros a casas de profesores universitarios, volados postes de energía eléctrica, líneas férreas, oleoductos... el MIR en abierta rebeldía contra los "servilmente oficialistas".

Sólo una ojeada al diario de la mañana.

Pero la ley N° 17.798 de Control de Armas, funcionaba cada día de un modo más efectivo.

Fuerzas militares allanaron "Indugas", investigando la muerte del sub-teniente Lacrampette, que había sido asesinado alevosamente de un balazo en el parietal izquierdo por el marxista mexicano Jorge Albino Sosa Gil, quien, a pesar de estar en forma irregular en el país, trabajaba en esa industria junto con los secuaces de ese cobarde crimen. No se dio versión oficial pero se supo que hallaron gran cantidad de armamentos ocultos.

Los acontecimientos sobrepasaban la velocidad de la noticia.

El almirante Montero renunciaba... era lo que los chilenos esperaban de su condición de marino.

Las mujeres del Movimiento "Javiera Carrera" de Valparaíso y Viña del Mar habían demostrado su temple, luchando incansables por la causa de la liberación, y éste era un nuevo hito en el anhelado camino del triunfo.

Entre tanto Valparaíso desataba su propia guerra.

Las Federaciones de Estudiantes de las Universidades Católica de Santiago y Católica de Valparaíso, publicaron una declaración titulada: "Hacia una nueva institucionalidad a través de la renuncia de Allende" que decía en su texto: "El señor Allende debe sentir que su alejamiento del cargo es reclamado por la inmensa mayoría de Chile, y que su permanencia en él es lo único que verdaderamente podría precipitar a nuestra Patria en un trágico y acaso sangriento abismo".

El MIR atacó la sede la Universidad Católica, parapetándose en el local de un colegio particular. Reforzados por elementos del FTR y provistos de un armamento tan efectivo que la policía no fue suficiente para contenerlos y hubo que pedir refuerzos a la Infantería de Marina.

El ataque se inició con poderosas armas de fuego y explosivos. Desde la Universidad sólo podían contestar con elementos contundentes. Muchos heridos cayeron en las primeras escaramuzas.

Dos vagones de ferrocarril, cargados con salitre, ardieron como pavesas, despidiendo un humo acre que aumentó la confusión.

Las tropas allanaron las obras de la vía elevada, para apoyar a la marinería y a los estudiantes contra la acción del MIR.

Precedió a la llegada de los bomberos, el lúgubre ulular de sus sirenas.

Las llamas consumían los edificios inmediatos, como si fueran de papel, mientras los chorros de agua dibujaban arcos esbeltos y albos.

Contra el humo ennegrecido que flotaba en el aire, se plasmaba una imagen siniestra de trágica belleza.

La estridente bocina de las ambulancias que recogían a los heridos desafiando el peligro, añadían otro elemento de artificio en el lugar del combate.

Mientras tanto, la ansiedad consumía a los padres y amigos de los jóvenes estudiantes atrapados en el recinto universitario, que se defendían como desesperados.

Entrada ya la noche se deshizo en el silencio la violencia, pero el recuento de los destrozos y la evidencia del desafío del llamado "poder popular" contra las Fuerzas Armadas, ponía una nueva inquietud en el ánimo de la gente.

Tal vez no sólo con la razón, también con el instinto, con ese sexto sentido que se atribuye a las mujeres, casi doliéndoles sobre la piel; ellas percibían un cauce secreto de fuerzas extrañas, amenazando la sobrevivencia misma.

En la sombra había algo mucho más siniestro aún, que lo que la Unidad Popular estaba mostrando.

Una amenaza total parecía cernirse sobre Chile.

Un atisbo por aquí, algunos signos que se escapaban, iban conformando la certeza de que el peligro se hacía inminente.

No podía explicarse con palabras, pero se sentía dentro del pecho.

El Consejo del Poder Femenino se reunía en pleno cada día y la inquietud despertaba a veces airadas actitudes.

Nina escribía poemas heroicos que arrancaban lágrimas y traslucían los desesperados esfuerzos de las mujeres por convencer a las Fuerzas Armadas de que tenían que tomar en sus manos el Gobierno de la República... ¡antes de que fuera demasiado tarde!

Los diarios del Gobierno exacerbaban el odio y procuraban destruir el prestigio de la institucionalidad.

Se llegó a llamar "¡Viejos de Mierda!" a los Ministros de la Corte Suprema de Justicia. Los diarios marxistas eran una basura y su lenguaje llegaba a los últimos extremos.

El Ejecutivo hacía alarde de su desprecio por el Congreso Nacional, manteniendo sin promulgar la ley sobre las tres áreas de la economía, de Hamilton-Fuentealba, que era la clave de los más hondos conflictos.

Mientras armaba y adiestraba a sus "cordones industriales", mantenía sin solución la huelga de los transportistas, para distraer a la opinión pública.

El 4 de septiembre celebraron...

Nadie podía saber que es lo que estaban celebrando...

¿El hambre? , ¿el caos general? , ¿la destrucción de los valores morales y materiales del país?

Pero hicieron desfilar a miles y miles de obreros, unos pocos voluntarios y otros obligados por el miedo.

Los discursos fueron tan amenazantes, que ese día pudo haberse destado el degüelle...

En la Avenida Providencia, concentraron a millares de partidarios de la Unidad Popular, gritando consignas insolentes.

Fue como si quisieran haber descerrado la cortina por unos instantes, para permitir que se viera el abismo...

En Cautín, en la cordillera de Nahuentúe, el Ejército al mando del Coronel Pablo Iturriaga, Comandante del Regimiento Tucapel N° 8, descubrió un campamento del MIR.

Apoyados por 6 helicópteros, lograron tomar prisioneros a 28 guerrilleros, mientras los demás huían por los espesos bosques de la región.

Hallaron cantidades de bombas de distintas clases, en cuya manufactura se evidenciaba la intervención de los expertos. La organización contaba con valiosos elementos: un transmisor de gran potencia, mimeógrafo, abundante literatura comunista, bombas anti-tanques, dinamita, pólvora, revólveres, detonantes, balas, rifles, fusiles, bombas molotov, granadas de mano, balines de acero...

Se habían apoderado de la apartada región, convirtiéndola en la réplica de un campo soviético. Pero la esclavitud no estaba hecha para los primitivos habitantes de Nahuentué, y los denunciaron.

Una semana después, los mismos efectivos militares, descubrieron el campamento Mamuil Malal, en plena Cordillera.

En Santiago, la ciudad ardía en rebelión.

El día 5 de septiembre, las mujeres decidieron hacer sentir su repudio.

“Usted, señor Allende, dijo: “No dudaría un momento en renunciar si los trabajadores, técnicos y profesionales de Chile, así me lo demandaran y sugirieran”. Las mujeres chilenas, que constituimos más de la mitad del pueblo de este país y que también formamos parte de los trabajadores, campesinos, técnicos y profesionales de Chile a quienes usted, señor presidente, sugirió pidieran su renuncia para hacerla efectiva, nos sumamos al clamor general, rogándole que abandone de inmediato la Primera Magistratura de la nación, para salvar el destino de la Patria...”

Así proclamaba al país su posición el Poder Femenino.

La cita era frente a la Universidad Católica la multitud y los cartelones pedían la renuncia de Allende.

Caminaron desde todos los rincones de la enorme ciudad. Caminaron, porque el Gobierno había escondido toda la movilización colectiva, tratando de minimizar la reunión.

Pero no era tan fácil detenerlas.

El silencio que dejó el trepidar de los motores, se llenó de voces femeninas, como música de ramaje movido por el viento.

¡Vienen como cauces, inevitables, serpenteando por las calles, doblando las esquinas, buscando el centro de esa llamada para decir su voluntad, su repudio al imperialismo extranjero, que se hacía carne en miles y miles de indeseables venidos desde los 4 puntos cardinales del marxismo, mercenarios mundiales del sovié... y a aquel que los había traído y permitido, haciendo escarnio de nuestros valores nacionales!

La Alameda se fue colmando de mujeres, pintando una policromía viva sobre el espacio de la ancha calzada.

Se estrechaban para contener dentro de la superficie limitada todo el lenguaje multitudinario que se expresa en presencia: cantan, gritan consignas, agitan

banderas, se mueven entrecruzándose a lo largo de la calle, corean la Canción Nacional... alardean con la historia patria: ¡Allende proceda, imite a Balmaceda!

En algún momento, en un mágico acuerdo tácito, el inmenso mar humano se cubre de pañuelos blancos, gritándole: ¡Adiós! al hombre que no supo o no quiso ser presidente de todos los chilenos. ¡Qué se vaya! . ¡Qué se vaya!

Los jóvenes montan guardia en puntos estratégicos.

Ellas solamente quieren presionar a los que tienen en sus manos alguna posibilidad de salvar la sobrevivencia democrática: porque son muchas, porque son la sangre, la esencia y se niegan a aceptar la opresión de la doctrina comunista.

Desde la alta tribuna, voces femeninas dicen enérgicos discursos: Eduviges Cuéllar Zamora lanzaba un histórico desafío a Allende: "Hay una forma de sentirse verdaderamente PATRIOTA, dijo, y asumir la responsabilidad que le corresponde a un Mandatario. Si no se siente capaz, si los problemas van más allá de su autoridad, hay otro camino: más duro, pero más digno. No hablamos de O'Higgins y Balmaceda si no estamos en condiciones morales de saber imitar sus gestos y sacrificios por Chile. Esperamos una decisión de su parte". Pero lo importante está ahí abajo, en la multitud, en la inmensidad de ese gentío que se pronuncia, empujado por el amor a la patria en peligro y que brama: ¡qué se vaya, qué se vaya!

En medio de una canción, se oye nítido el estampido de una bala y luego otra y otra... caen los primeros heridos.

Van bien dirigidas, no son disparadas al azar. Quieren asesinar. El primer ataque vino desde el edificio donde funciona CORHABIT... pronto comenzaron a tirar también desde la Unctad...

Entre el fuego cruzado, las mujeres no abandonan el lugar. La indignación las mantiene en pie firme afrontando el peligro.

Esos hampones que se atreven a disparar contra una multitud indefensa que canta la Canción Nacional; esos cobardes emboscados en la sombra, que vendieron su hombría por la paga miserable del comunismo internacional, no merecen ser chilenos. ¡Seguramente no son chilenos!

También disparan desde la CORVI.

Todos son lugares controlados por el propio Gobierno.

En el sitio más castigado por el fuego, se traba una batalla entre el "lumpen" dirigido desde la Moneda y los jóvenes anti-marxistas que procuran defender a las mujeres.

Un muchacho cayó gravemente herido. La fuerza policial intervino, disparando bombas lacrimógenas a diestra y siniestra. Los allendistas se parapetaron en el edificio Santiago-Centro, ocupando varios de los 28 pisos de altura y desde las ventanas comenzaron a disparar contra las manifestantes y los carabineros.

Un vocero ensordecedor se levantó desde la multitud, exigiendo a la policía que detuviera a los criminales. Abajo había ya mucha gente herida.

La gran puerta de rejas estaba cerrada con llave y candado.

Las mujeres y muchos hombres que habían acudido al conocer el ataque, cercaron el edificio en un vano intento para detenerlos.

— ¡Qué vengan los bomberos! . ¡Las escaleras telescópicas! — gritaba la multitud.

Pero en cuanto los carabineros comenzaron a subir por ellas, los marxistas abrieron las puertas y se entregaron.

Adentro del carro policial estaban seguros, protegidos contra la muchedumbre enardecedora. ¡Ya los estaría esperando en la Comisaría algún esbirro del Gobierno para liberarlos!

La confusión era espantosa. Heridos y contusos eran sacados del lugar, pero los demás no querían dejar el sitio.

El clima de violencia culminó cuando un grupo de marxistas atacó la sede de Patria y Libertad, esquina de Irene Morales, hasta que Carabineros hubo copado todas las calles de acceso a ese sector de la Alameda.

Entre tanto, frente al palacio de la Moneda, Allende había procurado citar a las mujeres de la Unidad Popular.

Fue penoso para él.

La manifestación allendista no alcanzaba a cubrir la calzada de la calle Moneda, frente a la puerta grande del palacio presidencial.

— ¡Las mujeres no, señor Allende!

El fracaso fue tan desolador que la oradora pidió a las concurrentes que se dispersaran. No les convenía dar el espectáculo, por más tiempo. No llegaría ni una más.

Algunas exaltadas quisieron ir a provocar incidentes. Las habían concientizado todo el día y no se resignaban al fracaso.

Finalmente el vasto sector quedó vacío y cubierto de despojos, mostrando en todas partes las heridas de la lucha. En vano el carro de carabineros agotó el agua de su tanque tratando de apagar un vistoso automóvil blanco que consumieron las llamas. Las cicatrices de la contienda persistían muchos días después, a todo lo largo de la avenida, ennegrecidas por el humo de las fogatas, sucia de desperdicios y de sangre...

Pero la presencia de miles de mujeres, que muchos expertos hicieron pasar del millón, constituyó un impacto emocional, que tuvo diferentes repercusiones.

Y a lo largo de toda la República, las madres, las esposas, las hijas, las novias, las hermanas... estaban de pie dando la batalla.

En cada ciudad, en cada pueblo, en cada lugar de Chile, la ciudadanía seguía arrebataéndose las hojas para estampar su firma pidiendo la salida de Allende.

¿Qué lo mantenía aferrado a ese cargo que no correspondía a su postura de manso servidor del Imperialismo soviético?

Allende dijo en un discurso pronunciado en la Unctad, que si no fuera por defender a las mujeres y los niños, él renunciaría... y lloró.

El Poder Femenino le contestó que: Las mujeres y los niños lo relevaban de tal compromiso.

La brutalidad era la tónica del momento.

Ahora la inseguridad se hacía ataque.

Algo sucedía en el interior de la gente: tenían la certeza de que el peligro se hacía más y más agudo. Que los minutos contaban. Que era urgente actuar.

Sólo los dirigentes de la Democracia Cristiana no lo veían así... y era difícil entender sus lucubraciones.

En casa de amigos comunes, Elisa abordó a Patricio Aylwin. —¿Hasta cuándo van a esperar ustedes para declarar en el Congreso la “inhabilidad” de Allende?

Con su clásica sonrisa sobre el rostro y su modo aparentemente suave, le contestó irónico: —No sé que apuro les ha venido a las mujeres.

—¿Apuro? —la voz de Elisa se hizo colérica. —¿Cómo no voy a tener apuro, cuando mi marido, amenazado de muerte, está cuidando los camiones de su fuente de trabajo en el campamento del Monte...? Cuando salió, al amanecer, le propuse acompañarlo y no me lo permitió. “Si me matan —dijo— ¿quién se ocuparía de los niños?”. ¿Cree usted que ése es un diálogo normal en una familia? . ¿Puede creer usted que las familias chilenas no tengan prisa?

No hubo respuesta. Sólo la sonrisa.

Mientras las mujeres siguen trabajando en todos los frentes, haciendo oír su voz en radio Agricultura, escribiendo en los diarios, protestando en todas partes, los acontecimientos continúan atropellándose.

Persiste invariable el paro de los transportistas, porque el Gobierno se niega a cualquier solución.

La Papelera pierde sumas siderales cada día, ¿cuánto más podrá soportarlo?

¡Llegan 400 toneladas de “carne de caballo”, para el consumo de la población!

Aún el Gobierno intenta “diálogos” con la Democracia Cristiana... pero no acepta las exigencias que le piden a cambio...

Los Colegios Profesionales se van sumando a la campaña que pide la renuncia de Allende.

Los médicos explican que su paro incluye una protesta por la falta de los más indispensables elementos para curar.

Las mujeres DC apoyan el paro médico.

Los arquitectos reclaman de la escasez de materiales para la construcción... y del éxodo de profesionales.

Los ingenieros también...

Desde el día 2, el Comando Multigremial de Concepción ha declarado la huelga indefinida.

Los siguen las demás provincias.

Setenta y dos horas de paro llevan los pilotos comerciales...

Hubo una sesión especial del Consejo Coordinador del Poder Femenino, para

analizar los últimos acontecimientos. La situación a cada momento se hacía más dramática.

Isabel pidió la palabra: —Allende dijo que el Cobre era el sueldo de Chile... sueldo que en este momento se gasta exclusivamente en comer este mínimo de alimentos que estamos consumiendo. La baja de la producción provocada, entre otras causas, por la inepticia de los funcionarios responsables, contribuye a aumentar la miseria en que vivimos. Pero hay algo más grave aún: acaban de llegar al país, 46 "asesores" rusos, que en verdad vienen a conocer nuestras técnicas para la explotación del cobre, a obtener la información geológica y de proceso. Ellos no tienen fácil acceso a los métodos norteamericanos, en USA; por eso buscan a través de los minerales chilenos, la información deseada. La necesidad para aplicarlas en sus yacimientos de Udokan. Ese cobre competirá luego con el nuestro en el mercado europeo.

—¿Me permites? —interrumpió Diana- el Senador Carmona está muy preocupado del problema. En el Congreso ha tratado el asunto.

—De todos modos, sería conveniente que el Poder Femenino se preocupara para hacerlo conocer a la opinión pública.

Se aprobó la idea y se nombró una comisión encargada de la difusión.

Paula dio cuenta: —Allende rechazó de nuevo la renuncia del Almirante Montero. Deberíamos hacer algo al respecto.

Entiendo que ha estado sesionando el Consejo Naval a puertas cerradas... debe estar deliberando sobre eso -informó María del Pilar.

La Delegada del Comercio anunció que se había decretado otro paro por 48 horas y que había acuerdo para hacerlo permanente si se producía cualquier agresión.

—Hay un millón de trabajadores en huelga. No podrán decir que es el paro de los patrones... -dijo Elisa.

—Pienso que lo más importante del último tiempo -intervino Bárbara- es la decisión de los Ministros uniformados, de no asistir a la celebración del aniversario de este Gobierno, el día 4 de septiembre.

—Estoy de acuerdo. No se habría podido idear una censura más elocuente. Eso alienta la esperanza -comentó Inés.

Carmela contó la batalla que hubo en el campamento de La Marquesa: un muerto, muchos heridos y enfermos...

Se trató el último operativo de la FACH en Madeco y Mademsa... algo muy raro sucedió. Nadie explicó bien y los comentarios fueron deshilvanados: actuó la insólita presencia de muchos hombres extravagantemente uniformados de negro, que aparecieron de un modo misterioso, amenazantes, pero quietos...

Los militares no quisieron darles oportunidad de proceder, ignorándolos. Se limitaron a sacar bultos, en gran cantidad, de las empresas y a retirarse del sector. Dio la impresión que los soldados tenían propósitos bien definidos, que no dejarían estropear.

—Hay un extraño mar de fondo que no logro comprender -Verónica parecía muy preocupada.

—De eso no cabe la menor duda. Todo Chile está esperando... -Paula parecía muy segura.

—Pero ¿qué diablos estamos esperando? ... Tengo la impresión que de pronto... puede ser tarde -Bárbara tenía una desazón insoportable.

—A mí me pasa lo mismo -dijo Inés- siento que no podemos esperar más...

—Han descubierto otra escuela de guerrilleros en Iquique, ahora -informó Laura.

—Todos los días detectan algo semejante. Estamos minados de punta a punta... Chile entero es un inmenso arsenal clandestino. Es como vivir sobre un volcán. Esto no puede seguir.

—Las Fuerzas Armadas tienen que defender también la seguridad interna...

—Isabel no mostraba su calma habitual, parecía muy excitada. —Ya resulta inútil cualquier otra acción: tendremos que ir directamente a “golpear las puertas de los cuarteles” como dice el poema de Nina.

—En realidad lo hemos estado haciendo. Todas nuestras luchas... tienen esa sola respuesta. Nadie más puede hacerlo... nadie más tiene la “fuerza” necesaria.

—Sí, ya lo sé... pero el país entero huele a dinamita... es como un cuerpo inestable, que estallará en cualquier momento.

—Cualquier cosa que pase puede encender la mecha.

—¿Qué sucedería si cumplen la amenaza de volar la Corte de Apelaciones de Valparaíso?

—No lo harán todavía. Sería una provocación muy decisiva... y parece que no se creen preparados aún... o ya habrían arrasado con todos nosotros... puedes estar segura.

—Bárbara, no seas tremenda. Siempre me dejas aterrada -protestó María Clara.

—Pero ¿es qué no lo ves venir? . ¿No lo sientes? . De hacer algo así, lo harían “todo” de una vez... sin darnos tiempo para reaccionar...

—¿Todo... qué? , ¿qué es lo que tú llamas: todo?

—No lo sé exactamente... pero no me gusta...

María del Pilar estaba diciendo: —El Partido Nacional ha llamado a sus militantes y simpatizantes a declarar la huelga total, de cualquiera actividad que sea.

—Es lo que nosotras deberíamos hacer -dijo Paula, quien lo había propuesto antes. Pero no era cosa fácil para las mujeres, sobre todo para las dueñas de casa, que no podían desatender a su propia familia.

El pulso de Chile se aceleraba por momentos. Cada uno podía sentirlo latir como el suyo propio.

El sábado 8 hubo una tensa sesión del Consejo.

La Comisión de Prensa y Relaciones Públcas se reunió con el objeto de discutir el borrador de una carta que propuso Bárbara, para dirigirla a cada uno de los tres Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, rogándoles que no asistieran a la parada militar el día 19, para no rendir honores a Salvador Allende, que se había colocado fuera de la ley.

Hubo acuerdo por unanimidad, pero una de las representantes del Magisterio, quiso cambiar algunas palabras. El ambiente estaba tan tirante, que la discusión se hizo agria desde el primer momento.

Eran cerca de las dos de la tarde y la sesión se levantó sin llegar a un acuerdo.

—No puedo resistir esta discusión sobre pequeñeces -dijo Bárbara, poniéndose de pie- mientras el país arde por los cuatro costados, es absurdo hablar de gerundios o puntuaciones.

Paula tomó el papel. —Veamos -dijo- creo que todo puede conciliarse.

Pero el galopar de los acontecimientos lo encarpetó definitivamente.

Hacía tres días que la Democracia Cristiana, había acordado acusar a ocho o nueve Ministros de Estado, culpables de atropello a la Ley. La acusación sería conocida en el Congreso el... martes 11 de septiembre.

Al respecto apareció en los diarios, una declaración del Presidente en ejercicio del Partido Nacional, don Carlos Raymond, que decía: "En otra época me habría parecido apropiado acusar a los Ministros, para sancionar violaciones constitucionales o legales en que hayan incurrido. Hacerlo ahora, lo estimo intrascendente. Después del acuerdo de la Cámara de Diputados, que declaró que "la institucionalidad ha sido quebrada por el Gobierno", acusar a Ministros por transgresiones aisladas, más bien parece un retroceso político y se aparta de lo que Chile está pidiendo".

Sólo procedía ahora que se decidieran a votar la "inhabilidad", para dar la salida necesaria. Era el sentir de casi todas las delegadas del Consejo Coordinador.

Y el acontecer siguió su curso acelerado...

¡No hay pan!

Más de 500.000 profesionales estaban en huelga: el Colegio de Ingenieros, el Colegio Médico, el Colegio de Abogados...

¡Se continuaba recogiendo firmas para pedirle a Allende que renunciara...!

Todas las provincias se habían paralizado...

Un silencio de muerte reinaba a lo largo de los caminos.

En cuanto se abrió la sesión, Elisa pidió la palabra: —Ustedes saben el "poder" de la oración... los cristianos y los israelitas se unirán para rezar por la paz... en todas las iglesias del país y en plaza de la Constitución. Creo que deberíamos ir -estaba muy emocionada.

Bárbara levantó la mano pidiendo hablar: —Me parece que hay una confusión en ese llamado. ¿Qué es lo que nos piden? , ¿qué nos dejemos "arrasar" en paz? Es maravillosa la paz, es un anhelo común... pero ¡cuidado! ... tendría que nacer de un hecho real. No ante una amenaza inminente... ¡tenemos que estar preparados para defendernos! ... Esta es una trampa. Es uno de los recursos más hábiles y más explotados de la estrategia comunista, aparentar que buscan la paz. ¡No nos dejemos embauchar!

La voz serena y firme de Isabel acotó: —No entiendo como van a convencer a

los miristas, a los FTR y otros, que se queden tranquilos... ni a los abiertamente del "partido comunista"... cuando crean que ha sonado la hora de lanzar su ofensiva.

Saben ya que por medio de la "vía pacífica" no lo consiguieron. Su doctrina anti-natura, tiene que ser impuesta por el terror, inevitablemente. Ya lo han comprobado. Con ciertas dosis de libertad de opinión, con respeto por algunas formas democráticas de convivencia... no es posible implantar el comunismo.

Vean las declaraciones de Corvalán, que aparecen en Chile Hoy, del mes de mayo, página 5, voy a leer: —"La lucha contra la guerra civil no debe conducir en modo alguno a la paz social, ni nada que se le parezca. La "paz social" es una ilusión en una sociedad dividida en clases antagónicas y todavía más, en una situación como la que vive Chile, de aguda e intensa pugna de clases en torno a las cuestiones centrales de nuestra revolución" ... -podría mostrar decenas de citas como ésta.

—Pero el poder de la oración es muy grande -insistió Elsa.

—Nunca he oído decir que convenza a los comunistas -dijo Emilia agresiva-... y no es oportuno apaciguar ahora nuestro espíritu de lucha.

Muchas voces se alzaron y la discusión se hizo general.

Bárbara afirmó la cabeza entre las manos ocultando el rostro... y su pensamiento pareció alejarse hacia el infinito... lejos del bullicio que la rodeaba. Las imágenes se sucedían en su mente. Santiago es un hervidero de inquietudes... Chile entero está hirviendo a borbotones... parece que la tierra misma está bullente, se mueve, se aburbuja, estalla, baja y se levanta... tenía la sensación de que si abría los ojos, iba a ver enormes llamaradas brotando desde cualquier lugar... juraría que el horizonte podía verse enrojecido. Una especie de pánico se apoderó de su ánimo... por sólo un instante...

Apartó las manos y casi se sorprendió al ver de nuevo la mesa rodeada de gente discutiendo con cierta tranquilidad. Le pareció venir desde muy lejos... con un raro cansancio. Sentía el pulso acelerado y el corazón tenía un ritmo extraño.

Trató de serenarse.

La polémica había bajado de tono. Estaban proyectando algo distinto... No se había vuelto a hablar sobre la carta a los Comandantes en Jefe, pensó, sintiendo de nuevo una aguda inquietud... una sensación de urgencia tan violenta que le hacía daño. ¡No pueden tardar más! -se decía- ¡No hay tiempo! . Alguien hablaba de nuevo sobre la oración... Oyó la voz de Paula como si viniera desde muy lejos.

—Dejemos eso por ahora -estaba diciendo- es demasiado polémico. Las que crean en la utilidad de esa iniciativa... que vayan a rezar, no hay que darle más vueltas, miró unos papeles que tenía frente a ella y continuó: —Hay puntos muy importantes en la tabla, que no se pueden postergar.

Se aprobaron numerosas iniciativas.

Finalmente Verónica dio cuenta de que, como representante de SOL, había asistido al entierro de un joven asesinado por las brigadas marxistas. Luego pidió un voto de aplauso para las diputadas de la Oposición, que habían presentado la

iniciativa para erigir una estatua "a la mujer chilena", en homenaje a la lucha que estaban dando por defender los principios fundamentales de la civilización cristiana. Además era un desafío al gobierno, que las tenía por sus enemigas más decididas.

—Sobre el mismo tema -dijo Alicia, quiero agregar algo: "El Mercurio" de hoy (10 de septiembre de 1973) dedica un artículo muy halagador a la iniciativa de las diputadas. Dice: "Todos los días, las mujeres de Chile, están en plan dinámico ante la ofensiva comunista, que persigue encadenar el país a un régimen totalitario. Su valor a menudo incita a la acción a muchos hombres y constituye también un valioso respaldo para la lucha juvenil por la Libertad..."

—Es lo justo. Leí un artículo el sábado recién pasado que hasta el título es alentador. Decía: "Monumento para exaltar el coraje de la mujer chilena". También creo que la idea tiene un lado práctico: que se recuerde de un modo permanente lo que hacemos... o mañana, nadie se acordará de nada -terminó categórica María del Pilar.

Lo dijo con un modo tan perentorio que resultó divertido, a pesar de lo tenso del ambiente.

Una delegación de mujeres del Poder Femenino asistió a la formación del Comando Multigremial Nacional en la Universidad de Chile y otras 400 se fueron a cantar la Canción Nacional frente al Ministerio de Defensa. "Queremos poder militar" gritaban entre otras consignas agresivas.

Todas estaban en algún lado, dando su batalla.

Santiago se hallaba repleto de periodistas extranjeros.

Con la perspectiva que da la distancia, habían presentido que podía producirse un desenlace próximamente... aunque los chilenos sólo entendían que había urgencia desesperada de actuar...

Los forasteros merodeaban por todas partes como perros de presa.

Entre muchos otros, llegó al Poder Femenino, un periodista italiano, buen conocedor de lo que sucedía: —Mañana hay anunciada una marcha de la Juventud -dijo- se teme un enfrentamiento serio. ¿Irán ustedes?

—Sí. Nosotras iremos... ahí estarán nuestros hijos.

—Y después de la marcha, ¿qué tienen proyectado?, la pregunta venía preñada de sugerencias y de sospechas.

—No lo hemos decidido aún, fue la respuesta, que lo mismo tenía de misterio que de amenaza.

—¿Llegarán hasta la Moneda? insistió con curiosidad.

—Eso lo tiene que aprobar el Consejo.

Y él supo que no le dirían más.

A las 10 de la noche, hubo una comisión especial del Comité Gremialista, en la sede del Poder Femenino.

Había tanta emoción en el ambiente, que la reunión tenía un tinte de conjura,

en donde cada cosa jugaba un papel importante: la cruda luz de la lámpara, marcando un áspero contorno definido sobre la mesa rústica, hacía dramática la penumbra de los rincones.

El Colegio Médico había elegido una nueva directiva que declaró de inmediato la huelga definitiva.

El Comercio dejaba atrás su táctica de huelgas interrumpidas de 24 ó 48 horas y decretaba un paro indefinido.

La movilización había cesado en absoluto... las calles y los caminos estaban vacíos como estrechas cintas plateadas perdiéndose en la distancia.

La agotadora permanencia de los transportistas en los distintos campamentos, había deprimido el ánimo de la gente, que con el gesto adusto, se preparaba para todo... y el clima se volvía más y más amenazante.

La casa, sumida en la penumbra, aparecía enorme entre los árboles enjutos del jardín descuidado.

Sólo la sala de sesiones brillaba desacorde, en medio de la vieja mansión.

En las sombras las vivencias resultaban alucinantes, tienen un halo mágico que exacerba los sentidos... y las actitudes adquieren incongruencias inexplicables, con los quehaceres cotidianos.

Las voces en sordina sugerían misteriosas reservas.

Se acordó toda la acción para el día siguiente...

De pronto pareció que todo estaba dicho.

Hubo un corto silencio y el ruido de las sillas retrocediendo, puso una nota áspera en la casa silenciosa.

Se miraron unos a otros, por si hubiera quedado alguna interrogante pendiente...

Hubo un momento de espera.

Tal vez aguardaban alguna palabra, con que seguir alimentando la fe para continuar batallando.

De repente, como si hubiera venido desde otro lugar, en un tono distinto, casi alegre, Darwin Arriagada dijo: —“Hagamos votos porque celebremos un 18 de septiembre libre”.

Una fuerte conmoción sacudió a los asistentes.

—Podría ser una premonición -dijo Juanita.

—Puede ser algo más que eso -comentó Paula.

Septiembre es el mes de la Patria.

El día 11 amaneció luminoso.

La inquietud de los chilenos ponía un madrugar de esperanzas cada mañana, al buscar la noticia.

Con las primeras luces del alba, semidespiertos de las noches insomnes, conectaban la radio.

No sabían a ciencia cierta que buscaban en la reseña temprana, cuando habían escuchado con avidez la última información nocturna.

Las radios comenzaron a trasmisir en un tono distinto. Había una excitación contagiosa en las palabras dichas de prisa, cuando aún no daban las 7 de la mañana.

¡Algo muy importante estaba sucediendo!

Las primeras noticias vinieron de Valparaíso.

Radio Agricultura tocaba soños marciales.

El locutor parecía atropellar las palabras: "La Marina y Carabineros patrullan las calles del puerto".

Los detalles tienen apremios apenas contenidos. Hay cierta confusión todavía.

Carmen Puelma anuncia que tanquetas de Carabineros rodean la Moneda. Héctor (Chico) Durán relata los movimientos de las tropas en el centro de Santiago.

Hay lágrimas de ansiedad y de esperanza. ¡Dios mío! Ahora sí, van a lograrlo.

La gente aguarda junto a los receptores, recogiendo con avidez las informaciones. ¡No puede perderse ni una sola palabra!

Un nudo aprieta la garganta y el pecho apenas puede contener el corazón.

En medio de un frase, se interrumpe la trasmisión.

Son las 8,15 de la mañana.



¡¡¡La Canción Nacional! ! !

En cada rincón de Chile, dentro de cada hogar, los hombres, las mujeres y los niños se han puesto de pie ¡Viva Chile!

Los ojos están arrasados en llanto. Se abrazan unos con otros, gritando de felicidad.

Nadie lo ha explicado aún, pero suena como una clarinada de triunfo.

Al apagarse los últimos acordes, una voz varonil, cálida y serena, exclama:
— ¡Atención conciudadanos!

... y da cuenta que una Junta de Gobierno, compuesta por los Comandantes en Jefe de las tres ramas de las Fuerzas Armadas y Carabineros, han tomado la dirección de la República.

¡Lodo sea Dios!

Son todos los soldados de la Patria.

¡Por fin oyeron el clamor ciudadano y cumplen con su deber!

Han pedido la rendición de Allende, ofreciéndole un avión especial, para que él y su familia salgan del país.

Comandos militares clausuran las emisoras marxistas. Pero la Radio Magallanes, del Partido Comunista, sigue trasmitiendo y desde allí habla Allende diciendo que no se rendirá.

Gruesos nubarrones, arrastrados por el viento del norte, ensombrecieron de pronto el cielo de la ciudad.

Entre las voces de los locutores se oía el tableteo de las ametralladoras y el impacto ronco del fuego de los cañones, que atacaban la Moneda.

Los GAP armaban sus ametralladoras punto-30, en los balcones del segundo piso con tranquila eficiencia.

¿Qué pensarían? Estaban tan acostumbrados a la impunidad, que tal vez creyeron que les darían la ocasión de balear a los soldados... Era una locura... una más, en ese quehacer del absurdo.

¡De un cañonazo desaparecieron en el desgarrado boquete de las ventanas!

El Ejército de Chile estaba demostrando su eficiencia y su decisión.

A cada hogar llega el estrépito del combate, por el canal invisible de las radios, junto a las voces de mando y a las palabras apresuradas de los periodistas y los camarógrafos, que exponen su vida con audacia temeraria.

Aún después de las 9 de la mañana, Allende se ha asomado al balcón,

saludando con el brazo en alto. No ha comprendido que el abismo se halla abierto bajo sus pies... el abismo que él mismo ha estado cavando a través de tres largos y torpes años de desafío al espíritu tradicionalmente libertario de los chilenos.

Las Fuerzas Armadas piden a la ciudadanía que no salga de sus casas para no estorbar la acción militar.

En el Poder Femenino se habían reunido muchas mujeres atentas a los acontecimientos. La larga lucha estaba terminando. Ahora se abría el futuro ante sus ojos, todavía inquietos. El camino de la reconstrucción sería largo y difícil. Todo estaba en ruinas y el odio hacía estragos en los sentimientos de la gente.

Todavía en medio del estruendo de la lucha, las mujeres conjeturaban el devenir: "Habría que rehacer la Patria, poco a poco... con mucho trabajo y mucho amor. No sería fácil".

¡Cada chileno tendría que hacer su parte!

Las voces sonaban destempladas, nerviosas, en cada receptor.

—"En estos momentos, la guardia de la Moneda deja el Palacio Presidencial, decía el locutor... salen otros funcionarios y varios Ministros de Estado... también algunas mujeres.

Los relojes marcaban las 10 de la mañana, cuando un extraño retumbar de los cielos sacudió la emoción de los chilenos.

¡Van a bombardear la Moneda!

¡La Moneda...!

En el deambular de la vida, cada vez que se hacía presente el orgullo de pertenecer a esta tierra especial y distinta; las imágenes contenían, por sobre la visión del propio suelo chileno, la figura de la bandera flameando al viento, como enseña de Libertad y de pujanza... y también otros símbolos que se hacían carne en nuestro amor patrio, muchas veces desgarrado por la distancia.

¡Había que sacrificar el viejo palacio!

Lo habían mancillado tanto.

¡Sufriría la purificación del fuego y del agua!

Alargaron el plazo una y otra vez...

Entre tanto, el combate se multiplicaba en todo el ámbito de la plaza. Los franco-tiradores emboscados en los edificios públicos y en los tejados, hacían blanco contra los soldados, sembrando la muerte y el dolor, en una tentativa absurda.

El tiempo seguía corriendo y un nuevo plazo estiraba la espera angustiosa.

A las 11,15, se concedieron tres minutos para que las últimas mujeres abandonaran la Moneda. Salieron las hijas de Allende y alguna periodista.

Ciertos altos funcionarios quisieron parlamentar.

Ya era demasiado tarde. La rendición debería ser incondicional.

Y el tiempo seguía contando su lento y dramático pasar, entre el estruendo de los cañones y el tableteo de las ametralladoras.

En cada casa las noticias se bebían con ansias.

—¿Qué estaba pasando? , ¡tenían que ser inflexibles! ... No podía ser de otro modo...

—Las radios no cesaban de trasmisir y el fragor del combate llegaba a todos los rincones de Chile.

Los minutos parecían horas, ¡Tan densos de aconteceres!

Tres años de pesadilla, estaban ahí, presentes.

En esa batalla de la Moneda, se estaba jugando el destino definitivo de la Patria... la Patria nuestra, la de todos los chilenos... herida, agonizando... sin pan y sin futuro.

De pronto, al filo del mediodía, entre el azul diáfano y los nubarrones que pasaban veloces, se oyó el rugir trepidante de los aviones de guerra.

Eran los Hawker Hunter de la Fuerza Aérea que atravesaban raudos, el cielo de la ciudad, una y otra vez.

La gente, marginada de la lucha, apenas podía contener las ansias de salir a participar en esa contienda que era también la suya.

Con los nervios sobreexcitados, casi doliéndoles bajo la piel, el pulso acelerado seguía el ritmo rugiente de los motores, que rasgaban el aire fresco de septiembre.

De pronto parecieron alejarse... y la vida misma quedó suspendida... pero volvieron... ¡Bienvenidos, soldados del Aire!

¡Bombas! . ¡Bombas!

¡El tiempo pareció detenerse! ... pero los punteros seguían marcando inexorables, los segundos, los minutos... hasta un cuarto de hora... de ronco golpear, retumbando en la ansiedad pública.

Con precisión matemática dieron en el blanco, sin margen de error... sólo el objetivo. Los soldados de Chile respondían una vez más, con la misma eficiencia con que otrora marcaron el triunfo en cien campos de batalla a lo largo de la historia.

El Palacio de la Moneda quedó vacío, como un inmenso cascarón, sin que se dañara siquiera la hermosa estructura exterior.

Pareció un obra de magia.

Las primeras llamaradas surgieron casi de inmediato entre la espesa humareda, que como un gigantesco y espeso velo negro, quedara suspendido sobre el vestusto edificio.

Los tiradores emboscados alrededor no cesaban de disparar.

Portando una bandera blanca salieron otros personajes.

Allende ofrecía rendirse.

Un vehículo blindado se acercó a la puerta de Morandé. Pero tal vez tenía órdenes de no permitir entregarse vivo... tal vez, porque en esos momentos las ametralladoras de los extremistas comenzaron a barrer el lugar, desde las ventanas del Ministerio de Obras Públicas.

Alcanzaron a salir algunos altos representantes del régimen precedidos por la "Payita", que esquivaron la balacera tirándose al suelo. Allende, que cerraba el

grupo, se devolvió, metiéndose en su despacho... y apretó el gatillo de la metralleta automática, debajo de su barbilla.

El arma llevaba inscrita una dedicatoria de Fidel Castro.

Las radios no dieron la noticia.

El General Palacios entró a la Moneda a la cabeza de sus hombres.

Todavía algunos GAP ponían resistencia. En el baleo, el General fue herido en una mano, salvando la vida por el arrojo de su ayudante.

En medio del incendio que se iniciaba, los soldados recorrieron el edificio. Hubo todavía algunas escaramuzas, pero todo el interior comenzó a desplomarse envuelto en llamas.

No había donde ocultarse.

En el despacho encontraron el cadáver de Allende.

Una enorme columna de humo se elevaba entre lenguas de fuego, pintando el cielo oscurecido de la tarde.

Los bomberos equilibrándose sobre los tejados, perfilaban sus siluetas al contraluz del incendio, afrontando las balas de los tiradores.

El baleo continuaba a intervalos; pero la batalla había terminado.

¡La ciudad se llenó de banderas!

¡La bandera chilena flameando en todas las astas!

Una alegría desbordante ensanchó el corazón de la gente. Hubiera querido gritarla a los cuatro vientos, cantar de gozo, correr por las calles, salir por los caminos, para abrazar a los amigos... a los desconocidos, a todo el mundo...

También hubiera querido consolar a los soldados heridos.

¡Chile, el único país sobre la tierra que había hecho el milagro!

Ninguna otra nación había logrado romper las cadenas del comunismo. Todos los intentos anteriores habían terminado en una masacre, en cualquier lugar de la tierra.

¡Chile... Chile, lo consiguió el primero!

Tendríamos que afrontar el despecho del gigante vencido. La derrota infligida al comunismo del mundo, tendría un duro precio, que nadie conocía aún.

Por ahora se replegaba desconcertado y amenazante. Pero los chilenos no podían pensar en eso en aquellos momentos de gloria. ...Sólo podían saborear la Libertad.

¡La pesadilla había terminado!

Cumpliendo la orden de no salir a la calle hasta que la ciudad estuviera limpia de franco-tiradores, que tiraban a matar contra cualquiera que se pusiera en la mira de su arma, los teléfonos se atocaban, sin alcanzar a contener toda la comunicación que la alegría desbordante de la gente quería expresar.

La noche acogió, por fin, el descanso de la ciudadanía agotada de emociones.

Y el sueño vino fácil, sereno, sin las congojas antiguas, sin los intervalos de siniestros desvelos preñados de angustia.

Sólo el descanso hasta el amanecer.

Todo fue distinto y hermoso el día del renacimiento.

Temprano... brillaba el rocío sobre la hierba, había urgencia por mirar la nueva belleza... el aire tibio pintaba de verde las ramas de los árboles y el rumor de la naturaleza orquestaba el retoñar de la vida, el cielo era más diáfano y la brisa cantaba a la luz de la naciente alborada.

¡Septiembre es el mes de la Patria!

¡Gracias Dios!

SECC. CHILENA

IMPRESO EN CHILE - Taller Gráfico UTE.

